

LOS REYES MALDITOS III

LOS VEΠEΠOS



DE LA COROΠA

MAURICE DRUC

Lectulandia

Los venenos de la Corona resucita, casi día a día, los conflictos, odios, intrigas y crímenes que plagaron el reinado de dieciocho meses de Luis X. Maurice Druon vuelve a entretener los signos de las figuras que marcaron esa época turbulenta de Europa: el desgraciado destino de la hermosa Clemencia de Hungría, llamada a ser reina de Francia y repentinamente viuda; los destinos truncados del joven lombardo Guccio Baglioni y de María de Cressay, cuyos amores debieron enfrentarse a las prohibiciones sociales; los destinos violentos de la condesa Mahaut de Artois y de su sobrino Roberto, separados por un odio acérrimo, y, por fin, el trágico destino del rey Luis X, que en pocos meses lleva la obra del Rey de Hierro al borde de su destrucción. En junio de 1316, el rey muere envenenado. Es la primera vez en tres siglos que un monarca de Francia fallece sin dejar heredero varón... Maurice Druon supo narrar como ningún otro las historias secretas, las pasiones y las debilidades de ese periodo turbio de la Historia. Éste es el tercer volumen de la serie Los Reyes Malditos, después de El Rey de Hierro y La Reina Estrangulada.

Lectulandia

Maurice Druon

Los venenos de la corona

Los reyes malditos 3

ePUB v1.3

draflaeon 24.04.12

Gracias a Orkelyon por la portada

más libros en lectulandia.com

ISBN 13: 978-84-226-0297-2

ISBN 10: 84-226-0297-0

Título: *Los venenos de la corona*

Título original: *Les Poisons de la couronne*

Autor: Maurice Druon

Fecha Impresión: 1983

Traducción: Aliaga Rincón

Colección: Los reyes malditos

“La historia es una novela que fue.”
E. y J. De Goncourt

Prólogo

Felipe el Hermoso había dejado a Francia en situación de primera nación del mundo occidental. Sin recurrir a guerras de conquista, sino a negociaciones, bodas y tratados, había acrecentado largamente el territorio, al mismo tiempo que se dedicaba constantemente a centralizar y reforzar al Estado. Sin embargo, las instituciones administrativas, financieras, militares y políticas, de las que quiso dotar al reino y que frecuentemente aparecieron como revolucionarias en aquella época, no estaban suficientemente afianzadas en las costumbres ni en la historia para poder perpetuarse sin la intervención personal de un monarca fuerte.

Seis meses después de la muerte del rey de hierro, la mayor parte de sus reformas parecían abocadas ya a la desaparición; y sus esfuerzos, al olvido.

Su hijo mayor y sucesor, Luis X el Turbulento, enredador, mediocre, incompetente, y desde el primer día de su reinado inferior a su tarea, se había descargado fácilmente de los cuidados del poder sobre su tío Carlos de Valois, buen militar pero detestable gobernante, cuyas turbulentas ambiciones dirigidas largo tiempo a la yana búsqueda de un trono, encontraron por fin en qué emplearse.

Los ministros burgueses, sólidos coautores del reino anterior, habían sido encarcelados, y el cuerpo del más notable de ellos, Enguerrando de Marigny, antiguo rector general del reino, se pudría en la horca del cadalso de Montfaucon.

Triunfaba la reacción: las ligas de barones sembraban el desorden en las provincias y tenían en jaque a la autoridad real. Los grandes señores, con Carlos de Valois al frente, fabricaban moneda que hacían circular en provecho personal. La administración, sin cortapisa alguna, pillaba por su cuenta y el Tesoro estaba exhausto.

Una cosecha desastrosa, seguida de un invierno excepcionalmente riguroso, había originado el hambre. La mortalidad aumentaba.

Mientras tanto, una sola preocupación agitaba la mente de Luis X: reparar su honor conyugal y borrar, si era posible, el escándalo de la Torre de Nesle.

Falto de un papa que el cónclave no conseguía elegir, el cual hubiera podido dictar la anulación, el rey de Francia, para poder volverse a casar, había hecho estrangular a su mujer, Margarita de Borgoña, en la prisión de Château-Gaillard.

Así se hallaba libre para unirse en matrimonio con la hermosa princesa de Anjou-Sicilia que Carlos de Valois le había escogido y con quien se disponía a compartir las venturas de un largo reinado.¹

Primera parte: Francia espera una reina

I.- Adiós a Nápoles

En pie, vestida toda de blanco, ante una de las ventanas del enorme Castel-Nuovo, desde el que se dominaba el puerto y la bahía de Nápoles, la anciana reina madre María de Hungría dirigía la mirada a un navío a punto de hacerse a la mar.

Enjugándose con sus reseco dedos las lágrimas que humedecían sus párpados sin pestañas, murmuró:

—Ahora ya puedo morir.

Veía cumplida su misión. Hija de rey, esposa de rey, madre y abuela de reyes, había consolidado su descendencia sobre troncos de la Europa meridional y central. Todos sus hijos sobrevivientes eran reyes o duques soberanos. Dos de sus hijas eran reinas. Su fecundidad había sido un instrumento de poder para los Anjou-Sicilia, rama menor salida del árbol de los Capetos que llevaba trazas de hacerse tan gruesa como el tronco.

Aunque María de Hungría había perdido seis de sus hijos, la consolaba el hecho de que uno de ellos, entrado en religión, iba a ser canonizado. Sería madre de un santo². Como si los reinos de este mundo se hubieran hecho demasiado pequeños para esta tentacular familia, la anciana reina había llevado su prole hasta el reino de los cielos.

Septuagenaria ya, sólo aspiraba a asegurar el porvenir de una de sus nietas, la huérfana Clemencia. Ahora lo había logrado.

El gran navío que levaba anclas aquel 19 de julio de 1315, bajo un sol esplendoroso, representaba, a los ojos de la reina madre de Nápoles, el triunfo de su política y la melancolía de los hechos finiquitados.

Porque para su bien amada Clemencia, para aquella princesa de veintidós años sin ninguna dote territorial y solamente rica por la reputación de su hermosura y virtud, acababa de lograr la más alta alianza, la boda más prestigiosa. Clemencia iba a ser reina de Francia. De esta manera la más olvidada por la suerte de las princesas de Anjou, recibía el más poderoso reino, e iba a reinar como señora feudal sobre toda su parentela. Era como un ejemplo de la enseñanza evangélica.

Verdad es que se decía que el joven rey de Francia, Luis X, no tenía un rostro muy agradable, ni un carácter de lo más apacible. «¡Y qué! Mi esposo, que Dios perdone, era cojo y no por eso me llevé mal con él», pensaba María de Hungría. «Además, no se es reina para ser feliz.»

También se comentaba, en voz baja, la oportunidad con que había acontecido la muerte de la reina Margarita en la prisión, cuando el rey Luis tenía dificultades para obtener la anulación de su matrimonio. Pero, ¿había que dar crédito a todas las maledicciones? María de Hungría era poco inclinada a sentir piedad por una mujer, sobre todo reina, que había traicionado los compromisos matrimoniales. No le

sorprendía en absoluto que el castigo de Dios hubiera caído naturalmente sobre la escandalosa Margarita.

«Mi hermosa Clemencia implantará de nuevo la virtud en la corte de París», se decía.

A manera de adiós hizo con la mano la señal de la cruz a través de la ventana; luego, con la corona puesta sobre sus cabellos de plata, sacudida la barbilla por tics nerviosos y el paso rígido, aunque todavía decidido, fue a recluirse en la capilla para agradecer al cielo el haberle ayudado a cumplir su larga misión real y ofrecer al Señor el gran sufrimiento de la mujer que ve terminada su vida.

Mientras tanto, el San Giovanni, enorme nave redonda, con su casco pintado enteramente de blanco y luciendo en las astas de su arboladura los gallardetes de Anjou, de Hungría y de Francia, comenzaba a maniobrar para alejarse del puerto. El capitán y la tripulación habían jurado sobre el Evangelio defender a sus pasajeros contra la tempestad, los piratas berberiscos y todos los peligros de la navegación. La estatua de san Juan Bautista, protector del navío, relucía en la proa bajo los rayos del sol. En los castilletes almenados, a media altura de los mástiles, cien hombres de armas, vigías, arqueros, lanzadores de piedras, estaban en su puesto para rechazar, si sobrevenían, los ataques de los piratas. Las calas rebosaban de víveres; ánforas de aceite y de vino estaban hundidas en la arena del lastre, donde habían metido también centenares de huevos para mantenerlos frescos.

Los grandes cofres revestidos de hierro que contenían vestidos de seda, joyas, objetos de orfebrería y todos los regalos de boda de la princesa, estaban alineados contra las paredes del escandolat, amplio cuarto dispuesto entre el palo mayor y la popa, donde dormirían sobre tapices de Oriente los gentileshombres y caballeros de escolta.

Los napolitanos se habían apiñado en los muelles para ver partir lo que les parecía ser el navío de la felicidad. Las mujeres levantaban en brazos a sus hijos. De esta muchedumbre ruidosa y entusiasta, como siempre ha sido el pueblo de Nápoles, se oía gritar:

—*Guardi com'e bella!*

—*Addio Donna Clemenza! Siate lelice!*

—*Che Dio benedica la nostra principessa!*

—*Non vi dimentichate di noi!*³

Porque doña Clemencia, para los napolitanos, estaba aureolada de una especie de leyenda.

Se acordaban de su padre, el apuesto Carlo Martelo, amigo de los poetas y en

particular del divino Dante; príncipe erudito, tan buen músico como valiente con las armas, que recorría la península seguido de doscientos gentileshombres franceses, provenzales e italianos, vestidos como él, de escarlata y verde oscuro, y cabalgando en corceles enjaezados de plata y oro. Se le llamaba hijo de Venus, porque poseía «los cinco dones que invitan al amor, y que son: salud, belleza, opulencia, ocio y juventud». La peste lo fulminó a los veinticuatro años y su mujer, una princesa de Habsburgo, murió al conocer la noticia, lo cual proporcionó un mito trágico a la imaginación popular.

Nápoles había encauzado su afecto hacia Clemencia, quien, al hacerse mayor, reproducía los rasgos de su padre. Esta huérfana real era bendecida en los barrios pobres, a donde acudía para distribuir limosnas. Los pintores de la escuela de Giotto se complacían reproduciendo en los frescos su rostro sereno, sus dorados cabellos y sus largas manos afiladas.

Sobre la plataforma almenada que servía de techo al castillo de popa, a unos diez metros sobre el agua, la prometida del rey de Francia lanzó una postrera mirada al paisaje de su infancia, al viejo castillo de El Huevo donde había nacido, al Castel-Nuovo donde había crecido, a aquella muchedumbre bulliciosa que le echaba besos, a toda aquella ciudad deslumbradora, polvorienta y sublime.

«Gracias, abuela mía» —pensaba, vueltos los ojos hacia la ventana de donde acababa de desaparecer la silueta de María de Hungría—. «Sin duda, nunca os volveré a ver. Gracias por haber hecho tanto por mí. A los veintidós años cumplidos me desesperaba por no tener marido; creía que ya no lo encontraría y que habría de entrar en un convento. Teníais razón al imponerme paciencia.

Ahora voy a ser reina de ese gran reino que riegan cuatro ríos y bañan tres mares. Mi primo el rey de Inglaterra, mi tía de Mallorca, mi pariente de Bohemia, mi hermana la delfina de Vienne, e incluso mi tío Roberto que reina aquí, y de quien hasta hoy era súbdita, van a convertirse en mis vasallos por las tierras que poseen en Francia o los lazos que los unen a esa corona. Pero, ¿no será esto demasiada carga para mí?»

Sentía al mismo tiempo la exaltación de la alegría, la angustia de lo desconocido y la turbación que se experimenta ante los cambios irrevocables del destino aunque superen los sueños.

—Vuestro pueblo muestra que os quiere mucho, señora —dijo a su lado un hombre grueso—.

Pero apuesto a que el pueblo de Francia no tardará en quereros otro tanto, y en cuanto os vea, os dispensará una acogida semejante a este adiós.

—¡Ah! Vos seréis siempre mi amigo, messire de Bouville —respondió Clemencia con efusión.

Necesitaba hacer partícipes de su felicidad a los que la rodeaban y agradecer sus

homenajes.

El conde de Bouville, enviado de Luis X, que había llevado las negociaciones, había vuelto a Nápoles hacía dos semanas, para recogerla y conducirla a Francia.

—Y vos también, signor Baglioni, sois mi buen amigo —agregó ella, volviéndose hacia el joven toscano que servía de secretario a Bouville y guardaba los escudos de la expedición, prestados por los bancos italianos.

El joven se inclinó ante el cumplido.

Ciertamente todo el mundo era feliz aquella mañana. El grueso Bouville, que sudaba un poco con el calor de junio, echándose tras las orejas los mechones blancos y negros, se sentía a gusto y orgulloso de haber cumplido con su misión y de llevar a su rey tan espléndida esposa.

Guccio Baglioni soñaba en la hermosa María de Cressay, su secreta prometida, para quien llevaba un cofre de sederías y adornos bordados. No estaba seguro de haber acertado al pedir a su tío la agencia de la banca en Neauphle-le-Vieux. ¿Debía contentarse con un puesto tan insignificante?

«¡Bah! No es más que el principio —se decía—. Pronto podré cambiar de situación y, mientras tanto, pasaré la mayor parte del tiempo en París.»

Seguro de la protección de su nueva soberana, no conocía límites a su ascensión; veía ya a María como dama de honor de la reina y se imaginaba a sí mismo con un cargo en la casa real...

Con el puño sobre la daga y la barbilla levantada miraba desplegar a Nápoles ante sus ojos bajo el sol.

Diez galeras escoltaron al navío hasta alta mar. Luego, los napolitanos vieron alejarse, disminuirse aquella blanca fortaleza que avanzaba sobre las aguas.

II.- La tempestad

Días después, el San Giovanni, medio desarbolado, no era más que un armazón gimiente que daba bandazos entre olas enormes, bajo violentas ráfagas, y que el capitán trataba de mantener a flote, en la supuesta ruta hacia las costas de Francia. El navío había sido sorprendido a la altura de Córcega por una de esas tempestades, tan repentinas como violentas, que azotan a veces el Mediterráneo. Había perdido seis anclas al intentar fondear contra el viento a lo largo de las costas de la isla de Elba, y poco había faltado para que el navío fuera lanzado contra las rocas. Luego reemprendió la travesía entre murallas de agua. Un día, una noche y un nuevo día duraba ya esta navegación infernal. Varios marineros se habían herido al arriar lo que restaba del velamen. Los castilletes de los vigías se habían hundido con todo el cargamento de piedras destinadas a los piratas berberiscos. Fue necesario abrir a golpes de hacha el escandolat para liberar a los caballeros napolitanos aprisionados por el palo mayor en su caída. Todos los cofres repletos de vestidos y joyas, toda la orfebrería de la princesa, todos sus regalos de boda habían sido arrastrados por el mar. La enfermería del barbero-cirujano, situada en el castillo de proa, rebosaba de enfermos y lisiados. El capellán no podía celebrar su misa árida^a, porque ciborio, cáliz, libros y ornamentos habían caído al mar. Aferrado a una jarcia, con el crucifijo en la mano escuchaba las apresuradas confesiones y daba la absolución. La aguja imantada ya no servía para nada, puesto que era sacudida en todos los sentidos por el escaso líquido que quedaba en el recipiente donde flotaba. El capitán, un vehemente latino, había desgarrado su traje, en su desolación, hasta el vientre y, entre órdenes, se le oía gritar: « ¡Señor, ayudadme! » Parecía conocer su oficio y procuraba mejorar la situación; había hecho sacar los remos, tan largos y pesados, que eran necesarios siete hombres para moverlos, y había colocado junto a él doce marineros para sujetar, seis a cada lado, la barra del timón.

A pesar de ello, Bouville, malhumorado, lo había reconvenido al comienzo de la borrasca.

—¡Eh! maestro marinero, ¿cómo sacudís de esta manera a la princesa prometida al rey mi dueño? —había gritado el antiguo gran chambelán—. Vuestra nave está mal cargada; de lo contrario no danzaríamos tanto. Vos no sabéis navegar ni seguir las buenas corrientes. Si no os apresuráis a hacerlo mejor os citaré a la llegada ante los prohombres del rey de Francia e iréis a aprender navegación a un banco de galeras...

Pero su cólera pasó rápidamente, ya que el antiguo gran chambelán se puso a vomitar sobre los tapices de Oriente, imitado por la casi totalidad de la escolta. Con la cara pálida y empapado de pies a cabeza, el desdichado hombre, presto a entregar su alma cada vez que una nueva ola levantaba el navío, decía, con voz lastimera, entre hipos, que no volvería a ver a su familia y que no había sido tan malo en su vida para

sufrir tanto.

Guccio, por el contrario, mostraba una asombrosa valentía. Con la cabeza despejada y ágil de movimientos, se había preocupado de estibar mejor sus cofres, principalmente el de los escudos, y en los instantes de relativa calma, corría en busca de un poco de agua para la princesa, o bien esparcía esencias alrededor de ella, con el fin de atenuar el mal olor que despedían los efectos de la indisposición de sus compañeros de viaje.

Hay una clase de hombres, principalmente entre los jóvenes, que instintivamente se comportan como si intentaran justificar lo que se espera de ellos. ¿Que se les mira con desprecio?

En tal caso se comportan de manera despreciable. ¿Que sienten, por el contrario, estima y confianza alrededor de ellos? Entonces se superan, y, aunque tiemblen de miedo como cualquiera, actúan como héroes. Guccio Baglioni era, en cierto modo, de esta clase de hombres. Puesto que la princesa Clemencia tenía una manera de tratar a la gente, fuera rica o pobre, grandes señores o villanos, que honraba a todos, y puesto que además mostraba especial cortesía hacia aquel joven que había sido un poco como el mensajero de su felicidad, Guccio junto a ella se sentía un caballero, y se comportaba con más bravura que cualquiera de los gentileshombres. Era toscano, capaz por tanto de todas las proezas para brillar ante los ojos de una mujer. Al mismo tiempo era banquero de pies a cabeza y jugaba con el destino como se juega con los cambios.

«No hay mejor ocasión que el peligro para hacerse íntimo de los poderosos —se decía—. Si hemos de hundirnos y perecer, no cambiará nuestra suerte por proferir lamentaciones como hace ese pobre Bouville. Pero si escapamos de ésta, entonces habré conquistado la estima de la reina de Francia.» Ya era indicio de gran coraje poder pensar así en semejante momento. Pero aquel verano Guccio se sentía invencible; estaba enamorado y seguro de ser correspondido.

Aseguró, pues, a la princesa Clemencia, contra toda evidencia, que el tiempo estaba a punto de mejorar; afirmó que el barco era sólido en el momento en que crujía con más fuerza y, por comparación, describía la tempestad —mucho más espantosa, según pretendía— que había azotado a su barco el año anterior al atravesar el canal de la Mancha y de la cual había salido indemne. Iba a llevar a la reina Isabel de Inglaterra un mensaje de monseñor Roberto de Artois...

También la princesa Clemencia se comportaba de modo ejemplar. Refugiada en el paraíso, gran habitación de gala acondicionada para los huéspedes reales en el castillo de popa, se esforzaba en calmar a sus damas de séquito, quienes, semejantes a un rebaño de ovejas asustadas, balaban y se daban con las paredes a cada golpe de mar. Clemencia no había tenido una palabra de pesar cuando se le anunció que sus cofres de ropa y joyas se habían deslizado por encima de la borda.

—Hubiera dado el doble —se limitó a decir— para evitar que a esos pobres marineros los aplastara el mástil.

Estaba menos asustada por la tempestad que por la señal que creía ver en ella.

«Era demasiado hermoso para mí este matrimonio —pensaba—; he concebido demasiada alegría y he pecado por orgullo. Dios me va a hacer naufragar porque no merezco ser reina.»

A la quinta mañana de aquella horrorosa travesía, en un momento de relativa calma, pero sin que el temporal pareciera querer amainar ni el sol disponerse a aparecer, la princesa vio al gordo Bouville, descalzo, con la simple cota y completamente desgredado, que estaba de rodillas, con los brazos en cruz, en el puente del navío.

—¿Qué hacéis ahí, messire? —le gritó.

—Hago como monseñor San Luis, señora, cuando estuvo a punto de naufragar frente a Chipre. Prometió llevar una naveta de cinco marcos^b de plata a monseñor San Nicolás de Varangeville, si Dios quería devolverlo a Francia. Me lo contó messire de Joinville.

—Yo prometo ofrecer otro tanto a San Juan Bautista, cuyo nombre lleva nuestra nave —dijo entonces Clemencia—. Y si sobrevivimos y se me concede la gracia de dar un hijo al rey de Francia, prometo llamarlo Juan.

—Pero nuestros reyes nunca se han llamado Juan, madame.

—Dios decidirá.

Seguidamente se arrodilló, y se dispuso a rezar.

Hacia el mediodía la violencia del temporal comenzó a amainar, y la esperanza renació en todos. Luego el sol desgarró las nubes; tenían tierra a la vista. El capitán reconoció con júbilo las costas de Provenza y, a medida que se aproximaban, precisamente las calas de Cassis. Estaba orgulloso de haber mantenido la nave en su ruta.

—Imagino, maestro marinero, que vais a hacernos desembarcar en seguida en esa costa —dijo Bouville.

—Debo llevaros a Marsella, messire —respondió el capitán—, y no estamos muy lejos de ella.

Además, no tengo bastantes anclas para fondear junto a esas rocas.

Poco antes de la tarde, el San Giovanni, movido por sus remos, se presentó ante el puerto de Marsella. Echaron al agua una embarcación para prevenir a las autoridades comunales y hacer bajar la gran cadena que cerraba la entrada del puerto, entre la torre de Malbert y el fuerte San Nicolás.

Prestamente acudieron el gobernador, regidores y prohombres zarandeados por un fuerte mistral⁴, para recibir a la sobrina de su señor feudal, pues Marsella era entonces posesión de los angevinos de Nápoles.

En el muelle, los obreros de las salinas, los pescadores, los fabricantes de ternos y aparejos, los calafates, los cambistas, los mercaderes del barrio de la judería y los dependientes de los bancos genoveses y sieneses, contemplaban estupefactos aquel gran navío sin velas, desarbolado, deshecho, cuyos marineros danzaban y se abrazaban en el puente, ensalzando el milagro.

Los caballeros napolitanos y las damas del séquito procuraban poner orden en su toilette.

El bravo Bouville, que había adelgazado cinco kilos durante la travesía, flotaba dentro de la ropa, sin dejar de asegurar que su idea de hacer un voto había impedido el naufragio y parecía asegurar que todos debían la vida a su piadosa iniciativa.

—Messire Hugo —le respondió Guccio con un dejo de malicia—, según he oído decir, no hay tempestad en la que alguien no haga un voto semejante al vuestro. ¿Cómo explicáis, entonces, que vayan tantos navíos al fondo del mar?

—Es que sin duda se encontrará a bordo algún descreído de vuestra clase —replicó sonriendo el antiguo chambelán.

Guccio fue el primero en saltar a tierra. Se lanzó por la escalera con ligereza, para demostrar su vigor. En seguida se oyeron unos alaridos. Después de haber pasado varios días sobre un suelo movedizo, Guccio fue mal recibido por la tierra firme: resbaló y cayó al agua. Poco faltó para que quedara triturado entre el muelle y el casco del barco. En un instante el agua se tiñó de rojo en torno a él, pues al caer se había herido en un gancho de hierro. Lo extrajeron medio desvanecido, sangrando y con la cadera abierta hasta el hueso. Rápidamente lo llevaron al hospital.

III.- El hospital

La gran sala destinada a los hombres tenía las dimensiones de una nave de catedral. Al fondo se levantaba un altar donde se celebraban diariamente cuatro misas, vísperas y exposición.

Los enfermos privilegiados ocupaban una especie de alvéolos, llamados «cuartos de recomendación», dispuestos a lo largo de las paredes; los demás ocupaban una cama para dos, los pies de uno junto a la cabeza del otro. Los hermanos hospitalarios, con largos sayales parduzcos, recorrían sin cesar la parte central, ya para ir a cantar los oficios, ya para cuidar a los enfermos o distribuir alimentos. Los ejercicios del culto estaban íntimamente mezclados con la terapéutica: los gritos de dolor respondían a los versículos de los salmos, y el perfume del incienso no lograba desvanecer el atroz olor de fiebre y de gangrena. La muerte se ofrecía como espectáculo público.

Las inscripciones, pintadas al fresco a lo largo de las paredes con grandes letras góticas, más invitaban a prepararse para la muerte que para la curación^c. Desde hacía tres semanas Guccio estaba allí, en una alcoba, jadeando bajo el agobiante calor del verano, que hacía más agotador el sufrimiento y más siniestra la permanencia. Miraba con tristeza los rayos de sol que caían de las ojivas abiertas en lo alto de las paredes y proyectaban largas manchas de oro sobre aquella asamblea de desolación. No podía hacer el menor movimiento sin gemir; los bálsamos y elixires de los hermanos hospitalarios le quemaban como llamas, y cada cura era un tormento. Nadie era capaz de decirle si la herida había dañado el hueso, pero sentía que el mal no afectaba solamente a la carne, ya que casi se desvanecía cada vez que le palpaban la cadera o los riñones.

Los frailes y los cirujanos le aseguraban que no corría peligro mortal, que a su edad se curaría del todo y que Dios hacía muchos otros milagros, como el de aquel calafate que vieron llegar un día con las tripas en la mano, y que salió al cabo de algún tiempo más contento que antes.

Guccio no se desesperaba menos por ello. Tres semanas ya... y no había ninguna razón para que no tuviera que pasar otras tres, o bien tres meses, sin o quedaba imposibilitado para siempre.

A veces se veía ya condenado a acabar sus días inválido detrás de algún mostrador de una casa de cambio de Marsella. Enfermo como estaba, ¿podía soñar en viajar, y menos aún en casarse?... Si es que salía vivo de aquel horroroso hospital, porque cada mañana veía sacar uno o dos cadáveres que habían adquirido ya un maligno tinte negruzco. ¿No sería la peste?... ¡Y todo por hacer el fanfarrón y saltar al muelle antes que sus compañeros, cuando acababa de escapar de un naufragio!

Maldecía al destino y a su estupidez. Casi a diario hacia venir al escribano y le

dictaba para Maria de Cressay largas cartas quejumbrosas e inflamadas a la vez, que hacía remitir por los correos de los bancos lombardos a la sucursal de Neauphle, con el fin de que el primer dependiente las remitiera en secreto a la joven.

Guccio aseguraba a María que sólo deseaba curar por ella, por la felicidad de volver a encontrarla, a contemplarla y a quererla eternamente. Le suplicaba que conservara la fe que se habían jurado, y le prometía mil felicidades. «No tengo en mi corazón otra alma que la vuestra, jamás tendré otra y, si me faltara, mi vida se iría con ella.»

Porque aquel presuntuoso ahora se veía postrado por su torpeza en un lecho de hospital, dudaba de todo y temía que su amada lo abandonara. María se cansaría de un enamorado siempre ausente y se prendería de cualquier caballero de su provincia. «Mi suerte —se decía— es haber sido el primero en quererla. Pero pronto va a hacer un año y medio que nos dimos el primer beso.»

Ahora que, contemplando sus piernas delgadas, se preguntaba si podría alguna vez tenerse derecho, procuraba en sus cartas mostrarse admirable. Se daba por íntimo y protegido de la nueva reina de Francia. Leyéndolas se hubiera dicho que él había negociado el matrimonio del rey.

Contaba su embajada en Nápoles, la tempestad y cómo se había comportado durante ella, levantando el ánimo de la tripulación. Atribuía su accidente a un acto caballeresco: se había precipitado a sostener a la princesa Clemencia para evitar que cayera al agua cuando bajaba del navío, sacudido, aún en el puerto, por los remolinos del mar...

Guccio escribió también a su tío Spinello para contarle su desgracia pero con menos énfasis y para pedirle un crédito de su corresponsal en Marsella.

Las visitas, bastante numerosas, lo distraían algo. El cónsul de los mercaderes de Siena fue a saludarle y se puso a su disposición; el corresponsal de Tolomei lo colmaba de atenciones, y le hacía llegar una comida mejor que la servida por los hermanos hospitalarios.

Una tarde tuvo la alegría de ver aparecer a su amigo el signor Boccaccio da Cellino, viajante de la compañía de los Bardi, quien precisamente se encontraba de paso en Marsella. A su lado, Guccio pudo lamentarse a sus anchas.

—Piensa en todo lo que voy a perderme —decía—. No podré asistir a la boda de doña Clemencia, en la que hubiera tenido mi puesto entre los grandes señores. ¡Haber hecho tanto por esta boda, y no poder asistir! Y también voy a faltar a la consagración de Reims. ¡Ah, cómo me duele todo esto... y además no tengo ninguna respuesta de mi hermosa María!

Boccaccio se esforzó en calmarlo. Neauphle no era un arrabal de Marsella, y las cartas de Guccio no viajaban con la rapidez de los correos reales. Habían de transitar por las postas de Aviñón, Lyon, Troyes y París, y los correos no se ponían en ruta

todos los días.

—Boccaccio, amigo mío —exclamó—, si vas a París te suplico que te llegues hasta Neauphle y visites a María. Dile todo lo que te he confiado. Entérate si le han entregado mis cartas, y fíjate si continúa en la misma disposición amorosa hacia mí, y no me ocultes la verdad por dura que sea...

¿No crees, Boccaccio, que debería hacerme llevar en litera?

—¿Para que vuelva a abrirse tu herida, se metan en ella los gusanos y perezcas de fiebre en cualquier mal albergue del camino? ¡Hermosa idea! ¿Te has vuelto loco? Tienes veinte años, Guccio...

—¡Aún no!

—Razón de más. ¿Qué supone a tu edad un mes perdido?

—Si sólo fuera un mes..., pero es toda mi vida la que puede perderse.

La princesa Clemencia enviaba todos los días a uno de sus gentileshombres a preguntar por el herido. El conde de Bouville fue por tres veces a sentarse a la cabecera del joven italiano.

Bouville estaba agotado de trabajo y preocupaciones. Se esforzaba en dar una apariencia conveniente al séquito de la futura reina antes de seguir viaje. Nadie tenía otros vestidos que aquellos, empapados y echados a perder, que llevaban al desembarcar.

Los gentileshombres y las damas de compañía hacían encargos en las sastrerías y lencerías sin preocuparse por el pago. Había que rehacer todo el ajuar de la princesa, perdido en el mar; era preciso volver a comprar la platería, la vajilla, los cofres, los muebles de camino. Bouville había solicitado fondos de París; París había contestado que se dirigiera a Nápoles, ya que todas las pérdidas habían sobrevenido en la parte del viaje que incumbía pagar a la corona de Sicilia y que la escolta se encontraba todavía en tierra angevina. Los napolitanos habían enviado a Bouville a los Bardi que eran los prestamistas habituales del rey de Nápoles, lo cual explicaba la rápida ida a Marsella del signor Boccaccio. En todo este embrollo, Guccio le hacía mucha falta a Bouville.

—¿Por qué habías de resbalar? —decía el antiguo gran chambelán con velado reproche—. Ya lo veis, el cielo os ha castigado por vuestras palabras impías. Pero a la vez me castiga a mí, privándome de vuestra ayuda cuando me sería más útil. Yo no entiendo nada de cuentas, y estoy seguro de que me roban.

—¿Cuándo vais a partir? —le preguntó Guccio, que veía acercarse ese momento con desesperación.

—¡Oh, amigo mío, no antes de mediados de julio!

—Quizás estaré repuesto.

—Así lo espero. Esforzaos. Vuestra curación me haría un gran servicio.

Pero llegó la mitad de julio sin que Guccio pudiera levantarse. La víspera de la

partida, Clemencia de Hungría fue a despedirse del enfermo.

A Guccio le envidiaban ya sus compañeros de hospital por las visitas que recibía y los cuidados que le prodigaban; pero comenzó a adquirir una aureola de héroe de leyenda cuando la prometida del rey de Francia, acompañada de dos damas y de seis caballeros napolitanos, se hizo abrir las puertas de la gran sala del hospital.

Los hermanos hospitalarios, que cantaban vísperas, se vieron sorprendidos y sus voces enronquecieron un poco. La hermosa princesa se arrodilló como la más humilde fiel; luego, una vez terminados los oficios, avanzó entre las camas, seguida por cien miradas trágicas. De las camas donde estaban acostados los enfermos, pies con cabeza, se incorporaban los cuerpos para verla pasar. Manos de viejos se tendían hacia ella.

Ordenó en seguida a su séquito que dieran limosna en su nombre a todos los indigentes y que se entregaran cien libras a la fundación.

—Pero, señora —le susurró Bouville, que caminaba a su lado—, no tenemos bastante dinero para pagarlo todo.

—¿Qué importa? Esto es más importante que las copas cinceladas para beber, o la sedería para adornarnos. Me avergüenza pensar en semejantes vanidades; siento incluso vergüenza de mi salud cuando veo tanta miseria.

Entregó a Guccio un pequeño relicario que contenía un minúsculo trozo del ropaje de San Juan, «con una gota visible de la sangre del Precursor», relicario que había comprado a precio muy alto a un judío especialista en esta clase de comercio. El relicario iba suspendido por una cadenita de oro, que Guccio se pasó en seguida por el cuello.

—¡Ah, gentil signor Guccio! —dijo la princesa Clemencia—. Me appena veros aquí. Habéis hecho por dos veces un largo viaje para ser, junto a messire de Bouville, mensajero de buenas noticias; me habéis prestado gran ayuda en el mar. y no vais a estar presente en la alegría de mi boda.

En la sala hacía un calor de horno. Fuera amenazaba tormenta. La princesa extrajo de su escarcela un pañuelo, y enjugó el sudor que bañaba el rostro del paciente con gesto tan natural y dulce que a Guccio se le saltaron las lágrimas.

—Pero, ¿cómo os ocurrió esto? —continuó Clemencia—. No vi nada, ni comprendo todavía lo que paso.

—Yo... yo creí, señora, que ibais a descender, y como la nave continuaba dando bandazos, quise... quise lanzarme para ofreceros mi brazo. A aquella hora no se veía nada, y mi pie resbaló.

El estaba ya convencido de que las cosas habían sucedido así y de que el impulso que lo había movido a saltar el primero...

—Gentil signor Guccio —repitió Clemencia muy emocionada—, me alegraré de que curéis pronto y venid a decírmelo a la corte de Francia; mis puertas estarán

siempre abiertas para vos, como amigo.

Cambiaron una larga mirada, completamente inocente, porque ella era hija de rey y él hijo de lombardo. Colocados por nacimiento en otra situación, hubieran podido amarse.

IV.- Los signos de la desgracia

Poco duró el buen tiempo. Los huracanes, las tormentas, las granizadas y las torrenciales lluvias que devastaron aquel verano el occidente de Europa, cuyos rigores había sufrido la princesa Clemencia durante la travesía, se reanudaron al día siguiente mismo de su marcha de Marsella.

Después de la primera etapa que acabó en Aix-en-Provence y de la segunda en el castillo de Orgon, llegaron a Aviñón bajo un verdadero diluvio. El techo de cuero pintado de la litera en que viajaba la princesa chorreaba por los cuatro costados como gárgolas de iglesia. ¿Iban a estropearse otra vez los hermosos vestidos nuevos? ¿Se abrirían los cofres por la lluvia, y se perderían las monturas bordadas de plata de los caballos napolitanos antes de haber deslumbrado a las poblaciones de Francia?

Apenas instalada la comitiva en la ciudad papal, el cardenal Duéze, obispo de Aviñón⁵, llegó seguido de todo el clero a saludar a madame Clemencia de Hungría. Visita política. Jacobo Duéze, candidato oficial de la casa Anjou-Sicilia a la elección papal, conocía bien a doña Clemencia por haberla visto crecer cuando él era canciller de la corte de Nápoles. El casamiento de Clemencia con el rey de Francia favorecía grandemente su candidatura y ya contaba con esa boda para ganar los votos que le faltaban entre los cardenales franceses.

Ligero como un cervatillo a pesar de sus setenta años, monseñor Duéze subió la escalera, obligando a sus diáconos y camareros a correr tras de él. Lo acompañaban los dos cardenales Colonna afectos provisionalmente a los intereses de Nápoles.

Para recibir a toda aquella púrpura, messire de Bouville sacudió su cansancio y recompuso su dignidad de embajador.

—Bien, monseñor —dijo al cardenal Duéze, tratándolo como a un antiguo conocido—, veo que es más fácil encontraros cuando se acompaña a la sobrina del rey de Nápoles que cuando se viene a veros por mandato del rey de Francia, y que no es necesario correr en vuestra busca por los campos, como me forzasteis a hacer el invierno pasado.

Bouville podía permitirse este tono de amable humor; el cardenal había costado cinco mil libras al tesoro de Francia⁶.

—Es que, mi señor conde —respondió el cardenal—, el rey Roberto siempre me ha honrado con su piadosa confianza; y la unión de su sobrina, cuya alta reputación de virtuosa conozco, con el trono de Francia, satisface mis plegarias.

Bouville reconoció aquella extraña voz, cortada, ahogada, apagada de timbre pero rápida de ritmo, que tanto le chocó cuando su primer encuentro con él. Respondiendo a Bouville, hablaba sobre todo para Clemencia, a la que volvía su vista sin cesar. Prosiguió;

—Y luego, messire conde, las cosas han cambiado bastante. Detrás de quien viene de Francia no se advierte ya la sombra de monseñor de Marigny, que tenía tanto poder, y que no nos era nada favorable. ¿Es cierto que se mostró tan infiel en sus cuentas que vuestro joven rey, cuya alma caritativa es de todos conocida, no ha podido librarlo de un justo castigo?

—Sabéis que messire de Marigny era amigo mío —respondió Bouville con valor—. Comenzó en mi casa como escudero. Creo que fueron sus empleados, no él, los infieles. Fue duro para mí ver a un antiguo compañero perderse por su orgullosa testarudez en querer regentarlo todo. Yo le había prevenido...

Pero el cardenal Duéze no había terminado con sus corteses perfidias. Dirigiéndose igualmente a Bouville pero mirando siempre a Clemencia continuó:

—Ya veis, messire, que no era necesario apresurarse tanto en procurar a vuestro dueño la anulación de la que vinisteis a hablarme. Muchas veces la Providencia escucha nuestros deseos... por poco que se le ayude con mano firme.

Con los ojos y el rostro parecía indicar, refiriéndose a la princesa: «Tengo la obligación de preveniros. Considerad con quién os casáis. Si algo os molesta en la corte de Francia, dirigíos a mí.» Los hombres de Iglesia, hasta cuando hablan demasiado, deben ser entendidos con medias palabras.

Bouville se apresuró a cambiar de tema y a preguntar al prelado sobre el estado del cónclave.

—Lo mismo —dijo Duéze—: no hay cónclave. Las intrigas son más numerosas que antes, y urdidas tan fuertemente que es imposible desenredar la madeja. El camarlengo se esfuerza en probar que no puede reunirnos. Continuamos dispersos: unos en Carpentras, otros en Orange; Nos mismo, aquí, y Caetani en Vienne.

Duéze sabía que los viajeros debían detenerse en Vienne, para visitar a la hermana de Clemencia, casada con el delfín de Vienne^d. Así pues se apresuró a pronunciar una requisitoria, susurrada pero feroz, contra el cardenal Francisco Caetani, su principal adversario.

—Es divertido verlo actualmente defender con tanto valor la memoria de su tío. Pero no podemos olvidar que cuando vino a Anagni vuestro amigo Nogaret, con su caballería, para sitiar a Bonifacio, monseñor Caetani abandonó a su muy querido pariente, a quien debía el capelo, y escapó disfrazado de criado. Parece haber nacido para la felonía como otros han nacido para el sacerdocio —declaró Duéze.

Sus ojos, animados por una pasión de viejo, brillaban en el fondo de su cara seca y hundida.

Según él, el cardenal Caetani era capaz de las peores fechorías; tenía el diablo en el cuerpo...

—..y el demonio, como vos sabéis, puede introducirse en todas partes; nada debe de serle más placentero que asentarse en nuestros colegios.

Los dos Colonna, animados por un odio ancestral contra todo lo que oliera a Caetani aprobaron calurosamente.

—Bien sé —agregó Duéze— que el trono de San Pedro no debe estar indefinidamente vacío, y que ello es malo para el universo. Pero, ¿qué puedo hacer? Me he ofrecido a aceptar esta carga. Si Dios, al designarme, quiere elevar al menos digno al sitio más alto, me someto a su voluntad. ¿Qué más puedo hacer, messire de Bouville?

Después de esto, entregó a la princesa Clemencia, como regalo de boda, un ejemplar ricamente iluminado de la primera parte de su Elixir, tratado de ciencia hermética, del que era dudoso que la joven princesa pudiera comprender ni una línea.

Luego se fue, rápido y a saltitos, seguido de sus prelados, diáconos y pajes. Llevaba ya una vida de papa, y, hasta el límite de sus fuerzas, trataría de impedir la elección de cualquiera que no fuera él.

Al día siguiente, cuando el cortejo principesco avanzaba por el camino de Valence, Clemencia preguntó a Bouville de improviso:

—¿De qué murió madame Margarita de Borgoña?

—De la dureza de la prisión, señora, y de la tristeza de sus faltas, sin duda.

—¿Qué quiso decir el cardenal sobre una mano firme que habría ayudado a la Providencia?

Hugo de Bouville se turbó levemente. Por su parte, se resistía a dar crédito a los rumores que circulaban sobre la muerte de Margarita.

—El cardenal es un hombre extraño —dijo—. Se diría que se expresa siempre por enigmas latinos. Sin duda se debe a que ha estudiado tanto. Confieso que no puedo seguirlo en todos los recovecos de su espíritu. Supongo que quería decir que la cárcel es un régimen severo, si el carcelero es cumplidor, y que puede llegar a acortar la vida de una mujer...

El recrudecimiento de la lluvia vino a sacarlos de esta conversación. Fue necesario afirmar las cortinas de cuero de la litera.

Arrellanada sobre los cojines, traqueteada por el paso de las mulas, cercada por el ruido del agua crepitante e incansable, Clemencia de Hungría pensaba en Margarita.

«Así, la felicidad que me proponen —se decía— la debo a la muerte de otra mujer.» Se sentía inexplicablemente unida a aquella desconocida, aquella reina a quien iba a suceder, y cuyo pecado y castigo le causaban tanto espanto como piedad.

«Sus pecados ocasionaron su muerte, y su muerte me hace reina», pensaba Clemencia. Veía en esto una condena que la alcanzaba a ella misma, y todo le parecía presagio de desgracias. La tempestad, la herida de Guccio y aquella lluvia que se convertía en una calamidad... eran otros tantos signos nefastos.

Los pueblos que atravesaban tenían un aspecto desolado. Después de un invierno de hambre, cuando las mieses prometían buenas cosechas y los campesinos

comenzaban a cobrar ánimos, unas terribles tormentas se llevaron en unos días sus esperanzas. El agua que caía persistentemente lo pudría todo.

El Durance, el Drôme y el Isère aumentaban su caudal, y el Ródano, a lo largo del cual marchaban, había adquirido con su crecida una peligrosa fuerza. A veces se veían obligados a apartar del camino un árbol abatido por la tempestad.

Para Clemencia era penoso aquel contraste entre la Campania del cielo siempre azul, con sus huertos cargados de frutos de oro, y aquel valle devastado, con sus aldeas siniestras medio despobladas por el hambre.

«Y sin duda más al norte será peor. Voy a un país duro.»

Hubiera querido aliviar tanta miseria, y constantemente hacía detener la litera para dar limosna. Bouville se vio forzado a interponerse y se dedicó a aplacar aquel ardor de bondad.

—Si dais a este ritmo, señora, no tendremos bastante para llegar a París.

En Vienne, en casa de su hermana Beatriz, casada con el soberano del Delfinado, fue donde se enteró de que el rey Luis X acababa de partir para la guerra contra los flamencos.

—Señor, Dios mío —murmuró—, ¿voy a ser viuda aún antes de haber visto a mi esposo? ¿Y no he de ir a Francia más que para acompañar al infortunio?

V.- El rey toma la oriflama

Antiguamente, Enguerrando de Marigny había sido acusado de haberse vendido a los flamencos, negociando con ellos un tratado de paz que los favorecía. Este era al menos el primero de los cuarenta y un cargos contra él.

Ahora bien, en cuanto Marigny fue colgado en las cadenas de Montfaucon, el conde de Flandes rompió el tratado. Para eso obró de la manera más sencilla: se negó, a pesar de que fue requerido, a ir a París para rendir homenaje al nuevo rey. Al mismo tiempo dejó de pagar las tasas y reafirmó sus reivindicaciones territoriales sobre Lila y Douai.

Ante esta noticia, el rey Luis X se dejó llevar por una de aquellas cóleras dementes, por las cuales creía mostrar su realeza, y que le valieron el sobrenombre de el Turbulento; su ira superó en violencia a cuantas hasta entonces había mostrado. Durante horas estuvo dando vueltas en su gabinete como un tejón en una jaula. Con los cabellos desordenados, las mejillas encendidas y el cuello empapado en sudor, rompía los objetos que encontraba a mano, derribaba los asientos a patadas, y no cesaba de proferir palabras sin sentido, interrumpidos solamente sus alaridos por accesos de tos que lo doblaban sobre sí mismo.

—¡La subvención! —gritaba—. ¡Horcas, necesito horcas! Restableceré la subvención. ¿Y qué hace madame de Hungría? ¡Que se apresure! ¡De rodillas! ¡De rodillas el conde de Flandes! ¡Y mi pie sobre su cabeza! ¿Brujas? ¡Fuego, le prenderé fuego!

Todo lo mezclaba: el nombre de las ciudades rebeldes, la amenaza de castigos, hasta la tempestad que retrasaba la llegada de su nueva esposa. Pero la palabra que pronunciaba con más frecuencia era la de subvención, porque unos días antes, acababa de levantar, por consejo de Carlos de Valois, el impuesto extraordinario destinado a cubrir los gastos de la expedición ordenada por su padre el año anterior.

Comenzó entonces, sin osar decirlo abiertamente, a lamentar la desaparición de Marigny por la manera que tenía de tratar esta clase de rebeliones. Así por ejemplo, cuando respondió al abad Simón de Pisa, que le informaba, un verano, de que los flamencos estaban muy enardecidos: «Este gran ardor no me asombra, hermano Simón; es efecto del calor. También nuestros señores son ardientes y enamorados de la guerra... Y verdaderamente, sabed que el reino de Francia no se deja despedazar por palabras; necesita obras.» Hubiera querido emplear de nuevo el mismo tono; desgraciadamente, el hombre que podía hablar así ya no pertenecía a este mundo.

Envalentonado por Valois, que no se cansaba de mostrar su ardor bélico, el Turbulento se puso a soñar en proezas. Iba a reunir el ejército mayor que jamás se hubiera visto en Francia; caería como el águila sobre los flamencos rebeldes; cortaría en pedazos a unos cuantos miles, desollaría a los demás, hasta reducirlos a la

impotencia en una semana, y allí donde Felipe el Hermoso no había podido nunca triunfar por entero, demostraría él lo que era capaz de hacer. Ya se veía de regreso, precedido por los estandartes del triunfo, repletos sus cofres de nuevo con el botín y los tributos impuestos a las ciudades, sobrepasando la memoria de su padre y borrando los infortunios de su primer matrimonio. Luego, con el mismo arrojo en medio de las ovaciones populares, llegaría al galope como príncipe vencedor y héroe de la batalla, a recibir a su nueva esposa y conducirla al altar y a la consagración.

Se hubiera podido tener piedad de él, por la compasión que siempre inspira la estupidez, si no hubiera sido el encargado de regir los destinos de Francia y de sus quince millones de almas.

El 23 de junio reunió el consejo de los Pares, tartamudeó, pero con violencia, hizo declarar felón al conde de Flandes y decidió convocar el ^eost real para el primero de agosto, en Courtrai.

La elección de esta ciudad no era la más acertada; el nombre de Courtrai evocaba la derrota.

Ahora bien, en cosas de guerra, hay que tener muy en cuenta los precedentes; las catástrofes se reproducen generalmente en los mismos lugares.

Para el mantenimiento del formidable ejército que quería reunir, Luis X se encontraba materialmente falto de dinero. Su Consejo tuvo que recurrir a los mismos expedientes que empleaba Marigny, y la gente se preguntaba si había sido necesario ordenar la muerte del antiguo rector del reino para seguir sus métodos, aplicándolos peor.

Se dio libertad a todos los siervos que podían pagarla; se permitió nueva llegada de judíos a las villas reales mediante una abrumadora tasa sobre su derecho de estancia y comercio; se redujeron los privilegios a los banqueros y comerciantes lombardos^f, al mismo tiempo que se instituía primero una, luego dos tasas suplementarias sobre todas las transacciones, a despecho de las seguridades dadas por el conde de Valois a sus prestamistas. Los lombardos, desde entonces, miraron al nuevo reinado mucho menos favorablemente.

Se quiso igualmente hacer tributar al clero; pero éste se negó argumentando que la Santa Sede estaba vacante y que no se podía tomar ninguna decisión mientras no hubiera papa; luego, tras largas negociaciones, consintieron en dar una ayuda con carácter excepcional, pero sólo como contrapartida de exenciones y franquicias que finalmente costaron más caras al Tesoro que los subsidios obtenidos.

La leva del ejército se hizo sin dificultad, e incluso fue llevada con cierto entusiasmo por los barones, que se aburrían en sus posesiones y a quienes agradaba la idea de sacar sus corazas y correr la aventura.

Entre el pueblo había menos alegría.

—¿No basta —decían las comadres— que esté todo el mundo medio muerto de

hambre para que todavía tengamos que dar nuestros hombres y nuestro dinero para la guerra del rey?

A los soldados se les atraía con la esperanza del botín y los días de pillaje y violación; para muchos hombres la guerra era una manera de cortar la monotonía de la labor diaria y la preocupación de alimentarse. Nadie quería mostrarse cobarde, y los sargentos reales sabían llamar al deber a los campesinos, decorando los árboles de los caminos con algunos ahorcados.

La mayor parte de las ordenanzas de Felipe el Hermoso relativas a la organización del ejército seguían en vigor, gracias a la obstinación del condestable, y probaron, una vez más, su eficacia. Todo hombre válido entre los dieciocho y sesenta años se debía al ejército, salvo si se rescataba por una contribución pecuniaria o ejercía un oficio considerado indispensable.

La movilización se efectuaba siguiendo una ordenación esencialmente territorial. El caballero, e incluso el escudero, no iban nunca solos a la guerra. Eran acompañados por criados de armas y gente de a pie. Dueños de sus caballos, de su armamento y del de sus hombres, debían enrolar su tropa entre los vasallos, súbditos o siervos de su feudo. La concesión de la caballería correspondía a un aumento de grado e iba ligada a obligaciones militares bien definidas. El simple caballero, una vez equipada y reunida su gente, se unía al caballero de grado superior, generalmente un caballero con pendón, su inmediato señor feudal. Los caballeros con pendón agrupaban a caballeros de bandera o bannerets, los cuales a su vez estaban bajo las órdenes de caballeros de doble bandera, jefes de grandes unidades tácticas reclutadas en la jurisdicción de su baronía o su condado.

La mesnada del conde Felipe de Poitiers, hermano del rey, se presentaba por sí sola como un cuerpo de ejército imponente, ya que congregaba las tropas del Poitou y las del condado de Borgoña; además estaban agregadas administrativamente a ellas diez banderas entre las cuales se contaban la del conde de Evreux, tío del rey, la del conde Juan de Beaumont, hijo del gran Joinville, y hasta la del condestable Gaucher de Chatillon con las tropas que procedían de su condado de Porcien.

No sin razón Felipe el Hermoso había confiado a su segundo hijo, aun antes de que éste tuviera veintiún años, un mando militar tan importante; la bandera de Poitiers equilibraba en cierto modo a la del conde de Valois bajo la cual se agrupaban las tropas de Valois, de Anjou y del Maine.

Otra gran unidad era, desde luego, la levantada sobre los dominios reales propiamente dichos. A ella pertenecía Roberto de Artois por su castellanía de Conches-en-Quehe y por su condado de Beaumont-le-Roger siempre prometido, jamás entregado.

Las ciudades no estaban sujetas a menor contribución que el campo. Para este ejército de Flandes, París tuvo que proporcionar cuatrocientos caballeros y dos mil

hombres de a pie, cuya soldada sería asegurada por los burgueses mercaderes de la Cité, de quincena en quincena. Las carretas y los caballos necesarios para el equipaje habían sido requisados en los monasterios.

El 24 de julio de 1315, después de algún retraso, como ocurría siempre, Luis X tomó en Saint-Denis, de manos del abad Egidio de Chambly, que era su guardián por función, la oriflama de Francia, larga banda de seda roja, bordada de llamas de oro, a las cuales debía su primer nombre de or-y-flambe y fijada sobre un asta de cobre dorado.

A ambos lados de la oriflama, venerada igual que una reliquia, flotaban las dos banderas del rey, a la derecha la azul flordelisada y a la izquierda, la de la cruz blanca.

El ejército se puso en marcha con todos los contingentes llegados del oeste, del sur y del sudeste; los caballeros languedocianos, las tropas de Normandía y de Bretaña. Las mesnadas del ducado de Borgoña y de Champaña, las de Artois y Picardía se reunirían en el camino, en San Quintín.

El día fue uno de los raros soleados en aquel verano infecto. La luz centelleaba en los millares de lanzas, cascos de acero, cotas de malla y escudos de combate pintados en vivos colores.

Los caballeros se mostraban sus últimas adquisiciones en materia de armaduras, una nueva forma de bacinete que aseguraba mejor el casco sobre la cabeza, una hendidura del yelmo que permitía más campo de visibilidad, o alguna hombrera más amplia que, colocada en la espalda la protegía de los golpes de maza o hacía desviar el tajo de las espadas.

Varias leguas detrás de los guerreros avanzaban multitud de carretas de cuatro ruedas que transportaban los víveres, fraguas, aprovisionamientos y toda clase de mercaderes autorizados a seguir al ejército, y las muchachas alegres conducidas por los patrones de los burdeles. Todo esto avanzaba en una sorprendente atmósfera de heroísmo y verbena.

Al día siguiente la lluvia comenzó a caer de nuevo penetrante, reblandeciendo los caminos, abriendo rodadas, chorreando en los cascos, colándose bajo las corazas, y alisando el pelo de los caballos. Cada hombre pesaba tres kilos más.

Y los días siguientes, lluvia, siempre la lluvia.

El ejército de Flandes no llegaba nunca a Courtrai. Se detuvo en Bonduis, cerca de Lila. El crecido Lys cerraba todo paso, se desbordaba por los campos, borraba los caminos, empapaba la tierra arcillosa. Como no se podía avanzar más, se estableció el campamento en aquel lugar, bajo el diluvio.

VI.- El ejército embarrado

En el interior del amplio pabellón real, todo él bordado de flores de lis, pero donde se chapoteaba como en todas partes, Luis X, rodeado de su hermano menor Carlos, hecho hacía poco conde de La Marche, de su tío el conde de Valois y de su canciller Esteban de Mornay, escuchaba al condestable Gaucher de Châtillon, que le exponía la situación. El informe no tenía nada de halagüeño.

Châtillon, conde de Porcien y señor de Crévecoeur, era condestable desde 1284, es decir, desde comienzos del reinado de Felipe el Hermoso. Había presenciado el desastre de Courtrai, la victoria de Mons-en-Pévèle, y muchas otras batallas en aquella frontera del norte siempre amenazada, donde se encontraba por sexta vez en su vida. Tenía sesenta y cinco años. Era hombre de mediana estatura, bien constituido, a quien ni los años ni las fatigas habían debilitado. Con su arrugado cuello emergiendo de la armadura, los párpados semicerrados y la manera que tenía de volver la cabeza, lentamente de derecha a izquierda, tenía aspecto de tortuga. Daba la impresión de ser lento porque era reflexivo. Su fuerza física y su valor en el combate imponían tanto respeto como su competencia estratégica. Conocía la guerra demasiado de cerca para amarla; la consideraba sólo como una necesidad política; no se vanagloriaba, ni escondía sus opiniones.

—Sire —dijo—, la carne y los víveres no llegan al ejército, pues los carros están atascados en los baches, a seis leguas de aquí, y los tiros de los caballos se rompen cuando se intenta desatascarlos.

Los hombres comienzan a encolerizarse por el hambre; las mesnadas que todavía disponen de alimento han de defender sus reservas de las que ya no tienen nada; los arqueros de la Champaña y los de Perche han llegado a las manos, y sería bien lamentable que nuestros soldados se dedicaran a luchar entre sí antes de haberse enfrentado al enemigo. Voy a verme obligado a levantar algunas horcas, cosa que no me gusta nada. Pero las horcas no llenan el estómago. Tenemos ya más enfermos de los que pueden curar los barberos-cirujanos; pronto serán los capellanes quienes tendrán mayor trabajo. Llevamos así cuatro días y el tiempo no muestra perspectivas de mejora.

Dos días más y se declarará el hambre, y nadie podrá impedir que los hombres deserten para ir en busca de pitanza. Todo está enmohecido, todo está podrido, todo está oxidado...

Para probarlo, sacudió el gocete de acero chorreando que se había quitado al entrar.

El rey caminaba en círculo por la tienda, nervioso, ansioso, agitado. Fuera se oían ruidos y chasquidos de látigo.

—¡Que cese ese barullo, aquí no nos entendemos! —gritó el Turbulento.

Un escudero levantó la puerta de la tienda; la lluvia continuaba cayendo torrencialmente y formaba otra cortina delante de la tienda. Treinta caballos, hundidos en el barro hasta los corvejones, tiraban de un enorme tonel que no conseguían arrastrar.

—¿Adónde lleváis ese vino? —preguntó el rey a los carreteros que chapoteaban en el fango.

—A Monseñor de Artois, Sire, respondió uno de ellos.

El Turbulento los miró un instante con sus grandes ojos glaucos, movió la cabeza y se volvió sin añadir palabra.

—¿Qué os decía, Sire? —continuó Gaucher—. Tal vez tengamos para beber hoy, pero mañana no contéis ya... ¡Ah!, debería haberos rogado más insistentemente que siguierais mi consejo. Mi opinión era suspender antes la marcha y consolidarnos en cualquier altura, en lugar de venir a hundirnos en este cenagal. Monseñor de Valois y vos mismo insististeis en que siguiéramos adelante. Temí que se me tomara por cobarde, culpando a mi edad, si impedía avanzar al ejército.

Me equivoqué.

Carlos de Valois se preparaba a replicar, cuando el rey preguntó:

—¿Y los flamencos?

—Están enfrente, en la otra orilla del río también en gran número y creo que no más felices; pero más cerca de sus abastecimientos y apoyados por el pueblo de sus burgos y aldeas. Aunque mañana descienda el agua, estarán mejor preparados para atacarnos que nosotros para asaltarlos.

Carlos de Valois se encogió de hombros.

—Vamos, Gaucher, la lluvia os ha ensombrecido el humor —dijo—. ¿A quién haréis creer que una carga de caballería no dará buena cuenta de esa banda de tejedores? En cuanto vean nuestro muro de corazas y nuestro bosque de lanzas, se dispersarán como gorriones.

El conde, a pesar del barro que lo cubría, estaba soberbio con su cota de armas de seda, bordada en oro, pasada por encima de su traje de mallas, y la verdad es que parecía más rey que el mismo rey. Primo de todo el mundo, lo era también del condestable, pues se había casado en terceras nupcias con una Châtillon.

—Bien se ve, Carlos —replicó Gaucher—, que no os encontrabais en Courtrai hace tres años.

Estabais entonces guerreando en Italia, por el papa. Yo vi a esa banda de tejedores, como vos la llamáis, dejar malparados a nuestros caballeros que se habían apresurado demasiado, tirarlos de su montura, y acuchillarlos dentro de su armadura, sin dignarse hacer prisioneros.

—Entonces, será preciso creer que faltaba yo —dijo Valois con la suficiencia que sólo él era capaz de mostrar—. Esta vez estoy aquí.

El canciller de Mornay susurró al oído del joven conde de La Marche:

—No tardará mucho en saltar la chispa entre vuestro tío y el condestable; en cuanto se encuentran uno frente al otro, los ataca la cólera sólo con mirarse.

—¡La lluvia, la lluvia! —repetía Luis con rabia—. ¿Ha de estar todo siempre contra mí?

Una salud inestable, un padre genial pero avasallador, cuya glacial autoridad lo había aplastado durante veinticinco años, una mujer infiel y escandalosa, ministros hostiles, un Tesoro vacío, vasallos revoltosos, un desolador invierno en el año que empezaba su reinado, una tempestad que amenazaba con llevarse a su segunda mujer... ¿Bajo qué espantosa discordia de planetas, que los astrólogos no se atrevían a revelar, debía de haber nacido, para encontrar la adversidad en cada decisión, en cada empresa, y acabar vencido, no en la batalla, noblemente, sino por el agua y el barro en que acababa de hundirse su ejército?

En aquel momento le anunciaron que una delegación de los barones de la Champaña, dirigida por el caballero Esteban de Saint-Phalle, quería la revisión de la carta de privilegios que se les había concedido el mes de mayo, y amenazaban con abandonar el ejército si no se les daba satisfacción inmediata.

—¡Saben elegir bien el día! —exclamó el rey.

—Cuando se empieza a soltar el hilo —dijo Gaucher, moviendo su cabeza de tortuga—, es de esperar que se deshaga todo el ovillo.

Cada bandera del ejército presentaba su particular fisonomía, que reflejaba tanto los caracteres de su provincia de origen como la personalidad de sus jefes. En la del conde de Poitiers existía una severa disciplina; la alineación de las tiendas era rigurosa; las calles despejadas y terraplenadas en lo posible, los centinelas espaciados regularmente, y no faltaban víveres; al menos todavía no. Cuando los carruajes comenzaron a atascarse, el conde de Poitiers ordenó repartir los víveres y cargar con ellos a los hombres de a pie. Estos, al principio, renegaron de su suerte; ahora bendecían a monseñor Felipe.

De la misma manera que apreciaba el orden, Poitiers apreciaba igualmente la comodidad.

Cien criados habían cavado canales de desagüe antes de plantar su pabellón sobre un suelo de leños donde se podía estar casi libre de humedad. Esta tienda, tan rica y amplia como la del rey, tenía varios departamentos separados por tapices. A la misma hora en que su hermano se encolerizaba contra la delegación de la Champaña, Felipe de Poitiers, sentado sobre su asiento de campo, con la espada, escudo y yelmo al alcance de la mano, conversaba tranquilamente con sus principales capitanes.

Dirigiéndose a un bachiller⁷ de su séquito, le preguntó:

—Herón, ¿habéis leído, como os pedí, el libro de ese florentino...?

—Dante Alighieri...

—...Sí, ése... que trata tan mal a mi familia, según me han dicho. Era protegido de Carlos Martel de Hungría, padre de esa princesa Clemencia que pronto tendremos por reina. Me gustaría saber qué cuenta en su poema.

—Lo he leído, monseñor, lo he leído —respondió Adán Herón—. Messer Dante imagina en el comienzo de su comedia que a los treinta y cinco años de edad se pierde en un bosque sombrío, cuyo camino está cerrado por espantosos animales, por lo cual comprende que se ha extraviado fuera del mundo de los mortales...

Los barones que rodeaban al conde de Poitiers se miraron sorprendidos. El hermano del rey no dejaría jamás de asombrarlos. En medio de un campamento guerrero y en el estado en que se encontraban, de repente no tenía otra ocupación que conversar sobre poesía, como si se hallara junto al fuego en su casa de París. Sólo el conde de Evreux, que conocía bien a su sobrino y que, desde que estaba a sus órdenes lo apreciaba cada día más, había comprendido su finalidad. «Felipe intenta distraer a sus caballeros de esta nefasta inactividad —se decía— y antes de dejarles calentar los cascos, los induce a soñar en espera de llevarlos a combatir.»

Porque ya Anseau de Joinville, Goyon de Bourcay, Juan de Beaumont, Pedro de Caranciere y Juan de Clermont se habían sentado sobre los cofres y escuchaban, con ojos brillantes, el relato del Dante según el bachiller Herón. Aquellos hombres rudos, bestiales a veces en su modo de vivir, se sentían sobrecogidos por lo misterioso y sobrenatural, y dispuestos siempre a acoger lo maravilloso. Las leyendas les seducían. No dejaba de ser un extraño espectáculo ver aquella asamblea de toscos guerreros, vestidos de hierro, que seguían con pasión las sabias alegorías del poeta italiano, inquietos por saber quién era aquella Beatriz amada con tan grande amor; que gemían ante el recuerdo de Francesca de Rimini y Paolo Malatesta, y se estremecían de repente al escuchar que Bonifacio VIII, en compañía de otros papas, se encontraba en el decimotercero círculo del infierno, en la fosa de los embusteros y simoníacos.

—Buena manera se ha imaginado el poeta de vengarse de sus enemigos y manifestar sus quejas —dijo Felipe de Poitiers, riendo—. ¿Y dónde ha colocado a mi familia?

—En el purgatorio, monseñor —respondió el bachiller, quien, a petición de todos, fue a buscar el volumen copiado sobre grueso pergamino.

—Entonces, leednos lo que dice sobre ella, o más bien traducid para los que entre nosotros no entienden la lengua de Italia.

—No me atrevo, monseñor...

—Hacedlo, no temáis. Me interesa saber qué piensan de nosotros los que no nos quieren.

—Messer Dante imagina que encuentra una sombra que gime fuertemente. Pregunta a esta sombra la causa de su dolor, y he aquí la respuesta que obtiene:

*Raíz fui yo de esa nociva planta
Cuya funesta sombra se proyecta
De modo tal en la cristiana tierra
Que raramente frutos bien se logran.
Si Brujas, Gante, Lila, Duai pudieran,
Sangrienta su venganza tomarían;
Supremo Juez, yo pido esa venganza.*

—Parece profético y se adapta perfectamente al momento presente —dijo el conde de Poitiers—.

Ese poeta conoce bien nuestras dificultades en Flandes. Continúad...

*Hugo Capeto en la tierra me llamaron,
De mí nacieron los Luises y Felipes
Que desde ha poco sobre Francia reinan.
De un carnicero de París soy hijo,
Y cuando los viejos reyes se extinguieron
menos uno todos, monje en el claustro...*

—Eso es falso por entero —interrumpió el conde de Poitiers, estirando sus largas piernas—. Es una infame leyenda que han hecho correr en estos tiempos para perjudicarnos. Hugo era duque de Francia^g.

Durante todo el tiempo que duró la lectura, no dejó de comentar con calma, a veces con ironía, los feroces ataques que el poeta italiano, ilustre ya en su país, dirigía contra la casa real.

Dante acusaba a Carlos de Anjou, hermano de San Luis, no sólo de haber asesinado al legítimo heredero del trono de Nápoles, sino también de haber hecho envenenar a Santo Tomás de Aquino.

—También quedan bien servidos nuestros primos de Anjou —dijo a media voz el conde de Poitiers.

Sin embargo, el príncipe francés contra quien Dante se lanzaba con mayor violencia, aquel para quien reservaba sus peores invectivas, era otro Carlos, que había ido a devastar a Florencia y traspasarla por el vientre —escribía el poeta— «con la lanza con la que combatió Judas».

—¡Vaya, pero si se trata de mi tío Carlos de Valois y de su gran cruzada toscana, cuando era vicario general de la cristiandad! Esta es la razón de tan tremenda

venganza. Parece que monseñor Carlos no nos conquistó buenos amigos en Italia^h. Los asistentes se miraron, no sabiendo qué actitud tomar. Cuando vieron que Felipe sonreía, pasándose su pálida y larga mano por la cara, se atrevieron a reír. No querían mucho a monseñor de Valois en el séquito de Poitiers.

Pero no era sólo Dante quien detestaba a los príncipes de Francia. Tenía también otros enemigos igualmente tenaces, y hasta en las filas del ejército.

A doscientos pasos del pabellón del conde de Poitiers, bajo una tienda de campo de los caballeros del condado de Borgoña, el señor Juan de Longwy de pequeña estatura y de rostro seco y duro conversaba con un singular personaje vestido mitad de monje, mitad de soldado.

—Las noticias que me traéis de España son buenas, hermano Everardo —decía Juan de Longwy—, y me complace escuchar que nuestros hermanos de Castilla y de Aragón han recuperado sus encomiendas. Ellos tienen más suerte que nosotros, que debemos seguir actuando en la oscuridad.

Juan de Longwy era sobrino del Gran Maestre de los Templarios, Jacobo de Molay, de quien se consideraba heredero y sucesor. Había jurado vengar a su tío y rehabilitar su memoria. La muerte prematura de Felipe el Hermoso, con la cual se cumplía la triple y famosa maldición, no había aplacado su odio; lo traspasó a los herederos del Rey de Hierro, a Luis X, a Felipe de Poitiers y a Carlos de la Marche. Longwy creaba a la Corona cuantos trastornos podía. Participaba en las ligas baroniales, y al mismo tiempo se esforzaba en reagrupar secretamente la Orden de los Templarios manteniéndose en relación con los hermanos fugitivos, por los cuales se había hecho reconocer Gran Maestreⁱ.

—Deseo de todo corazón la derrota del rey de Francia —continuó—, y sólo me he unido a este ejército con la esperanza de verlo caer, a él y a sus hermanos, bajo un buen golpe de espada.

Everardo, antiguo caballero del Temple, delgado, desgalichado, con los ojos negros muy juntos y cojo debido a las torturas sufridas, respondió:

—Que vuestros deseos se realicen, maestre Juan, a ser posible mediante Dios, y si no por el diablo.

—No me llaméis maestre, aquí no —dijo Longway.

Levantó bruscamente la cortina de la puerta para asegurarse de que no los espían y alejó con un pretexto cualquiera a dos criados que no hacían otro mal que resguardarse de la lluvia bajo el saledizo de la tienda. Luego se volvió a Everardo:

—No tenemos nada que esperar de la corona de Francia. Sólo un nuevo papa podría restablecer la Orden, y devolvernos nuestras encomiendas de aquí y de ultramar. ¡Ah, feliz el día en que eso llegue, hermano Everardo!

La caída de la Orden se remontaba sólo a ocho años, su condena a menos todavía, y no hacía más que dieciséis meses que Jacobo de Molay había muerto en la hoguera.

Los recuerdos estaban frescos; las esperanzas, vivas. Longwy y Everardo podían soñar todavía.

—En fin, hermano Everardo —prosiguió Longwy—, ahora iréis a Bar-sur-Aube, donde el capellán del conde de Bar, que es casi de los nuestros, os dará algún empleo para que no tengáis necesidad de esconderos más. Luego partiréis a Aviñón, desde donde me han informado que el cardenal Duéze, que es hechura de Clemente V, vuelve a tener grandes posibilidades de ser elegido, lo cual debemos evitar a toda costa. Buscad al cardenal Caetani que también está decidido a vengar a su tío el papa Bonifacio.

—Apuesto a que me acogerá bien cuando sepa que yo ayudé a enviar a Nogaret al otro mundo. ¡Vais a formar la liga de los sobrinos!

—Justamente, Everardo, justamente. Ved, pues, al cardenal Caetani y decidle que nuestros hermanos de España e Inglaterra y todos los escondidos de Francia lo desean y eligen en su corazón como papa y están dispuestos a apoyarlo no sólo con plegarias sino por todos los medios. Yo hablo en su nombre. Vos os pondréis a las órdenes del cardenal para lo que os solicite. Ved también al hermano Juan del Pré, que se encuentra allí y podrá seros de gran utilidad. Y durante el camino no olvidéis averiguar si se encuentran en los alrededores algunos de nuestros antiguos hermanos.

Procurad reunirlos en pequeñas compañías, y hacedles repetir sus juramentos, como vos sabéis.

Idos, hermano mío; este salvoconducto, que os convierte en hermano capellán de mi mesnada, os ayudará a salir del campo sin que os hagan preguntas.

Le tendió un papel que el antiguo caballero templario deslizó bajo el gambesón de cuero que cubría hasta las caderas su hábito de sayal.

—Sin duda necesitaréis algunos denarios —dijo Longwy.

—Sí, maestro.

Longwy sacó de su bolso dos piezas de plata; Everardo le besó la mano y se marchó, cojeando, bajo la lluvia.

Conforme atravesaba la mesnada de Francia oyó en una calle gritos y risas. Una mujer ampliamente escotada y que abrigaba sus rojos cabellos con la falda arremangada, corría entre las tiendas perseguida por soldados alborotados. En la parte trasera de una carreta cubierta, otra mujerzuela ofrecía su mercancía. Everardo se paró y quedó inmóvil un momento, atento sólo a su propia emoción. Las ocasiones de ceder a los deseos de la carne no eran frecuentes. Lo que le hacía dudar no era tanto el emplear para tal fin el óbolo de maestro Juan como el poco tiempo transcurrido entre el donativo y su uso. ¡Bah! ya mendigaría para seguir su camino. El pan se obtiene de la caridad más frecuentemente que el placer. Y se dirigió a la carreta de la mujer...

Muy cerca se levantaba una alta tienda roja bordada con los tres castillos de

Artois, pero sobre la cual flotaba la bandera de Conches.

El campamento de Roberto de Artois no se parecía en nada al del conde de Poitiers. Aquí, a pesar de la lluvia, todo era ruido, movimiento, agitación, idas y venidas en un desorden tan general que parecía estudiado. Daba la impresión de un mercado al aire libre más que de un campamento de guerra. El hedor a cuero mojado, a vino agrio, a estiércol y a excrementos ofendía el olfato.

El de Artois había alquilado a los mercaderes que acompañaban al ejército una parte de los campos asignados a su mesnada. Quien deseara comprar un nuevo tahalí, reemplazar la hebilla de su yelmo, encontrar codales de hierro o hacer reparar su cota desgarrada, o simplemente echarse un trago de cerveza o de aguapié debía dirigirse allí. El ocio en los soldados favorece el gasto. Había feria ante la puerta de messire Roberto, quien se había ingeniado igualmente para tener a su lado las muchachas alegres de manera que pudiera obsequiar a sus amigos.

A los arqueros, ballesteros, palafreneros, escuderos y criados, los había apartado y se cobijaban en cabañas de ramaje o incluso bajo las carretas.

En el interior de la tienda roja no se hablaba de poesía. Constantemente estaba abierto el tonel de vino, los cubiletes circulaban en medio de la algazara, los dados rodaban sobre la tapa de los grandes cofres; el dinero se jugaba de palabra, y más de un caballero había perdido lo que le hubiera costado eximirse de la obligación de combatir.

Una cosa se advertía claramente: a pesar de que Roberto sólo mandaba las tropas de Conches y de Beaumont-le-Roger, un gran número de caballeros de Artois, que dependían de la mesnada de la condesa de Mahaut, estaban permanentemente en su tienda, donde, militarmente hablando, nada tenían que hacer.

Apoyado en el palo central de la tienda, Roberto de Artois dominaba con su colosal estatura aquella turbulencia. Con su nariz corta, las mejillas más largas que la frente, sus cabellos de león echados hacia atrás sobre la cota escarlata, se divertía jugueteando negligentemente con una maza de guerra. Sin embargo, había una herida en el alma de aquel gigante, y no sin motivo deseaba aturdirse con bebida y algazara.

—Para los míos, las batallas de Flandes no valen nada —confiaba a los señores que lo rodeaban—. Mi padre, el conde Felipe, que muchos de vosotros conocisteis y servisteis fielmente...

—¡Sí, lo conocimos!... ¡Era un hombre bravo, un valiente! —respondieron los barones de Artois.

—...mi padre murió en el combate de Fumes. En esta tienda donde estamos ahora —dijo Roberto, acompañando sus palabras con un amplio gesto circular. Y a mi abuelo, el conde Robérto...

—¡Ah, qué bravo y buen señor feudal era!... ¡Respetó nuestras buenas costumbres!... Nunca se le pedía justicia en vano...

—...cuatro años después lo mataron en Courtrai. Jamás van dos sin un tercero. Tal vez mañana, monseñores, tengáis que darme cobijo bajo tierra.

Hay dos clases de supersticiosos: los que nunca evocan la desgracia por miedo de atraerla, y los que esperan alejarla mediante un tributo de palabras. Roberto de Artois pertenecía a esta última clase.

—Caumont, lléneme otro cubilete. ¡Bebamos por mi último día! —exclamó.

—¡No queremos que eso ocurra! Os haremos muralla con nuestro cuerpo —exclamaron los barones—. ¿Quién, aparte de vos, defiende nuestros derechos?

Lo consideraban como su natural señor feudal, lo idolatraban un poco por su estatura, su fuerza, su apetito y su largueza. Todos querían parecersele, todos se dedicaban a imitarlo.

—Pues bien, ved, mis buenos señores, cómo se recompensa tanta sangre vertida por el reino —continuó—. Por haber muerto mi abuelo después de mi padre, ¡sí, por eso!... el rey Felipe encontró la ocasión de despojarme injustamente de mi herencia y dar el Artois a mi tía Mahaut, quien os trata tan bien, con todos sus malhadados Hirson, el tesorero y los demás, que os hunde a impuestos y niega vuestros derechos.

—Si mañana entramos en batalla y un Hirson se pone al alcance de mi mano, le espera algún golpe que no vendrá precisamente de los flamencos —declaró un buen mozo de grandes cejas rojizas que se llamaba señor de Souastre.

Roberto de Artois, por mucho que bebiera, conservaba la cabeza clara. Todo el vino repartido, las muchachas ofrecidas, tanto dinero gastado obedecía a una razón: el gigante trabajaba para mejorar sus asuntos.

—Mis nobles señores, en primer lugar la guerra del rey, del que somos leales súbditos, y quien, por el momento, os lo aseguro, favorece nuestras justas quejas —dijo—. Pero una vez acabada la guerra, entonces, monseñores, os aconsejo que no abandonéis las armas. Es una buena ocasión ésta de estar todos reunidos con vuestra gente. Volved así al Artois y recorred el país para cazar por todas partes a los agentes de Mahaut y azotarles las nalgas en las plazas de los burgos. Yo os apoyaré en la cámara del rey, y si es necesario, iniciaré de nuevo el proceso cuyo fallo me perjudicó tanto; y me comprometo a restaurar vuestras costumbres como en tiempo de mis padres.

—¡Así lo haremos, messire Roberto, así lo haremos!

Souastre extendió los brazos.

—Juramos —exclamó— no separarnos antes de que se cumplan nuestras demandas y de que nuestro buen señor Roberto nos haya sido dado como conde.

—¡Lo juramos! —respondieron los barones.

Hubo grandes abrazos, se llenaron otra vez los cubiletes y se encendieron las antorchas porque la tarde declinaba. Roberto de Artois se regocijaba al ver la liga de Artois, que él había fomentado, tan dispuesta a la acción. Verdaderamente sería una

tontería morir al día siguiente...

En aquel momento entró en la tienda un escudero, diciendo:

—Monseñor Roberto, los jefes de mesnada son requeridos en el pabellón real.

Cuando el de Artois entró, sin prisa, en el pabellón real, la mayor parte de los señores se encontraban ya sentados en círculo, para escuchar al condestable.

La mayoría de ellos no se habían lavado ni afeitado desde hacía seis días. Ordinariamente, no hubieran dejado pasar tanto tiempo sin bañarse. Pero la mugre formaba parte de la guerra.

Cansado de tener que repetir los mismos argumentos, Gaucher de Châtillon fue breve, y casi impertinente con respecto al soberano. Decididamente no le satisfacía aquel reyecito que zanjaba por sí mismo asuntos que hubieran merecido un consejo, y convocaba asamblea cuando hubiera debido decidir. Gaucher estaba acostumbrado a otros métodos, en los que el mando de tropas no era materia de deliberación.

Extendiendo su cota de seda azul sobre las rodillas, Valois comenzó con su tono de perorata:

—Es cierto, sire, sobrino mío, como Gaucher acaba de confirmar, que no se puede permanecer por más tiempo en este lugar donde se estropea a la vez el alma de los hombres y el pelo de los caballos. La inactividad nos aplasta tanto como la lluvia...

Se interrumpió porque el rey había dado vuelta para hablar con su chambelán, Mateo de Trye. El Turbulento pedía solamente que le sirvieran sus dulces; las dificultades lo impulsaban a chupar o masticar cualquier golosina.

—Continuad, tío mío, os lo suplico.

—Es preciso salir mañana de madrugada —prosiguió Valois—, buscar un paso río arriba, y lanzarnos sobre los flamencos para aniquilarlos antes de la tarde.

—¿Con hombres sin víveres y caballos sin forraje? —dijo el condestable.

—La victoria les llenará el vientre. Todavía pueden aguantar una jornada; un día más será demasiado tarde.

—Y yo os digo, Carlos, que vais a haceros despedazar o a ahogaros. No veo otra salida que replegar el ejército hacia alguna altura cerca de Tournay o Saint-Amand; esperar a que nos lleguen los víveres y se retiren las aguas...

—Claramente se ve, primo mío —dijo Valois—, que cobráis cien libras diarias cuando el rey cabalga con el ejército, y que os preocupa poco ver acabada la guerra.

El tono quería ser humorístico; pero el condestable, herido en lo vivo, replicó:

—Tengo el deber de recordaros, primo, que ni el rey mismo puede decidir marchar sobre el enemigo sin que dé la orden el condestable, y esta orden, en el estado actual, no será yo quien la dé.

Sabido esto, el rey puede cambiar de condestable.

Se hizo un penoso silencio. El asunto era grave. ¿Iba Luis X, para complacer a

Valois, a relevar a su jefe de los ejércitos, como había destituido a Marigny y todos los legistas de Felipe el Hermoso?

El conde de Poitiers intervino inmediatamente.

—Hermano mío, comparto por entero el consejo de Gaucher. Nuestras tropas no están en condiciones de combatir sin antes recuperar fuerzas durante una semana.

—Esta es también mi opinión —dijo el conde Luis de Evreux.

—¡Entonces, nunca se castigará a esos flamencos! —exclamó Carlos de la Marche, que siempre compartía la opinión de Valois.

El condestable echó una mirada de menosprecio al hermano menor del rey. El «ganso», como lo llamaba su propia madre, la reina Juana, había hablado.

Después de lo cual el conde de Champaña anunció que sus tropas sólo habían sido enroladas para dos semanas, y que se retirarían si no se libraba batalla al día siguiente. Valois levantó las manos cargadas de joyas, como diciendo: «Vosotros veréis.» Pero parecía ya menos determinado, y sólo el amor propio le impedía desdecirse de sus belicosas opiniones.

—Retirada o derrota, sire, he ahí el dilema —dijo Gaucher.

El rey no sabía qué partido tomar. Para él aquel gran ejército no tenía sentido, sino actuando rápidamente. Seguir la decisión de la prudencia, reagruparse en otra parte, esperar, significaba retrasar otro tanto su matrimonio y recargar un poco más sus finanzas. ¡Pero pretender vadear el río en auge y cargar al galope sobre el barro!

En realidad, él había pensado que no sería necesario cargar, y que los flamencos cederían ante el solo despliegue de un ejército tan formidable.

Roberto de Artois, que estaba sentado detrás de Valois, se inclinó hacia él y le murmuró al oído unas palabras. Valois aprobó con la cabeza, con aire indiferente. Que cada uno hiciera lo que quisiera; él se retiraba del debate.

Entonces Roberto se levantó y adelantándose tres pasos para dominar mejor a la asamblea, dijo:

—Sire, primo mío, adivino vuestra preocupación. No contáis con suficiente dinero para mantener este gran ejército inactivo. Además, os espera una nueva esposa, y todos tenemos gran prisa en verla reina, como igualmente tenemos prisa en veros coronado. Mi consejo es que no hay que obstinarse. No es el enemigo quien nos hace retroceder, sino la lluvia, en lo cual veo la voluntad de Dios, ante la que todo el mundo, por grande que sea, ha de inclinarse. Sin duda, nuestro Señor quiere advertiros que no debéis combatir antes de que seáis ungido con los santos óleos.

Obtendréis tanta gloria, primo mio, de la consagración como de una batalla venturosa. Renunciad, pues por el momento, a castigar a esos malvados flamencos, y si el temor que les habéis inspirado no basta, volveremos en igual número la próxima primavera.

En la embarazosa situación en que se encontraban, esta radical solución dada por

un hombre de cuyo valor con las armas nadie podía dudar, tuvo el apoyo de una parte de los barones y, ante todo, el del rey. Mostrando una vez más su falta de ponderación, Luis X se apresuró a aceptar la escapatoria que le ofrecía de Artois.

—Primo mío, habéis hablado con prudencia —declaró—. El cielo nos manifiesta su advertencia.

Que vuelva pues el ejército, ya que no puede continuar.

Luego, engrosando la voz para aparentar majestad, añadió:

—Pero juro ante Dios que si el año próximo sigo con vida, iré a combatir a los flamencos y sólo pactaré con ellos si se entregan a mi entera voluntad.

Luego no tuvo más pensamiento que ponerse en marcha. Fue necesario que el conde de Poitiers y el condestable se esforzaran insistentemente en hacerle tomar ciertas disposiciones indispensables, como la de mantener al menos algunas guarniciones a lo largo de la frontera de Flandes; él ya no los oía; se había marchado.

De esta dispersión Valois sacó su provecho: había mantenido incólume su heroica reputación. El de Artois, todavía más: la fallida guerra favorecía a su liga.

Tal fue la prisa del rey, contagiada a los demás, que a la mañana siguiente, faltos de carretas y sin poder sacar del barro todo el material, dieron al fuego las tiendas, muebles y todo el equipo que poseían. Así se desahogaba el ansia de destrucción.

Dejando tras de sí, sobre vastos espacios, humeantes braseros en lucha con la persistente lluvia, el ejército, hambriento y extenuado, se presentó por la tarde ante Tournay. Los asustados habitantes cerraron las puertas de la ciudad y no se insistió para que las abrieran. El rey tuvo que pedir asilo en un monasterio.

Dos días después, el 7 de agosto, estaba en Soissons, donde firmó algunas ordenanzas que ponían fin a la campaña. Encargó a su tío Valois los preparativos de la consagración, y envió a su hermano Felipe de Poitiers a Saint-Denis, a devolver la oriflama y a recoger la espada y la corona.

Los príncipes volverían a reunirse entre Reims y Troyes para ir al encuentro de Clemencia de Hungría.

Catorce días habían bastado a Luis el Turbulento para depositar en el ramo de sus segundas nupcias el inolvidable ridículo de la expedición dirigida por él a la que nadie designaba ya más que con el nombre de el ejército embarrado.

VII.- El filtro

Una ligera litera llevada por dos mulas y conducida por escuderos penetró en el gran patio de la casa de Artois, en la calle Mauconseil. Beatriz de Hirson, sobrina del canciller de Artois y primera doncella de la condesa Mahaut, descendió de ella.

Nadie se hubiera imaginado que aquella hermosa joven morena acababa de recorrer casi cuarenta leguas en dos días. Su vestido apenas estaba arrugado, y su rostro se mostraba terso y fresco como al despertar. Además, con el balanceo de la litera había dormido, bajo buenas mantas, durante una parte de la ruta. Con el pecho alto, largas piernas y avanzando con paso que parecía lento porque era grande y uniforme, se dirigió directamente al aposento de su dueña. La condesa estaba sentada a la mesa, dando fin a su segunda comida que solía tomar hacia tercia.

—Ya está hecho, señora —dijo Beatriz, tendiendo a la condesa una minúscula caja de asta.

—¿Cómo se encuentra mi hija Juana?

Con voz nasal y arrastrada y siempre vagamente irónica, aunque no hubiera motivo para ironizar, la doncella de compañía, haciendo inesperadas pausas, respondió:

—La condesa de Poitiers está tan bien, señora, como es posible. La estancia en Dourdan no le resulta demasiado penosa y se ha ganado la confianza de los guardianes. Está pálida y ha adelgazado un poco; la mantiene la esperanza y el cuidado que os tomáis por ella. (9)

—¿Y sus cabellos? —preguntó la condesa.

—Sus cabellos son de un año, señora, todavía no tan largos como los de un hombre; pero parecen crecer más espesos de lo que eran antes.

—En fin, ¿está presentable?

—Con una toca alrededor del rostro, seguramente. Y además puede ponerse trenzas postizas.

—Los postizos se quitan para el lecho —dijo Mahaut.

Consumió su potaje de guisantes con tocino a grandes cucharadas y, para aligerar el paladar, se bebió un cubilete de vino de Artois. Luego abrió la caja de asta y observó el polvo gris que contenía.

—¿Cuánto ha costado?

—Veintidós libras.

—¡Qué barbaridad! Los magos cobran cara su ciencia.

—Se arriesgan mucho.

—¿Cuánto te has guardado para ti?

—Casi nada, señora. Sólo lo necesario para comprarme el vestido escarlata que vos me prometisteis y no me habéis dado.

La condesa Mahaut no pudo contener la risa; la joven sabía cómo tratarla.

—Debes de tener el estómago vacío; prueba un poco de este pastel de pato —dijo sirviéndose una enorme tajada.

Luego, volviendo a la caja de asta, agregó:

—Creo en la virtud de los venenos para desembarazarse de un enemigo; pero no en los filtros para poner fin a una enemistad. Es idea tuya, no mía.

—Y sin embargo, os aseguro, señora, que se ha de creer en ellos —respondió Beatriz—. Este es muy bueno; no está hecho con cerebro de carnero, sino solamente con hierbas y preparado delante de mí. Fui, pues, a Dourdan, y saqué un poco de sangre del brazo derecho de doña Juana. Luego llevé esa sangre a la persona que os dije, Isabel de Fériennes, quien la mezcló con tembladera, verbena, muguete; y la señora Fériennes pronunció las palabras de conjuro, colocó la mezcla sobre un ladrillo nuevo y la hizo quemar con madera de fresno para obtener el polvo que os traigo. Ahora sólo hay que mezclarlo con alguna bebida, hacérsela beber al conde de Poitiers, y en seguida veréis cómo renace en él su amor hacia su esposa con una fuerza que lo arrollará todo. ¿No ha de venir a visitaros esta mañana?

—Lo espero. Volvió del ejército ayer tarde, y le pedí que pasara a verme.

—Entonces voy a mezclar el filtro con el hipocrás que le ofreceréis para beber. El hipocrás, que es muy fuerte en especias y de color oscuro, disimulará bien el polvo. Pero os aconsejo, señora, que volváis al lecho y os finjáis enferma, para tener la excusa de no beber. Pues no faltaría más sino que al absorber este brebaje os enamorarais de vuestra señora hija.

—Es una buena idea la de recibirlo acostada —respondió la condesa de Artois— y aparentar que estoy enferma. Así se pueden decir las cosas más directamente.

Ordenó levantar la mesa, pidió ropa de noche y se volvió al lecho. Luego hizo entrar a su canciller Thierry de Hirson y a su primo hermano Enrique de Sully que vivía con ella y trabajó con ambos en los asuntos referentes a su condado.

Poco después le anunciaron la llegada del conde de Poitiers. Este entró vestido de oscuro, como de costumbre, calzadas sus largas piernas de garza con botas flexibles y la cabeza cubierta por la caperuza con cimera, un poco ladeada.

—¡Ah, yerno mío! —exclamó Mahaut, como si viera aparecer al Salvador— ¡cuánto me alegra que hayáis venido! ¿sabéis en qué me ocupaba? Me estaba haciendo leer el estado de mis bienes, para dictar mi última voluntad. He pasado la peor noche de mi vida, triturada hasta las entrañas por la angustia de la muerte, y tenía gran temor de irme al otro mundo sin haberos mostrado mi pensamiento, porque os amo a pesar de todo, con corazón de madre.

Para prevenirse contra la sarta de mentiras que acababa de soltar, sacó el pequeño relicario en forma de medallón que siempre llevaba en el seno, sujeto a una cadena de oro, y lo besó devotamente.

—Que San Druon me proteja —dijo, deslizando el medallón por su amplio pecho.

Mahaut, bien instalada entre cojines de brocado, con las mejillas llenas y coloreadas, ancha de hombros y de carnosos brazos, tenía el aspecto de gozar de robusta salud. Tal vez lo que necesitaba era hacerse extraer una o dos pintas de sangre.

«Bueno, dejémosle representar su comedia —pensó Felipe de Poitiers—. Tanto en su naturaleza como por su aspecto, es el vivo retrato de Roberto. Se odian por ser tan iguales. Seguro que va a hablarme de él.»

No se equivocó. Mahaut comenzó en seguida a echar pestes de su malvado sobrino, de sus maniobras e intrigas y de la liga a la que él instigaba contra ella. Tanto para Mahaut como para Roberto todos los asuntos pasaban por el Artois, que se disputaban desde hacía tres años. Sus pensamientos, diligencias, amistades, alianzas, e incluso sus amores se relacionaban siempre, de algún modo, con esta lucha. Uno entraba en un clan solamente porque el otro pertenecía al clan contrario; Roberto apoyaba una ordenanza real porque Mahaut la desaprobaba; Mahaut era de antemano hostil a Clemencia de Hungría porque Roberto había apoyado esta boda. Este odio que excluía todo acuerdo, toda transacción, sobrepasaba a su motivo, y cabía preguntarse si entre gigante y gigante no había una pasión oculta, desconocida por ellos mismos, que se hubiera aplacado mejor por el incesto que por la guerra.

—Todas sus maldades adelantan mi muerte —dijo Mahaut—. He sabido que mis vasallos, reunidos por Roberto, se han juramentado en contra de mí. Ello me ha trastornado y reducido al estado en que me encuentro.

—Han jurado matarme, monseñor —dijo Thierry de Hirson.

Felipe de Poitiers se volvió hacia el canónigo-canciller y se dio cuenta de que él, y no Mahaut, estaba enfermo de miedo.

—Iba a reunirme con el ejército para poner orden en mi mesnada —prosiguió Mahaut—; había hecho sacar, como veis, mis vestidos de guerra...

Señaló hacia un rincón de la pieza, en el que se veía un imponente maniquí que soportaba un largo vestido de mallas de acero y una cota de seda bordada con las armas de Artois; al lado se hallaban los guanteletes y el yelmo.

Mahaut suspiró. Lamentaba la ocasión perdida, pues le gustaba vestirse de caballero, como un hombre.

—Después, me he enterado del fin de esta gloriosa cabalgada que ha costado al reino dinero y honra. ¡Ah! Se puede decir que vuestro pobre hermano no es muy afortunado y que cuanto emprende le sale al revés. La verdad es que, y os lo digo como lo siento, hubierais sido mejor rey que él, y es una gran pena para todos, yerno mío, que nacierais el segundo. Vuestro padre, que Dios tenga en su seno, suspiraba frecuentemente por ello.

Desde el escándalo de la Torre de Nesle y de la prisión de Juana en Dourdan, el

conde Poitiers sólo había visto a su suegra en las ceremonias públicas, como los funerales de Felipe el Hermoso o en las sesiones de la Cámara de los Pares, pero nunca en privado. Todo dentro de la mayor frialdad. Para reanudar la relación, la apertura era demasiado amplia; Mahaut no se quedaba corta en el cumplido. Invitó a su yerno a sentarse más cerca de su lecho. Hirson y Sully se retiraron hacia la puerta.

—No, mis buenos amigos, no estáis de más, pues bien sabéis que no tengo secretos para vosotros —les dijo.

Al mismo tiempo les hizo una señal para que salieran de la estancia.

Porque en aquella época, los grandes señores raramente recibían a los visitantes a solas. Sus habitaciones y salas estaban continuamente ocupadas por parientes, familiares, vasallos y sirvientes. Las entrevistas se celebraban generalmente a la vista de todos, o por lo menos, en presencia de un gentilhomme de cámara o de una dama de compañía. De ahí la necesidad de la alusión, y de las medias palabras. Cuando dos interlocutores principales se retiraban al hueco de una ventana a hablar en voz baja, los asistentes fingían despego, pero fácilmente se sentían vejados e inquietos. Toda conversación a puerta cerrada parecía una confabulación, y ésa era la apariencia que Mahaut quería dar a su entrevista con el conde de Poitiers; aunque sólo fuera para comprometerlo un poco y hacerlo entrar en su juego.

En cuanto quedaron solos, Mahaut le preguntó:

—¿Cuáles son vuestros sentimientos hacia mi hija Juana?

Como vacilase en responder, Mahaut empezó su defensa.

Verdad era que Juana de Borgoña había obrado mal, incluso muy mal, al no advertir a su marido de las intrigas de alcoba que deshonoraban a la casa real, haciéndose cómplice... voluntaria, involuntariamente, ¿quién podía decirlo?... del escándalo. Pero ella no había pecado con su cuerpo, ni había traicionado el matrimonio. Todo el mundo lo reconoció; y el mismo rey Felipe, a pesar de su enojo, así lo había creído, puesto que asignó a Juana una residencia particular, sin significar jamás que esta reclusión fuera a perpetuidad.

—Lo sé, pues estuve en el consejo de Pontoise —dijo el conde de Poitiers, que quería cortar estos amargos recuerdos.

—¿Cómo iba Juana a traicionaros, Felipe? Os ama. Sólo os ama a vos. Basta que recordéis sus gritos cuando la llevaban en aquella carreta negra: « ¡Decid a monseñor Felipe que soy inocente! » Yo, su madre, tengo todavía el corazón partido, de haber tenido que asistir a aquello. Y en los quince meses que dura su reclusión en Dourdan, y lo sé por su confesor, jamás ha salido de su boca una palabra en contra de vos; sólo frases de amor y plegarias a Dios para recuperar vuestro corazón. Os aseguro que tenéis en ella una esposa más fiel y rendida que muchas y que ha sido duramente castigada.

Echaba toda la culpa sobre Margarita de Borgoña, y eso con tanta mayor

tranquilidad, cuanto que Margarita no era de su familia y además estaba muerta. Margarita era la pecadora, la desvergonzada, y la zorra; Margarita había arrastrado a Blanca, pobre niña inconsciente, y había abusado de la amistad de Juana... por otra parte, la misma Margarita tenía sus excusas. La esperanza de ser reina no lo llena todo, ¡y qué mujer no se hubiera entristecido con el marido que le habían dado! En una palabra, Mahaut consideraba al Turbulento como el primer responsable de su propio infortunio.

—Parece que vuestro hermano como hombre no está muy bien dotado...

—Me han asegurado siempre, por el contrario, que era normal en ese aspecto; solamente un poco asustadizo o violento sobre ese asunto, pero en modo alguno impedido.

—Vos no recibís, como yo, las confidencias de las mujeres —replicó Mahaut.

Se incorporó apoyándose en las almohadas, y miró a su yerno fijamente a los ojos.

—Felipe, hablemos claro —dijo—. ¿Creéis que la heredera del trono, la pequeña Juana de Navarra, es de Luis o del galán de Margarita?

Felipe de Poitiers se frotó la barbilla por un instante.

—Mi tío Valois afirma que es bastarda —respondió—, y el mismo Luis, por su forma de alejarla de su lado, parece confirmarlo. Otros, como mi tío de Evreux o el duque de Borgoña, la creen legítima.

—Si le sucediera alguna desgracia a Luis, quien no es de salud muy fuerte, vos ocupáis el segundo puesto en la línea de sucesión. Pero si la pequeña Juana de Navarra es declarada bastarda, como nosotros creemos que es, entonces vos ocuparíais el primer puesto y seríais rey. Vos estáis hecho para reinar, Felipe.

—Quizá la nueva esposa que llega de Nápoles le dé un heredero a mi hermano.

—Si él es capaz de procrear. O si Dios le da tiempo... —dijo Mahaut, recalcando las últimas palabras.

En este momento entró Beatriz de Hirson llevando una bandeja que contenía un aguamanil cincelado, cubiletes de plata sobredorada y almendras garrapiñadas. Mahaut tuvo un gesto de impaciencia. ¡En buen momento venían a molestarla! Pero sin inmutarse ni apresurarse, la doncella de compañía llenó los cubiletes y ofreció al conde de Poitiers el hipocrás y las almendras. Mahaut tendió maquinalmente la mano hacia el otro cubilete. Pero Beatriz la miró de tal forma que se contuvo, y dijo:

—No, estoy demasiado enferma; me palpita el corazón.

Poitiers reflexionaba. Durante los últimos meses no había dejado de pensar también en la eventualidad de la sucesión. En resumidas cuentas, Mahaut le ofrecía alianza y apoyo para el caso de que Luis X muriera.

Beatriz de Hirson había salido.

—¡Ah, Felipe, salvad a mi hija Juana de la muerte, os conjuro a que lo hagáis! —

exclamó Mahaut patéticamente—. No merece tal suerte.

—¿Pero quién la amenaza? —preguntó Poitiers.

—Roberto, siempre él —respondió—. He sabido que estaba en connivencia con vuestra hermana Isabel para maquinar la pérdida de mis hijas y de Margarita. Aquí mismo vi a ese gran zorro, donde vos estáis sentado, que, con semblante compungido, vino a comunicarme mi desgracia. Yo lo creí sincero. ¡Cómo se relamía, el puto! Pero eso no le traerá felicidad, como no se la trajo a Isabel. Su marido ha perdido Escocia, y continúa revolcándose en el vicio con los ganapanes.

Calló un instante porque Poitiers acercó el cubilete a sus ojos miopes para examinar el cincelado; en seguida se apresuró a añadir:

—Pero ese diablo de Roberto aún hizo más. ¿Sabéis que el día en que encontraron muerta a Margarita en su calabozo, estuvo Roberto en Château-Gaillard a la madrugada?

—¿De veras? —dijo Poitiers, sin mostrar excesiva sorpresa.

El tenía también su información. Bebió un trago y pareció que apreciaba la bebida.

—Blanca, encerrada en la misma torre, lo oyó todo. La pobre niña, que desde entonces está como loca, me hizo llegar un mensaje al otro día... Creedme, Felipe, va a matarlas una tras otra. Su juego está claro. En este momento puede obrar a su gusto y obtenerlo todo del rey; son cómplices del mismo crimen. Basta que Roberto hable para que Luis apruebe. Ahora va a atacar a mi descendencia. Estoy sola, viuda, con un hijo demasiado joven para tener apoyo en él, y por cuya vida tiemblo como por la de mis hijas. Tantos temores y penas ¿no han de anticipar la muerte de una mujer?

De nuevo tocó el medallón del pecho.

—Dios es testigo de que no quisiera morir dejando a mis hijos a merced de ese chacal. Os suplico que llevéis a vuestra esposa junto a vos para protegerla, y demostrar al mismo tiempo que no estoy sin aliado. Porque si Juana desapareciera, o siguiera recluida, y me quitaran el Artois, en lo cual están fuertemente empeñados, entonces me vería obligada a pedir, para mi hijo, la devolución del palatinado de Borgoña, que fue la dote de Juana.

Poitiers no pudo menos de admirar la destreza con que su suegra acababa de plantar su última lanza. De esta forma el negocio quedaba claramente propuesto: «O reconciliación con Juana y os empujo al trono si queda vacante, con el fin de que mi hija sea reina de Francia; o rehusáis la reconciliación conyugal, pero entonces cambio mi postura y negocio la recuperación del condado de Borgoña contra abandono del de Artois.»

Ahora bien, el condado de Borgoña, era no solamente una inmensa posesión, sino también, por su condición de palatinado, el posible acceso a la corona electiva del imperio de Alemania.

Poitiers contempló un instante a Mahaut, monumental bajo los grandes cortinajes de brocado que pendían alrededor de su lecho.

VIII.- Una boda en el campo

El martes 13 de agosto de 1315, al despuntar el alba, los habitantes del pequeño burgo de Saint-Lyé, en la Champaña, fueron despertados por las cabalgadas provenientes del norte y del sur, por las rutas de Sézanne y de Troyes.

Primero llegaron al galope los maestresalas de la casa del rey con todo un ejército de escuderos, sumilleres y criados que desaparecieron bajo las bóvedas del castillo. Luego apareció una gran carreta de muebles y vajilla, bajo la custodia de mayordomos, plateros y tapiceros; por último, toda la clerecía de Troyes, montada sobre mulas y entonando cánticos, seguida de cerca por los mercaderes italianos que asistían habitualmente a las famosas ferias de Champaña. La campana de la iglesia empezó a tocar a vuelo; el rey iba a casarse inmediatamente en Saint-Lyé.

Entonces los campesinos empezaron a gritar «¡Noel!» y las mujeres fueron a los campos a recoger flores para desparramarlas por el suelo, como si fuera a pasar el Santo Sacramento, mientras los oficiales de la despensa real se dispersaban por los alrededores, para llevarse todo lo que podían encontrar de huevos, carne, aves de corral y peces de vivero.

Por suerte, había dejado de llover desde la noche anterior, pero el día era pesado y gris; el calor del sol, a falta de sus rayos, llegaba a través de las nubes. La gente del rey se secaba la frente, y los campesinos, mirando al cielo, anunciaban que la tormenta estallaría antes de vísperas. En el castillo se oían los golpes de los carpinteros; las chimeneas de las cocinas despedían denso humo; se descargaban grandes carretadas de paja que iba a extenderse por las salas para que sirviera de lecho a las gentes de la escolta.

Saint-Lyé no había conocido semejante bullicio desde el Grito con que el pueblo celebraba cualquier acontecimiento venturoso. (10)

Hacia la hora tercia, el rey, rodeado de sus hermanos, de sus tíos, de sus primos Felipe de Valois y Roberto de Artois, atravesó el pueblo a galope, sin responder a las aclamaciones y destrozando la alfombra de flores que hubo que reemplazar tras su paso.

Corrió una media legua más y vio aparecer de repente, en sentido contrario, el cortejo de Clemencia de Hungría.

Este cortejo, dirigido por el obispo de Troyes, Juan de Auxois, caminaba lentamente, a paso de procesión.

—¡El rey, madame, el rey! —dijo Bouville, que caminaba al lado de la litera de la princesa.

Clemencia, asomándose para mirar, le preguntó cuál de aquellos caballeros que iban a su encuentro era su futuro marido. Bouville se explicó mal, o Clemencia entendió mal la respuesta y creyó que su prometido era el conde de Poitiers, ya que se

mantenía en su montura con natural nobleza, y le pareció, en su alta delgadez, el más seductor. Sin embargo, fue el caballero de menos apostura quien puso primero pie en tierra y avanzó hacia la litera. Bouville, saltando de su caballo, se precipitó hacia él, le cogió la mano para posar en ella sus labios e, hincando la rodilla, dijo:

—Sire, he aquí a madame de Hungría.

Entonces la princesa angioquina vio al joven de grandes ojos pálidos y tez de color desvaído cuyo destino, lecho y poder, por capricho del destino, y por las intrigas palaciegas, iba a compartir.

Luis la contempló en silencio, estupefacto, hasta tal punto que, en el primer momento, Clemencia creyó no haberle agradado.

Ella fue la que se decidió a romper el silencio.

—Sire Luis —dijo—, soy para siempre vuestra servidora.

Esta palabra pareció desatar la lengua del Turbulento.

—Temía, prima mía, que vuestro retrato que me enviaron fuera engañoso y adulador —dijo—, pero veo en vos más gracia y belleza de lo que la pintura mostraba.

Y se volvió hacia su séquito como para hacerles apreciar su suerte.

Luego vino la presentación de los miembros de la familia. Un señor de gran corpulencia, vestido de oro como si fuera a participar en un torneo, abrazó a Clemencia, llamándola «sobrina mía», y le aseguró que la había visto de niña en Nápoles. Clemencia comprendió que era Carlos de Valois, el principal artífice de su boda. Luego supo que el elegante caballero que se inclinó diciéndole «hermana mía» era el mayor de sus cuñados.

De golpe los caballos de la litera se apartaron; una colosal masa humana, revestida de rojo, de la que Clemencia sólo logró ver la cabeza, tapó la luz un instante, y la princesa oyó decir:

—Vuestro primo, messire Roberto de Artois.

Reanudaron en seguida la marcha, y el rey rogó al obispo que tomara la delantera para que estuviera todo preparado en la iglesia.

Clemencia esperaba que el encuentro se hubiera desarrollado de manera muy distinta. Había imaginado que encontraría tiendas de campaña levantadas en un lugar elegido de antemano, que los heraldos de armas harían sonar por ambos lados sus trompetas, y que ella descendería de la litera para tomar un ligero refrigerio, durante el cual comenzaría a tratar a su prometido. Esperaba también que la ceremonia nupcial se celebrara al cabo de unos días, y fuera el preludio de dos semanas de festejos, con justas, juglares y trovadores, tal como era costumbre en las bodas de príncipes.

La brusquedad de este recibimiento en el bosque, en un camino de herradura, y la falta de ceremonial la sorprendieron un poco. Parecía simplemente haberse cruzado,

por casualidad, con una partida de caza. Todavía se desconcertó más cuando supo que iba a casarse inmediatamente en un castillo vecino, donde pasaría la noche, para partir al día siguiente hacia Reims.

—¿Volvéis a la guerra, mi dulce sire? —preguntó al rey, que cabalgaba a su lado.

—Ciertamente, señora, volveré a la guerra... el año próximo. Si no he perseguido más allá a los flamencos este año, dejándolos con su temor, se debe a mi prisa por venir a recibiros y concluir nuestros esponsales.

Este cumplido le pareció a Clemencia tan extraño que no supo qué pensar. Iba de sorpresa en sorpresa. Aquel rey tan impaciente por unirse a ella, que licenciaba a su ejército, le ofrecía una boda de pueblo.

A pesar de los manojos de flores y del entusiasmo de los campesinos, el castillo de Saint-Lyé, pequeña fortaleza de espesos muros manchados con tres siglos de humedad, le pareció siniestro a la princesa napolitana. Apenas dispuso de una hora para cambiarse de vestido y recogerse antes de la ceremonia, si puede llamarse recogimiento a estar en una habitación donde los tapiceros no habían acabado de colocar las colgaduras bordadas, y donde monseñor de Valois fue inmediatamente a zumbar como un gran abejón dorado, pretendiendo enseñar a su sobrina, en tan poco rato, todo lo que debía saber sobre la corte de Francia y principalmente el lugar esencial que él, Carlos de Valois, ocupaba en ella.

Así, Clemencia tuvo que enterarse de que Luis X, aunque poseía todas las cualidades deseables en un esposo, no tenía más virtudes, sobre todo en política. Era muy sensible a las influencias, y se defendía mal de los malos consejeros. En el asunto de Flandes por ejemplo, Valois estimaba que Luis no lo había escuchado bastante, mientras había prestado demasiada atención a los consejos del condestable y al conde de Poitiers. En cuanto a la elección del papa... ¿Había pasado Clemencia por Aviñón? ¿A quién había visto? ¿Al cardenal Duéze? Naturalmente, había que elegir a Duéze... Clemencia debía comprender por qué Valois había insistido y maniobrado tanto para que ella llegara a ser reina de Francia; confiaba mucho en su buena presencia, encanto y prudencia para ayudarlo a gobernar al rey. Que Clemencia no dudara en abrirse a él con confianza y en todas las cosas. Desde este momento los dos debían formar una estrecha alianza. ¿No era su pariente más próximo en la corte por su primer matrimonio con Margarita de Anjou y no hacía las veces de padre al joven soberano?

La verdad era que Clemencia comenzaba a sentirse mareada con aquel alud de palabras, con todos aquellos nombres pronunciados en desorden, y con la agitación de aquel personaje bordado de oro que giraba en torno a ella. Demasiadas impresiones nuevas y demasiados rostros entrevistados se mezclaban en su cabeza. Además iba a casarse dentro de un momento. Estaba convencida de la buena voluntad de todos y emocionada de que el conde de Valois le demostrara tanta solicitud. Pero

ella hubiera querido poder preparar su alma. ¿Era aquello, pues, un matrimonio de reina?

Tuvo el valor de preguntar por qué se apresuraban tanto para la ceremonia.

—Porque Luis será coronado el domingo en Reims, y ha querido adelantar vuestra unión para que estéis a su lado —respondió Valois.

Lo que no dijo es que los gastos de boda eran por cuenta de la corona, mientras que los de la coronación corrían a cargo de los regidores de Reims. Ahora bien, el Tesoro Real, después del fracaso del ejército embarrado, estaba más vacío que nunca. De ahí esta boda improvisada, sin el menor fausto; los festejos que correspondían serían ofrecidos por los habitantes de Reims.

Clemencia de Hungría sólo tuvo un poco de paz cuando exclamó a su confesor. Se había confesado por la mañana, pero quería estar segura de llegar sin pecado al altar. ¿No había cometido alguna falta venial en estas últimas horas, contra la humildad, al extrañarse de la poca pompa con que la recibían, o contra la caridad con monseñor de Valois?

Mientras se cumplían los últimos preparativos, Hugo de Bouville fue abordado en el patio del castillo por maese Spinello Tolomei. El capitán general de los lombardos, siempre alerta a pesar de sus sesenta años y su gran barriga, estaba también en Reims, pues había proporcionado gran parte de los suministros para la coronación. Pudo dar a Bouville noticias sobre Guccio hospitalizado todavía en Marsella.

—¿Qué necesidad tenía de tirarse al agua? —gimió Tolomei—. ¡ Ah, cuánta falta me hace estos días! El es quien debería recorrer los caminos.

—¿Y creéis que yo no lo he echado en falta desde que salí de Marsella? —respondió Bouville—. La escolta ha gastado el doble de lo que hubiera costado el viaje si él se hubiera cuidado de las cuentas.

Tolomei estaba preocupado. Con el ojo izquierdo cerrado y el labio un poco caído, se quejaba de los acontecimientos, de las tasas sobre las ventas, del control de los mercados y de las últimas medidas referentes a los lombardos. Todo ello se semejaba mucho a las ordenanzas del rey Felipe.

¿Por qué asegurarnos que todo iba a cambiar?...

Bouville se separó de Tolomei para unirse al cortejo nupcial.

Carlos de Valois acompañó a la novia al altar. Luis X, en cambio, tuvo que ir solo. No estaba presente ninguna mujer de la familia para sustituir el acompañamiento materno. Su tía abuela Agnes de Francia, hija de San Luis y duquesa viuda de Borgoña se había negado a asistir, negativa bastante comprensible, pues era la madre de Margarita de Borgoña. La condesa de Mahaut había pretextado impedimentos de última hora debidos a la agitación del Artois. Iría directamente a Reims para la coronación, en la cual la obligaban a comparecer sus funciones de par. Las condesas de Valois y de Evreux que eran esperadas no llegaron; se supo que un error en el

itinerario las había desviado hacia una capilla de Saint-Lyé distante una decena de leguas en los alrededores de Reims...

Monseñor Juan de Auxois, tocado con la mitra, oficiaba. Durante el tiempo que duró la misa, Clemencia se reprochaba no haber podido recogerse como era su deseo. Se esforzaba en elevar su pensamiento al cielo, pidiendo a Dios que le concediera, en todos los momentos de su vida, las virtudes de esposa, las cualidades de soberana y las bendiciones de la maternidad; pero sus ojos, a pesar suyo, se dirigían hacia el hombre que oía respirar a su lado, cuyos rasgos apenas conocía y cuyo lecho iba a compartir aquella misma noche.

Cada vez que se arrodillaba tenía el rey una tos breve, parecida a un tic nervioso; en una persona todavía joven sorprendía la profunda arruga que surcaba su barbilla demasiado corta. Su boca era pequeña, caída en las comisuras; sus cabellos largos y lisos, de un color indefinible. Y cuando aquel hombre se volvía hacia ella, se sentía turbada por aquella mirada de grandes ojos claros. Se extrañaba de no volver a hallarse en aquel estado de absoluta felicidad, sin reservas, que disfrutaba al salir de Nápoles.

«Dios mío, no permitáis que sea ingrata a los beneficios que me concedéis.»

Pero no siempre se domina al pensamiento, y Clemencia se vio asaltada por la idea de que si hubiera podido elegir entre los tres príncipes de Francia, hubiera preferido al conde de Poitiers. Se sintió sobrecogida de espanto, y estuvo a punto de gritar: «No, no quiero, no soy digna.» En este momento se escuchó a sí misma responder «sí», con una voz que no le pareció la suya, al obispo que le preguntaba si quería tomar por esposo a Luis, rey de Francia y de Navarra.

El primer trueno de la tempestad prevista se oyó en el momento en que ponían en el dedo de Clemencia un anillo demasiado grande; los asistentes se miraron, y más de uno se santiguó.

Cuando salió el cortejo, los campesinos esperaban agrupados ante la iglesia, con camisas de tela y las piernas cubiertas de andrajos. Clemencia no se dio cuenta de que decía:

—¿No les van a dar limosna?

Había pensado en voz alta, y los acompañantes observaron que su primera palabra de reina era de bondad.

Para complacerla, Luis X ordenó a su chambelán, Mateo de Trye, que lanzara unos puñados de monedas. Los campesinos se echaron al suelo, y el espectáculo que se ofreció a la recién desposada fue aún peor una vez las monedas estuvieron esparcidas. Se oían los desgarrones de los vestidos, gruñidos sordos como los que lanzan los perros y cabezazos. Los barones se divertían de lo lindo contemplando la refriega. Uno de los villanos, más fuerte y alto que los otros, aplastó con su pie la mano que había cogido una moneda y la obligó a abrirse.

—Ese bribón me parece que sabe lo que se hace —dijo Roberto de Artois—. ¿A quién pertenece? Se lo compro de buen grado.

Y Clemencia vio con disgusto que Luis también reía.

«No es así como se da —pensó—. Yo le enseñaré.»

Empezó a llover. Las mesas habían sido preparadas en la sala mayor del castillo. La cena duró cinco horas. «Ya soy reina de Francia», se decía Clemencia. No se acostumbraba a esta idea. La glotonería de los señores franceses la asombraba. A medida que corría el vino, subía el tono de las voces. Única mujer en aquel banquete de guerreros, Clemencia veía converger en ella todas las miradas, y adivinaba que en el extremo de la sala los comentarios tenían un tono bastante subido.

De cuando en cuando alguno de los convidados se ausentaba. Mateo de Trye, primer chambelán, gritó:

—El rey nuestro sire no quiere que orinéis en la escalera por donde ha de pasar.

Cuando estaban en el cuarto servicio de seis platos cada uno, que era un cochinillo entero presentado en el asador y un pavo real con todas sus plumas colocadas en la rabadilla, entraron dos escuderos con un enorme pastel, que depositaron ante la pareja real. Cortaron la corteza y salió, saltando, un zorro vivo, en medio de las exclamaciones de los comensales. Al no poder preparar platos montados y castillos de azúcar, que requerían varios días de trabajo, los cocineros habían querido lucirse de esta manera.

El zorro, alocado, daba vueltas por la sala con su cola rojiza y espesa a ras de las losas, y sus hermosos ojos, brillantes y un poco lechosos, atemorizados.

—¡Al zorro, al zorro! —gritaban los señores.

Se improvisó la caza alrededor de las mesas. Roberto de Artois atrapó al animal. El gigante hundió su masa humana bajo las mesas, y surgió levantando en la mano al zorro, que aullando descubría sus cortos colmillos bajo el negro hocico, luego Roberto apretó lentamente las manos, se oyeron crujir las vértebras, los ojos del zorro se pusieron vidriosos, y Roberto extendió sobre la mesa al animal muerto, ante la reina, como un homenaje.

Clemencia, que mantenía con el pulgar su anillo demasiado grande, preguntó si era costumbre en Francia que las mujeres de la familia no asistieran a las bodas. Luis le dio algunas explicaciones embarazosamente.

—Pero de todas formas, hermana mía, no hubierais tenido ocasión de ver a mi esposa —dijo el conde de Poitiers.

—¿Por qué, hermano mío? —preguntó Clemencia, que sentía interés por todo lo que él decía y observaba su dificultad de contestarle.

—Porque todavía está encerrada en el castillo de Dourdan —respondió Felipe de Poitiers.

Luego, volviéndose al rey:

—Sire, hermano mío —continuó—, en este día de felicidad para vos, os pido que levantéis el castigo infligido a mi esposa Juana. Sus errores no fueron crímenes y está arrepentida.

El Turbulento, cogido de sorpresa, no sabía qué decidir. ¿Debía, ante Clemencia, mostrarse compasivo o, por el contrario, firme, cualidades ambas igualmente reales? Buscó con la mirada a su tío Valois para pedirle consejo, pero éste acababa de salir a tomar aire. Roberto de Artois estaba en el otro extremo de la sala explicando a Felipe de Valois, hijo de Carlos, cómo atrapar un zorro sin dejarse morder.

—Sire, esposo mío —dijo Clemencia—, por amor a mí, conceded a vuestro hermano la gracia que os solicita. Hoy es día de esponsales, y quisiera que todas las mujeres de vuestro reino compartieran la alegría.

Se tomaba a pecho el asunto, con repentino celo, como si se sintiera aliviada de que Poitiers hablara de su esposa y de que expresara el deseo de que volviera al hogar.

Luis había comido mucho y había vaciado su copa más de lo conveniente. Se acercaba el momento en que iba a alcanzar aquel bello cuerpo tranquilo, del que sería dueño en adelante. Su cabeza no podía sopesar las consecuencias políticas de lo que se le pedía.

—No hay nada, amiga mía, que no quiera hacer por complaceros —dijo—. Podéis, hermano mio, recuperar a vuestra esposa Juana y traerla entre nosotros cuando os plazca.

Carlos de La Marche, que había seguido con atención el diálogo, dijo entonces:

—Y sobre Blanca, Sire, hermano mío, ¿qué decidís? ¿Me autorizáis a...?

—¡A Blanca, jamás! —cortó el rey.

—Solamente a verla en Château-Gaillard, y llevarla a un convento donde reciba un trato menos duro...

—¡Jamás! —repitió el Turbulento, con tono que no admitía más insistencia.

El resentimiento de Luis con respecto a Juana, por la parte que ella había tenido en su infortunio conyugal, estaba muy atenuado por el hecho de su nuevo matrimonio; por el contrario, sentía terror de que Blanca, fuera de la fortaleza y del aislamiento absoluto, pudiera divulgar las circunstancias de la muerte de Margarita. Este temor inspiró al Turbulento, por una vez, una decisión rápida y sin apelación posible.

Clemencia, comprendiendo que era prudente contentarse con su primera victoria, no se atrevió a intervenir.

—¿No tendré pues derecho jamás a tener esposa? —continuó Carlos.

—Dejadlo encomendado a la suerte, hermano mío —respondió Luis.

El bello rostro, pero blando, de Carlos de La Marche adquirió una expresión mohína y obstinada.

—Parece que la suerte favorece más a Felipe que a mí.

Y desde este momento, Carlos de La Marche estuvo resentido, no contra su hermano el rey, sino contra su hermano Poitiers.

Al final de esta agotadora jornada, la joven reina estaba tan cansada que los sucesos de la noche se desarrollaron para ella como en otra vida. No sintió espanto, ni excesivo sufrimiento, ni participó. Estuvo simplemente sumisa, admitiendo que las cosas debían suceder así. Oyó, antes de caer en el sueño, balbucientes palabras que le permitieron creer que su esposo la apreciaba. Si hubiera sido menos inexperta en este terreno, hubiera comprendido que, al menos por un tiempo, tendría poder absoluto sobre Luis X.

Este, en efecto, se maravillaba de encontrar en esta hija de rey una pasividad consintiente que sólo había encontrado hasta entonces en las sirvientas. La angustia de los desfallecimientos que se apoderaban de él en el lecho de Margarita había desaparecido. Tal vez, después de todo, no estaba hecho para las morenas. Por varias veces salió triunfante de aquel hermoso cuerpo que lucía débilmente, como nacarado, bajo la pequeña lámpara de aceite suspendida del dosel del techo, y del cual su deseo podía disponer a placer. Nunca había realizado semejante proeza.

Cuando salió de la habitación, ya entrada la mañana, la cabeza le daba vueltas un poco, pero la mantenía erguida y más orgullosamente que si hubiera vencido a los flamencos; su noche de bodas le había borrado el recuerdo de sus sinsabores militares.

Por primera vez, el Turbulento fue capaz de afrontar sin turbación las alegres chanzas de su primo de Artois, que pasaba por ser el macho mejor provisto y resistente de la corte.

Luego, hacia mediodía, iniciaron la marcha en dirección norte. Clemencia se volvió para llevarse en el recuerdo la imagen de aquel castillo donde se había convertido en mujer y reina, y cuyas dimensiones exactas jamás llegaría a recordar.

Dos días después llegaron a Reims. Los habitantes no habían visto ninguna coronación desde hacía treinta años; es decir que, por lo menos, para la mitad de la población el espectáculo era completamente nuevo. Los oficiales reales, atareados, corrían en compañía de los regidores de la Casa de la Ciudad al arzobispado. En las plazas se habían instalado toda suerte de mercaderes, juglares y amaestradores de animales como para una feria. Los grandes barones, los altos prelados, llegados de todas partes de Francia, pasaban con sus escoltas en busca de sus lugares. Campesinos, burgueses y pequeños señores afluían de las cercanías a engrosar una multitud que los sargentos pugnaban por contener en el itinerario empavesado del cortejo real.

Los habitantes de Reims no podían imaginarse que tendrían ocasión de contemplar esta gran cabalgata, y de pagar el gasto varias veces más, en el próximo

futuro.

El rey que aquel día franqueaba el gran portal de la catedral de Reims iba acompañado por los tres sucesores que le depararía la historia. En efecto, detrás de Luis X avanzaban sus hermanos Felipe y Carlos e igualmente su primo Felipe de Valois. Antes de catorce años, la corona se habría posado sobre las tres cabezas.

Segunda parte: Después de Flandes, el Artois

I.- Los aliados

De todas las actividades humanas, la de gobernar a los semejantes, aún siendo la más envidiada, es la más decepcionante, ya que nunca tiene fin y no permite al espíritu ningún reposo.

El panadero que ha sacado su hornada, el leñador ante la encina abatida, el juez que acaba de ordenar un arresto, el arquitecto que va a poner el remate a un edificio, el pintor una vez terminado su cuadro, pueden, al menos por una noche, gozar de esa tranquilidad relativa que produce el esfuerzo terminado. El gobernante, jamás. Apenas parece allanarse una dificultad política cuando otra, en gestación mientras se solucionaba la primera, exige atención inmediata. El general vencedor se beneficia largamente de los honores de su victoria; pero el gobernante ha de afrontar la nueva situación creada por esta misma victoria. Ningún problema puede quedar sin solución durante largo tiempo, porque el que hoy parece secundario, adquirirá mañana trágica importancia.

El ejercicio del poder sólo es comparable al de la medicina, que conoce igualmente ese encadenamiento sin tregua, esa primacía de urgencias, esa constante vigilancia de los trastornos benignos que pueden ser síntoma de lesiones graves, en fin, ese perpetuo compromiso de la responsabilidad en terrenos donde la sanción depende de circunstancias futuras. El equilibrio de las sociedades, como la salud de los individuos, jamás tiene carácter definitivo y no puede representar una labor acabada.

El oficio de rey, cuando los reyes mandaban, comportaba esa misma servidumbre ininterrumpida.

Apenas Luis X había logrado estabilizar el asunto de Flandes, dejándolo dormido, pues no podía resolverlo, apenas había corrido a Reims a revestirse del místico prestigio que la coronación confería al soberano, aunque fuera el monarca menos amable y competente, cuando estallaron otras perturbaciones en el norte de Francia.

Los barones del Artois, tal como habían prometido a Roberto, no se desarmaron al dejar el ejército embarrado. Recorrían el país con sus mesnadas, intentando ganar las poblaciones para su causa. Toda la nobleza se había puesto de su parte y, por consiguiente, también el campo. La burguesía de las ciudades estaba dividida. Arras, Boulogne, y Thérouanne estaban de parte de la liga. Caíais, Avesnes, Bapaume, Aire, Lens y Saint-Omer seguían fieles a la condesa Mahaut. El condado se hallaba en un estado de agitación muy próximo a la insurrección.

La alta nobleza estaba representada en la liga por Juan de Fiennes, cuñado del conde de Flandes, lo cual hacía particularmente inquietante este movimiento de rebeldía. Para el procedimiento, los jurados contaban con Gerardo Kiérez, hombre muy hábil en formular las quejas, redactar las peticiones y llevar las acciones

jurídicas ante el Parlamento y el Consejo del rey. Los señores de Souastre y de Caumont dirigían las agrupaciones militares.

Todos trabajaban por cuenta y bajo la inspiración de Roberto de Artois. Sus reivindicaciones eran dobles. Por un lado, requerían la aplicación íntegra e inmediata de la carta que habían obtenido recientemente, la cual restauraba las «costumbres» del tiempo de San Luis; por otro, reclamaban cambios de personas en la administración del condado, y ante todo, la destitución del canciller de Mahaut, Thierry de Hirson, su bestia negra. De ser aceptadas sus exigencias hubieran privado a la condesa Mahaut de toda autoridad en su territorio, cosa que esperaba firmemente Roberto.

Pero Mahaut no era mujer para dejarse despojar. Obrando con astucia, discutiendo, prometiendo sin cumplir, fingiendo ceder un día para reanudar la cuestión al día siguiente, intentaba ganar tiempo por el medio que fuera. ¿Las costumbres? Desde luego, concedería las costumbres. Pero antes tenía que hacer una investigación, con el fin de conocer exactamente las costumbres de cada señorío. ¿Los prebostes, los oficiales, el mismo canciller? Si habían faltado o habían abusado en sus funciones, los castigaría sin piedad. Pero para eso había que hacer también una investigación... Y luego, llevaron el debate ante el rey, que no comprendió nada y pensaba en otras preocupaciones. La condesa Mahaut escuchaba las quejas de maese Gerardo Kíerez y le testimoniaba su buena voluntad. Para ponerse de acuerdo en todo se reunirían próximamente en Bapaume. ¿Por qué en Bapaume? Porque Bapaume estaba de parte de ella y tenía allí una guarnición... Insistía que fuera Bapaume. Luego, el día convenido no acudió a Bapaume porque tenía que ir a Reims para la coronación... Pasada la coronación olvidó la entrevista prometida. Sin embargo, iría en seguida al Artois; debían tener paciencia; las investigaciones seguían su curso, es decir: los sargentos recogían bajo amenaza de latigazos o de prisión testimonios favorables a la administración del canciller Thierry de Hirson.

A los barones se les encendió la sangre; se declararon en abierta rebelión y prohibieron a Thierry que volviera al Artois y lo daban por muerto si se dejaba ver. Luego enviaron a buscar al otro hermano Hirson, Denis, el tesorero, quien tuvo el poco tacto de comparecer; y poniéndole una espada en la garganta, le obligaron a renegar de su hermano, bajo juramento.

Las cosas tomaban tan peligroso cariz que el mismo Luis X determinó ir hasta Arrás, a restablecer el orden. Fue; pero sin resultado. ¿Qué podía hacer, pues había licenciado su ejército y la única mesnada que estaba en pie era precisamente la que se rebelaba?

El 19 de septiembre, la gente de Mahaut creyó conveniente detener por sorpresa a los señores de Souastre y de Caumont, que parecían haber acaudillado el levantamiento y arrojarlos a la prisión. En seguida Roberto de Artois abogó por ellos

ante el rey.

—Sire, primo mío, sabéis que no estoy metido en este asunto para nada; eso incumbe a mi tía Mahaut, pues ella gobierna el condado, con el buen resultado que se ve. Pero si continúan encarcelados Souastre y Caumont os digo que habrá guerra en el Artois. Os lo comunico por el bien del reino.

El conde de Poitiers tiraba por el otro lado:

—Tal vez ha sido inhábil haber detenido a esos dos señores, pero sería torpeza más grave soltarlos ahora. Daría pie a cualquier rebelión en el reino; es vuestra autoridad, hermano mio, la que está en juego.

Carlos de Valois se encolerizó.

—Ya basta, sobrino mío —exclamó, dirigiéndose a Felipe de Poitiers—, con que os haya devuelto a vuestra mujer, que sale precisamente uno de estos días de Dourdan. No queráis abogar ahora por la causa de su madre. No se puede pedir al rey que abra las prisiones para quienes os agraden y las cierre para los que os desagraden.

—No veo la semejanza, tío mío —respondió Felipe.

—Yo sí la veo. Se diría que la condesa Mahaut dirige vuestros pasos.

Finalmente el Turbulento ordenó a Mahaut poner en libertad a los dos señores. En el clan de la condesa comenzó a circular este malicioso juego de palabras: «Nuestro sire Luis por ahora se inclina a la clemencia.»

Souastre y Caumont, dos buenos mozos que se completaban a maravilla, deslenguado uno y rudo el otro en los golpes, salieron de su encierro de una semana con aureola de mártires. El 26 de septiembre, convocaron en Saint-Pol a todos sus partidarios, que se titulaban ahora «los aliados».

Souastre habló largo y tendido, y la grosería de su lenguaje, unida a la violencia de sus propuestas, arrebataron al auditorio. Había que negarse a pagar los impuestos y había que prender a los prebostes, recaudadores y a toda clase de agentes, sargentos o representantes de la condesa.

El rey había enviado dos consejeros, Guillermo Flotte y Guillermo Paumier, para procurar el apaciguamiento y negociar una nueva entrevista, esta vez en Compiégne. Los aliados aceptaron en principio esta entrevista, pero apenas salieron de la reunión los dos Guillemos, llegó un emisario de Roberto de Artois, sudoroso y sin aliento por la larga galopada. Llevaba a los barones esta simple información: la condesa Mahaut, rodeando su desplazamiento del mayor secreto, se dirigía al Artois. Al día siguiente estaría en Vitz, en casa de Denis de Hirson.

Cuando Juan de Fiennes hizo pública esta noticia, Souastre exclamo:

—Monseñores, ahora ya sabemos lo que debemos hacer.

Aquella noche los caminos de Artois resonaron bajo el casco de los caballos y el ruido de las armas.

II.- Juana, condesa de Poitiers

El carruaje, esculpido, pintado y dorado, se deslizaba por entre los árboles. Era tan largo que a veces para pasar las curvas había que hacerlo en dos veces, y tan pesado que, al subir las cuestas, los hombres de la escolta tenían que echar pie a tierra para empujarlo.

Aunque la enorme caja de encina descansaba directamente sobre los ejes, en su interior no se notaban demasiado las sacudidas del camino debido a la gran cantidad de cojines y tapices acumulados. En él iban instaladas seis mujeres, casi tan cómodamente como si estuvieran en una habitación, charlando, jugando a la taba o a las adivinanzas. Se oía el roce de las ramas bajas contra el cuero del techo.

Juana de Poitiers apartó la cortina bordada con flores de lis y los tres castillos de Artois.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Vamos bordeando el Authie, señora —respondió Beatriz de Hirson—. Acabamos de atravesar Auxi-le-Château. Antes de una hora estaremos en Vitz, en casa de mi tío Denis, que se alegrará de volveros a ver. Y tal vez esté ya la señora de Mahaut con vuestro esposo.

Juana de Poitiers miraba el paisaje: los árboles todavía verdes, los prados en los que los campesinos segaban bajo un cielo luminoso, porque, como suele ocurrir después de los veranos lluviosos, el tiempo aquel fin de septiembre era espléndido.

—Os ruego, señora Juana, que no os asoméis con tanta frecuencia —continuó Beatriz—. La señora Mahaut ha recomendado que tengáis cuidado en no mostraros cuando estemos en el Artois.

Pero Juana no podía contenerse. ¡Mirar! No hacía otra cosa desde que había salido hacía ocho días de su encierro. Como un hambriento se harta de comida creyendo que nunca podrá saciarse, así volvía ella a tomar posesión del universo con la mirada. Las hojas de los árboles, las ligeras nubes, un campanario que se divisaba a lo lejos, el vuelo de un pájaro, la hierba de los taludes, todo le parecía de un esplendor exultante.

Cuando se habían abierto ante ella las puertas del castillo de Dourdan, y el capitán de la guarnición, haciendo una profunda reverencia, le deseó feliz viaje y le expresó qué honrado se sentía por haberla tenido de huésped⁸, Juana sintió una especie de vértigo.

«¿Volveré a acostumbrarme a la libertad?» se preguntaba.

En París la esperaba una decepción. Su madre había tenido que partir precipitadamente para el Artois. Sin embargo, le había dejado su carruaje, así como varias damas de compañía y numerosos sirvientes.

Mientras sastres, costureras y bordadoras se afanaban en renovar su

guardarropa, Juana aprovechó aquella detención de algunos días para recorrer, en compañía de Beatriz, la capital. Se sentía como una extranjera, venida del otro extremo del mundo, y se maravillaba de todo lo que veía. ¡Las calles! No se cansaba del espectáculo que ofrecían. Los puestos de la galería Marchante, las tiendas del muelle de los Orfebres! Aunque todavía conservaba aquella actitud distante, controlada, que había sido siempre la suya, sus ojos brillaban, su cuerpo se animaba con una alegría sensual al tocar los brocados, las perlas y los objetos de oro. Y sin embargo, no podía apartar el recuerdo de sus visitas a esas mismas tiendas con Margarita de Borgoña, Blanca y los hermanos Aunay...

«En mi prisión me prometí, si salía alguna vez —se decía—, no perder el tiempo en cosas frívolas. Por otra parte, no sentía tanta inclinación por estas cosas en otro tiempo. ¿De dónde procede este súbito deseo que no puedo reprimir? »

Observaba los tocados de las mujeres, fijándose en los detalles nuevos de la moda y la forma que tenían aquel año las cofias, vestidos y sobrevestas. Intentaba leer en los ojos de los hombres la impresión que les hacía. Los mudos cumplidos que le dedicaban, el modo de volver la cabeza los jóvenes que se cruzaban con ella, podían darle una completa seguridad. Encontraba a su coquetería una excusa hipócrita. «Necesito saber —pensaba— si todavía tengo encanto para mi esposo.»

A decir verdad, los dieciséis meses de prisión apenas la habían desmejorado. El régimen de Dourdan no era comparable en nada al de Château-Gaillard. Juana disponía de una habitación decente y de una criada, podía leer, bordar y hasta pasear por el jardín del castillo. Se había enojado, intolerablemente, mucho más de lo que había sufrido.

Con las trenzas postizas alrededor de las orejas, su fino cuello sostenía con la misma gracia de siempre aquella cabeza, de altos pómulos y ojos azules ligeramente alargados hacia las sienes, aquellos ojos que hacían soñar, como su manera de andar y toda su persona, en los galgos de Berbería. Juana se parecía poco a su madre, salvo en su robusta salud, y más bien se asemejaba al difunto conde palatino, que había sido señor de gran elegancia.

Ahora que estaba a punto de llegar al fin de su viaje, Juana sentía crecer su impaciencia; aquellas últimas horas le parecían más largas que todos los meses transcurridos. ¿No habían aminorado su marcha los caballos? ¿No se podía dar prisa a los palafreneros?

—¡Ah! También yo, señora, tengo deseos de llegar, pero no por los mismos motivos que vos —decía una de las damas de compañía al otro extremo del carruaje.

Esta dama, señora de Beaumont, estaba embarazada de seis meses. El camino comenzaba a serle penoso; a veces bajaba la mirada hacia su vientre, y lanzaba un suspiro tan grande que las otras mujeres no podían reprimir la risa.

Juana de Poitiers preguntó a media voz a Beatriz:

—¿Estás segura de que mi esposo no ha tenido ninguna mujer durante este tiempo? ¿No me has mentido?

—No, señora, os lo aseguro. Y además, aunque monseñor de Poitiers se hubiera fijado en otras mujeres, ahora no Podría hacerlo... después de haber bebido el filtro, que os lo devolverá por completo. ¡Pensad que él mismo ha solicitado del rey vuestro regreso!...

«Y aunque tenga una amante, no importa. Me acomodare. Un hombre, aunque sea compartido, vale más que la prisión», pensó Juana, y apartó de nuevo la cortina, como si eso pudiera acelerar la marcha.

—Os ruego, señora —dijo Beatriz—, que no os mostréis tanto. En este momento no nos quieren mucho por aquí.

—Sin embargo, la gente parece muy afable. ¿No tienen aspecto agradable esos villanos que nos saludan? —respondió Juana.

Dejó caer la cortina, y no vio que, en cuanto pasó el carruaje, tres campesinos, que acababan de hacerle una profunda reverencia, volvieron corriendo a la maleza, desataron los caballos y partieron al galope.

Un momento después el carruaje penetró en el patio del caserón de Vitz; la impaciencia de la condesa de Poitiers tuvo que sufrir una nueva prueba. Denis de Hirson, al recibirla, le notificó que ni la condesa de Artois ni el conde de Poitiers habían llegado, y que la esperaban en el castillo de Hesdin, diez leguas más al norte. Juana empalideció.

—¿Qué significa esto? —preguntó aparte a Beatriz—. ¿No parece una huida para no verme?

Y se apoderó de ella una repentina angustia. Aquel viaje, la pinta de sangre sacada de su brazo, el filtro, los agasajos del guardián de Dourdan, ¿no serían elementos de una comedia en la que Beatriz hacía el papel de villano? Juana, después de todo, no tenía ninguna prueba de que su marido la hubiera reclamado de verdad. ¿No la llevarían de una prisión a otra, rodeando este traslado, por misteriosas razones, de apariencias de libertad? A no ser... a no ser que —y Juana se estremecía pensando en lo peor— hubieran tomado la precaución de mostrarla, tanto en París como en el Artois, libre y perdonada para luego hacerla desaparecer impunemente. Beatriz no le había ocultado que Margarita había muerto en circunstancias muy sospechosas, y Juana se preguntaba si no iba a sufrir ella la misma suerte.

Apreció poco la comida que le ofreció Denis de Hirson. El estado de felicidad que conocía desde hacía ocho días había cedido el paso bruscamente a la peor ansiedad, e intentaba leer su destino en el rostro de los que la rodeaban. Beatriz, siempre con voz arrastrada y vagamente irónica, estaba impenetrable. Su tío el tesorero, apenas le hablaba, respondía evasivamente a las preguntas y demostraba estar preocupado. Además, estaban los sires de Liques y de Nédonchel, que le fueron presentados a

Juana como encargados de escoltarla hasta Hesdin. Los encontraba poco agradables. ¿No estarían encargados de cumplir una tarea siniestra en cualquier recodo del camino?

Ninguno hablaba a Juana de su detención; todos fingían desconocer que hubiera estado en prisión, y esto no le daba ninguna seguridad. Las conversaciones, de las que nada comprendía, versaban únicamente sobre la situación del Artois, las «costumbres», la entrevista de Compiègne propuesta por los enviados del rey y las revueltas.

—Señora, ¿no habéis observado agitación en los caminos, ni grupos de hombres armados? —preguntó Denis de Hirson a Juana.

—No he visto tal cosa, messire Denis —respondió—, y el campo me ha parecido estar muy en calma.

—Sin embargo, desde ayer y durante toda la noche me han informado de movimientos de gentes armadas; dos de nuestros prebostes han sido atacados esta mañana.

Juana se inclinaba a creer cada vez más que estas palabras no tenían otra finalidad que aletargar su desconfianza. Tenía la impresión de que un hilo invisible iba cercando su garganta.

Estaba sola, terriblemente sola.

La dama encinta comía con extraordinaria glotonería, y continuaba lanzando grandes suspiros cada vez que se miraba al vientre.

—Os aseguro, messire Denis, que la condesa Mahaut se verá obligada a acceder —decía sire de Nédonchel, hombre de largos dientes, rostro pálido y hombros encorvados—. Que ceda al menos en parte. Que renuncie a vuestro hermano, por duro que parezca hablar así, o que finja renunciar, porque los aliados no querrán tratar mientras él sea canciller, y os aseguro que sire Licques y yo arriesgamos mucho al permanecer fieles a la condesa, mientras fingimos estar con los otros barones. Cuanto más tarde ella, más voluntades ganará Roberto.

En este momento penetró en el comedor un sargento, destocado y sin aliento.

—¿Qué ocurre, Cornillot? —preguntó Denis de Hirson.

El sargento Cornillot susurró unas frases entrecortadas al oído de Denis de Hirson.

Inmediatamente éste palideció, levantó el mantel que le tapaba las rodillas y saltó del asiento.

—Un momento, monseñores, tengo que ir a ver...

Y salió a todo correr por una de las puertas laterales del comedor, seguido de cerca por Cornillot. Sus precipitados pasos se perdieron en la escalera.

Instantes después, cuando los invitados no se habían repuesto aún de su sorpresa, llegó un gran clamor del patio. Parecía que acababa de entrar al galope un ejército

entero. Un perro que debía de haber recibido una patada, daba tremendos aullidos. Licques y Nédonchel se precipitaron a las ventanas, mientras las damas del séquito de la condesa de Poitiers se arracimaban en un rincón de la estancia como gallinas asustadas. Junto a Juana sólo habían quedado Beatriz de Hirson y la dama encinta, cuyo rostro había empalidecido.

Beatriz juntó las manos; temblaba. Juana se dio cuenta de que no estaba en combinación con los asaltantes. Pero eso no hacía la situación más satisfactoria y, de todas formas, no había tiempo para pensar.

La puerta, más que abrirse voló por los aires, y una veintena de barones, conducidos por Souastre y Caumont, entraron, espada en mano, vociferando:

—¿Dónde, dónde está el traidor? ¿Dónde se esconde?

Se detuvieron, un poco vacilantes, ante el espectáculo que se les ofrecía. Tenían varios motivos para sorprenderse. En primer lugar la ausencia de Denis de Hirson, a quienes estaban seguros de encontrar allí, y que había desaparecido como tras el paño de un prestidigitador. Luego aquel grupo de mujeres, gimoteantes y pasmadas, apretadas unas contra otras presintiendo una violación general. En fin y sobre todo la presencia de Licques y Nédonchel, que creían de los suyos. La antevíspera, en Saint-Pol, estos dos caballeros figuraban entre los conjurados, y ahora los encontraban comiendo en una casa que pertenecía al bando contrario.

Los tráfugas fueron insultados groseramente; les preguntaron cuánto cobraban por su perjurio y si se habían vendido a los Hirson por treinta dineros. Souastre aplicó su guantelete de hierro a la larga cara pálida de Nédonchel, que se puso a sangrar por la boca.

Licques se esforzaba en dar explicaciones, para justificarse.

—Hemos venido para abogar por vuestra causa; queríamos evitar muertes e inútiles estragos.

Íbamos a obtener más con palabras que vosotros con las espadas.

Le obligaron a callarse y le colmaron de injurias. Del patio llegaba el tumultuoso clamor de los otros «aliados». No eran menos de un centenar.

—No pronunciéis mi nombre —susurró Beatriz a la condesa de Poitiers— porque buscan a mis tíos.

La dama encinta sufrió una crisis nerviosa y se desplomó sobre su banco.

—¿Dónde está la condesa Mahaut?... ¡Tendrá que oírnos!... ¡Sabemos que se encuentra aquí, hemos seguido su carruaje! —gritaban los barones.

Juana de Poitiers comenzaba a comprender. No era su vida lo que querían aquellos vocingleros. Pasado el primer momento de pánico, montó en cólera, y la sangre de los Artois se despertó en ella.

—Soy la condesa de Poitiers y la que viajaba en el carruaje que habéis visto —exclamó—. Y me disgusta que se entre con tanto estrépito en el lugar donde me

encuentro.

Como los insurgentes ignoraban que hubiera salido de la prisión, este imprevisto anuncio los dejó silenciosos un momento. Decididamente, iban de sorpresa en sorpresa.

—¿Queréis decirme vuestros nombres? —prosiguió Juana—. Tengo la costumbre de hablar solamente a personas que me son conocidas, y deseo saber quién se esconde bajo vuestros arneses de guerra.

—Yo soy sire de Souastre —respondió el cabecilla de grandes cejas rojizas—. Este es mi compañero Caumont, y aquellos son Saint-Venant, Juan de Fiennes y messire de Longvillers; y buscamos a la condesa Mahaut...

—¿Cómo? —cortó Juana—. ¡Sólo oigo nombres de gentileshombres! No lo hubiera creído a juzgar por vuestro modo de tratar a damas que debierais proteger y no asaltar. Ved a la señora de Beaumont que está embarazada a punto de dar a luz y a quien habéis hecho desmayar. ¿No os da vergüenza?

Se advirtió un movimiento de vacilación entre los aliados. Juana era hermosa, y su manera de hacerles frente les impresionaba. Además, era la cuñada del rey y parecía haber sido perdonada.

Juan de Fiennes, el de mejor cuna y el más importante de aquellos señores, le aseguró que no le deseaban ningún mal, que sólo buscaban a Denis de Hirson, porque había jurado renegar de su hermano y no había cumplido su juramento.

La verdad es que esperaban coger a Mahaut en una trampa y obligarla a ceder por la fuerza.

Para vengarse de su fracaso se pusieron a saquear la casa.

Durante una hora, la mansión de Vitz resonó con el estrépito de las puertas derribadas, los muebles destrozados y la vajilla lanzada contra el suelo. Arrancaban los tapices de las paredes y robaban la plata de los aparadores.

Luego, un poco calmados aunque siempre amenazadores, hicieron subir a Juana y a las mujeres al gran carruaje dorado. Souastre y Caumont tomaron el mando de la escolta, y la comitiva emprendió la ruta de Hesdin.

De esta manera, los aliados estaban ahora seguros de dar con el paradero de la condesa de Artois.

A la salida del burgo de Ivergny, a una legua aproximadamente de distancia, se detuvieron.

Otros aliados, lanzados a la busca de Denis de Hirson acababan de atraparlo en el momento en que intentaba salvar el Authie, atravesando los pantanos. Apareció embarrado, apaleado, sangrando, encadenado y titubeante entre dos barones a caballo.

—¿Qué van a hacerle? ¿Qué van a hacerle? —murmuró Beatriz—. ¡En qué estado lo han puesto!

Y comenzó a pronunciar en voz baja misteriosas plegarias que no tenían sentido ni en latín ni en francés.

Después de muchas palabras, los barones decidieron guardarlo como rehén y encerrarlo en un castillo próximo. Pero su furor asesino necesitaba una víctima. Habían apresado al sargento Cornillot al mismo tiempo que a Denis. Cornillot, por su desgracia, había participado días antes en la detención de Souastre y de Caumont. Estos lo reconocieron y los aliados exigieron arreglarle las cuentas allí mismo. Pero era necesario que su muerte sirviera de ejemplo e hiciera reflexionar a los agentes de Mahaut. Unos querían colgarlo, otros enrodarlo, otros enterrarlo vivo. En una gran emulación de crueldad, discutían en su presencia la manera de matarlo, mientras él, de rodillas, sudoroso el rostro, voceaba su inocencia y suplicaba perdón.

Souastre encontró una solución con la que todos estuvieron de acuerdo, menos el condenado.

Fueron a buscar una escalera y Cornillot, atado por los sobacos, fue colgado de un árbol; luego, cuando hubo pataleado un buen rato ante la risa de los barones, cortaron la cuerda y lo dejaron caer al suelo. El desgraciado, con las piernas rotas, estuvo dando alaridos, mientras cavaron su tumba. Lo enterraron de pie, hasta la cabeza, en la cual se movían dos ojos enloquecidos.

El carruaje de la condesa de Poitiers estaba esperando para reanudar la marcha, y las damas de compañía se tapaban las orejas para no oír los gritos del atormentado. La condesa de Poitiers se sentía desfallecer, pero no se atrevía a intervenir, temiendo que la cólera de los aliados se volviera contra ella.

Por último, Souastre entregó su gran espada a uno de sus escuderos. El resplandor de la hoja brilló a ras del suelo y la cabeza del sargento rodó por la hierba, al tiempo que un raudal de sangre brotaba de sus arterias cortadas.

En el momento en que el carruaje se puso en marcha, la dama encinta fue presa de dolores, y comenzó a dar gritos, echándose hacia atrás. Comprendieron que el embarazo no llegaría a su término normal.

III.- La segunda pareja del reino

Hesdin era una imponente fortaleza de tres murallas, entrecortada por fosos, erizada de torres flanqueantes, embutida de cuadras, graneros y depósitos, y unida al campo circundante por varios subterráneos. Podía mantener fácilmente una guarnición de ochocientos arqueros. En el interior del tercer patio se hallaba la residencia principal de los condes de Artois, compuesta de varios edificios amueblados suntuosamente.

—Mientras este lugar sea mío —solía decir Mahaut—, los malvados barones no se apoderarán de mí. Se desgastarán antes de que cedan estas murallas, y mi sobrino Roberto se engaña si cree que le dejaré apoderarse de Hesdin.

—Hesdin me pertenece por derecho y herencia —declaraba por su parte Roberto de Artois—. Mi tía Mahaut me lo robó como todo el condado, pero no cejaré hasta quitárselo.

Cuando los aliados, escoltando el carruaje de Juana de Poitiers y llevando en la punta de una pica la cabeza del sargento Cornillot, se presentaron al caer la noche ante el primer recinto, su número había disminuido sensiblemente. Sire de Journy había abandonado el cortejo, pretextando que debía vigilar la entrada de su cosecha, y sire de Givenchy, recién casado, había hecho lo mismo alegando que temía que su joven mujer se aburriera o se inquietara. Otros, cuyas cercanas mansiones se veían desde el camino, habían preferido ir a cenar a su casa, llevándose a sus íntimos amigos y asegurando que volverían en seguida. Los obstinados no sumaban más que una treintena, que llevaban muchos días cabalgando y comenzaban a sentir el peso de sus vestidos de acero.

Tuvieron que parlamentar un buen rato ante el primer cuerpo de guardia para que los dejaran entrar. Luego hubieron de esperar nuevamente, y Juana de Poitiers con ellos, entre el primero y el segundo recinto.

La luna nueva se había levantado en el cielo claro aún, pero las sombras comenzaban a espesarse en los patios de Hesdin.

Todo estaba tranquilo, incluso demasiado tranquilo, al parecer de los barones. Se extrañaban de ver tan pocos soldados. Al fondo de una cuadra, un caballo relinchó, al olfatear la presencia de otros caballos. En el frescor del atardecer, Juana reconoció perfumes de su infancia.

La señora Beaumont, en el carruaje, continuaba gimiendo que se moría. Los barones discutían entre sí. Algunos creían que lo hecho ya era suficiente, que todo presagiaba una emboscada, y que hubiera sido mejor volver otro día en mayor número. Juana comprendió al instante que se la llevarían como rehén.

Finalmente descendió el segundo puente levadizo, luego el tercero. Los barones vacilaban.

—¿Estás segura de que mi madre se halla aquí? —susurró Juana a Beatriz de Hirson.

—Os lo juro por mi vida, señora.

Entonces Juana asomó la cabeza fuera del carruaje.

—Bien, monseñores, ¿habéis perdido aquella gran prisa por hablar con vuestra señora feudal, o es que os falla el valor en el momento de presentaros ante ella?

Estas palabras hicieron avanzar a los barones, quienes, por no desmerecer ante los ojos de una dama, entraron en el tercer patio, donde echaron pie a tierra.

Por preparado que se esté para enfrentarse con un hecho, raramente se presenta éste como uno espera, una de Poitiers había imaginado de veinte formas distintas el momento en que se reuniría con los suyos. Estaba dispuesta a todo, tanto a la glacial acogida como a los cálidos abrazos, a la gran escena de reconciliación oficial como a una reunión íntima de reconciliación.

Para cada eventualidad había previsto su actitud y sus palabras. Pero nunca había imaginado que entraría en el castillo familiar escoltada por el desorden de la guerra civil y por una dama de compañía a punto de abortar.

Cuando Juana penetró en la sala, iluminada con cirios, donde la condesa Mahaut en pie con los brazos cruzados y los labios apretados, miraba avanzar a los barones, sus primeras palabras fueron para decir:

—Madre mía, hay que socorrer a la señora de Beaumont, que está a punto de perder su fruto.

Vuestros vasallos la han atemorizado terriblemente.

La condesa encargó inmediatamente a su ahijada Mahaut de Hirson, hermana de Beatriz, que también era doncella de compañía, que fuera en busca de los maeses Hermant y Paviuy, sus «médicos» particulares, con el fin de que atendieran a la paciente.

Luego, arremangándose, se dirigió la condesa a los barones:

—¿Son ésas, malvados sires, acciones propias de caballeros? ¿Creéis que deteniendo a mi noble hija y a las damas de su séquito vais a doblegarme? ¿Os gustaría que se obrase de la misma forma con vuestras mujeres y doncellas cuando viajan por los caminos? ¡Vamos, responded, y decidme qué excusa dais a vuestras fechorías, para las cuales solicitaré castigo del rey!

Los barones empujaron a Souastre, susurrándole:

—¡Habla! Di lo que debes...

Souastre carraspeó para aclararse la voz. Tanto había hablado y vituperado, que ahora, en el momento más importante, le fallaba la voz.

—Queremos saber, señora —comenzó a decir con voz un poco ronca—, si vais a desaprobar finalmente a vuestro nefasto canciller, que ahoga nuestras demandas, y si consentís en reconocer nuestras costumbres tal como existían en tiempo del señor San

Luis...

Se interrumpió al ver entrar en la pieza a un nuevo personaje, y este personaje era el conde de Poitiers. Con la cabeza inclinada un poco hacia un hombro avanzaba con paso largo y medido.

Los barones, que no eran más que pequeños señores terratenientes y que no esperaban ver aparecer así de repente al hermano del rey, se apiñaron unos contra otros.

—Monseñores... dijo el conde de Poitiers.

Al advertir la presencia de Juana, se detuvo. Se le acercó y la besó en la boca de la manera más natural del mundo, ante la concurrencia, para dejar bien sentado que su mujer estaba perdonada y que, por lo tanto, los intereses de Mahaut eran para él asuntos de familia.

—Bien, monseñores —continuó—, os vemos descontentos. Pues bien, nosotros también lo estamos. Pero si nos obstinamos unos y otros, y usamos la violencia, no lograremos nada de provecho:... ¡Ah! Os reconozco, messire de Bailliencourt; os vi en el ejército. La violencia es el recurso de la gente que no sabe pensar... Os saludo, messire de Caumont. ¡Ah! ¡Mi primo de Fiennes! No esperaba vuestra visita en tal compañía.

Al mismo tiempo pasaba entre ellos, los miraba directamente, y se dirigía por su nombre a los que conocía, y les tendía su mano abierta para que la besaran, en señal de homenaje.

—Si la condesa de Artois quisiera castigaros por las malas acciones que acabáis de cometer contra ella, le sería fácil. Mirad por esa ventana, messire de Souastre, y decidme si tendríais posibilidad de escapar.

Algunos aliados se precipitaron hacia las ventanas y vieron las murallas erizadas de cascos que se recortaban contra el crepúsculo. Una compañía de arqueros formaba en el patio, y los sargentos estaban dispuestos para levantar los puentes y dejar caer los rastrillos a la primera señal.

—¡Huyamos, aún estamos a tiempo! —murmuraban algunos barones.

—No, monseñores, no huyáis —dijo el conde de Poitiers—; vuestra huida no os llevaría más allá de la segunda muralla... Una vez más os digo que queremos evitar la violencia, y pido a vuestra señora feudal que no use las armas contra vosotros. ¿No es así, madre mía?

La condesa Mahaut aprobó con un ligero movimiento de cabeza.

—Intentemos resolver nuestras diferencias de otro modo —continuó el conde de Poitiers, sentándose.

Invitó a los barones a hacer lo mismo, y pidió que trajeran de beber. Como no había asiento para todos, algunos se sentaron hasta en el suelo. Este alternar de amenazas y cortesías los desorientaba.

Felipe de Poitiers les habló durante largo rato. Les hizo ver que la guerra civil sólo trae desgracias, que eran súbditos del rey antes que de la condesa Mahaut, y que debían someterse al arbitraje del soberano. Este había enviado dos emisarios, messire Flotte y messire Paumier, para concluir una tregua. ¿Por qué habían rehusado dicha tregua?

—Mis compañeros no tienen ya confianza en la condesa Mahaut —respondió Juan de Fiennes.

—Se os pidió la tregua en nombre del rey; es al rey, pues, a quien habéis afrentado al poner en duda su palabra.

—Pero monseñor Roberto de Artois nos había asegurado... —dijo Souastre.

—¡Ah! ¡Ya esperaba eso! Tened cuidado, mis buenos sires, en no hacer demasiado caso del consejo de monseñor Roberto, que habla con bastante facilidad en nombre del rey, y os hace actuar por su cuenta. Nuestro primo de Artois perdió su causa contra la señora Mahaut hace seis años, y el mismo rey, mi padre, cuya alma Dios guarde, dictó el fallo. Lo que pase en este condado sólo concierne a vosotros, a la condesa y al rey.

Juana de Poitiers observaba a su marido. Escuchaba feliz el tranquilo timbre de su voz; volvía a ver aquella manera que tenía de levantar de repente los párpados para acentuar sus frases, y aquella indolencia en la actitud que no era más que fuerza disimulada. Felipe parecía maduro. Sus rasgos eran acusados, su nariz, grande y delgada, se destacaba más; el rostro comenzaba a adquirir su estructura definitiva; al mismo tiempo, Felipe parecía haber logrado una singular autoridad, como si, desde la muerte de su padre, hubiera heredado algo de su natural majestad.

Tras una larga hora de parlamentar, el conde de Poitiers había obtenido lo que deseaba, o al menos lo que razonablemente se podía obtener. Denis de Hirson sería liberado; Tbierry, por el momento, no aparecería por el Artois, pero la administración de la condesa seguiría igual hasta finalizar las investigaciones. La cabeza del sargento Cornillot sería entregada inmediatamente a los suyos para recibir cristiana sepultura...

—Porque —dijo el conde de Poitiers—, actuar de la manera que lo habéis hecho es comportarse como descreídos y no como defensores de la verdadera fe. Tales acciones abren paso a las venganzas, de las que pronto seríais víctimas vosotros mismos.

A los sires de Licques y de Nédonchel se les dejaría en paz, porque sólo habían querido el bien de todos. Las damas y doncellas serían respetadas por ambas partes, como era de rigor en tierra de caballería, y luego todos se reunirían en Arrás, al cabo de una quincena, es decir, el 7 de octubre, para concluir una tregua hasta la famosa conferencia de Compiégne, tantas veces rechazada, y que, esta vez, se fijaba para el 15 de noviembre. Si los dos Guilleemos, Flotte y Paumier, no lograban poner de acuerdo las aspiraciones de los barones con los deseos del rey, se estudiaría el envío

de otros negociadores.

—No es necesario firmar nada hoy; confío, monseñores, en vuestra palabra —dijo el conde de Poitiers—. Sois hombres razonables y de honor; sé muy bien que vos, Fiennes, y vos, Souastre, y vos, Loos, y todos vosotros os tomaréis a pecho el no decepcionarme, dejándome comprometer en vano ante el rey. Y cuento con vosotros para aconsejar prudencia a vuestros amigos y hacerles respetar nuestros acuerdos.

Los había manejado tan bien que partieron dándole las gracias, como si hubieran encontrado en él un defensor. Montaron en sus caballos, cruzaron los tres puentes levadizos y se perdieron en la noche.

—Mi querido hijo —exclamó Mahaut—, me habéis salvado. Yo no hubiera sabido tener tanta paciencia.

—Os he hecho ganar quince días —dijo Felipe, encogiéndose de hombros—. ¡Las costumbres de San Luis! ¡Comienzan a cansarme con sus costumbres de San Luis! Parece como si mi padre no hubiera existido jamás. Cuando un gran rey ha hecho progresar al país, ¿se han de encontrar siempre idiotas que se obstinan en volver atrás? ¡Y mi hermano les da ánimos!

—¡Ah, qué pena, Felipe, que no seáis rey! —dijo Mahaut.

Felipe no respondió; miraba a su mujer. Esta, al ver disipados sus temores y que lograban su objetivo tantos meses de esperanza, se sentía de repente sin fuerzas y luchaba contra las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Para ocultar su turbación, se dirigió a través de la pieza a cada uno de los rincones de su juventud. Pero cada objeto que reconocía hacía aumentar su emoción. Encontró el ajedrez de jaspe y calcedonia con el que aprendió a jugar.

—Ya ves, nada ha cambiado —dijo Mahaut.

—No, nada ha cambiado —repitió Juana, con un nudo en la garganta.

Se volvió hacia la librería, una de las más ricas del reino, aparte de las de los monasterios, la cual contenía doce volúmenes. Juana acarició las encuadernaciones... Las infancias de Ogier, la Biblia en francés, La Vida de los Santos, El Roman de Renard, El Roman de Tristán...¹⁰ ¡Había contemplado tantas veces, en compañía de su hermana Blanca, las hermosas iluminaciones pintadas sobre las hojas de pergamino!... Y una de las damas de Mahaut les leía.

—Este lo conocías... si, lo había comprado ya —dijo Mahaut, mostrando El Roman de la Violette.

Intentaba disipar la turbación que se había apoderado de los tres.

En este momento entró el enano de Mahaut, llamado Jeannot le Follet, llevando el caballo de madera sobre el que solía caracolear por la estancia. Tenía más de cuarenta años, ancha cabeza con grandes ojos de perro y una pequeña nariz chata; llegaba apenas a la altura de las mesas y llevaba un vestido bordado y un gorro redondo.

Cuando vio a Juana, se sobrecogió; abrió la boca pero no dijo nada, y en lugar de

danzar haciendo cabriolas, como era su deber, se precipitó hacia la joven y se echó al suelo para besarle los pies.

La resistencia de Juana y el dominio de sí misma acabaron por ceder. De repente se puso a sollozar; se volvió hacia el conde de Poitiers, y al ver que éste le sonreía, se lanzó a sus brazos balbuciendo:

—¡Felipe!... ¡Felipe!... ¡Al fin, al fin os encuentro de nuevo!

La dura condesa Mahaut sintió una pequeña sacudida en el corazón al ver que su hija se había precipitado hacia su marido, y no hacia ella, para llorar de felicidad.

«Pero, ¿qué otra cosa podía esperar? —pensó Mahaut—. Lo más importante es que he triunfado.»

—Felipe, vuestra mujer está cansada —dijo—. Llevadla a vuestros aposentos, os subirán la cena.

Y cuando los dos pasaron junto a ella, agregó en voz baja:

—Ya os dije que ella os quería.

Los contempló mientras cruzaban la puerta. Luego hizo señal a Beatriz para que los siguiera discretamente.

Más tarde, ya de noche, cuando la condesa Mahaut, para compensar sus fatigas, se tragaba su sexta y última comida diaria, entró Beatriz con una media sonrisa en los labios.

—¿Qué? —preguntó Mahaut.

—El filtro, señora, ha hecho el efecto esperado. Ahora duermen.

Mahaut se apoyó ligeramente en la almohada.

—Alabado sea Dios —dijo—. Hemos rehecho la segunda pareja del reino.

IV.- La amistad de una sirvienta

Y pasaron varias semanas, que fueron casi tranquilas para el Artois. Las partes contrarias se reunieron en Arrás, luego en Compiégne, y el rey prometió dictar arbitraje antes de Navidad. Los aliados, apaciguados por el momento, volvieron a sus sombríos castillos. Los campos estaban negros y desiertos; las ovejas se apretujaban en el redil. Las auroras de diciembre, humeantes, semejaban fuegos de leña verde.

En la residencia real de Vincennes, rodeada de bosques, la reina Clemencia descubría el invierno de Francia.

Por la tarde la reina bordaba. Había comenzado un gran mantel que figuraba el paraíso. Los elegidos paseaban en él bajo un cielo uniformemente azul, entre limoneros y naranjos; era un paraíso muy parecido a los jardines de Nápoles.

«No se es reina para ser feliz», pensaba a menudo Clemencia, repitiéndose las palabras de su abuela María de Hungría. No es que fuera desgraciada, propiamente hablando; no tenía ninguna razón para serlo. «Soy injusta, —se decía—, al no agradecer al Creador por todo lo que me ha dado.»

No podía comprender la razón de aquella lasitud, de aquella melancolía, de aquel aburrimiento que, día tras día, pesaba sobre ella... ¿No estaba rodeada de mil cuidados? Tenía siempre a su lado por lo menos a tres damas de compañía, elegidas entre las más nobles del reino, dispuestas a ejecutar sus menores deseos, a anticiparse a sus menores gestos, llevar su misal, preparar su aguja, tenerle el espejo, peinarla, taparla con un manto en cuanto refrescara la temperatura...

Varios jinetes tenían como única misión hacer el recorrido entre Nápoles y Vincennes para llevar y traer las cartas que intercambiaba con su abuela, con su tío el rey Roberto y con todos sus parientes.

Tenía para su uso exclusivo cuatro hacaneas blancas, enjaezadas con frenos de plata y riendas tejidas con hilos de oro; y para los desplazamientos largos le habían regalado un gran carruaje de viaje, tan rico, con sus ruedas resplandecientes como soles, que, a su lado, el de la condesa Mahaut parecía una carreta para llevar heno.

Y Luis, ¿no era en verdad el mejor esposo de la tierra? Porque, al visitar Vincennes, había dicho que le gustaba aquel castillo y que le placería vivir allí, Luis decidió en seguida instalarse en aquel lugar. Muchos señores, imitando al rey, fijaron su residencia en aquellos parajes. Y Clemencia, que no había imaginado lo que podría ser el invierno en Vincennes, no se atrevía a confesar que hubiera preferido volver a París.

Verdaderamente, el rey colmaba todos sus deseos. No pasaba día sin que le llevara un nuevo regalo.

—Quiero, amiga mía —le había dicho Luis—, que seáis la dama mejor provista del mundo.

¿Pero necesitaba tres coronas de oro, una con diez grandes balajes, otra con cuatro grandes esmeraldas, dieciséis pequeñas y ochenta perlas, y la tercera con más perlas, esmeraldas y rubíes?

Para la mesa, Luis le había comprado doce jarros de plata dorada, esmaltados con las armas de Francia y Hungría. Y puesto que era piadosa y él admiraba su devoción, le había ofrecido un gran relicario, por el cual pagó ochocientas libras, con un fragmento de la Vera Cruz. Hubiera sido desalentar tan buena voluntad decir a su esposo que igualmente se podía rezar en medio de un jardín, y que la más humilde custodia del mundo, a pesar del arte de los orfebres y de la fortuna de los reyes, seguía siendo el sol que brilla en el cielo azul sobre el mar.

El mes anterior Luis le había hecho donación de tierras que Clemencia aún no había tenido tiempo de visitar: las casas y mansiones de Mainneville, Hébécourt, Saint-Denis de Fermans, Wardes y Dampierre, los bosques de Lyon y de Bray.

—¿Por qué, mi dulce señor —le había preguntado—, desposeeros de tantos bienes en mi favor si no soy más que vuestra sirvienta, y sólo puedo disfrutar de ellos a través de vos?

—No me desprendo de nada —había respondido Luis—. Todos estos señoríos pertenecían a Marigny, a quien los he tomado mediante juicio, y puedo disponer de ellos como me plazca.

Quiero, por si me ocurriera alguna desgracia, convertirlos en la más rica dama del reino.

A pesar de la repugnancia que sentía en heredar los bienes de un ahorcado, ella no podía rehusarlos, puesto que se le concedían como donaciones de amor, el cual proclamaba el rey en el acto mismo de la donación: «Por la feliz y agradable compañía que Clemencia nos hace humilde y amigablemente...»

También le había concedido en propiedad las casas de Corbeil y de Fontainebleau. Cada noche que pasaba al lado de ella parecía valer un castillo. Si, messire Luis la quería mucho. En su presencia jamás se había comportado como turbulento, y ella no comprendía la razón de este apodo. Jamás había habido disputas ni violencia entre ellos. Verdaderamente, Dios le había dado un buen esposo.

Y a pesar de todo esto, Clemencia se aburría, y suspiraba mientras sacaba hilos de oro de sus limones bordados.

Se había esforzado vanamente en interesarse por los asuntos del Artois, sobre los que Luis a veces discurría, solo ante ella mientras se paseaba a grandes pasos por la habitación.

La asustaban los grandes apóstrofes que lanzaba el conde Roberto y la manera como gritaba «prima mía» como si parara una jauría; aquel hombre era para ella, sobre todo, un estrangulador de zorros. Le irritaba monseñor de Valois, que frecuentemente le decía:

—Bien, sobrina mía, ¿cuándo daréis un heredero al reino?

—Cuando Dios quiera, tío mío —respondía ella suavemente.

De hecho no tenía amigos. Comprendía, porque era sensata y carecía de vanidad, que todo el afecto que le testimoniaban era interesado. Se daba cuenta de que nunca se quiere a los reyes por ellos mismos, y que los que se arrodillan ante ellos sólo piensan en recoger del suelo algunas migajas de poder.

«No se es reina para ser feliz; puede, incluso, que ser reina impida ser feliz», se repetía Clemencia la tarde en que monseñor de Valois, con su paso siempre apresurado, entró y le dijo:

—Sobrina mía, os traigo una noticia que va a agitar la corte: vuestra cuñada la señora de Poitiers está embarazada. Las matronas lo han certificado esta mañana.

—Lo celebro por la señora de Poitiers —dijo Clemencia.

—Espero que os testimone su agradecimiento —prosiguió Carlos de Valois— porque a vos debe su actual estado. Si no hubierais solicitado su perdón el día de vuestros esponsales, dudo mucho de que Luis se lo hubiera concedido tan pronto.

—Dios me prueba, pues, que hice bien, ya que acaba de bendecir esta unión.

—Parece que Dios bendice menos rápidamente la vuestra —respondió—. ¿Cuándo, sobrina mía, os decidiréis a seguir el ejemplo de vuestra cuñada? En verdad es una lástima que se os haya adelantado. Vamos, Clemencia, permitidme que os hable como un padre. Ya sabéis que no me gusta guardarme las cosas que he de decir... ¿Cumple bien Luis sus deberes con vos?

—Luis es tan atento como puede serlo cualquier esposo.

—Entendedme, sobrina mía, lo que quiero decir; hablo de los deberes de esposo cristiano, de los deberes corporales, si preferís.

Clemencia se puso colorada, y balbució:

—No creo que Luis pueda ser censurado sobre ese punto. Sólo llevo cinco meses casada y no creo que haya motivo para alarmaros.

—Pero, en fin, ¿honra con regularidad vuestro lecho?

—Casi cada noche, tío mío, si es eso lo que deseáis saber y no puedo hacer más que ser su sirvienta cuando él quiere.

—¡Bien! ¡Esperemos! ¡Esperemos! —dijo Carlos de Valois—. Pero comprended, sobrina mía, que fui yo quien arregló vuestro matrimonio. No quisiera que me reprocharan haber hecho una mala elección.

Entonces Clemencia tuvo, por primera vez, un acceso de cólera. Apartó su bordado, se levantó y con voz que recordaba el tono de la anciana reina María, respondió:

—Parecís olvidar, messire de Valois, que mi abuela tuvo trece hijos, y que mi madre Clemencia de Habsburgo tenía tres cuando murió a una edad casi igual a la mía. Mi tía Margarita, vuestra primera esposa, no os dio motivo de queja, que yo

sepa. Las mujeres de nuestra familia son fecundas, como lo prueban en muchos reinos. Si no se cumplen, pues, vuestros deseos, no será por mi sangre. Y sobre este punto, messire, ya hemos hablado bastante por hoy, y para siempre.

Y fue a encerrarse en su habitación, sin permitir que la siguiera ninguna dama de compañía.

Dos horas más tarde, Eudelina, la primera lencera, al entrar a prepararle el lecho, la encontró sentada junto a la ventana, cuando ya era noche cerrada.

—¿Cómo, señora —exclamó— os han dejado sin luz? ¡ Voy a llamar!

—No, no, no quiero ver a nadie —dijo débilmente Clemencia.

La lencera avivó el fuego de la chimenea, que se extinguía, hundió en las brasas una rama resinosa y se sirvió de ella para encender un cirio plantado sobre un pie de hierro.

—¡Oh, señora, estáis llorando! —dijo—. ¿Os han afligido?

La reina se secó las lágrimas.

—Un mal sentimiento me atormenta el alma —dijo de pronto—, siento celos.

Eudelina la miró sorprendida.

—¿Vos, señora, celosa? ¿Qué motivos tenéis para estarlo? Estoy segura de que nuestro sire Luis no os engaña ni tiene intención de hacerlo.

—Siento celos de la señora de Poitiers —prosiguió Clemencia—. La envidio porque va a tener un hijo, mientras que yo no lo espero. ¡Oh!, me siento feliz por ella, oh, si, estoy satisfecha; pero no sabía que la felicidad del prójimo pudiera lacerar tan fuertemente.

—¡En verdad, señora, la felicidad ajena puede causar mucho dolor!

Eudelina dijo esto de una curiosa manera, no como una sirvienta que aprueba las palabras de su dueña, sino como una mujer que ha sufrido el mismo mal y lo comprende. Su tono no se le escapó a Clemencia.

—¿Tú tampoco tienes hijos? —le preguntó.

—Sí, señora, sí, una hija que lleva mi nombre y acaba de cumplir diez años.

Se volvió y comenzó a preparar la cama, doblando las cubiertas de brocado gris y de piel de ardilla.

—¿Cuánto tiempo llevas de lencera en este castillo? —prosiguió Clemencia.

—Desde la primavera, poco antes de vuestra llegada. Hasta entonces estaba en el palacio de la Cité, donde cuidaba de la ropa de nuestro sire Luis, después de haber hecho lo mismo durante diez años para su padre, el rey Felipe.

Se hizo el silencio; sólo se oía la mano de la lencera golpeando sobre las almohadas.

«Seguro que conoce todos los secretos de esta casa... y de sus alcobas —se decía la reina—.

No, no le preguntaré nada, no la interrogaré. Está mal hacer hablar a las

sirvientas... no es digno de mí.»

¿Pero quién podía informarla exactamente, si no era una sirvienta, uno de esos seres que comparten la intimidad de los reyes sin compartir su poder? Jamás hubiera tenido la audacia de preguntar a los príncipes de la familia sobre la cuestión que la atormentaba desde su conversación con Carlos de Valois. Por otra parte, ¿le hubieran dado una respuesta sincera? No tenía confianza con ninguna de las grandes damas de la corte, porque ninguna había demostrado ser verdaderamente su amiga. Se sentía como una extranjera a la que se abruma con vanas alabanzas, pero a quien se observa y acecha, y cuya menor falta o debilidad jamás será perdonada.

Por ello sólo podía confiarse a sus sirvientas. Eudelina, sobre todo, le parecía digna de confianza. Con su mirada franca, su sencillez, sus gestos seguros y tranquilos, la primera lencera se mostraba cada día más solícita, y sus atenciones eran sin ostentación.

Clemencia se decidió.

—¿Es verdad —preguntó— que la pequeña señora de Navarra, a quien se tiene alejada de la corte y sólo se me ha mostrado una vez, no es de mi esposo?

Y al mismo tiempo se decía: « ¿No deberían haberme enterado antes de estos secretos de la corona? Mi abuela debería haberme informado anticipadamente; la verdad es que me han dejado llegar a este matrimonio ignorando muchas cosas.»

—¡Bah! señora... —respondió Eudelina, mientras continuaba arreglando los cojines, y como si la pregunta no la sorprendiera demasiado—, creo que nadie lo sabe, ni siquiera nuestro sire Luis.

Cada uno habla de ello según sus conveniencias. Los que afirman que la señora de Navarra es hija del rey tienen interés en decirlo, al igual que los que la consideran bastarda. Incluso hay alguno como monseñor de Valois, que cambia de opinión según los meses, cuando la verdad es sólo una.

La única persona que podría tener la certeza era la señora de Borgoña y ahora tiene la boca llena de tierra...

Eudelina se interrumpió y miró a la reina:

—¿Os inquietáis, señora, por saber si nuestro sire el rey...?

Se interrumpió de nuevo, pero Clemencia le dio ánimos con la mirada.

—Tened la seguridad, señora, de que monseñor Luis no está impedido de tener un heredero, como pretenden malas lenguas en el reino e incluso en la corte.

—¿Sabe alguien...? —murmuró Clemencia.

—Yo lo sé —replicó Eudelina lentamente—, y se ha tenido mucho cuidado en que sólo yo lo sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir la verdad, señora, porque yo también tengo un gran secreto. Sin duda debería callarme... pero no es ofender a una dama como vos, de tan alto rango y

gran caridad, confesaros que mi hija es de monseñor Luis.

La reina contempló a Eudelina con asombro infinito. Que Luis hubiera tenido una primera esposa no le había planteado a Clemencia ningún problema personal. Luis, como todos los príncipes, se había casado de acuerdo con los intereses de Estado. El escándalo, la prisión y luego la muerte lo habían separado de una mujer infiel. Clemencia no se preguntaba sobre la intimidad o las desavenencias de la pareja. Ninguna suposición, ninguna curiosidad asaltaba su pensamiento.

Pero he aquí que el amor, el amor no conyugal se mostraba ante ella en la persona de aquella hermosa mujer rubia y sonrosada en la plenitud de su treintena; y Clemencia se puso a imaginar.

Eudelina tomó el silencio de la reina como una censura.

—No fui yo, señora, quien lo intentó, os lo aseguro. Fue él quien impuso su autoridad.

Además él era tan joven, no podía tener discernimiento y una gran dama le hubiera asustado sin duda.

Con un gesto de la mano, Clemencia le dio a entender que no deseaba más explicaciones.

—Quiero ver a tu hija.

Los rasgos de la lencera cobraron una expresión de terror.

—Podéis verla, señora, ciertamente podéis, porque sois la reina. Pero os pido que no lo hagáis, ya que entonces se sabría que os he hablado. Se parece tanto a su padre que monseñor Luis, con el fin de que no ofendiera vuestra vista, la ha hecho encerrar en un convento poco antes de vuestra llegada. Sólo la veo una vez al mes y cuando tenga la edad, entrará en el claustro.

Las primeras reacciones de Clemencia siempre eran generosas. Olvidó por un momento su propio drama.

—¿Pero por qué —dijo a media voz—, por qué ha hecho eso? ¿Cómo puede creer que iba a gustarme tal acción? ¿A qué clase de mujeres están acostumbrados los príncipes de Francia? O sea, mi pobre Eudelina, que por mi te han separado de tu hija. Te pido que me perdones.

—¡Oh, señora! —respondió Eudelina—. Bien sé que no es cosa vuestra.

—No es obra mía, pero yo he sido la ocasión —dijo Clemencia pensativamente—. Cada uno de nosotros no solamente es responsable de sus malas acciones, sino de todo el mal que motiva, aún sin saberlo.

—A mí misma, señora —prosiguió Eudelina—, a mí misma, que era primera lencera en el Palacio, me ha enviado monseñor Luis aquí, a Vincennes, en peores condiciones que en París.

Nadie debe protestar ante la voluntad del rey, pero la verdad es que me agradece poco el silencio que he guardado. Sin duda, monseñor Luis quería ocultarme también

a mí; no creía él que preferiríais esta residencia entre los bosques al gran palacio de la Cité.

Ahora que había empezado a confiarse, ya no se podía detener.

—Debo confesaros —prosiguió— que, a vuestra llegada estaba dispuesta sólo a serviros por obligación, pero ciertamente no por gusto. Ha sido necesario que seáis tan noble dama, y que tengáis tan buen corazón como hermoso rostro, para que me haya sentido ganada por el afecto a vos. No sabéis lo mucho que os quieren los humildes. ¡Deberíais oír hablar de la reina en las cocinas, en las caballerizas, en los lavaderos! Allí, señora, tenéis muchas más almas adictas que entre los grandes barones. Habéis conquistado el corazón de todos, incluso el mío, que era el más cerrado, y no tenéis ahora sirvienta más devota que yo —concluyó Eudelina, cogiendo la mano de la reina para besarla.

—Haré que te devuelvan a tu hija —dijo Clemencia—, y la protegeré. Le hablaré al rey.

—No hagáis nada, señora, os lo suplico —exclamó Eudelina.

—El rey me colma de tantos regalos que no deseo... Bien puede concederme uno que me place.

—No, no, no lo hagáis —repitió Eudelina—. Prefiero ver a mi hija bajo un velo que bajo tierra.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Clemencia sonrió, casi se rió.

—¿Tanto temor les inspira el rey de Francia a la gente de tu condición? ¿O es que el recuerdo del rey Felipe, tenido por hombre sin piedad, sigue pesando sobre vosotros?

Eudelina tenía tanto afecto a la reina como rencor al Turbulento, y la ocasión era propicia para demostrar estos dos sentimientos.

—Todavía no conocéis a monseñor Luis como lo conocemos todos aquí; aún no os ha mostrado el revés de su alma. Nadie ha olvidado —dijo bajando la voz— que nuestro sire Luis hizo atormentar a los servidores de su casa después del proceso de la señora Margarita, y que fueron recogidos al pie de la corte de Nesle ocho cadáveres, completamente mutilados. ¿Creéis que cayeron por casualidad? No querría que el azar nos empujara a mi hija y a mí, a caer de la misma manera.

—Son rumores que hacen circular los enemigos del rey...

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Clemencia recordó las alusiones del cardenal Duéze en Aviñón.

«¿Me habré casado con un hombre cruel?», se preguntaba.

—Lamento haber hablado demasiado —continuó Eudelina—. Quiera Dios que no os enteréis de nada peor, y que vuestra bondad os deje en la ignorancia.

—¿De qué cosa peor podría enterarme?... Sobre la muerte de Margarita...

¿verdad?

Eudelina se encogió de hombros con gesto triste.

—Sois la única en la corte, señora, que aún ignoráis lo ocurrido. Si no os han informado todavía es porque algunos acechan el mejor momento para lastimaros más. La hizo estrangular, se sabe de seguro. En Château-Gaillard nadie se priva de decirlo. Pero al conoceros han acabado por aprobar al rey.

—Dios mío, Dios mío, ¿será posible... será posible que haya matado para casarse conmigo? —gimió Clemencia, ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Ah! No volváis a llorar, señora —dijo Eudelina—. Pronto va a ser la hora de cenar, y no podéis presentaros así. Voy a refrescaros la cara.

Fue a buscar una bacía de agua fresca y un espejo, pasó un paño mojado por las mejillas de la reina y le ató una trenza rubia que se le había deshecho. Sus gestos eran suaves y había en ella una especie de ternura protectora.

Por un momento los rostros de las dos mujeres se reflejaron juntos en el espejo; dos rostros con la misma tez rubia y dorada, con los mismos ojos grandes y azules.

—¿Sabes que nos parecemos?... —dijo la reina.

—Es el más bello cumplido que me han hecho y quisiera que fuese verdad —respondió Eudelina.

Como la emoción era grande en las dos, y ambas tenían igual necesidad de amistad, el mismo impulso las empujó una a otra y, por un instante, permanecieron abrazadas.

V.- El tenedor y el reclinatorio

Con la barbilla levantada, la sonrisa a flor de labios, y vestido con un manto forrado de piel sobre su camisa de noche, Luis X entró en la habitación.

Durante la cena había encontrado a la reina extrañamente taciturna, distante, casi ausente; había seguido la conversación tardíamente y apenas había respondido a las palabras que se le dirigían; pero Luis no se había inquietado. «Las mujeres están sujetas a cambios de humor —se decía—, y el regalo que le traigo le devolverá la alegría.» Porque el Turbulento era de esos maridos sin imaginación que tienen una pobre idea de las mujeres y creen que todo se arregla con un regalo.

Entró haciéndose el gracioso y llevando un pequeño estuche de forma alargada.

Apenas se sorprendió al encontrar a Clemencia arrodillada en el reclinatorio. La reina, por lo general, terminaba sus oraciones de la noche antes de que él entrara. Hizo un signo con la mano que significaba: «No os preocupéis por mí, acabad en paz»... y se situó en el otro extremo de la habitación, dando vueltas al estuche entre las manos.

Pasaban los minutos; el rey tomó una almendra garrapiñada de una copa colocada cerca del lecho, y se puso a masticar. Clemencia seguía arrodillada. Luis se le acercó, y se dio cuenta de que ella no rezaba. Lo estaba mirando.

—Ved, amiga mía —dijo—, ved la sorpresa que os traigo. ¡Oh!, no es una joya, es más bien una rareza, un capricho de orfebrería. Mirad...

Abrió el estuche y sacó un largo objeto brillante de dos puntas. Clemencia, en su reclinatorio, hizo un movimiento de retroceso.

—¡Eh!, amiga mía —exclamó Luis riendo—, no tengáis miedo, esto no se ha hecho para herir; es un pequeño tenedor para comer las peras. Mirad qué bien trabajado está.

Colocó sobre el reclinatorio un tenedor de dos púas de acero muy agudas, sujetas a un mango de marfil y oro cincelado.

La reina no parecía mostrar gran interés por el regalo, ni siquiera apreciar su novedad. Luis se sintió decepcionado.

—Lo he hecho fabricar —continuó— por mediación de maese Tolomei, quien lo encargó especialmente a un orfebre de Florencia. Parece ser que sólo existen cinco tenedores como éste en el mundo, y he querido que tuvierais uno para que no os ensuciéis vuestros hermosos dedos cuando comáis fruta. Es un objeto propio para damas; los hombres nunca se atreverían ni sabrían utilizarlo, a no ser ese afeminado de Eduardo, mi cuñado de Inglaterra, quien, según me han dicho, se sirve de él en la mesa sin temor a las burlas.

Por estas palabras, pensaba él haber dicho una gracia y esperaba una sonrisa. Pero Clemencia no se había movido del reclinatorio y no dejaba de mirar a su marido

fijamente. Nunca había estado más hermosa; sus largos cabellos dorados le caían hasta la cintura.

Luis agregó:

—Ah, maese Tolomei me ha informado de que su sobrino, a quien envié con Bouville a Nápoles para recogeros, está curado; pronto emprenderá el camino hacia París, y en cada carta habla a su tío de las delicadezas que tuvisteis con él.

No obtuvo respuesta.

«¿Pero, qué tiene? —se preguntaba—; al menos podría darme las gracias.» Con cualquiera otra persona que no fuera Clemencia ya se habría encolerizado, pero con Clemencia no se resignaba a ver acabado tan pronto su bienestar por una escena matrimonial. Se dominó, e hizo una nueva tentativa.

—Esta vez creo que el asunto de Artois se va arreglar —dijo—. Las cosas se presentan bien. La entrevista de Compiégne, a la que tan dulcemente me acompañasteis, ha dado los resultados que esperaba y muy pronto voy a pronunciar mi arbitraje. Todo se apacigua desde que estáis conmigo.

—Luis —dijo de repente Clemencia—, ¿de qué murió vuestra primera esposa?

Luis se inclinó hacia delante, como si hubiera recibido un golpe en mitad del cuerpo, y la contempló un instante, estupefacto.

—Margarita murió... murió —respondió agitando las manos— ...murió de una fiebre en el pecho que la ahogó, según me dijeron.

—Luis, ¿podéis jurarlo ante Dios?...

—¿Qué queréis que jure? —dijo el Turbulento alzando la voz—. No tengo nada que jurar. ¿A dónde queréis ir a parar? ¿Qué queréis saber? Os he dicho lo que os he dicho, y os ruego que os contentéis con ello; no tenéis por qué saber más.

Se puso a recorrer la habitación. A la altura del escote de su camisa de noche, la base del cuello había enrojecido; sus grandes ojos glaucos habían adquirido un inquietante centelleo.

—¡No quiero que me hablen de ella! —gritó—. ¡Jamás! Y vos menos que nadie. Os prohíbo, Clemencia, pronunciar ante mí el nombre de Margarita...

Se interrumpió por un acceso de tos.

—¿Podéis jurarme ante Dios —repitió Clemencia con determinación— que vuestra voluntad no tuvo nada que ver con su muerte?

La cólera oscurecía en seguida el juicio de Luis. En lugar de negar simplemente y fingir reír, como ante una suposición absurda y ofensiva, replicó:

—¡Y aunque hubiera sido así! Vos seríais la última en tener derecho a reprochármelo. Es a vuestra abuela a quien deberíais echárselo en cara.

—¿A mi abuela? —murmuró Clemencia—. ¿Qué tiene que ver mi abuela con esto?

El Turbulento comprendió en seguida que acababa de decir una tontería, lo cual

no hizo más que aumentar su furor; pero era demasiado tarde para volverse atrás.

—¡Sí, la culpa fue de madame de Hungría! —repitió—. Exigió que vuestra boda se celebrara antes del verano. Entonces deseé... entendedlo bien, solamente deseé... que Margarita muriera antes de ese tiempo. ¡Lo deseé en voz alta y me entendieron, nada más! Si no hubiera expresado ese deseo, vos no seríais ahora reina de Francia. No os hagáis, pues, la inocente y no vengáis a censurarme por lo que os ha ido tan bien y os ha situado más alta que toda vuestra parentela.

—Jamás hubiera aceptado —exclamó Clemencia—, si hubiera sabido que era a tal precio. ¡Por este crimen, Luis, es por lo que Dios no nos da un hijo!...

Luis dio media vuelta y se quedó inmóvil, estupefacto.

—Sí, debido a este crimen y a todos los otros que habéis cometido —continuó la reina, levantándose del reclinatorio—. ¡Hicisteis asesinar a vuestra esposa! Hicisteis detener con falsas pruebas a messire de Marigny. Vos mantenéis en prisión a los legistas de vuestro padre. Hicisteis atormentar a vuestros propios servidores. Atentasteis contra la vida y la libertad de las criaturas de Dios. Por esto, ahora Dios os castiga impidiéndoos engendrar nuevas criaturas.

Luis, lleno de estupor, la veía avanzar hacia él. Había, pues, una tercera persona que no se inmutaba ante sus arrebatos, en quien no hacía mella su furor y se le imponía. Su padre, Felipe el Hermoso, lo había dominado por la autoridad; su hermano, el conde de Poitiers, lo dominaba por la inteligencia; y ahora su segunda esposa lo dominaba por la fe. Nunca hubiera podido imaginarse que su justiciero se le presentaría en la cámara nupcial y bajo la apariencia de aquella mujer tan hermosa, cuyos cabellos se extendían como un cometa.

El rostro de Luis se contrajo; parecía un niño a punto de llorar.

—¿Y qué queréis que haga ahora? —preguntó con voz aguda—. No puedo resucitar a los muertos. ¡No sabéis lo que es ser rey! Absolutamente nada se hace por voluntad mía, y vos me culpáis de todo. ¿Qué queréis conseguir? ¿Para qué sirve reprocharme por lo que no se puede reparar? Separaos pues de mí, regresad a Nápoles, si no podéis tolerar mi presencia. Y esperad a que haya papa para pedirle que anule nuestra unión... ¡Ah, ese papa! Ese papa que nunca consiguen elegir —agregó apretando los puños—. ¡No sabéis lo mucho que me ha preocupado esa elección! Nada de esto hubiera ocurrido si hubiera habido papa.

Clemencia le puso las manos en los hombros. Era un poco más alta que el rey.

—No puedo pensar en separarme de vos —dijo—. Soy vuestra esposa para compartir vuestra vida, tanto vuestras miserias como vuestras alegrías. Lo que quiero es salvar vuestra alma y moveros al arrepentimiento, sin el cual no hay perdón.

Luis la miró a los ojos, y no vio en ellos más que bondad y compasión. Respiró más tranquilo y la atrajo hacia sí.

—Amiga mía, amiga mía —murmuró—, sois mejor que yo, sí, mucho mejor, y no

sabría vivir sin vos. Os prometo enmendarme y lamentar el mal que he podido causar.

Mientras hablaba, hundió la cabeza en el hombro de la reina y le besaba el nacimiento del cuello.

—¡Ah, amiga mía! —continuó—, ¡qué buena sois! ¡Qué hermoso es amaros! Os prometo ser como vos queréis. ¡Si, tengo remordimientos que me causan a menudo grandes terrores! Sólo olvido cuando estoy en vuestros brazos. Venid, amiga mía, venid a que nos amemos.

Intentaba llevarla hacia la cama, pero ella permanecía inmóvil; la sentía crispase, resistirse.

—No, Luis, no —dijo muy bajo—. Tenemos que hacer penitencia.

—Ya haremos penitencia, amiga mía; ayunaremos tres veces por semana, si queréis. ¡Venid, que estoy deseoso de vos!

La reina se desprendió de él y, al quererla retener a la fuerza, cedió una costura de su vestido. El ruido del desgarrón asustó a la reina, quien cubriéndose con la mano el hombro desnudo, corrió a refugiarse detrás del reclinatorio.

Este movimiento de temor originó en el Turbulento un nuevo acceso de cólera.

—Decidme, de una vez, qué tenéis y qué hay que hacer para complaceros —exclamó.

—No quiero perteneceros antes de ir en peregrinación. Iremos a pie; luego sabremos si Dios nos perdona, concediéndonos un hijo.

—¡El mejor peregrinaje para lograr un hijo se hace aquí! —dijo Luis señalando el lecho.

—¡Ah!, no os burléis de las cosas de la religión —respondió Clemencia—; no es así como podéis convencerme.

—Es muy extraña vuestra religión, que os ordena rechazar a vuestro esposo. ¿No os han instruido sobre un deber al que no podéis negaros?

— ¡Luis, no me comprendéis!

—¡Sí, os comprendo! —gritó—. Comprendo que me rehuís. Comprendo que no os plazco, que hacéis conmigo como Margarita...

Y avanzó con los ojos fijos, le pareció a Clemencia, en el tenedor de las aceradas puntas, que estaba allí todavía sobre el reclinatorio. Ella adelantó una mano para coger el objeto antes de que lo hiciera el rey. Por fortuna, él ni siquiera reparó en ese gesto; no tenía atención más que para el gran pánico y desesperación que lo dominaba.

Luis sólo se sentía seguro de sus facultades viriles junto a un cuerpo dócil. Pensar que era rechazado lo dejaba indefenso; el drama de su primer matrimonio no tenía otro origen. ¿Y si aquella inhibición volvía a presentarse? No hay mayor dolor que verse incapacitado de poseer lo que más se desea. ¿Cómo podía explicar a Clemencia que, para él, el castigo había precedido al crimen? Le aterraba pensar que pudiera

ponerse en marcha nuevamente el horrible engranaje de negativas, impotencia y odio. Dijo como para sí:

—¿Será verdad que estoy maldecido y condenado a no ser amado por quien amo?

Con los ojos cerrados, temblorosa todavía, Clemencia pensaba por su parte: «¡Yo he creído que me quería matar!»

Entonces, cediendo a una vaga vergüenza tanto como a la compasión, se apartó del reclinatorio y dijo:

—Está bien, haré lo que os plazca.

Y fue a apagar las candelas.

—Dejad encendidos los cirios —dijo el Turbulento.

—¿De verdad, Luis, queréis...?

—Dejad caer vuestro vestido.

Decidida ahora a toda sumisión, se desnudó por completo, con la sensación de que obedecía al diablo. Si Luis estaba condenado, ella participaría en la condenación. El llevó hacia el lecho aquel hermoso cuerpo de modeladas formas, sobre el cual tenía de nuevo pleno poder. Para dar las gracias a Clemencia murmuró:

—Os prometo, amiga mía, os prometo poner en libertad a Raúl Presles y a todos los legistas de mi padre. ¡En el fondo siempre queréis las mismas cosas que mi hermano Felipe!

Clemencia pensó que su complacencia sería ocasión de algún bien y que, a falta de penitencia, serían puestos en libertad algunos prisioneros.

Pero aquella noche un gran grito se estrelló contra el techo de la cámara nupcial. Después de cinco meses de casada, la reina Clemencia acababa de descubrir que no era reina sólo para ser desdichada y que las puertas del matrimonio podían abrirse a deslumbramientos desconocidos.

Permaneció largos minutos extenuada, jadeante, maravillada, ausente de sí misma como si el mar de su ribera natal la hubiera depositado en una playa dorada. Y fue ella quien buscó el hombro del rey para adormecerse, mientras Luis, loco de agradecimiento por este placer que acababa de dispensar, y sintiéndose más rey que el día de su coronación, conocía la primera noche de insomnio sin sentir la obsesión de la muerte.

Pero esta felicidad, ¡ay!, fue fugaz. Desde el día siguiente, sin el auxilio de un confesor, Clemencia asoció indisolublemente el placer al pecado. Sin duda era de naturaleza más nerviosa de lo que parecía, porque a partir de entonces, la proximidad de su esposo le causaba intolerables dolores que la incapacitaban para aceptar el homenaje real, no por negativa de su voluntad, sino por intolerancia de su cuerpo. Sinceramente se entristecía, se excusaba por ello y hacía vanos esfuerzos para saciar los insistentes ardores de Luis.

—Os aseguro, mi dulce sire, os aseguro —le decía—, que no podré mientras no

vayamos en peregrinación.

—Pues bien, iremos, amiga mía; iremos pronto y tan lejos como queráis, y con una cuerda al cuello si os place; pero antes dejadme arreglar el asunto del Artois.

VI.- El arbitraje

La antevíspera de Navidad, en la mansión de Vincennes, transformada para la ocasión en palacio de justicia, se hallaban reunidos pares, señores y legistas esperando al rey.

Por la mañana había llegado una delegación de barones del Artois, al frente de la cual estaban Gerardo Kiérez y Juan de Fiennes, así como los inseparables Souastres y Caumont. Parecía que todo estaba arreglado. Los enviados del rey habían hecho un buen trabajo, multiplicando sus diligencias entre los adversarios; el conde de Poitiers había inspirado prudentes soluciones y había aconsejado a su suegra ceder en varios puntos para llevar la paz a sus Estados.

Obedeciendo a las instrucciones del rey, a decir verdad bastante vagas, pero generosas en su intención: «No quiero que se derrame más sangre; no quiero que se retenga injustamente a más gente en los calabozos; quiero que se devuelva a cada uno lo que le pertenece, y que la cordialidad y amistad reinen en todas partes»... el canciller Esteban Mornay había redactado una larga sentencia de la que el Turbulento, en cuanto se la presentaron, se sintió infinitamente orgulloso, como si él personalmente hubiera sido el redactor de todos sus artículos.

Al mismo tiempo, Luis X mandaba poner en libertad a Raúl de Presles y a otros seis consejeros de su padre, quienes se pudrían en prisión desde el mes de abril. Esa política bondadosa lo había llevado, a pesar de la oposición de Carlos de Valois, a perdonar a la mujer y al hijo de Enguerrando de Marigny, ambos encarcelados hasta entonces.

Tal cambio de actitud sorprendía a la corte. El mismo rey fue a recibir a Luis de Marigny, lo abrazó en presencia de la reina y de varios dignatarios, y le dijo:

—Ahijado mío, el pasado está olvidado.

El Turbulento empleaba ahora esta fórmula a cada paso, como si quisiera persuadirse y persuadir a los demás de que había empezado una nueva fase de su reinado.

Aquella mañana se sentía particularmente en paz con su conciencia mientras le colocaban su corona y ponían sobre sus hombros el gran manto ornado de flores de lis.

Mateo de Trye le entregó la mano de la justicia, de oro y con dos dedos levantados.

—¡Cómo pesa! —dijo Luis—; la encontré más ligera el día de la coronación.

—Sire, ¿queréis recibir primero a maese Martín, que acaba de llegar de París, o lo veréis después del consejo? —preguntó el gran chambelán.

—¿Ha llegado maese Martín? —exclamó Luis—. Quiero verlo aquí. Que me dejen a solas con él.

El personaje que entró era un hombre de unos cincuenta años, de bastante corpulencia, tez muy morena y ojos soñadores. Aunque vestía de manera muy sencilla, casi como un monje, en su porte, en sus gestos untuosos y seguros a la vez, en su forma de recoger el manto en el brazo, y de inclinarse al saludar había algo de oriental. Maese Martín había viajado mucho en su juventud, había llegado hasta Chipre, Constantinopla y Alejandría. No se tenía la absoluta certeza de que hubiera llevado siempre el nombre de Martín con el que se le conocía.

—¿Habéis aclarado la cuestión que os encargué? —le preguntó de golpe el Turbulento.

—Lo he hecho, sire, muy honrado de haber sido consultado por vos.

—Entonces decidme la verdad, aunque sea mala; no temo escucharla.

Un astrólogo como maese Martín sabía qué pensar de tal preámbulo, sobre todo viniendo de un rey.

—Sire —respondió—, nuestra ciencia no es absoluta, y si bien los astros no mienten nunca, nuestro entendimiento puede equivocarse al observarlos. De todos modos, no encuentro fundamento para vuestra inquietud, y nada parece impedir que tengáis descendencia. El cielo de vuestro nacimiento os es más bien favorable en este punto, y en él los astros están dispuestos en buena forma para la paternidad. En efecto, Júpiter está en la punta de Cáncer, lo que es signo de fecundidad y, además ese Júpiter de vuestro nacimiento forma un triángulo amistoso con la Luna y el planeta Mercurio. No debéis, pues, renunciar a la esperanza de engendrar. Por el contrario, la oposición que la Luna hace a Marte no indica para el hijo que tendréis una vida exenta de dificultades, y será necesario rodearlo desde sus primeros días de grandes cuidados y fieles servidores.

Maese Martín había ganado gran notoriedad al anunciar con mucho tiempo de adelanto, aunque con palabras encubiertas, la muerte del rey Felipe el Hermoso, que había de coincidir con el eclipse de noviembre de 1314. Había escrito: «Un poderoso monarca de occidente...» guardándose muy bien de precisar. Luis X tenía desde entonces en grande estima a maese Martín.

—Vuestra información me es preciosa, maese Martín, y vuestras palabras me confortan.

¿Habéis podido discernir el momento más favorable para concebir los herederos que deseo?

Maese Martín hablaba lentamente para tener tiempo de encontrar para sus respuestas el giro más adecuado.

—Hablemos solamente del primero, sire, ya que sobre los otros no podría responderos con bastante seguridad... Me falta la hora del nacimiento de la reina, que ella no sabe y que nadie me ha podido dar; pero no creo cometer un gran error si os digo que antes de la entrada del sol en Sagitario os nacerá un hijo, lo que sitúa el

tiempo de la concepción a mediados de febrero aproximadamente.

—Conviene, pues, apresurarme a hacer la peregrinación de San Juan de Amiens, que tanto desea la reina. ¿Y cuándo creéis, maese Martín, que debo reemprender la guerra contra los flamencos?

—Creo que en esto, sire, debéis seguir la inspiración de vuestra sabiduría. ¿Habéis elegido fecha?

—Espero reunir el ejército antes del próximo agosto.

La soñadora mirada de maese Martín permaneció un instante clavada sobre el rey, su corona y la mano de justicia, que parecía molestarlo y que llevaba al hombro como un jardinero lleva la azada.

—«Para llegar al mes de agosto habrá que pasar junio... » —murmuró el astrólogo. Luego, más alto:

—Para el próximo agosto, sire, puede que los flamencos hayan dejado de inquietaros.

—¡Lo creo firmemente! —exclamó el Turbulento—. Con el gran miedo que les inspiré el verano pasado se someterán sin presentar batalla, antes de la estación de las cabalgadas.

Causa extraña impresión ver a un hombre, con casi la seguridad de que antes de seis meses habrá muerto, y oírle hacer inútiles proyectos para un porvenir que probablemente no verá. «Si llega a noviembre... » se decía Martín. Porque aparte del temible paso de junio, el astrólogo había descubierto un segundo aspecto funesto, una maligna dirección de Saturno a los veintisiete años y cuarenta y cuatro días del nacimiento del rey. «Dos conjunciones fatales con seis meses de intervalo, si verdaderamente engendra, la segunda coincidirá con el nacimiento del niño... De todas formas, estas cosas no se pueden decir.»

Sin embargo, antes de partir con la bolsa que el rey acababa de entregarle, maese Martín se creyó obligado a añadir:

—Sire, una palabra más para la salvaguardia de vuestra salud. Cuidaos del veneno, sobre todo al declinar la primavera.

—Entonces, ¿debo abstenerme de comer hongos? Me gustan mucho; pero a veces me han causado desarreglos intestinales.

Luego, preocupado de repente:

—¡Veneno! ... ¿Queréis decir... mordedura de víbora?

—No, sire, me refiero a los alimentos.

—Está bien, gracias, maese Martín.

Inmediatamente, mientras se dirigía a la Cámara de Justicia, Luis ordenó a su chambelán que redoblaran la vigilancia en las cocinas, que se surtiera solamente de comestibles de segura procedencia, y que hiciera probar todos los platos dos veces en lugar de una, antes de servirselos.

Luego entró en la gran sala, todos se levantaron y se mantuvieron en pie hasta que se instaló bajo el dosel.

Sentado en el trono, con los faldones de su manto recogidos sobre las rodillas y la mano de justicia un poco inclinada sobre el pliegue del brazo, Luis se sentía en aquel instante parecido al Señor del Cielo de las vidrieras de las iglesias. A derecha e izquierda sus barones, bellamente vestidos, inclinaban devotamente la cabeza. A pesar de todo, había momentos de satisfacción en el oficio de rey, y Luis alargaba su placer.

«He aquí, pensaba, que voy a dictar sentencia y todo el mundo se conformará, y así se restablecerá la paz y la buena armonía entre mis súbditos.»

Ante él estaban las dos partes que habían dado lugar al arbitraje. Por un lado, la condesa Mahaut, cuya cabeza y corona descollaban de entre los consejeros apiñados en torno a ella. Por otro, la delegación de los «aliados» del Artois. Había en ellos cierta falta de uniformidad en su manera de presentarse; pues, aunque llevaban sus mejores vestidos, no eran todos de última moda.

Estos pequeños señores tenían un aire provinciano. Souastre y Caumont se habían presentado como para ir de torneo, y se sentían un poco embarazados con sus yelmos que sostenían con la mano ante el pecho.

Los grandes barones designados para acompañar al rey habían sido elegidos prudentemente por partes iguales entre los partidarios de ambos bandos. Carlos de Valois y su hijo Felipe, Carlos de la Marche, Luis de Clermont, Berardo Mercoeur, y sobre todo Roberto de Artois, eran partidarios de los aliados. Se sabía que, por otra parte, Felipe de Poitiers, Luis de Evreux, Enrique de Sully, los condes de Bolougne, de Savoya, de Ferez, y messire Miles de Noyers apoyaban a Mahaut.

—In nomine patris et filii...

Los asistentes se miraron, sorprendidos. Era la primera vez que el rey abría su consejo con una plegaria y solicitaba para sus decisiones las luces divinas.

—Nos lo han cambiado —susurró Roberto de Artois a Felipe de Valois—. Miradlo, parece un obispo en el púlpito.

—Mis queridos hermanos, mis muy queridos tíos, mis buenos primos, y mis bien amados vasallos, tenemos el gran deseo, y el deber, por mandato de Dios, de mantener la paz en nuestro reino y condenar la división entre nuestros súbditos...

Luis, que frecuentemente tartamudeaba en público, se expresaba ahora con palabra lenta pero clara; verdaderamente se sentía inspirado, y al escucharlo aquel día, cabía preguntarse si su verdadero destino no hubiera sido el de un buen cura de aldea.

Se volvió primero hacia la condesa Mahaut, y le rogó que siguiera sus consejos. Mahaut respondió:

—Sire, nada deseo tanto como la concordia y ansío poder complaceros en todo.

El rey se volvió luego hacia los aliados y les hizo la misma recomendación.

—Sire —respondió Gerardo Kiérez—, no queremos más que el apaciguamiento y mostrarnos vuestros fieles vasallos.

Luis miró a sus tíos, hermanos y primos como si les dijera: «Ved lo bien que he sabido arreglar las cosas.»

Luego se sentó la asamblea, y el canciller Esteban de Mornay leyó la sentencia de arbitraje que empezaba con una declaración de intenciones.

El pasado, según la fórmula tan apreciada por el rey, estaba olvidado. Odios, ofensas y rencores quedaban perdonados por una y otra parte. La condesa Mahaut reconocía sus obligaciones para con sus súbditos, se comprometía a mantener la paz en el Artois, a no tomar represalias con los aliados, ni buscar ocasión de causarles daño o molestias; aceptaría, como había hecho el rey, las costumbres en uso en tiempos de San Luis y que se probaran ante ella por gente digna de crédito, caballeros, clérigos, burgueses, abogados...

Luis apenas escuchaba. Después de dictar la primera frase, le parecía haber hecho todo. El detalle de las disposiciones jurídicas, cuya redacción había dejado a Mornay, nada le interesaba. Su pensamiento volaba por otro lado. Contando con los dedos, pensaba: «Febrero, marzo, abril, mayo..., entonces el heredero me nacerá hacia noviembre...»

—«Si hay alguna queja contra la condesa —leía Esteban de Mornay—, el rey hará examinar por los investigadores si la queja es fundada y, en este caso, si la condesa se niega a acatar la justicia, el rey la obligará. La condesa, por otra parte, deberá, en las multas que reclame, declarar el monto para cada delito. La condesa habrá de entregar a los señores las tierras que retiene sin sentencia a su favor... »

Mahaut comenzó a agitarse, pero los cuatro hermanos Hirson, el canciller, el tesorero, el administrador, y el baile que estaban a su lado la calmaron.

—¡No se habló de esto en la entrevista de Compiégne! —decía Mahaut.

—Es preferible perder un poco que perderlo todo —le susurró Denis.

El recuerdo del paseito que hubo de hacer encadenado el día de la muerte del sargento Cornillot, lo inclinaba al compromiso.

Mahaut se arremangó y siguió escuchando, conteniendo su cólera.

La lectura duraba ya casi un cuarto de hora, cuando un estremecimiento de interés recorrió la sala; Mornay abordaba el tema de Thierry de Hirson. Todas las miradas se dirigieron hacia el canciller de Mahaut y sus hermanos.

—En lo que respecta a maese Thierry de Hirson, que los aliados reclaman que sea juzgado, el rey decide que se lleven las acusaciones ante el obispo de Théroutane, del que depende maese Thierry; sin embargo, no podrá presentar su defensa en el Artois, porque el antedicho maese Thierry es muy odiado en el país. Sus hermanos, hermanas y sobrinos no podrán volver tampoco al Artois mientras no sea fallado el juicio por el

obispo de Thérouanne y confirmado por el rey...»

A partir de este momento los Hirson abandonaron la actitud conciliadora que habían observado hasta entonces.

—¡Fijaos en vuestro sobrino! ¡Observad su triunfo! —dijo Pedro, baile de Arras.

En efecto, Roberto de Artois cambiaba sonrisas con sus primos Valois.

—¡Aún no se ha dicho todo, amigos míos, aún no se ha dicho todo! —murmuró Mahaut, con las mandíbulas apretadas—. ¿Creéis que voy a abandonaros, Thierry?

Cuando se acabó la lectura de la sentencia de arbitraje, el obispo de Soissons, que había participado en las negociaciones, se adelantó con el Evangelio en la mano y lo presentó a los barones. Estos se levantaron a la vez y tendieron la mano derecha, mientras Gerardo Kiérez, en su nombre, juraba sobre el libro sagrado respetar escrupulosamente el arbitraje del rey. Luego el obispo se dirigió hacia Mahaut.

El pensamiento del rey, en este momento, viajaba por los caminos. «Ese peregrinaje a Amiens, lo haremos a pie las últimas leguas y el resto en carreta, necesitaremos buenas botas forradas. Además llevaré mis cocineros y salseros, pues debo guardarme de los venenos...

Esperemos que Clemencia estará libre de los dolores que la entorpecen para el amor.» Soñaba con la vista puesta en los dedos de oro de la mano de justicia, cuando de repente oyó decir con fuerte voz:

—¡Me niego a jurar! ¡No aceptaré esta nefasta sentencia!

Un gran silencio cayó sobre la asamblea, sobrecogida por la audacia de esta negativa, lanzada a la cara del soberano. Se preguntaban qué terrible sanción iba a fulminar la boca real.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luis, inclinándose hacia el chambelán—. ¿Por qué se niega? Sin embargo, este arbitraje me parecía justo.

Miraba a los asistentes con aire ausente, más sorprendido que contrariado.

Entonces se levantó Roberto de Artois y clamó con voz de combate:

—Sire, primo mío, ¿vais a permitir que se os desafíe y se os abofetee el rostro? Nosotros, vuestros parientes y consejeros, no lo toleraremos. Ved el agradecimiento que se os tiene por ser bondadoso. Sabéis que por mi parte era opuesto a toda amigable convención con la señora Mahaut, de quien me avergüenzo de que sea de mi sangre. Porque toda benevolencia que se le dispensa no hace más que animarla a realizar mayores villanías. ¿Me creeréis por fin, monseñores —continuó tomando a la asamblea por testigo— me creeréis por fin cuando digo, cuando afirmo, como vengo haciendo desde hace tantos años, que he sido engañado, traicionado, robado por ese monstruo hembra que no tiene respeto ni al poder del rey ni al poder de Dios? ¿Cabe asombrarse de la actitud de una mujer que no obedeció a la voluntad de su padre moribundo, y se apropió de bienes que no le pertenecían, aprovechándose de mi infancia para despojarme?

Mahaut, en pie, con los brazos cruzados, miraba a su sobrino con aire de cólera y desprecio, mientras, a dos pasos de ella, el obispo de Soissons dudaba de dejar o no el pesado Evangelio.

—¿Sabéis por qué, Sire —continuó Roberto—, rehúsa hoy la señora Mahaut el arbitraje que aceptó ayer? Porque habéis añadido una sentencia contra maese Thierry de Hirson, contra esa alma vendida y condenada, contra ese bribón cuyo pie quisiera que le descalzaran, para ver si tiene pezuña como el diablo. Fue él quien, por mandato de la señora Mahaut, trabajó tan bien y falsificó de tal forma los escritos que me hizo perder mi herencia. El secreto de sus malas acciones los ha unido tan vergonzosamente que la condesa Mahaut ha tenido que proveer de beneficios a todos los hermanos y parientes de Thierry, quienes desuellan a este desdichado pueblo de Artois, tan próspero en otro tiempo, tan miserable ahora, que no le queda más recurso que la rebelión.

Los aliados escuchaban con el rostro iluminado, y parecía que estaban a punto de aclamar a Roberto, el cual, con el mismo énfasis, agregó:

—Si tenéis el atrevimiento, si tenéis la audacia, sire, de perjudicar a maese Thierry, de quitarle la parcela mínima de sus robos, de amenazar la uña pequeña del dedo pequeño del más pequeño de sus sobrinos, aquí está la señora Mahaut enseñando sus garras y dispuesta a escupir al rostro de Dios. ¡Porque las obligaciones contraídas en el bautismo y el homenaje que os prometió, rodilla en tierra, no significan nada en comparación con su sumisión a maese Thierry que es su verdadero señor feudal!

Mahaut no se había inmutado.

—La mentira y la calumnia, Roberto, se deslizan por tu boca como la saliva —dijo calmamente la condesa—. Ten cuidado en no morderte la lengua, porque podrías morir.

—¡Callaos, señora! —gritó bruscamente el Turbulento—. ¡Callaos! ¡Me habéis engañado! Os prohíbo volver al Artois si no aceptáis la sentencia que acabo de dictar, y que es una buena sentencia, como todo el mundo me ha dicho. Hasta entonces residiréis en París o en Conflans, y en ninguna otra parte. Basta por hoy; he pronunciado mi sentencia.

Sufrió un violento ataque de tos, que lo obligó a encogerse en el trono.

«¡Así reviente!», dijo Mahaut entre dientes.

El conde de Poitiers no había pronunciado una palabra. Balanceaba una pierna y se acariciaba pensativamente la barbilla.

Tercera parte: El tiempo del Corneta

I.- El nuevo dueño de Neauphle

El segundo día después de la Epifanía, que era día de mercado, reinaba gran agitación en la banca lombarda de Neauphle-le-Chateau. Limpiaban la casa de arriba abajo; el pintor del pueblo daba una mano de pintura a la gruesa puerta de entrada, se lustraban los cofres cuyas barras de hierro brillaban más que la plata; se pasaba la escoba a lo largo de los frisos para quitar las telarañas; se encalaban las paredes y se enceraban los mostradores. Los empleados, buscando los registros esparcidos, sus balanzas y fichas de contar, tenían que hacer esfuerzos para conservar la calma ante la clientela.

Una joven de unos diecisiete años, alta, de hermosas facciones y mejillas coloreadas por el frío, cruzó el umbral, y se detuvo, sorprendida por aquel bullicio. Por el manto de camelote con que se abrigaba, por el broche de plata que llevaba en el cuello y por su porte se adivinaba que era hija de la nobleza. Los lugareños se quitaron el gorro al verla.

—¡Ah, demoiselle María! —exclamó Ricardo, el primer empleado—. ¡Sed bien venida! Entrad y calentaos. Vuestro canastillo está preparado, como todas las semanas; pero con este trajín lo he guardado.

Hizo pasar a la joven a una pieza contigua, que servía de sala común a los empleados de la banca y donde había un gran fuego. De una alacena sacó un canastillo de mimbre, cubierto con una tela.

—Nueces, aceite, tocino fresco, especias, harina de trigo, guisantes secos y tres grandes salchichas —dijo—. Mientras nosotros tengamos alimentos, a vos no os faltarán. Son órdenes de messire Guccio. Y, como de costumbre, pongo todo a su cuenta... El invierno comienza a hacerse largo, y mucho me sorprendería que no acabase en hambre, como el año pasado. Sin embargo, este año estaremos mejor provistos.

María cogió el canastillo.

—¿Ninguna carta? —preguntó.

El primer empleado movió la cabeza con fingida tristeza.

—No, hermosa demoiselle, esta vez no hay carta.

Sonrió al ver la decepción que se retrataba en el rostro de María, y añadió:

—No hay carta; pero sí una buena noticia.

—¿Está curado? —exclamó la joven.

—¿Por qué creéis que hacemos todos estos preparativos, en pleno enero, cuando nunca se pinta antes de abril?

—¡Ricardo! Entonces, ¿es verdad? ¿Llega vuestro amo?

—Sí, per la Madonna, viene; ya está en París y nos ha anunciado que llegará mañana.

—¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy al saber que lo volveré a ver!

Luego, conteniéndose, como si con su explosión de alegría hubiera faltado al pudor, añadió:

—Toda mi familia se alegrará de verlo de nuevo.

—Ha pedido que le preparemos alojamiento. Venid, demoiselle María, quiero que me deis vuestra opinión sobre la habitación que le hemos preparado, y que me digáis si la encontráis de vuestro gusto.

La condujo al piso y abrió la puerta de una habitación de grandes dimensiones aunque baja de techo, cuyas vigas acababan de encerar. Estaba amueblada con piezas de encina bastante toscas, una cama estrecha pero cubierta con un rico brocado de Italia, algunos objetos de estaño y un candelero. María recorrió la pieza con la mirada.

—Todo está muy bien —dijo—. Pero espero que vuestro amo tenga pronto su residencia en la mansión.

Ricardo sonrió de nuevo.

—También yo lo espero —respondió—. Os aseguro que todo el mundo está muy intrigado con la llegada de messire Guccio y con la noticia de que va a quedarse a vivir aquí. Desde ayer, no cesa de entrar gente con cualquier pretexto, molestándonos por nada, como si en el burgo nadie más fuera capaz de contarles el cambio de los doce dineros de un sueldo. Todo para embelesarse con los trabajos que realizamos en la casa y hacerse explicar el motivo. Hay que decir que a messire Guccio lo quieren mucho en este país desde que echó al preboste Portefruit, de quien todos se quejaban. Lo van a recibir muy bien, y creo que se convertirá en el verdadero dueño de Neauphle... después de vuestros hermanos, naturalmente —agregó, acompañando a la joven hasta la puerta del jardín, por donde la hizo salir.

Nunca le había parecido a María más corto el camino que separaba el burgo de Neauphle de la mansión de Cressay.

«Viene..., viene..., viene...», se repetía como si cantara mientras saltaba de rodada en rodada. «Viene, me ama, y pronto nos casaremos. Va a ser el verdadero dueño de Neauphle.»

El canastillo de víveres no le pesaba en el brazo.

Al entrar en el patio de Cressay, encontró a su hermano Pedro, que salía de las cuadras.

—¡Viene! —le gritó.

—¿Quién viene?

Era la primera vez desde hacía varios meses, que veía a su hermana mostrar verdadera alegría.

—¡Guccio viene!

—¡Ah! ¡Buena noticia! —exclamó Pedro de Cressay—. Es un buen compañero, y

tendré gran placer en volverlo a ver.

—Viene a quedarse en Neauphle, su tío le ha cedido la banca. Y sobre todo...

Se interrumpió. Pero, incapaz de guardar su secreto por más tiempo, atrajo la cara mal afeitada de su hermano, lo abrazó, y agregó:

—Va a pedir mi mano.

—¡Ah, vaya! —exclamó Pedro—. ¿Y de dónde has sacado esa idea?

—No es una idea. Lo sé..., lo sé..., lo sé...

Atraído por el ruido, Juan de Cressay, el hermano mayor, salió de la cuadra, donde estaba limpiando su caballo. En la mano llevaba un haz de paja.

—¡Parece, Juan, que nos llega un cuñado de París! —dijo el hermano menor.

—¿Un cuñado? ¿Cuñado de quién?

—¡Nuestra hermana ha encontrado marido!

—¡Bien! Eso es una gran cosa —respondió Juan.

Entraba en el juego, creyendo que se trataba de una broma.

Pedro de Cressay era rubio como su hermana, Juan tenía el pelo castaño y llevaba barba, una barba espesa y mal cuidada.

—¿Y cómo se llama —continuó— ese poderoso barón que ambiciona unirse con nuestras ruinosas torres y nuestra gran fortuna en deudas? Espero al menos, hermana mía, que sea rico, ya que lo necesitamos grandemente.

—Sí, lo es —respondió María—. Es Guccio Baglioni.

Por la mirada que le lanzó su hermano mayor, tuvo la inmediata certeza de haber originado un drama. De repente sintió frío y le empezaron a zumbar los oídos.

Juan de Cressay siguió fingiendo durante unos segundos que tomaba el asunto a broma; pero el tono de su voz había cambiado. Deseaba saber qué razón tenía su hermana para hablar de aquella manera. ¿Había tenido con él relaciones o palabras que rebasaran los límites de la honestidad? ¿Le había escrito sin saberlo la familia?

A cada pregunta, respondía María con una vaga negación que escondía muy mal su turbación cada vez más creciente. El mismo Pedro se sentía incómodo. «Debería haberme callado», se decía.

Entraron los tres en la gran sala de la mansión, donde su madre, la señora Eliabel, hilaba la lana junto a la chimenea. La castellana había recobrado su robustez natural gracias a las vituallas que cada semana, desde la escasez del invierno anterior, les hacía llegar Guccio.

—Sube a tu habitación —dijo Juan de Cressay a su hermana.

Como hermano mayor tenía autoridad de jefe de familia. Cuando salió María y se oyó cerrar la puerta de su habitación en el piso, Juan puso a su madre al corriente de lo que acababa de saber.

—¿Estás seguro, hijo mío? ¿Es posible? —exclamó—. ¿A quién se le ocurre la loca idea de que una joven de nuestro rango, cuyos antepasados pertenecen a la

caballería desde hace dos siglos, pueda casarse con un Lombardo? Estoy segura de que ese joven Guccio, quien, por otra parte, es muy agradable y tiene bellas maneras, nunca ha pensado en eso.

—No sé si él lo ha pensado, madre mía —respondió Juan—, pero si sé que María lo piensa.

Las duras mejillas de la señora Eliabel se sonrojaron.

—¡Esa pequeña ve visiones! —dijo—. Si ese joven, hijos míos, ha venido tantas veces a visitarnos y nos ha demostrado tanta amistad, es porque tiene más interés, creo yo, por vuestra madre que por vuestra hermana. ¡Oh!, sin ninguna deshonestidad —se apresuró a añadir—, y sin que haya pasado por sus labios ninguna palabra ofensiva. Son cosas que una mujer adivina, y he comprendido que me admiraba...

Diciendo esto, se incorporó en su asiento, hinchando el pecho.

—Yo no estoy tan seguro, madre mía —respondió Juan de Cressay—. Recordad que durante la última estancia de Guccio, lo dejamos solo varias veces con nuestra hermana cuando parecía estar tan enferma, y que a partir de entonces ella recobró la salud.

—Quizá fue porque desde aquel momento empezó a quitarse el hambre, y nosotros con ella —observó Pedro.

—Sí, pero advertid que, desde entonces, siempre hemos tenido noticias de Guccio a través de María. Su viaje a Italia, su accidente... Ricardo siempre informa a María, y nunca a nosotros. Y luego su insistencia en ir ella misma a buscar los víveres a la banca. Os digo que detrás de todo esto hay alguna maquinación sobre la que no hemos tenido los ojos bastante abiertos.

La señora Eliabel dejó la rueca, sacudió los hilos de lana de su falda, y levantándose, declaró con tono ultrajado:

—Sería en verdad gran villanía por parte de ese jovenzuelo, haber usado su mal adquirida fortuna para sobornar a mi hija, pretendiendo comprar nuestra alianza con algunos alimentos o vestidos, cuando el honor de ser nuestro amigo debería pagarle con creces.

Pedro de Cressay era el único de la familia que tenía sentido de la realidad. Era sencillo, leal y sin prejuicios. Lo irritaban las manifestaciones que oía, tejidas de mala fe, de celos y de vanas pretensiones.

—Parece que olvidáis los dos —dijo— que seguimos debiendo trescientas libras al tío de Guccio, el cual nos hace la gracia de no reclamárnoslas, como tampoco los intereses, que no cesan de aumentar. Y si no fuimos embargados por el preboste Portefruit, tierras y paredes, se lo debemos a Guccio. Recordad también que nos ha evitado morir de hambre con todas sus vituallas, que no hemos pagado nunca. Antes de alejarlo, pensad un poco si podéis pagar. Guccio es rico y con los años lo será más todavía. Cuenta con gran protección, y si el rey de Francia lo encontró de buena

aparición para unirlo a la embajada que fue a Nápoles a buscar la nueva reina, no veo por qué nosotros hemos de pretender ser inaccesibles.

Juan se encogió de hombros.

—Eso lo sabemos por María —dijo—. Y fue en la embajada como mercader, para atender su negocio.

—¡Y aunque el rey lo haya enviado a Nápoles, no por eso le va a dar su hija! —exclamó la señora Eliabel.

—Mi pobre madre —replicó Pedro—, María no es hija del rey de Francia, que yo sepa.

Ciertamente es hermosa...

—¡No venderé a mi hermana por dinero! —gritó Juan de Cressay.

Sus ojos brillaban entre el hirsuto pelo.

—No, no la venderás —replicó Pedro—, pero le elegirás un carcamal, sin que te ofendiera que fuera rico, a condición de que llevara espuelas en sus talones gotosos. ¡Si ella ama a Guccio, tú no la vendes!... ¿La nobleza? ¡Bah! Nosotros dos nos bastamos para mantenerla. Por mi parte os digo que no vería con malos ojos ese matrimonio.

—¿Y tampoco verías con malos ojos a tu hermana instalada en Neauphle, en nuestro feudo, detrás de un mostrador de banca, calculando el vellón y traficando en especias? Dices desatinos, Pedro, y me pregunto de qué te viene el poco respeto que tienes a lo que somos —dijo la señora Eliabel—. De todas formas, mientras yo viva, no consentiré tan desigual matrimonio, y tu hermano tampoco. ¿No es así, Juan?

—Ciertamente, madre mía. Ya hemos discutido bastante, y ruego a Pedro que no hable nunca más de esto.

—Está bien, está bien. Tú eres el mayor, haz lo que creas conveniente —dijo Pedro.

—¡Un Lombardo, un Lombardo! —continuó la señora Eliabel—. ¿Decís que viene ese joven Guccio? Dejadme hacer, hijos míos. El crédito y los favores que le debemos nos impiden cerrarle la puerta. Está bien, lo recibiremos; pero si él es pícaro, yo lo seré más. Y me encargo de quitarle las ganas de volver otra vez, si lo hace por el motivo que nos tememos.

II.- La recepción de la señora Eliabel

Desde el alba del día siguiente parecía que la fiebre que reinaba en la banca de Neauphle había invadido la mansión de Cressay. La señora Eliabel daba prisa a su sirvienta, y seis campesinos de la vecindad habían sido obligados a trabajar gratuitamente durante una jornada.

Fregaban los suelos, arreglaban las mesas como para una boda, apilaban a ambos lados de la chimenea troncos cortados. La cuadra rebosaba de paja fresca y se barría el patio. En la cocina, un jabato y un carnero enteros daban vueltas en el asador, mientras se cocían pasteles en el horno. En la aldea se extendía el rumor de que los Cressay esperaban a un enviado del rey.

El aire era frío, ligero, con un poco de ese sol de enero que alegra a los desnudos ramajes y pone en las charcas de los caminos unas gotas de luz.

Guccio llegó hacia el final de la mañana, cubierto con un manto forrado de buena piel, tocado con una gran caperuza de paño verde que le caía sobre la espalda, y montado en un hermoso caballo bayo, bien alimentado y enjaezado finamente. Iba acompañado por un criado y todo daba la impresión de ser hombre rico.

Encontró a la señora Eliabel y a sus dos hijos vestidos de fiesta. La acogida que le dispensaron, la solicitud de los sirvientes, los abrazos de la señora Eliabel, los preparativos en el cobertizo y en la casa le parecieron buen augurio. Seguramente María había hablado a su familia.

Sabían para qué venía, y lo trataban ya como prometido. Sólo Pedro de Cressay parecía un poco turbado.

—Mis buenos amigos —exclamó Guccio—, tengo gran alegría en volveros a ver. Pero no era necesario que os metierais en tantos gastos. Tratadme como si fuera de la familia.

Esta frase disgustó a Juan, quien cambió una mirada con su madre.

Guccio había cambiado un poco de aspecto. De su accidente conservaba una ligera rigidez en la pierna derecha que no dejaba de darle cierta altiva elegancia a su andar. Las semanas de inmovilización en el lecho del hospital habían favorecido un último empujón de su crecimiento.

Sus rasgos eran más marcados y su rostro tenía una expresión más seria y madura. Se había desvanecido la adolescencia y había adquirido apariencia de hombre. Sin haber perdido su aplomo de antes, sino al contrario, le costaba menos imponerse a los demás. Hablaba con menos acento italiano y con más lentitud, aunque con los mismos gestos.

Mirando las paredes de la casa como si ya fuera su dueño, preguntó a los hermanos Cressay si tenían intención de efectuar algunas reparaciones en la mansión.

—He visto en Italia —dijo— algunos techos pintados que harían aquí el mejor

efecto. ¿No pensáis reconstruir vuestro cuarto de baño? Hoy día se construyen pequeños y tienen todas las comodidades. A mi juicio esto es indispensable para el cuidado del cuerpo entre la gente de calidad.

Daba por sobreentendido: «Estoy dispuesto a pagaros todo esto, porque me gusta vivir así.»

Igualmente tenía sus ideas sobre el mobiliario y la tapicería que había que colgar en los muros para alegrarlos. Esta osadía comenzaba a irritar de verdad a Juan de Cressay, y hasta el mismo Pedro creía que hablar de rehacer toda la casa, cuando acababa de llegar, era ir un poco de prisa.

Guccio miraba unas cosas y otras desde hacía media hora, y María seguía sin aparecer. «Tal vez —pensó— deba declararme antes.

—¿Tendré el placer de ver a demoiselle María? ¿Nos acompañará en la comida?

—Desde luego, desde luego; está arreglándose y en seguida bajará —respondió la señora Eliabel—. Vais a encontrarla muy cambiada; se siente muy feliz.

Guccio se levantó; el corazón le latía con fuerza.

—¿De verdad? —exclamó—. ¡Oh, señora Eliabel, qué alegría me dais!

—Sí, nosotros también nos alegramos de poder celebrar esta buena noticia con un amigo como vos. Nuestra querida María se ha prometido...

Hizo una pausa.

—...se ha prometido a uno de nuestros parientes, sire de Saint-Venant, un gentilhombre de Artois de muy rancia nobleza que está enamorado de María y a cuyo amor ella corresponde.

Guccio se quedó un instante como si estuviera en medio de la niebla, incapaz de hablar, manoseando maquinalmente el relicario de oro que le había regalado la reina Clemencia, que brillaba sobre su jubón de dos colores, a la última moda italiana. Oyó que Juan de Cressay abría una puerta y que llamaba a su hermana. Haciendo un esfuerzo por reponerse, Guccio dijo, con una voz que no parecía la suya:

—¿Y cuándo será la boda?

—A principios de verano —respondió la señora Eliabel.

—Pero es como si se hubiera celebrado —precisó Juan de Cressay—, porque ya se ha formalizado el compromiso.

Aquella mujer, a la que Guccio había dedicado sus pensamientos desde hacía tantos meses, de la que había hablado tan frecuentemente a Clemencia de Hungría, a Bouville y a Tolomei y que en la separación y en la enfermedad había sido el centro de sus sueños, entró con actitud rígida, distante, aunque sus ojos estaban enrojecidos. Dio la bienvenida a Guccio fríamente. Este se limitó a felicitarla, y ella puso la mayor dignidad que le fue posible al aceptar sus cumplidos. Estaba a punto de estallar en sollozos pero consiguió dominarse tan bien que Guccio tomó por frialdad lo que sólo era temor a traicionarse y a atraer sobre sí los castigos con que la habían amenazado.

La comida, demasiado abundante, se les hizo penosa. La señora Eliabel, deleitándose en su perfidia, fingía falsa alegría, obligaba a su huésped a repetir de cada plato y ordenó a los criados que le sirvieran otro cuarto de jabato o de carnero en la rebanada de pan.

—¿Habéis perdido el apetito en vuestro largo viaje? —exclamó—. Vamos, vamos, messire Guccio, a vuestra edad hay que comer mucho. ¿No os agrada esto? Servíos de este pastel.

Ni una sola vez pudo encontrarse con la mirada de María.

«No parece muy orgullosa de haber renegado de la fe que me juró —pensaba Guccio—. ¿Habré escapado de la muerte sólo para recibir semejante afrenta? ¡Ah, mis temores no eran infundados cuando me desesperaba en el hospital de Marsella! ¡Y aquellas absurdas cartas que le envié! Pero ¿por qué contestarme, por medio de Ricardo, que seguía con el mismo pensamiento y que languidecía con la esperanza... mientras que al mismo tiempo se comprometía con otro? ¡Es una traidora y no se lo perdonaré jamás! ¡Vaya comida que estoy pasando! ¡No recuerdo haber tenido otra peor!»

La búsqueda de la venganza es a veces diversivo de la pena. «Podría, naturalmente, exigir el inmediato reembolso del crédito, y esto los pondría en tan grave aprieto que tal vez habrían de renunciar a la boda.» Pero el procedimiento le parecía de una inadmisibile bajeza. Con burgueses tal vez hubiera obrado así; tratándose de gentileshombres que querían abrumarlo con su nobleza, buscaba una respuesta de gentilhomme. Quería demostrarles que era más señor que todos los Cressay y Saint-Venant de la tierra.

Esta preocupación lo absorbió al final de la comida. Cuando servían los postres se quitó de repente su relicario y lo tendió a la joven diciendo:

—He aquí, hermosa María, el regalo de boda que os hago. La reina Clemencia... sí, la misma reina de Francia me lo puso en el cuello por los servicios que le presté y por la amistad con que me honra. En él va encerrada una reliquia de San Juan Bautista. No pensaba separarme nunca de ella, pero parece que es posible desprenderse fácilmente de lo que se tiene como el bien más querido... Y seré feliz si, de ahora en adelante, lo lleváis para que os proteja, así como a vuestros hijos, que os deseo tengáis con vuestro gentilhomme de Artois.

Era la única manera que había encontrado para demostrar su desprecio y probar a los Cressay que habían perdido, en su persona, un buen partido. Le resultó caro decir esta frase.

Decididamente, con los Cressay, que no tenían un cuarto, los grandes impulsos de Guccio acababan siempre en un gesto costoso. Se presentaba, para recibir, y se iba indefectiblemente habiendo dado.

María tuvo una gran dificultad para no anegarse en lágrimas. Sus manos

temblaban cuando llevó a sus labios el relicario. Pero Guccio ya había dado media vuelta.

Pretextando su reciente herida y la fatiga del viaje se despidió en seguida, llamó a su criado, se puso su manto forrado, montó a caballo y salió del patio de Cressay con la certidumbre de que no volvería a poner los pies en aquella casa.

—Ahora tendremos que escribir a nuestro primo Saint-Venant —dijo la señora Eliabel a su hijo Juan en cuanto Guccio cruzó el portón.

De vuelta en la banca de Neauphle, Guccio no dijo palabra en toda la tarde. Se hizo traer los libros y fingió absorberse en el examen de las cuentas. Ricardo, el primer empleado, comprendió que las cosas no le habían ido bien; pero juzgó prudente abstenerse de hacerle preguntas.

Guccio pasó una noche de insomnio en el alojamiento que le habían preparado con tanto cuidado para una larga estancia. Ahora lamentaba haber regalado el relicario, lamentaba su decisión de establecerse en Neauphle, lamentaba sus cartas, lamentaba todo. «Ella no merecía tanto; no soy más que un imbécil... ¿Y qué va a decir mi tío Spinello de mi vuelta? —se preguntaba, agitándose entre las arrugadas sábanas—. Porque yo no estaré aquí ni un día más, después de tal humillación... No volveré a hacer más tonterías, y realmente no tengo suerte. Podía haber vuelto en la escolta de la reina, y lograr un buen puesto en su casa. Me caigo al agua por haber querido saltar demasiado aprisa, y tengo que pasarme seis meses en el hospital. En lugar de regresar a París y labrar allí mi porvenir me meto en este burgo perdido para casarme con una pueblerina que se me había metido en la cabeza desde hacía casi dos años, como si no hubiera otra mujer en el mundo...

Y la encuentro comprometida con un bobo de su raza. ¡Buen trabajo!»

Por la mañana, agotado por las quejas, el rencor y el insomnio, hizo atar el equipaje y ensillar su caballo. Estaba comiendo una escudilla de sopa, antes de marchar, cuando la sirvienta que había visto la víspera en casa de los Cressay se presentó en la banca y solicitó hablarle a solas; tenía que darle un mensaje: María, que había logrado escaparse por una hora, esperaba a Guccio a medio camino entre Neauphle y Cressay a orillas del Mauldre «en el lugar que vos sabéis», agregó la sirvienta.

Guccio comprendió que se trataba del cercado de los manzanos a orillas del río donde se dieron el primer beso.

—Decid a damoiselle María que, por su parte, es un trabajo inútil, porque yo, por la mía, no deseo verla más.

—Damoiselle María da pena de ver —dijo la sirvienta—. Os juro, messire, que deberíais ir a su encuentro; si os han ofendido, no ha sido por culpa de ella.

Sin dignarse responder, saltó a la silla y emprendió el camino. «¡El muelle de Marsella..., el muelle de Marsella...! que me sirva de lección, se decía. Basta de

tonterías. Sabe Dios lo que me espera si la vuelvo a ver ¡Que se trague sus lágrimas, si tiene ganas de llorar! »

Recorrió así doscientas toesas (400 metros) en dirección a París; luego, de repente, ante el asombro de su criado, hizo dar vuelta al caballo y lo puso al galope a campo traviesa.

En unos minutos estuvo a orillas del Mauldre; vio el cercado y, bajo los manzanos, a María que lo esperaba.

III.- La calle de los Lombardos

Cuando Guccio, al final del día, entró en el patio de la banca Tolomei en la calle de los Lombardos, su caballo estaba cubierto de espuma.

Guccio tiró las riendas a su criado, atravesó la gran galería de mostradores, y subió la escalera que conducía al gabinete de su tío tan de prisa como le permitía su cadera rígida. Abrió la puerta; la espalda de Roberto de Artois tapaba la luz. Este se volvió.

—¡Ah! ¡La Providencia os envía, amigo Guccio! —exclamó, abriendo los brazos—.

Precisamente estaba pidiendo a vuestro tío un mensajero diligente y seguro para que fuera al Artois a reunirse con Juan de Fiennes. Tendréis que ser prudente, joven —agregó, como si la aceptación por parte de Guccio estuviera fuera de duda—, porque mis buenos amigos los Hirson no se avienen con su desgracia, y sueltan los perros contra cualquiera que va de mi parte.

—Monseñor —respondió Guccio, sin aliento aún por la carrera—; monseñor, el año pasado estuve a punto de vomitar mi alma en el mar para ir a servirlos en Inglaterra; acabo de pasar seis meses en cama por ir a Nápoles en servicio del rey, y todos estos viajes no me han traído nada bueno. Permitidme que esta vez no os obedezca, pues tengo mis propios asuntos que no admiten espera.

—Os pagaré tan bien que no lo lamentaréis.

—¡No iría ni por mil libras, monseñor! —exclamó Guccio—. Y menos al Artois.

Roberto se volvió hacia Spinello, que se mantenía en la oscuridad con las manos apoyadas en el vientre.

—Decidme, amigo banquero, ¿habéis oído jamás algo parecido? Para que un Lombardo rehúse mil libras, cantidad que, por otra parte, no le he ofrecido, es preciso que haya graves motivos. ¿No estará pagado vuestro sobrino por maese Thierry... a quien Dios estrangule, y con sus propias tripas, si es posible?

Tolomei se echó a reír.

—No temáis, monseñor; sospecho que mi sobrino más bien está enredado estos días en un asunto de amor con una dama de la nobleza.

—¡Ah! Si es por servir a una dama, nada puedo exigir y le perdono su negativa. Pero esto no me soluciona nada.

—Tengo al que necesitáis, no os preocupéis; un excelente mensajero que os servirá tanto más discretamente cuanto que no os conoce. Y además... a un hábito de monje no se le presta gran atención por los caminos.

—¿Un monje?

Y Roberto hizo una mueca.

—...italiano, —agregó el banquero.

—¡Ah!, eso ya está mejor... porque, veréis, Tolomei, quiero que no me falle este gran golpe.

Como que, a menos que desobedezca al rey, mi tía no puede alejarse de París, voy a aprovechar la oportunidad para que los aliados ataquen su castillo de Hesdin... o mejor dicho, mi castillo de Hesdin. He sobornado... ¡si, con vuestro dinero, lo ibais a decir!... he sobornado a dos sargentos de esa buena condesa, dos bribones como todos los que tiene a sus órdenes que se venden al mejor postor, los cuales abrirán las puertas a mis amigos. Si no puedo disfrutar de lo que me pertenece, al menos os prometo un saqueo total, cuyo botín os encargaré que vendáis.

—¡En buen asunto me metéis, monseñor!

—¡Bah! Si os han de colgar que os cuelguen por algo. Por ser banquero sois ladrón y el encubrimiento no os asusta; nunca obligo a la gente a salir de su condición.

Desde el arbitraje estaba del mejor humor. Entregó al banquero el mensaje que debería hacer llegar al Artois.

—A sire de Fiennes, y a ningún otro, ¿entendido? Souastre y Caumont están muy vigilados...

Adiós, amigo, os quedo muy agradecido.

Se levantó, cerró el broche de oro de su manto y, poniendo las manos sobre los hombros de Guccio, le dijo:

—Divertíos, jovencito, divertíos con las damas de alta alcurnia, estáis en la edad; cuando tengáis más años, sabréis que son tan rameras como las otras, y que los placeres que tanto regatean, se pueden tener por diez sueldos en el burdel.

Salió, y durante varios segundos se oyeron sus risotadas que hacían temblar la escalera.

—Bien, sobrino mío, ¿cuándo es la boda? —preguntó maese Tolomei—. No te esperaba tan pronto.

—¡Tío mío, tío mío, es preciso que me ayudéis! —exclamó Guccio—. ¡Esa gente son monstruosos! Han prohibido a María que me vuelva a ver, y la obligan a casarse con un primo del Norte, viejo y deforme. ¡Seguramente morirá de dolor!

—¿Qué gente? ¿Qué primo? —preguntó Tolomei—. Presumo que tus asuntos no han ido tan bien como pensabas. Cuéntamelo todo con un poco de orden.

Guccio relató a su tío la visita que había hecho a Neauphle. Con un sentido completamente latino de la tragedia, no se quedó corto en ennegrecer el cuadro. La joven estaba secuestrada, y se había arriesgado a muerte, corriendo por los campos para suplicarle que la salvara. La familia Cressay quería casarla a la fuerza con un pariente lejano, personaje cargado con todas las desgracias físicas y morales.

—¡Un viejo de cuarenta y cinco años! —exclamó Guccio.

—¡Gracias! —murmuró Tolomei.

—Pero María sólo me quiere a mí. Me lo ha dicho y redicho; y sé que morirá si la obligan a casarse con otro. Tenéis que ayudarme, tío mío.

—¿Pero qué quieres que haga?

—Tenéis que ayudarme a llevarme a María. Nos marcharemos a Italia y viviremos allí.

Spinello Tolomei, con un ojo cerrado y el otro abierto, observaba a su sobrino, entre inquieto y divertido.

—Ya te dije que no te sería tan fácil, y que hacías mal en encapricharte por una hija de la nobleza. Esos nobles no tienen ni camisa para ponerse; nos deben hasta la cama en que duermen, pero nos escupen a la cara si alguno de los nuestros quiere casarse con una de sus hijas. Créeme, olvida esa aventura. Cuando nos dirigen un insulto, generalmente es porque hemos bajado la cabeza para recibirlo. Elige, pues, cualquier hermosa joven de nuestras familias, bien provista del oro de nuestras bancas, que te dará hermosos hijos, y cuyo carruaje salpicará los pies de tu pueblerina.

Guccio tuvo una repentina inspiración.

—¿No es Saint-Venant uno de los aliados de Artois? —exclamó—. ¡Debería llevar el mensaje de monseñor Roberto, buscar a Saint-Venant, provocarlo y matarlo!

Ya tenía la mano sobre la daga.

—¡Buena cosa! —dijo Tolomei—. ¡Y que no haría poco ruido! Luego, los Cressay encontrarían otro prometido en Bretaña o en Poitou, y tendrías que matarlo también. ¡Buen trabajo te buscas!

—Me casaré con María o con ninguna, tío mío; y no permitiré que se case con nadie.

Tolomei levantó las manos por encima de la cabeza.

—¡Ah, la juventud! Dentro de quince años tu mujer será fea, y al mirarla, te preguntarás si aquel rostro arrugado, aquel vientre voluminoso, aquellos pechos caídos, valían tantas molestias como ahora te tomas por ella.

—¡Eso no es verdad, no es verdad! Además, no pienso en lo que ocurrirá de aquí a quince años, sino en hoy; y sé que nada en el mundo puede reemplazar a María. Ella me ama.

—¿Te ama, dices? Entonces, muchacho, si te ama tanto... el matrimonio no es un estado indispensable para que dos sean felices. El obispo de París, naturalmente, no te hablaría así, pero yo te invito a que te alegres de que quieran dar a esa beldad un marido gotoso, deforme y desdentado, según el retrato que me has hecho...; es el mejor favor que te pueden hacer.

—¡Ah, tío mío! No conocéis a María, su pureza, ni la firmeza de sus creencias. No será mía más que después de casarme con ella, y jamás pertenecerá a otro con quien no se haya unido ante Dios... En cuanto a mí, jamás aceptaría compartirla. Si

piensas así, me la llevaré sin tu ayuda; recorreremos los caminos como pobres miserables, y moriremos de frío al atravesar las montañas.

Pero antes, voy a ver a la reina Clemencia, ella me conoce y me aprecia.

Tolomei golpeó ligeramente la mesa con la palma de la mano. Su ojo cerrado ordinariamente se abrió de golpe.

—Vas a callarte ahora mismo —dijo sin apenas levantar la voz—. No irás a ver a nadie y menos a la reina; ya que nuestros asuntos no van tan bien desde que ella está aquí para que tengamos necesidad de atraer la atención sobre nosotros con un escándalo. La reina es todo bondad, caridad y compasión; lo sé. De momento, desde que domina al rey, a los pobres Lombardos nos chupan la sangre. El Tesoro da limosnas con nuestro dinero. Nos acusan de usureros, y nos achacan todos los pecados del reino. Monseñor de Valois nos defiende poco y nos decepciona mucho. La reina Clemencia te dará buenas palabras y muchas bendiciones; pero conozco a mucha gente de la corte que sería feliz prendiéndote y aplicándote el castigo reservado a los seductores de muchachas nobles, aunque sólo fuera para perjudicarme a mí, capitán general de los Lombardos. El viento no sopla del mismo lado; en realidad, nadie sabe de dónde sopla. Los amigos de Marigny, que no me tenía simpatía, han sido liberados y forman partido alrededor del conde de Poitiers...

Pero Guccio no escuchaba; por el momento se reía de los impuestos, de las ordenanzas y de las fluctuaciones del poder. Ni siquiera lo atemorizaba la perspectiva de un proceso y de la cárcel.

Se obstinaba en su proyecto: raptaría a María.

—Pero, pobre desgraciado —dijo Tolomei, tocándose la frente—, ¿no ves que antes de recorrer diez leguas ya os habrían detenido? A tu doncella la meterían en un convento; en cuanto a ti... ¿Quieres casarte con ella? ¡Bueno! Te voy a ayudar, ya que éste parece el único medio de curarte... y cerró el ojo izquierdo.

—Dispuesto a hacer una locura, porque no es otra cosa, siempre será menos grave que si te dejo actuar solo —agregó—. Pero ¿por qué ha de favorecer uno las tonterías de su familia?

Agitó una campanilla, y se presentó un empleado.

—Ve al convento de los hermanos agustinos —le dijo Tolomei— a buscar a fra Vincenzo, que llegó el otro día de Perusa...

IV.- Boda a medianoche

Dos días después, Guccio reemprendía la ruta de Neauphle, en compañía de un monje italiano que debía ir al Artois a entregar el mensaje de monseñor Roberto. Habiéndole pagado largamente, fra Vincenzo no había vacilado en dar un rodeo y prestar a Tolomei dos servicios en lugar de uno.

No era la primera intriga en que intervenía este monje, encargado por su orden de recorrer los caminos de Francia e Italia. El banquero, por otra parte, alterando un poco la verdad, había sabido dar a las preocupaciones de su sobrino un aire patético. Guccio había seducido a una joven, cometiendo con ella pecado carnal, y Tolomei no quería que estas dos criaturas viviesen por más tiempo en pecado. Pero debería obrar discretamente para no despertar las sospechas de la familia...

Guccio y el monje se presentaron, entrada la noche, en la mansión de Cressay. La señora Eliabel y sus hijos estaban a punto de acostarse. El joven Lombardo solicitó hospitalidad, pretextando que no tenía las llaves de su alojamiento, que sus empleados vivían en Montfort, y que necesitaba albergar a aquel religioso venido a traerle noticias de Toscana. Como Guccio había pernoctado en la mansión varias veces, incluso a instancias de los Cressay, su petición no les sorprendió de ningún modo; la familia se esforzó en acoger bien a los viajeros.

Fra Vincenzo tenía una cara redonda que inspiraba tanta confianza como su hábito; además sólo hablaba italiano, lo que le evitaba responder a cualquier pregunta.

Durante la frugal cena ofrecida a los viajeros, nadie hizo alusión al pretendido compromiso de María con su lejano primo; parecía que todos querían evitar el comentario.

María no se atrevía a mirar a Guccio, pero éste aprovechó un momento en que ella pasó por su lado para susurrarle:

—No os durmáis esta noche, y estad preparada a salir.

Cuando iban a acostarse, fra Vincenzo dirigió a Guccio una frase incomprensible para los Cressay, en la que se refería a chiave y capella.

—Fra Vincenzo me pregunta —tradujo Guccio a la señora Eliabel— si podéis confiarle la llave de la capilla, ya que ha de marcharse muy pronto y quisiera celebrar misa antes.

—Desde luego —respondió la castellana—; uno de mis hijos se levantará para ayudarle a celebrar.

Guccio se opuso. Fra Vincenzo se levantaría muy temprano, antes de amanecer, e insistía en no molestar a nadie; pero el mismo, Guccio, tendría a sumo honor ayudarle.

La señora Eliabel entregó pues al monje una candela, la llave de la capilla y la del

tabernáculo; luego, se despidieron todos.

—Decididamente, creo que hemos juzgado mal a este Guccio —dijo Pedro a su hermano, cuando se dirigían a su cuarto, en el ala izquierda de la mansión.

La señora Eliabel ocupaba la cámara señorial en la planta baja. María se alojaba en un entresuelo, a mitad de la torre cuadrada por la cual se subía a las habitaciones de los huéspedes.

Una vez cerrados en la que les habían destinado, fra Vincenzo invitó a Guccio a confesarse.

Y de súbito Guccio se maravilló de los extraños caminos del destino que lo habían conducido a él, pequeño sienés nacido en uno de los más ricos palacios de la ciudad, a encontrarse allí, arrodillado sobre el maderamen mal unido del suelo, en mitad de la campiña de la Isla-de-Francia, preparando su alma ante un monje de Perusa al que apenas conocía, para casarse a escondidas, con riesgo de su vida si era descubierto, con la hija de un caballero pobre. Sólo los apresurados latidos de su corazón le advertían que era a él, al Guccio de siempre, a quien tal cosa sucedía.

Hacia media noche, cuando toda la mansión estaba sumida en el silencio, Guccio y el monje salieron con paso quedo de su habitación. El joven arañó suavemente a la puerta de María; en seguida apareció la muchacha. Sin decirle palabra, Guccio la tomó de la mano, bajaron las escaleras de caracol y salieron al exterior por la cocina.

—Mirad, María —murmuró Guccio—, hay estrellas... el monje va a casarnos.

Ella no indicó sorpresa ni reserva. Tres días antes, en el manzanar, le había prometido volver y había vuelto; le había prometido casarse con ella, e iba a hacerlo. Poco importaban las circunstancias; estaba total y enteramente sumisa a él.

Gruñó un perro, luego reconociendo a María se calló. La noche era helada, pero ni Guccio ni María sentían frío.

Entraron en la capilla. Fra Vincenzo encendió el cirio en la minúscula lámpara que brillaba encima del altar. Aunque nadie podía oírlos, continuaban hablando en voz baja. El monje preguntó si la novia estaba confesada. Respondió que lo había hecho la antevíspera, y fra Vincenzo la absolvió de los pecados que hubiera podido cometer desde entonces.

Minutos después, por medio de dos «sí» ahogados, el sobrino del capitán general de los Lombardos de París y demoiselle de Cressay estaban unidos ante Dios, aunque no ante los hombres.

—Hubiera querido ofreceros una boda más suntuosa —murmuró Guccio.

—Para mí, mi dulce amado, no ha podido ser más bella —respondió María—, ya que me ha ligado a vos.

Volvieron sin dificultad a la casa y subieron la escalera. Al llegar a la mitad, fra Vincenzo cogió a Guccio por los hombros y lo empujó suavemente a la habitación de María.

Desde hacía dos años María amaba a Guccio. Desde hacía dos años, no pensaba más que en él y sólo vivía con la esperanza de pertenecerle. Ahora que su conciencia estaba en paz y que el terror a la condenación había sido eliminado, nada le impedía dar libertad a su pasión.

El sufrimiento de las jóvenes, en el momento de la unión carnal, se debe más al temor que a la naturaleza. María sentía el amor aún antes de haberlo conocido y se abandonó a él sinceramente, con admirado deslumbramiento. Guccio, por su parte, aunque sólo contaba diecinueve años, tenía ya bastante experiencia para evitar torpes apresuramientos. Esta noche hizo de María una mujer feliz, y como en amor sólo se recibe en la medida que se da, también él quedó colmado.

Hacia las cuatro el monje fue a despertarlos, y Guccio regresó a su habitación. Luego fra Vincenzo bajó la escalera con bastante ruido, pasó por la capilla, sacó su mula de la cuadra y desapareció en la noche.

Al primer claror del alba, la señora Eliabel entreabrió la puerta de la habitación de los viajeros y echó una ojeada al interior. Guccio dormía tranquilamente, con respiración acompasada; sus negros cabellos se arremolinaban sobre la almohada; su rostro tenía una expresión infantil y pacífica.

«¡Ah, qué hermoso caballero!», pensó la señora Eliabel.

V.- El Corneta

Por aquellos mismos días de finales de enero en que Guccio se casaba secretamente con María de Cressay, la corte de Francia, para cumplir un voto de la reina Clemencia se dirigía en peregrinación a Amiens. Después de haber pasado, con los pies en el barro, la última parte del camino, y haber atravesado la ciudad cantando salmos, los reales peregrinos recorrieron arrodillados la nave de la catedral, para acabar finalmente, con un lento y penoso reptar, ante la supuesta cabeza de San Juan Bautista expuesta en una capilla lateral.

La reliquia provenía de un tal Wallon de Sartou, cruzado en 1202, que se había dedicado a buscar restos piadosos y había traído en su equipaje tres piezas inestimables: las cabezas de San Cristóbal, de San Jorge y una parte de la de San Juan.

La reliquia de Amiens, rodeada de innumerables cirios y de millares de exvotos acumulados durante un siglo, estaba constituida por los huesos de la cara encerrados en un relicario de plata dorada, cuya parte superior, en forma de gorro, hacía las veces de cráneo. Aquella calavera, negra bajo su corona de zafiros y esmeraldas, parecía reír y, propiamente hablando, era aterradora.

Encima de la órbita izquierda se veía un orificio que, según la tradición, había sido producido por la puñalada que le dio Herodíades cuando le fue presentada la cabeza del Precursor. El conjunto de la reliquia reposaba sobre una bandeja de oro.

Clemencia, insensible aparentemente al frío de la capilla, se abismó en su devoción, y el mismo Luis X, lleno de fervor, logró permanecer inmóvil durante toda la ceremonia. Su espíritu volaba por alturas que no estaba acostumbrado a alcanzar.

Los felices resultados de esta peregrinación no tardaron en manifestarse. Hacia mediados de marzo, la reina advirtió síntomas que le permitían esperar que, por la bienhechora intercesión del santo, sus ruegos habían sido escuchados.

No obstante, los médicos y las parteras no se atrevieron a asegurar nada, y pidieron un mes para dictaminar con certeza.

Durante esta espera, el misticismo de la reina prendió en su esposo, que se puso a gobernar como si aspirara a la canonización.

Generalmente es malo desviar a la gente de su natural condición; vale más dejar que el malvado siga en su maldad que transformarlo en cordero. No siendo la bondad connatural a él, la usará deplorablemente.

El Turbulento, en efecto, imaginando que así se libraba de sus faltas, empezó a vaciar las prisiones de tal modo que el crimen floreció en París, donde se cometían más rapiñas, agresiones y asesinatos que en los últimos cuarenta años. Las rondas estaban sobrecargadas de trabajo. Como se obligó a las muchachas de vida alegre a no salir de los límites exactos del barrio que les había asignado San Luis, la

prostitución clandestina se desarrollaba en las tabernas y sobre todo en los baños públicos, a tal punto que un hombre honrado ya no podía ir a tomar su baño de agua caliente sin exponerse a las tentaciones de la carne que se ofrecía sin velos.

Clemencia había sugerido a Luis que restituyera a los herederos de Marigny los bienes del antiguo rector del reino, o al menos la parte que le habían asignado a ella.

—¡Ah! Eso, amiga mía —respondió el Turbulento—, no puedo hacerlo; el rey no puede equivocarse. Pero os prometo, en cuanto lo permita el estado del Tesoro, otorgar a mi ahijado Luis de Marigny una pensión que lo compensará con creces.

En cuanto a los Lombardos cuyos privilegios habían sido recortados, manejaban con menos facilidad las llaves de sus cofres cuando se trataba de necesidades de la corte. Y los antiguos legistas de Felipe el Hermoso, a la cabeza de los cuales estaba Raúl de Presles, habían formado un partido de oposición alrededor del conde de Poitiers, que contaba con el franco apoyo del condestable Gaucher de Châtillon.

En Artois, la situación no mejoraba. A pesar de todas las diligencias, la condesa Mahaut seguía irreductible y rehusaba aceptar el arbitraje. Se quejaba de que sus barones hubieran querido cercar su castillo. La traición de los dos sargentos que debían entregar la plaza a los aliados fue descubierta a tiempo, y para que sirviera de escarmiento, dos esqueletos colgaban de las almenas de Hesdin. Sin embargo, la condesa, obligada a acatar la prohibición del rey, no había vuelto al Artois desde Navidad, así como ninguno de los Hirson. La confusión era grande, pues, en todo el país alrededor de Arras, prevaleciendo todo el mundo del poder que le convenía, y los barones escuchaban las buenas palabras como quien oye llover.

—¡No más sangre, mi dulce señor, no más sangre! —suplicaba Clemencia—. Llevad la razón a vuestro pueblo por medio de la plegaria.

Esto no impedía que se destriparan brutalmente en las rutas del Norte.

Tal vez hubiera actuado el Turbulento con más energía en el asunto, si al mismo tiempo, aproximadamente para la Pascua, no hubiera tenido que concentrar toda su atención en la situación de París.

El lluvioso verano de 1315, el verano del ejército embarrado, había sido doblemente funesto: el rey hundió su ejército y el pueblo vio pudrirse las cosechas en el mismo campo. Sin embargo los campesinos, aleccionados por la experiencia del año anterior, no habían vendido, por muy necesitados que estuvieran de dinero, el poco trigo recolectado. El hambre se desplazó, pues, de las provincias a la capital, donde la harina era tanto más cara, cuanto más adelgazaba la gente.

—¡Dios mío, Dios mío, hay que darles de comer! —decía la reina Clemencia al ver las hordas famélicas que iban hasta Vincennes para mendigar su pitanza.

Llegaban en tan crecido número que hubo necesidad de defender con la tropa los accesos del castillo. Clemencia aconsejó grandes procesiones del clero por las calles y, después de Pascua impuso a la corte el mismo ayuno que durante la cuaresma.

Monseñor de Valois acató la orden complacido; pero él mismo traficaba con los cereales en su condado. Roberto de Artois, siempre que tenía que acudir a Vincennes, se hacía servir antes una comida para cuatro hombres; mientras repetía una de sus sentencias favoritas: «Vivamos bien para morir gordos.» Después de lo cual, en la mesa de la reina podía hacer cara de penitente.

En medio de aquella mala primavera, apareció un cometa en el cielo de París, y permaneció visible durante tres noches. Nada detiene la imaginación del desventurado. El pueblo quiso ver en ese cometa el anuncio de grandes calamidades, como si las que sufría no fueran bastantes. El pánico se apoderó de la multitud y estallaron motines en varios puntos, sin que se supiera con certeza contra quién iban dirigidos.

El canciller instó vivamente al rey a volver a la capital, aunque sólo fuera por algunos días, con el fin de mostrarse a la población. Así, en el momento en que el bosque que rodea a Vincennes comenzaba a reverdecer, Clemencia, que encontraba de nuevo cierto encanto a aquel lugar, se vio obligada a trasladarse al gran palacio de la Cité, que le parecía tan frío y hostil.

Allí se realizó la consulta de los médicos y comadronas que debían dictaminar sobre el embarazo de la reina.

El rey estuvo muy nervioso aquella mañana, y para calmar su impaciencia organizó una partida de pelota en el jardín de palacio, a pocas toesas del islote de los Judíos. Un muro y un estrecho brazo de agua separaban el jardín donde Luis corría tras una pelota de cuero, del lugar en que, veinticinco meses antes, el Gran Maestre de los Templarios se tostaba entre las llamas.

El Turbulento estaba bañado en sudor y orgulloso por un tanto que sus gentileshombres le habían dejado ganar, cuando Mateo de Trye se acercó con paso rápido. Luis interrumpió la partida y preguntó:

—¿Qué, está embarazada la reina?

—Todavía no se sabe, Sire, los médicos están deliberando. Pero monseñor de Poitiers os ruega que vayáis, si os place, a verlo urgentemente. Está en la pequeña sala de justicia con monseñor de Valois, monseñor de La Marche y otros más.

—No quiero que se me importune; no tengo ahora la cabeza para tratar ningún asunto.

—La cosa es grave, Sire, y monseñor de Poitiers afirma que van a decirse cosas que debéis escuchar vos mismo.

Luis, a disgusto, dejó caer la pelota de cuero, se enjugó la cara, se puso el vestido encima de la camisa, y dijo:

—¡Continuad sin mí, monseñores!

Luego, entrando en palacio, advirtió a su chambelán:

—En cuanto se sepa algo sobre la reina, venid a decírmelo.

VI.- El cardenal hechiza al rey

El hombre no estaba custodiado por soldados ni arqueros, como un acusado corriente, sino por dos jóvenes gentileshombres al servicio del conde de Poitiers. Llevaba un hábito demasiado corto que permitía ver un pie torcido.

Luis X apenas reparó en él. Saludó con la cabeza a sus hermanos, a su tío de Valois y a messire Miles de Noyers, que se habían levantado a su entrada.

—¿De qué se trata? —preguntó, ocupando un lugar en medio de ellos y haciendo señal para que volvieran a sentarse.

—De un oscuro y tortuoso asunto de brujería. Por lo menos, así se nos asegura —respondió Carlos de Valois con un dejo de ironía.

—¿No podía encargarse de eso la cancillería, sin apartarme de mis preocupaciones?

—Eso mismo hacía observar yo a vuestro hermano Felipe —dijo Valois.

El conde de Poitiers cruzó las manos con gesto tranquilo.

—Hermano mío —dijo—, el asunto me ha parecido importante, no por tratarse de un caso de brujería, cosa bastante corriente, sino porque parece que ocurre en el seno mismo del cónclave, y pone en evidencia los sentimientos que ciertos cardenales tienen para con nosotros.

Un año antes, la sola palabra cónclave hubiera puesto frenético al Turbulento. Pero desde que, haciendo suprimir a su primera mujer, pudo casarse de nuevo, la elección del papa le interesaba mucho menos.

—Este hombre se llama Everardo —continuó el conde de Poitiers.

—Everardo... —repitió maquinalmente el rey.

—Es clérigo en Bar-sur-Aube, pero antes perteneció a la Orden de los Templarios, donde tenía rango de caballero.

—¡Un Templario, oh sí!... —dijo el rey.

—Hace dos semanas se entregó a nuestros hombres de Lyon, quienes nos lo han enviado.

—¿Quién os lo ha enviado, Felipe? —precisó Carlos de Valois.

El conde de Poitiers fingió no oír la ironía, y siguió:

—Everardo ha manifestado que tenía algunas revelaciones que hacer. Se le prometió que no sufriría ningún mal, a condición de que confesara la verdad; promesa que le confirmamos aquí.

Según sus declaraciones...

El rey tenía los ojos fijos en la puerta, acechando la aparición de su chambelán; la posibilidad de la paternidad era, por el momento, su única preocupación. El gran defecto de este soberano, como gobernante, tal vez era tener su mente siempre ocupada en otra cuestión, y no en la debatida. Era incapaz de concentrar su atención,

lo cual constituye la mayor ineptitud para el poder.

Se sorprendió del silencio que se había creado y emergió de su ensoñación. Sólo entonces miró al detenido, observó su cara sacudida por tics, sus largas y enjutas mandíbulas, sus negros ojos extraviados, y su extraña postura derrengada. Luego, dirigiéndose a Felipe de Poitiers, dijo:

—Y bien, hermano...

—No quiero turbar vuestros pensamientos, hermano mío. Espero a que hayáis terminado de soñar.

El Turbulento enrojeció ligeramente.

—No, no, os escucho, continuad.

—Según sus declaraciones, Everardo fue a Valence para buscar la protección de un cardenal por una diferencia que tenía con su obispo... Habrá que aclarar este punto —agregó Poitiers dirigiéndose a Miles de Noyers, que dirigía el interrogatorio.

Everardo escuchaba sin abrir la boca, y Poitiers prosiguió:

—En Valence conoció, por casualidad según él, al cardenal Francesco Caetani...

—El sobrino del papa Bonifacio —dijo Luis para demostrar que atendía.

—Eso es... y se hizo íntimo de este cardenal muy versado en alquimia, ya que en su casa, según nos dice Everardo, hay una cámara repleta de hornos, retortas y polvos diversos.

—Todos los cardenales son más o menos alquimistas; es su manía —dijo Carlos de Valois encogiéndose de hombros—. El mismo monseñor Duéze ha escrito un tratado sobre esto...

—Exacto, tío mío; pero este caso no es asunto de alquimia, que es ciencia muy útil y respetable... El cardenal Caetani deseaba encontrar a alguien que pudiera evocar al diablo y realizar hechizos.

Carlos de la Marche, imitando la actitud irónica de su tío Valois, dijo:

—He ahí un cardenal que huele a chamusquina.

—Pues bien, que lo quemem —dijo con indiferencia el Turbulento, quien de nuevo miraba a la puerta.

—¿A quién queréis quemar, hermano mío? ¿Al cardenal?

—¡Ah! ¿Es un cardenal? Entonces no.

Felipe de Poitiers lanzó un suspiro de cansancio antes de proseguir acentuando un poco las palabras:

—Everardo respondió al cardenal que él conocía un hombre que fabricaba oro en beneficio del conde de Bar...

Al oír este nombre, Valois se levantó indignado, y exclamó:

—¡La verdad es, sobrino mío, que nos hacéis perder el tiempo! Conocemos bastante bien a nuestro pariente el conde de Bar para saber que no ha dado en tales tonterías; si bien en este momento no somos demasiado amigos. Estamos ante una

falsa denuncia de brujería, como hay veinte cada día y no merece que la escuchemos.

A pesar de la tranquilidad que se había impuesto a sí mismo, Felipe acabó por perder la paciencia.

—Bien escuchasteis las denuncias de brujería cuando se referían a Marigny; aceptad al menos prestar atención a ésta. En primer lugar, no se trata del conde de Bar, como veréis ahora mismo.

Porque Everardo no fue a buscar al hombre que había dicho, sino que, en su lugar, presentó al cardenal a un tal Juan de Pré, otro antiguo Templario, que se encontraba en Valence, también por casualidad... ¿no es así, Everardo?

El interrogado aprobó silenciosamente, bajando tanto la cabeza que enseñó la tonsura.

—¿No os parece, tío mío —continuó Poitiers—, que hay muchas casualidades y muchos Templarios al lado del cónclave, precisamente junto al sobrino de Bonifacio?

—En efecto, en efecto... —murmuró Valois.

Volviéndose a Everardo, Poitiers le preguntó de repente:

—¿Conoces a messire Juan de Longwy?

El rostro de Everardo se contrajo con un tic más violento y sus manos de largos dedos apretaron el cordón de su hábito. Pero respondió sin turbarse:

—No, monseñor, sólo lo conozco de nombre. Únicamente sé que es sobrino de nuestro difunto Gran Maestro.

—¿Difunto... la expresión es buena¹¹! —observó Valois en voz baja.

—¿Estás seguro de no haber tenido nunca ninguna relación con él? —insistió Poitiers—. ¿Ni de haber recibido, por antiguos hermanos, ningún informe de su parte?

—He oído decir que messire de Longwy intentaba mantener relación con algunos de nosotros; pero nada más.

—¿Y no te habrá dicho Juan de Pré, por ejemplo, el nombre de un Templario que fue al ejército de Flandes a entregar mensajes a sire de Longwy y a recoger los suyos?

Carlos de Valois quedó sorprendido. Decididamente, Felipe sabía mucho sobre muchas cosas. ¿Pero por qué se guardaba siempre sus informaciones?

Everardo se había puesto a temblar. Felipe de Poitiers no le quitaba los ojos de encima.

Aquel hombre correspondía exactamente a la descripción que le habían hecho.

—¿Te han atormentado alguna vez? —preguntó.

—¡Mi pierna, monseñor, mi pierna responde por mí!

El Turbulento pensaba: «Esos médicos tardan demasiado. Clemencia no está embarazada, y nadie se atreve a venir a decírmelo.» Volvió a la realidad cuando Everardo se echó de rodillas ante él y empezó a gritar:

—¡Sire! ¡Sire! ¡Os suplico que no me hagáis atormentar de nuevo! ¡Juro ante Dios que digo la verdad!

—No hay que jurar; es pecado —le dijo el rey.

Los dos bachilleres obligaron a Everardo a levantarse.

—Habrás que aclarar también este punto del ejército, —dijo Poitiers—. Continuemos el interrogatorio.

Miles de Noyers preguntó:

—¿Entonces, Everardo, qué os dijo el cardenal?

El antiguo Templario, mal recobrado de su pánico, respondió con voz precipitada:

—El cardenal nos dijo a Juan de Pré y a mí que deseaba vengar la memoria de su tío y llegar a ser papa; que para eso tenía que destruir a los que se le oponían, y nos prometió trescientas libras si podíamos ayudarle. Y los dos primeros que nos designó...

Everardo vaciló, miró al rey, luego bajó los ojos.

—Bien, proseguid —dijo Miles.

—Nos designó al rey de Francia y al conde de Poitiers, diciéndonos que se sentiría satisfecho si los veía pasar con los pies por delante.

El Turbulento miró maquinalmente sus zapatos; luego, sobresaltado, exclamó:

—¿Con los pies por delante? ¡Entonces es mi muerte lo que deseaba ese malvado cardenal!

—Exactamente, hermano mío —dijo Poitiers sonriendo—; y la mía también.

—¿Y vos, cojo, no sabíais que por tal crimen seríais quemado en este mundo y condenado en el otro? —continuó el Turbulento.

—Sire, el cardenal Caetani nos aseguró que cuando fuera papa nos absolvería de todo.

Inclinado, con las manos en la rodilla, Luis miraba con estupor al antiguo Templario. En aquel momento le vinieron a la memoria las advertencias de maese Martín.

—¿Tanto me detestan que quieren matarme? —dijo—. ¿Y de qué manera quería el cardenal ponerme pies por delante?

—Nos dijo que estabais demasiado bien protegido, sire, para mataros con el acero o el veneno, y que era necesario proceder por medio del hechizo. Con este fin, nos hizo entregar una libra de cera virgen que empezamos a ablandar en una bacía de agua caliente, en el cuarto de los hornos. Luego Juan de Pré fabricó hábilmente una imagen de hombre con una corona encima...

Luis X hizo un rápido signo de la cruz.

—...y luego otra menor, con una corona más pequeña. Durante nuestro trabajo, el cardenal vino a visitarnos; parecía muy contento, hasta se echó a reír cuando vio la primera imagen, y nos dijo: «Tiene un miembro muy grande.»¹²

—¿Y después? —preguntó el Turbulento nerviosamente—. ¿Qué hicisteis con estas imágenes?

—Pusimos papeles dentro de ellas.

—¿Qué papeles?

—Los que es preciso colocar en la imagen con el nombre del que representa y las palabras del conjuro. ¡Pero os juro, sire —exclamó Everardo—, que no escribimos vuestro nombre, ni el de messire de Poitiers! Tuvimos miedo en el último momento, y escribimos los nombres de Jaime y Pedro Colonna...

—Los dos cardenales Colonna —precisó Poitiers.

—...ya que el cardenal nos los había citado también como enemigos suyos. ¡Juro, juro que es así!

Luis X se volvió hacia su hermano como si buscara consejo y apoyo.

—¿Creéis, Felipe, que este hombre dice la verdad? Habrá que trabajarlo bien por los atormentadores.

A la palabra «atormentadores» Everardo por segunda vez se echó de rodillas y se arrastró hacia el rey, repitiendo que le habían prometido no torturarlo si lo confesaba todo. De la comisura de sus labios salía un poco de espuma blanca, y el terror daba a su mirada aspecto de demente.

—¡Detenedlo! ¡Impedid que me toque! —gritó Luis X—. Este hombre es un poseso.

Y difícilmente se hubiera podido decir cuál de los dos, el rey o el hechizador, estaba más asustado por el otro.

—¡Los tormentos no sirven para nada! —chillaba el antiguo Templario—. ¡Los tormentos me han hecho renegar de Dios!

Miles de Noyers tomó nota de esta espontánea confesión.

—Ahora estoy arrepentido —continuó Everardo, todavía de rodillas—. Lo confesaré todo... No teníamos crisma para bautizar las imágenes. Se lo advertimos al cardenal que se encontraba en consistorio en la gran iglesia, y nos contestó reservadamente por su secretario André que fuéramos a pedirlo al sacerdote Pedro en una iglesia que estaba detrás de la carnicería, fingiendo que el crisma era para un enfermo.

No había ya necesidad de preguntar más. Everardo mismo daba detalles y decía los nombres de las personas al servicio del cardenal.

—Luego tomamos las dos imágenes, un jarro con agua bendita y dos candelas también bendecidas. Lo ocultamos todo bajo nuestros hábitos, y el hermano Bost nos llevó a casa del orfebre del cardenal, un tal Baudon, que tenía una mujer joven y muy agradable. Ambos actuaron como padrinos. Bautizamos las imágenes en una bacía. Después de esto, las llevamos de nuevo al cardenal, quien nos lo agradeció mucho, y él mismo clavó largos alfileres en el corazón y partes vitales.

Se entreabrió la puerta y Mateo de Trye asomó la cabeza; pero el rey le hizo señal con la mano de que se retirara.

—¿Y luego? —preguntó Miles de Noyers.

—Luego el cardenal nos pidió que procediéramos a otros hechizos —respondió Everardo—.

Pero entonces me inquieté, porque había mucha gente que empezaba a enterarse del asunto, y partí hacia Lyon, donde me entregué a los hombres del rey, quienes me enviaron aquí.

—¿Cobrasteis las trescientas libras?

—Sí, messire.

—¡Qué barbaridad! —dijo Carlos de la Marche—. ¿Para qué puede necesitar un clérigo trescientas libras?

Everardo bajó la cabeza.

—Las mujeres, monseñor —respondió en tono bastante bajo.

—O el Temple... —musitó, como para sí, el conde de Poitiers.

El rey, absorto en secretas angustias, no decía nada.

—¡Al Petit-Châtelet! —dijo Poitiers a sus dos bachilleres, señalando a Everardo.

Este se dejó llevar sin ofrecer la menor resistencia. Parecía que de repente le habían abandonado las fuerzas.

—Estos antiguos Templarios parecen formar un buen vivero de brujos —continuó Poitiers.

—Nuestro padre no debería haber quemado al Gran Maestre —murmuró Luis X.

—¡Ah, eso ya lo dije yo! —exclamó Valois—. Hice todo lo posible para oponerme a aquella funesta sentencia.

—Es verdad, tío mío, lo dijisteis —respondió Poitiers—. Pero ahora no se trata de eso. Salta a la vista que los fugitivos del Temple siguen unidos, y que están dispuestos a todo para servir a nuestros enemigos. Este Everardo no ha confesado ni la mitad de lo que sabe. Su relato está preparado, se ve claro, pero todo no puede ser inventado. Es evidente que este cónclave que se arrastra de ciudad en ciudad, desde hace dos años, deshonor tanto a la cristiandad como perjudica al reino; y que los cardenales se comportan, con el fin de obtener la tiara, de una manera que merece la excomunión.

—¿No será el cardenal Duéze —dijo Miles de Noyers— quien nos ha enviado a ese hombre para perjudicar a Caetani?

—Es muy posible —dijo Poitiers—. Everardo parece que se alimenta de cualquier manjar, con tal de que esté un poco podrido.

Fue interrumpido por monseñor de Valois, cuyo rostro había recobrado un gran aire de seriedad y reflexión.

—¿No creéis, Felipe —dijo—, que deberíais daros una vuelta por ese cónclave,

ya que demostráis conocer bien el asunto? A mi juicio, vos sois el único que puede desembrollar esa madeja de intrigas, y esclarecer esas criminales maniobras, y así acelerar la ansiada elección.

Felipe sonrió ligeramente. «Tío Carlos se cree muy hábil en este momento — pensó—. Al fin ha encontrado la ocasión para alejarme de París, y enviarme a un avispero...»

—¡Ah, éste es un buen consejo, tío mío! —exclamó Luis X—. Cierto, Felipe debe prestarnos este servicio. Hermano mío, os agradecería que aceptarais... y fuerais a investigar acerca de esas imágenes que nos representan. ¡Oh, sí!, hay que hacerlo cuanto antes; vos tenéis tanto interés como yo. ¿Sabéis algún medio religioso para precaverse del hechizo? De todas formas, Dios es más fuerte que el diablo...

Y no daba la impresión de estar completamente seguro.

El conde de Poitiers reflexionaba. En el fondo, lo tentaba la proposición de dejar por unas semanas la corte, donde no podía impedir ninguna tontería y estaba constantemente en conflicto con Valois y Mornay... Ir por fin a realizar una obra útil. Llevar consigo a sus amigos y fieles partidarios, el condestable Gaucher, el legista Raúl de Presles, Miles de Noyers. Un hombre de guerra, otro de leyes y otro finalmente de guerra y de leyes, puesto que Miles era consejero en el Parlamento después de haber sido mariscal en el ejército. Y además, ¡quién sabe! El que hace a un papa se encuentra en buena disposición para recibir una corona. El trono del imperio de Alemania, con el que había soñado su padre para él, y al que podía aspirar como conde palatino, podía quedar libre algún día...

—Pues bien, sea, hermano mío; acepto por serviros —respondió.

—¡Ah, qué buen hermano sois! —exclamó Luis X.

Se levantó a abrazar a Felipe, y se detuvo lanzando un chillido.

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna! La tengo fría y temblorosa. ¡No siento el suelo bajo ella!

Se hubiera dicho, porque él lo creía, que el demonio lo tenía ya aferrado por la pantorrilla.

—No es nada, hermano mío —dijo Felipe—, se os ha dormido; y nada más. Frotaos un poco.

—¡Ah!... ¿creéis que sólo es eso?

Y el Turbulento salió cojeando, como Everardo.

Al entrar en sus habitaciones, le notificaron que los médicos habían dictaminado afirmativamente y que, Dios mediante, sería padre hacia el mes de noviembre. Sus familiares se asombraron de no verlo, en aquel momento, demostrar plenamente su alegría.

VII.- Pongo al Artois bajo mi mano

Al día siguiente, Felipe de Poitiers visitó a su suegra para anunciarle su próxima partida. La condesa Mahaut residía entonces en su nuevo domicilio de Conflans, llamado así porque estaba situado exactamente en la confluencia del Sena y del Marne, en Charenton; el mobiliario y la decoración no estaban terminados todavía.

Beatriz de Hirson asistía a la entrevista. Cuando el conde de Poitiers refirió el interrogatorio del Templario, las dos mujeres tuvieron el mismo pensamiento y cambiaron una breve mirada. El hombre del cardenal Cae tani tenía sorprendentes semejanzas con el falso fabricante de cirios que les había ayudado, dos años antes, a envenenar a Guillermo de Nogaret. «Sería muy extraño que hubiera dos antiguos Templarios del mismo nombre y ambos versados en la brujería. La muerte de Nogaret fue buena recomendación para el sobrino de Bonifacio. Fue a hacerse pagar por aquel lado.

¡Oh, mal asunto!... se decía Mahaut.

—¿Qué aspecto tenía ese Everardo? —preguntó.

—Delgado, moreno, con aspecto de loco, y cojea.

Mahaut miró a Beatriz; ésta le hizo un signo afirmativo con los párpados: era el mismo. La condesa de Artois se sintió desfallecer. Seguramente iban a seguir interrogando a Everardo; esta vez emplearían instrumentos adecuados para avivar la memoria... Y si hablaba... No es que lamentaran mucho la muerte de Nogaret las personas que rodeaban a Luis X; pero sin duda verían con satisfacción cualquier posibilidad de servirse de este asesinato para procesarla. ¡Qué partido sacaría de eso Roberto! ... Todo se podía temer si Everardo hablaba, si es que no lo había hecho ya... Mahaut trazaba planes: «Hacer matar a un prisionero en una prisión real no es cosa fácil...

¿Quién podría ayudarme, si es que todavía hay tiempo? Felipe, nadie más que Felipe; es necesario que se lo confiese. Pero ¿cómo lo tomará? Si se niega a ayudarme, no tengo salvación.»

—¿Lo han atormentado? —preguntó.

También Beatriz tenía un nudo en la garganta.

—No ha habido tiempo... —respondió Poitiers, que se había agachado para atarse el zapato—, pero...

«Alabado sea Dios —pensó Mahaut—, aún no se ha perdido nada. ¡Vamos, digámoslo de una vez!»

—Hijo mío... —empezó.—...es una verdadera pena —continuó Poitiers, todavía agachado—, porque ahora ya no se sabrá nada más. Everardo se ha colgado esta noche en su calabozo del Petit-Châtelet. Sin duda por temor a ser atormentado de nuevo.

Oyó dos profundos suspiros; y se levantó un poco sorprendido de que las dos mujeres mostraran tanto pesar por la muerte de un desconocido de tan baja ralea.

—Ibais a decirme algo, madre mía, y os he interrumpido... Instintivamente Mahaut tocó a través de su vestido la reliquia que llevaba sobre el pecho.

—Quería deciros... ¿Qué quería deciros? ¡Ah, sí! Quería hablaros de Juana. Veamos... ¿la llevaréis en vuestro viaje?

Se había recobrado, y ahora su tono era normal. ¡Pero, Señor, qué susto!

—No, su estado lo impide —respondió Felipe—. Precisamente de eso quería hablaros. Le faltan tres meses para dar a luz y sería imprudente llevarla por malas rutas. Tendré que desplazarme mucho...

Beatriz de Hirson, durante este tiempo, vagaba por el mundo de los recuerdos. Volvía a ver la trastienda de la calle de los Bordonos; respiraba el olor a cera, sebo y candela; sentía de nuevo el contacto de las duras manos de Everardo sobre su piel y la extraña impresión que había sentido de unirse al diablo. Y he aquí que el diablo se había colgado...

—¿Por qué sonreís, Beatriz? —le preguntó el conde de Poitiers.

—Por nada, señor... si no es porque siempre tengo placer en veros y escucharos.

—Me gustaría que durante mi ausencia, madre mía —prosiguió Felipe—, Juana viviese aquí, con vos. Podréis rodearla de los cuidados que necesita, e incluso estará más protegida. Porque he de decir que desconfío bastante de las intenciones de nuestro primo Roberto, quien, cuando no puede acabar con los hombres, ataca a las mujeres.

—Lo que significa, hijo mío, que me colocáis entre los hombres. Si es un cumplido, no me disgusta.

—En verdad, es un cumplido —dijo Felipe.

—¿Estaréis de regreso para el parto de Juana? —preguntó Mahaut.

—Lo deseo fervientemente; pero no puedo asegurar nada. Este cónclave parece una madeja tan enredada que tardaré tiempo en deshacerla.

—Me inquieta mucho que os alejéis por tanto tiempo, Felipe, ya que seguramente mis enemigos aprovecharán vuestra ausencia para ganar terreno en el asunto de Artois.

—Pues bien, poned por excusa mi ausencia, y no cedáis en nada —dijo Felipe, despidiéndose.

Días después el conde de Poitiers salía hacia el Mediodía, y Juana fue a instalarse en Conflans.

Tal como había previsto Mahaut, la situación en el Artois empeoró inmediatamente. La primavera incitaba a los aliados a salir de sus castillos. Sabiendo que la condesa estaba aislada, y casi en desgracia, decidieron administrar directamente la provincia, y la administraron mal. Pero les gustaba el estado de

anarquía, y era de temer que su ejemplo fuera seguido por los condados vecinos.

Luis X, que había vuelto a Vincennes, resolvió acabar de una vez. Su tesorero lo animaba grandemente a ello, ya que habían dejado de percibirse los impuestos del Artois, Mahaut se disculpaba diciendo que estaba incapacitada para percibir tasas, y los barones alegaban el mismo motivo. Era el único punto en que estaban de acuerdo los adversarios.

—No quiero más reuniones del Consejo, ni compromisos por medio de enviados parlamentarios, en los que todos se mienten mutuamente y no se adelanta nada — había declarado Luis X—, esta vez voy a proceder de manera directa y haré ceder a la condesa Mahaut.

Durante aquellas semanas el Turbulento se encontró en perfecta salud. Apenas sentía molestias, accesos de tos, ni los dolores de vientre que le aquejaban; los piadosos ayunos impuestos por Clemencia habían sido saludables. Entonces se persuadió de que el hechizo practicado contra él había sido ineficaz. No obstante, por precaución, comulgaba varias veces a la semana.

Igualmente, rodeó a la reina no sólo de las matronas más famosas del reino, sino también de los más competentes santos del Paraíso: San León, San Norberto, Santa Colette, Santa Juliana, San Druon, Santa Margarita y Santa Felicidad, esta última para que únicamente tuviera varones. Cada día llegaban nuevas reliquias: tibias y molares se acumulaban en la capilla real.

La perspectiva de un hijo, con la seguridad de que sería suyo, había completado la transfiguración del rey y lo había convertido en un hombre de tipo medio, casi normal.

El día que convocó a Mahaut estaba aparentemente sosegado, tranquilo y cortés. De Charenton a Vincennes no había más que un paso. Para dar a la entrevista carácter de intimidad familiar, recibió a Mahaut en el pabellón de Clemencia. Esta bordaba. Luis habló con tono conciliador.

—Firmad, por las apariencias, el arbitraje que he dictado, prima mía —dijo—, ya que al parecer sólo podremos lograr la paz a este precio. ¡Y luego ya veremos! Después de todo, esas costumbres del tiempo de San Luis no están bien definidas; y siempre encontraréis la manera de recuperar con una mano lo que hayáis fingido dar con la otra. Es lo que yo mismo hice con los habitantes de Champaña cuando el conde de Champaña y sire de Saint-Phalle vinieron a reclamarme su carta.

Hice añadir: «fuera de los casos que, por costumbre inveterada, atañen al príncipe soberano, y a nadie más... Ahora, cuando se presenta un litigio, siempre atañe al príncipe soberano».

Al mismo tiempo le acercó con gesto amistoso la copa de la que, mientras hablaba, iba tomando almendras garrapiñadas.

Mahaut se abstuvo de apuntar que la ingeniosa fórmula de la que Luis se

enorgullecía ahora, se debía a Enguerrando de Marigny.

—Sin embargo, Sire, primo mío, el caso no es el mismo —respondió ella— porque yo no soy príncipe soberano.

—¡No importa! puesto que yo ejerzo la soberanía por encima de vos. Si hay alguna diferencia, me la presentarán a mí, y yo fallaré en favor vuestro.

Mahaut cogió un puñado de garrapiñadas de la copa.

—Muy buenas, muy buenas —dijo con la boca llena, intentando ganar tiempo—. No soy aficionada a las golosinas y, sin embargo, debo decir que son muy buenas.

—Mi bien amada Clemencia sabe que me gusta picar a toda hora, y se cuida de que no falten —dijo Luis volviéndose hacia la reina con el aire de un esposo que quiere proclamar su felicidad.

Clemencia levantó la vista por encima de su bordado y le dedicó una sonrisa.

—Entonces, prima mía —prosiguió el rey—, ¿vais a firmar?

Mahaut acababa de triturar una almendra bañada en azúcar.

—¡Pues bien! No, Sire, primo mío, no puedo firmar —dijo—. Hoy tenemos en vos un rey muy bueno; no dudo de que actuaríais según los sentimientos que me decís. Pero vos no duraréis siempre, y yo menos todavía. Después de vos pueden venir... quiera Dios que lo más tarde posible... reyes que no juzguen con la misma equidad. Tengo la obligación de pensar en mis herederos, y no puedo ponerlos a discreción del poder real, por más que le debamos.

Aunque la forma era muy matizada, la negativa no era menos categórica. Luis, que había afirmado a la gente de su confianza que convencería a la condesa con su diplomacia personal mejor que con grandes audiencias públicas, perdió rápidamente la paciencia; su vanidad estaba en juego.

Comenzó a recorrer la habitación, alzó la voz, dio un puñetazo sobre un mueble; pero, al encontrarse con la mirada de Clemencia, se contuvo, se puso colorado y se esforzó en recobrar su porte real.

Mahaut era más fuerte que él en la argumentación.

—Poneos en mi lugar, primo mío —decía ella—. Vais a tener un heredero; ¿consentiríais en transmitirle un poder disminuido?

—Exactamente, señora, no le dejaré un poder disminuido, ni el recuerdo de que tuvo un padre débil. En fin, ya es demasiada resistencia. Y ya que os obstináis en hacerme frente, pongo el Artois bajo mi mano. ¡Ya está dicho! Y podéis arremangaros, no me dais miedo. En adelante, vuestro condado será gobernado directamente en nombre mio por uno de mis señores que designaré; en cuanto a vos, no tendréis derecho a alejaros más de dos leguas de las residencias que os he señalado. Y no os presentéis ante mí, porque no tendré ningún placer en veros.

El golpe era fuerte, y Mahaut no se lo esperaba. Decididamente, el Turbulento había cambiado.

Las desgracias nunca vienen solas. Mahaut había sido despedida tan bruscamente, que, al salir de la habitación de la reina, tenía todavía una almendra garrapiñada. Se la puso maquinalmente en la boca, y la mordió con tanta fuerza que se partió un diente.

Durante una semana, Mahaut permaneció en Conflans como pantera enjaulada. Con su gran paso hombruno, iba de los pabellones reservados para habitaciones que dominaban el Sena, al patio principal, rodeado de galerías; y desde donde, por encima de la fronda del bosque de Vincennes, podía distinguir los estandartes de la mansión real. Su rabia no tuvo límites cuando, el 15 de mayo, Luis X, poniendo en ejecución sus proyectos, nombró gobernador del Artois al mariscal Hugo de Conflans. Mahaut vio en la elección de este gobernador una intención de burla y de supremo ultraje.

—¡Conflans! ¡Conflans! —repetía—. ¡Me encierra en Conflans y nombra a un Conflans para robarme mi posesión!

Descargaba su cólera en las personas que tenía junto a sí; abofeteó a maese Renier, chantre de su capilla, porque le falló la voz durante un oficio; Jeannot le Follet, su enano, se escondía por los rincones en cuanto la veía llegar; increpaba a Thierry de Hirson, a quien acusaba, a él y a su abusiva familia, de ser la causa de sus disgustos; incluso reprochaba a su hija Juana no haber sabido retener a su marido, y haberlo dejado ir al cónclave.

—¡Qué nos importa un papa —gritaba— cuando estamos a punto de ser despojados! El papa no nos devolverá el Artois.

Una mañana apostrofó a Beatriz:

—Y tú, ¿no puedes hacer nada? ¡No sabes más que echar mano de mi dinero, enfundarte en buenos vestidos e irte con el primer perro que pasa! ¿Has decidido no serme de ninguna utilidad?

—¿Cómo, señora? —dijo suavemente Beatriz—. ¿No os han aliviado el dolor las especias que os he traído?

—No se trata del diente. Tengo que arrancarme otro mayor, y tú sabes su nombre. ¡Ah!

Cuando hay que fabricar filtros de amor, te mueves, te preocupas, encuentras magos, pero cuando necesito un verdadero servicio...

—Sois injusta, señora; olvidáis muy pronto cómo hice envenenar a Nogaret y el peligro que corrí por vos.

—No lo olvido, no lo olvido. Pero ahora Nogaret me parece una pieza menor...

Aunque Mahaut no retrocedía ante la idea del crimen, le desagradaba tener que hablar de él.

Beatriz, que la conocía bien, se complacía pérfidamente en obligarla a ello. Mirando a través de sus largas pestañas negras, la doncella de compañía, con su voz lenta y vagamente irónica que arrastraba al final de las palabras, preguntó:

—¿De verdad, señora? ¿Tan alta es la muerte que deseáis?

—¿En qué crees que pienso desde hace una semana, tonta de remate? ¿Qué otra cosa puedo hacer sino rogar a Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana para que Luis caiga de su caballo y se rompa la cabeza, o que se ahogue al tragarse una nuez seca?

—Tal vez haya medios más rápidos, señora...

—Encuéntramelos, pues, si eres tan lista. ¡Oh! De todos modos, ese rey no está destinado a llegar a viejo; no hay más que oírlo toser para convencerse. Pero es ahora cuando me convendría que reventara... No tendré paz hasta que lo empuje a Saint-Denis.

—Porque así monseñor de Poitiers tal vez fuera regente del reino... y os devolvería el Artois.

—¡Eso es! Tú me comprendes a maravilla, mi pequeña Beatriz; pero también sabes que no es fácil. ¡Ah! Te aseguro que si alguien me diera una buena fórmula para despacharlo, no le escatimaría el oro, te lo aseguro.

—La señora de Fériennes conoce algunas fórmulas...

—¿Magia, cera y fórmulas de hechicería? Al parecer, Luis ya ha sido hechizado, y míralo; nunca ha tenido mejor aspecto que esta primavera. Diríase que ha firmado un pacto con el diablo.

—Si ha firmado un pacto con el diablo, quizá no sea gran pecado enviarlo al infierno...mediante un alimento convenientemente preparado.

—¿Y cómo te las arreglarás? ¿Vas a decirle: «Tomad esta preciosa tarta de grosellas que os envía vuestra prima Mahaut, que tanto os quiere» y esperas que se la coma con los ojos cerrados?...

Has de saber que desde este invierno, por algún repentino miedo que ha tenido, hace probar tres veces los platos que le sirven, y dos escuderos armados acompañan su comida desde el horno hasta la mesa. ¡Ah, es tan miedoso como malvado!

Beatriz miró al vacío y se acarició la garganta con la yema de los dedos.

—Me han dicho que comulga con frecuencia, y la hostia se traga confiadamente...

—Eso es una cosa que se le ocurre a cualquiera, por eso recelan. El capellán está vigilado y Mateo de Trye, el primer chambelán, lleva siempre en su escarcela la llave del tabernáculo. ¿Irás a buscarla allí?

—¡Bah! Nunca se sabe —dijo Beatriz—. La escarcela se lleva en la cintura... De todas formas, es un medio arriesgado.

—Si hemos de dar el golpe, ha de ser seguro y sin que nadie pueda saber nunca de dónde ha venido.

Permanecieron un momento silenciosas.

—El otro día os quejabais —dijo de pronto Beatriz— de que los ciervos infectaban vuestros bosques y que se comían los árboles tiernos. No me parece mala idea pedir a la Fériennes un buen veneno para empapar las flechas y libraros de los

ciervos... El rey es bastante aficionado a la carne de venado.

—¡Claro, y reventará toda la corte! Por mi parte no corro ningún peligro ya que no me invitan. Pero te lo repito: todos los platos son probados por los criados y tocados con el unicornio^ñ. En seguida descubrirían de qué bosque provenía el ciervo... En fin... tener el veneno es una cosa y colocarlo, otra. Pide un veneno de acción rápida y que no deje rastro... Beatriz, me parece que aquel manto de tejido jaspeado que llevé en el viaje para la coronación te gustaba mucho...

¡Pues bien! Es tuyo.

—¡Oh, señora, señora! ¡Qué buen corazón tenéis!

Y Beatriz se echó al cuello de Mahaut y la abrazó.

—¡Ay, mi diente! —exclamó la condesa, llevándose la mano a la mejilla—. ¡Y pensar que me lo partí con una almendra garrapiñada que me ofreció Luis...!

Se interrumpió de golpe, y sus ojos grises adquirieron un extraño brillo.

—Las almendras... —murmuró—. Eso es, Beatriz; procuraré ese veneno, diciendo que es para mis ciervos. Creo que nos será útil.

VIII.- En ausencia del Rey

Uno de los últimos días de mayo, cuando el rey había ido de caza con halcón, anunciaron a la reina Clemencia la visita de la condesa de Poitiers. Las dos cuñadas se veían frecuentemente, y Juana jamás dejaba de manifestarle el reconocimiento que le debía por haberle conseguido su perdón. Clemencia, por su parte, se sentía ligada a la condesa de Poitiers por esa ternura que se experimenta tan de buen grado hacia las personas a quienes se ha hecho algún bien.

Aunque la reina, cuando se enteró de que Juana estaba encinta, tuvo un momento de celos, o más exactamente la sensación de ser víctima de una injusticia del destino, este sentimiento desapareció en seguida al saber que también ella se encontraba en el mismo estado. Más aún, sus embarazos parecían haber acercado a las dos cuñadas. Charlaban largamente de su salud, del régimen que observaban, de los cuidados que debían tener, y Juana que, antes de su condena, había dado a luz tres niñas, comunicaba a Clemencia sus experiencias.

Todo el mundo admiraba la elegancia con que Juana llevaba el embarazo de más de siete meses. Entró en la habitación de la reina con la cabeza erguida, seguro el paso, su rostro fresco y armonioso como siempre; su vestido convenientemente ensanchado.

La reina se levantó para recibirla, pero la sonrisa que tenía en sus labios se desvaneció al ver que Juana no llegaba sola; detrás de ella entraba la condesa de Artois.

—Señora hermana mía —dijo Juana—, quería rogaros que mostrarais a mi madre los tapices de hermoso tejido con que habéis adornado y dividido últimamente vuestra habitación.

—En efecto —dijo Mahaut—, mi hija me los ha elogiado tanto que he sentido deseos de admirarlos yo también. Ya sabéis que soy muy entendida en ese género de trabajo.

Clemencia estaba perpleja. Le disgustaba quebrantar las decisiones de su marido, que había prohibido a Mahaut aparecer por la corte; pero, por otra parte, le parecía poco hábil despedir a la terrible condesa, ahora que había llegado, amparándose en el estado de su hija como si fuera protegida por un escudo. «Su visita debe tener algún motivo grave —pensó Clemencia—. Tal vez busque un medio de ser perdonada sin demasiada humillación. Seguramente lo de mis tapices no es más que una excusa.»

Fingió, pues, creer en el pretexto y condujo a las dos visitantes a la cámara cuya distribución acababa de cambiarse.

Los tapices no sólo servían para decorar las paredes, sino que también, colgados del techo, dividían la habitación, excesivamente amplia, en pequeñas piezas más íntimas, más fáciles de calentar y que permitían a los soberanos aislarse de sus damas

y servidores. Era como si los príncipes nómadas hubieran levantado sus tiendas en el interior de un edificio.

La serie de tapices que poseía Clemencia representaban escenas de caza en paisajes exóticos, en los que una cantidad de tigres, leones y otros animales salvajes galopaban bajo naranjos y donde pájaros de extraño plumaje revoloteaban entre flores. Los cazadores y sus armas sólo aparecían en el fondo del cuadro, medio ocultos por el follaje, como si el artista hubiera tenido vergüenza de exhibir al hombre en sus instintos de animal de presa.

—¡Ah, qué hermosura —exclamó Mahaut— y qué placer se siente al ver telas de alto lizo tan bien trabajadas!

Se acercó, palpó el tejido, lo acarició.

—Mirad, Juana —continuó—, qué bien unido y suave está el hilo. Fijaos en el bonito contraste que forma este fondo de ramaje y estas flores de añil con el hermoso rojo de quermés con que están hechas las plumas de estos papagayos. ¡Verdaderamente, hay aquí mucho arte en el manejo de las lanas!

Clemencia la observaba con cierto asombro. Los ojos grises de la condesa Mahaut brillaban de alegría y su mano se suavizaba; con la cabeza ligeramente ladeada, se complacía en contemplar la delicadeza de los contornos y el contraste de los tintes. Esta extraña mujer, fuerte como un guerrero, astuta como un canónigo, feroz en sus apetitos y en sus odios, se abandonaba, desarmada de repente ante el encanto de un tapiz de lizo alto. Y la verdad es que era la mujer más experta que sobre estas cosas había en el reino^o.

—Verdaderamente, es una buena elección, prima mía —continuó—, y os felicito por ella. Estas telas darían aire de fiesta a la más fea muralla. Están hechas a la manera de Arrás, y sin embargo las lanas brillan con más ardor en la trama. La gente que os las ha confeccionado es muy hábil.

—Son los artesanos de lizo alto que trabajan en mi país —explicó Clemencia—; pero debo confesaros que provienen del vuestro, al menos los maestros tejedores. Mi abuela, que me ha enviado estos tapices de figuras para reemplazar los regalos desaparecidos en el mar, me ha cedido también a sus artesanos. Los he instalado cerca de aquí, y por un tiempo van a seguir tejiendo para mí y para la corte. Si os agrada emplearlos, o bien a Juana, podéis disponer de ellos. Les pedís el dibujo que os guste, y ellos con sus manos y brocas os reproducirán exactamente la imagen.

—Pues bien, trato hecho, prima mía; acepto complacida —declaró Mahaut—. Deseo adornar un poco mi residencia, donde me aburro... y puesto que messire de Conflans gobierna a mis tejedores de Arrás, el rey me perdonará que ponga un poco bajo mis manos a los vuestros de Nápoles.

Clemencia recibió la ironía tal como había sido dicha, con una media sonrisa. Entre ella y la condesa de Artois acababa de establecerse, en un instante, esa

concomitancia del gusto común por el lujo y las obras de arte.

Mientras la reina seguía mostrando a Juana los tapices de las paredes, Mahaut se dirigió hacia los que aislaban el lecho real, junto al que había visto una copa llena de almendras garrapiñadas.

—¿Está el rey rodeado también de tapices de figuras? —preguntó a Clemencia.

—No. Luis todavía no los tiene en su habitación. Vale decir que duerme muy pocas veces en ella.

—Eso demuestra que le agrada mucho vuestra compañía, prima mía —repuso Mahaut alegremente—. Por otra parte, ¿qué hombre no apreciaría criatura tan hermosa?

—Temía —continuó Clemencia con el tranquilo impudor de las almas puras— que Luis se alejase de mí por estar embarazada. ¡Pues bien! No lo ha hecho. ¡Oh, dormimos muy cristianamente!

—Lo celebro, verdaderamente lo celebro —dijo Mahaut—. Continúa durmiendo con vos. ¡Qué buen esposo tenéis! El mío, que Dios guarde, no hacía lo mismo.

Había llegado junto a la mesita de noche.

—¿Puedo, prima mía? —preguntó, señalando la copa—. ¿Sabéis que me habéis hecho aficionado a las almendras garrapiñadas?

A pesar del dolor de boca que seguía mortificándola, cogió una y la mordió estoicamente.

—¡Oh, qué amarga! —dijo—. Voy a tomar otra.

Dando la espalda a la reina y a Juana de Poitiers, que estaban a menos de cinco pasos, sacó de su escarcela una almendra garrapiñada hecha en su casa, y la deslizó en la copa.

«Nada se parece más a una almendra garrapiñada que otra almendra garrapiñada —se dijo—, y, si encuentra ésta un poco áspera, creerá que es amarga.»

Se acercó a las dos mujeres.

—Vamos, Juana —continuó—, decid ahora a vuestra señora cuñada lo que guardáis en el corazón, y que tanto deseáis hacerle saber.

—La verdad es, hermana mía —dijo Juana vacilando un poco—, que quería confiaros mi pena.

«Ya está, por fin voy a saber el motivo de su venida», pensó Clemencia.

—Mi esposo está muy lejos —continuó Juana— y su ausencia me inquieta el alma. ¿No podríais conseguir del rey que Felipe regresara para el momento de mi parto? En estos casos no gusta tener al marido lejos. Tal vez sea debilidad, pero una se siente como protegida y los dolores que ocasiona el hijo parecen menores si el padre está cerca. Pronto lo experimentaréis, hermana mía.

Mahaut se había guardado de poner al corriente a Juana de su plan, pero se servía de su hija para realizarlo. «Si el golpe tiene éxito —había pensado—, convendría que

Felipe regresara a París lo antes posible para tomar el poder como regente». La petición de Juana era la que más podía emocionar a Clemencia. Esta, que había temido que le hablaran del Artois, se sintió aliviada al ver que sólo se trataba de una llamada a su bondad. Haría todo lo que estuviera a su alcance para que se cumplieran los deseos de Juana.

La condesa de Poitiers le besó las manos, y Mahaut la imitó, exclamando:

—¡Ah, qué buena señora sois! ¡Ya le dije a Juana que el único recurso erais vos!

Al salir de Vincennes para regresar a Conflans, Mahaut se decía: «Ya está hecho... Ahora sólo falta esperar. ¿Qué día la comerá? ¿Esta tarde quizá, o bien dentro de tres días? A menos que Clemencia... Ella no es aficionada a los dulces, pero quizás, por un capricho de su estado, se le ocurra comer una y precisamente ésa. ¡Bah! También sería buen castigo quitarle a Luis de un golpe a su mujer y a su hijo... También podría ocurrir que el ayuda de cámara cambiara las almendras antes de que se acaben. Entonces tendría que rehacer el trabajo...»

—Estáis muy silenciosa, madre mía —dijo Juana—. Esta entrevista se ha desarrollado muy bien.

¿Os ha disgustado algo?

—Nada, hija mía, nada en absoluto —respondió Mahaut—. Hemos dado un buen paso.

IX.- El monje ha muerto

El mismo acontecimiento natural que, en la corte de Francia, hacía tan felices a la reina y a la condesa de Poitiers, iba a sembrar el drama y el desastre en una pequeña mansión a diez leguas de París.

Desde hacía varias semanas, María de Cressay tenía el rostro demudado por la angustia y la pena. Casi no respondía a las preguntas que le hacían. Sus ojos, de un color azul oscuro, se habían agrandado con un cerco malva; y una pequeña vena se dibujaba en su sien transparente. Su actitud era de extravío.

—¿No habrá recaído en su languidez, como el año pasado? —decía el hermano Pedro.

—No, ahora no adelgaza —respondía la señora Eliabel—. Es pena de amor; creo que tiene demasiado metido en la cabeza a ese Guccio. Es hora de casarla.

Pero el primo de Saint-Venant, en el que habían pensado los Cressay, había contestado que, por el momento, estaba demasiado ocupado en los asuntos del Artois para pensar en matrimonio.

—Ha debido de informarse sobre el estado de nuestros bienes —decía Pedro de Cressay—. Ya veréis, madre mía, ya veréis como tal vez un día lamentaremos haber desdeñado a Guccio.

El joven Lombardo continuaba siendo bien recibido en la mansión, donde fingían tratarlo como amigo, igual que antes. El crédito de trescientas libras seguía en pie, así como sus intereses.

Por otra parte, todavía escaseaban los alimentos, y habían observado que la banca de Neauphle sólo estaba provista de víveres los días en que María iba a buscarlos. Juan de Cressay, por un prurito de dignidad, pedía a veces a Guccio la cuenta de la deuda; pero una vez la nota en su poder, se olvidaba de pagar ni una pequeña parte. Y la señora Eliabel continuaba dejando ir a su hija a Neauphle una vez por semana, pero haciéndola acompañar por una sirvienta y midiéndole cuidadosamente el tiempo.

Las entrevistas clandestinas de los dos esposos eran, pues, raras. Pero la joven sirvienta se mostraba sensible a la generosidad de Guccio y además Ricardo, el primer empleado, no le era indiferente. Soñaba con tener una posición burguesa, y se entretenía de buen grado entre los cofres y los registros, escuchando el agradable tintineo de la plata en las balanzas, mientras el primer piso albergaba precipitados amores.

Estos minutos robados a la vigilancia de la familia Cressay y a las prohibiciones del mundo, eran como retazos de luz para este extraño matrimonio que no contaba ni con diez horas de vida común. Guccio y María vivían toda la semana del recuerdo de estos instantes; el encanto de su noche de bodas no se había desvanecido. Sin embargo, en los últimos encuentros, Guccio observó un cambio en el semblante de su

joven esposa. También él, como la señora Eliabel, había notado en María la ansiedad de su mirada, su tristeza y la nueva sombra bajo sus ojos, que le comía las mejillas.

Atribuyó aquellos signos a las dificultades y amenazas que pesaban sobre su situación realmente falsa. La felicidad dispensada en mínimas dosis y envueltas siempre en retazos de disimulo, pronto se convierte en tortura. «Es ella la que no quiere revelar nuestro secreto —se decía—. Pretende que su familia jamás querrá reconocer nuestro matrimonio, y que me hará perseguir. Y mi tío es del mismo parecer. ¿Qué hacer pues?»

—¿Qué os inquieta, mi bien amada? —le preguntó el tercer día de junio—. Desde los últimos encuentros, cada vez os veo menos feliz. ¿Qué teméis? Ya sabéis que estoy aquí para defenderos de todo.

Ante la ventana se abría un cerezo en flor, rumoroso de pájaros y avispas. María se volvió, con los ojos humedecidos.

—De lo que me llega, mi dulce amado —dijo—, ni vos mismo podéis defenderme.

—¿Qué es lo que os llega?

—Nada más que lo que, Dios mediante, debe venirme de vos —respondió María, bajando la cabeza.

Guccio quiso asegurarse de haber comprendido bien.

—¿Un hijo? —murmuró.

—Temía confesarlo. Tengo miedo de que ahora me améis menos.

Guccio permaneció unos segundos sin poder pronunciar palabra, ya que no se le ocurría ninguna. Luego, le cogió la cara entre las manos y la obligó a mirarlo.

Como casi todos los seres destinados a la locura de la pasión, María tenía un ojo ligeramente menor que el otro; esta pequeña diferencia que nada perjudicaba a la belleza de su rostro, se acentuaba con la preocupación que sentía y hacía su expresión más emocionante.

—María, ¿no os hace feliz? —dijo Guccio.

—¡Oh, si, seré feliz si vos lo sois también!

—¡Pero si es maravilloso, María! —exclamó él—. ¡Ahora deberán pregonarse nuestros esponsales a los cuatro vientos. Y vuestra familia se verá obligada a ceder. ¡Un hijo! ¡Un hijo!

La miraba de arriba a abajo, deslumbrado. Se sentía hombre, se sentía fuerte. Poco faltó para que se asomara a la ventana y gritara la noticia a todo el burgo.

Este joven, en el momento en que le ocurría algo, veía siempre el lado bueno. Sólo al día siguiente se daba cuenta de los trastornos que podían acarrearle sus actos.

Desde abajo llegó la voz de la sirvienta, recordándoles la hora.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —dijo María—. No me atreveré nunca a confesarlo a mi madre.

—Soy yo quien irá a decírselo —respondió Guccio.

—Esperad, esperad todavía una semana.

La precedió por la estrecha escalera de madera, tendiéndole las manos, para ayudarle a bajar, peldaño a peldaño, como si se hubiera hecho eminentemente frágil y tuviera que sostenerla a cada paso que daba.

—Pero si todavía no siento ninguna molestia... —dijo ella.

Guccio se dio cuenta de su cómica actitud, y soltó una risa de felicidad. Luego la estrechó en sus brazos y se dieron un beso tan largo que ella quedó sin respiración.

—Tengo que irme, tengo que irme —musitó.

Pero la alegría de Guccio era contagiosa, y María marchaba tranquilizada. Volvía a sentir confianza simplemente porque Guccio compartía su secreto.

—¡Ya veréis, ya veréis cuan hermosa será nuestra vida! —le dijo mientras la acompañaba hasta la puerta del jardín.

Es un gran acto de sabiduría y piedad, por parte del Creador, habernos impedido conocer el porvenir, al tiempo que nos ha otorgado las delicias del recuerdo y la ilusión de la esperanza. Pocas personas querrían sobrevivir si supieran lo que les espera. ¿Qué hubieran hecho estos dos esposos, estos dos amantes, si hubieran sabido aquella mañana que no volverían a verse en toda su vida?

María regresó cantando durante todo el camino, bordeado de prados y árboles en flor. Quiso detenerse a orillas del Mauldre para recoger lirios.

—Son para adornar la capilla —dijo.

—Señora, daos prisa —le respondió la sirvienta—; os van a reñir.

María entró en la mansión, subió directamente a su cuarto y al abrir la puerta creyó que el suelo se hundía bajo sus pies. La señora Eliabel estaba en el centro de la pieza observando una sobrevesta descosida por el talle. María vio extendida sobre la cama toda su escasa ropa que ella había ensanchado de la misma manera.

—¿De dónde vienes tan tarde? —preguntó la señora Eliabel fríamente.

María no dijo palabra, y dejó caer los lirios que todavía llevaba en la mano.

—No necesito que hables para saberlo —continuó la señora Eliabel—.
Desnúdate.

—¡Madre mía!... —gimió María con voz entrecortada.

—¡Te ordeno que te desnudes!

—Jamás —replicó María.

Una sonora bofetada respondió a su negativa.

—Y ahora, ¿vas a someterte? ¿Vas a confesar tu pecado?

—¡No he pecado! —respondió María violentamente.

—¿Y de dónde te viene esa gordura? —preguntó la señora Eliabel, mostrando los vestidos.

Su cólera creció al ver ante ella, no una niña dócil a la voluntad materna, sino de

repente una mujer que la afrontaba.

—Pues bien, sí, voy a ser madre; si, es Guccio —exclamó María—, y no me avergüenzo, ya que no he pecado. Guccio es mi marido.

La señora Eliabel no concedió ningún crédito al relato de la boda de medianoche; y aunque lo hubiera admitido como cierto, nada habría cambiado. María había obrado en contra de la voluntad de la familia, contra la autoridad paterna, ejercida, en nombre del padre muerto, por la madre y el hermano mayor. Una hija no tenía derecho a disponer de sí misma. Y luego, aquel monje italiano podía muy bien ser un monje falso. No, decididamente no creía en aquel matrimonio.

—¡En la hora de mi muerte, madre mía, en la hora de mi muerte no confesaré otra cosa distinta de la que os he dicho! —repetía María.

La tormenta duró una larga hora; finalmente, la señora Eliabel encerró a su hija con doble cerrojo.

—¡Al convento! ¡Irás al convento de jóvenes arrepentidas! —le gritó a través de la puerta.

Y María se deshizo en sollozos entre sus ropas esparcidas.

La señora Eliabel tuvo que esperar hasta la noche, en que regresaban del campo, para poner a sus hijos al corriente de la noticia. El consejo de familia fue breve. La cólera se apoderó de los dos jóvenes, y Pedro, sintiéndose casi culpable por haber defendido a Guccio, se mostró el más exaltado, el más dispuesto a la venganza. ¡Habían deshonrado a su hermana! ¡Los habían traicionado abominablemente bajo su propio techo! ¡Un Lombardo! ¡Un usurero! Iban a clavarlo por el vientre en la puerta de su banca.

Volvieron a ensillar los caballos, y armados de sus chuzos de caza, corrieron hacia Neauphle.

Pero aquella noche, Guccio, demasiado agitado para poder dormir, había salido a pasear por el jardín. La noche estaba constelada de estrellas, impregnada de perfume; la primavera de la Isla-de-Francia en su apogeo cargaba el aire de un sabor fresco de savia y de rocío.

En medio del silencio del campo, Guccio escuchaba complacido el rechinar de sus zapatos... un paso fuerte..., un paso débil sobre la grava, y la alegría no le cabía en el pecho.

«Y pensar que seis meses atrás yacía en una malhadada cama de hospital... ¡Qué hermoso es vivir! »

Soñaba. Mientras tenía amenazado su presente, soñaba en su venturoso futuro. Veía ya crecer en torno de él una numerosa prole nacida de un maravilloso amor, que mezclaría en sus venas la libre sangre de Siena con la noble sangre de Francia. Iba a ser el gran Babiloni, jefe de una poderosa dinastía. Pensaba afrancesar su nombre; sería Balion, de Neauphle. El rey le concedería un señorío, y el hijo que llevaba

María, porque no tenía la menor duda de que nacería varón, sería un día armado caballero.

No lo sacó de su ensueño más que el ruido de una galopada sobre el empedrado de Neauphle, que se detuvo ante la banca.

La aldaba de la puerta resonó con violencia.

—¿Dónde está ese bribón, ese granuja, ese judío? —gritó una voz que Guccio reconoció en seguida como la de Pedro de Cressay.

Y como no abriera inmediatamente, los dos hermanos empezaron a aporrear la hoja de la puerta con el mango de los chuzos. Guccio se llevó la mano a la cintura. No llevaba la daga. Oyó a Ricardo bajar las escaleras pesadamente.

—¡Ya va, ya va! ¡Ahora voy! —decía el primer empleado con voz de hombre descontento por haber sido sacado de la cama.

Luego se oyó el ruido de los cerrojos al descorrerse y, poco después, el estallido de una furiosa discusión, de la que Guccio sólo percibía fragmentos.

—¿Dónde está tu dueño? ¡Queremos verlo inmediatamente!

Guccio no oía las respuestas de Ricardo, pero la voz de los hermanos Cressay se hacía cada vez más fuerte.

—¡Ese perro, ese usurero, ha deshonrado a nuestra hermana! ¡No nos iremos hasta que le hayamos arrancado la piel!

La discusión terminó con un gran grito. Seguramente habían golpeado a Ricardo.

—¡Danos luz! —gritó Juan de Cressay.

Y Guccio aún oyó la voz de Juan, que gritaba a través de la casa:

—¡Guccio! ¿Dónde te escondes? ¡Sólo tienes valor con las muchachas! ¡Atrévete a salir, hediondo cobarde!

Los postigos se habían entreabierto en las casas de la plaza. Los lugareños escuchaban, susurraban, sonreían burlescamente; pero ninguno se asomó. Un escándalo siempre es divertido. Y luego, la jugada hecha a sus señores, a aquellos dos jóvenes que los trataban con tanta altivez y continuamente los requerían para trabajar gratuitamente, les complacía bastante. De poder elegir, se hubieran quedado con el Lombardo, pero sin llegar a arriesgarse a una paliza por él.

A Guccio no le faltaba valor, pero le quedaba un poco de cerebro; de nada le hubiera servido, no teniendo a mano ni siquiera un cuchillo, enfrentarse con dos hombres furiosos y armados.

Mientras los hermanos Cressay registraban la casa, y descargaban su cólera sobre los muebles, Guccio corrió hacia la cuadra. Aún le llegó la voz de Ricardo, que gemía:

—¡Mis libros! ¡Mis libros!

«Peor para ellos —pensó Guccio—; no lograrán hacer saltar los cofres.»

La luna reflejaba suficiente claridad para permitirle pasar rápidamente la brida a

su caballo y echarle una silla sobre los lomos; lo cinchó a ciegas, se agarró a la crin para ayudarse a montar, y escapó por la puerta del jardín. Así salió de la banca.

Al oír el galope, los hermanos Cressay se precipitaron a la ventana.

—¡Huye, huye el muy cobarde! ¡Toma la ruta de París! ¡A él, a él! ¡Cortadle el camino, villanos!

Naturalmente, nadie se movió.

Entonces los dos hermanos salieron de la banca y se lanzaron en persecución de Guccio.

Pero la montura del joven Lombardo era de buena casta, y salía fresca del establo. Los caballos de los Cressay eran pobres jacas del campo, y tenían ya sobre sus lomos toda una jornada.

Hacia Rennemoulins, una de ellas empezó a cojear tanto que fue necesario abandonarla, y los dos hermanos tuvieron que montar en el otro caballo, que por añadidura, por padecer del huélfago, producía con las narices un ruido como de rallar madera.

Por ello Guccio les tomó mucha delantera. Llegó a la calle de los Lombardos al amanecer, y sacó a su tío de la cama.

—¡El monje! ¿Dónde está el monje? —preguntó.

—¿Qué monje, Guccio mío? ¿Qué te ocurre? ¿Quieres ahora entrar en religión?

—No, tío Spinello, no os burléis. Tengo que encontrar al monje que me casó. ¡Me persiguen, y mi vida está en peligro!

Contó de un tirón su historia; le era indispensable obtener el testimonio del monje.

Tolomei lo escuchaba con un ojo abierto y el otro cerrado. Bostezó dos veces, lo que exasperó a Guccio.

—No te excites tanto. Tu monje ha muerto —dijo al fin Tolomei.

—¿Muerto?... —exclamó Guccio.

—¡Sí, muerto! Tu estúpido matrimonio te ha evitado al menos su misma suerte, porque si hubieras ido, como quería Roberto de Artois, a llevar su mensaje a los aliados, seguramente no tendrías que inquietarte por los sobrinos-nietos que me das sin que yo te los haya pedido. Fray Vincenzo fue asesinado cerca de Saint-Pol por la gente de Thierry de Hirson, llevaba consigo cien libras mías. ¡Ah, me cuesta caro ese monseñor Roberto!

Tolomei llamó a un criado para que le trajera una palangana de agua templada y sus vestidos.

—Pero, ¿qué voy a hacer, tío Spinello? ¿Cómo demostrar que verdaderamente soy el esposo de María?

—Eso no es lo más importante —dijo Tolomei—. Aunque tu apellido y el de tu doncella estuvieran inscritos en un registro, nada cambiaría. No por eso dejarías de

estar casado con una hija de la nobleza sin consentimiento de los suyos. Los mozos que te persiguen pueden sacarte tranquilamente la sangre sin ningún temor. Son nobles, y esa gente puede asesinar impunemente.

Cuando más, tendrían que pagar la multa exigida por matar a un Lombardo, que no es muy elevada.

Y hasta quizá los felicitarían.

—¡En buen lío me he metido!

—Bien puedes decirlo —asintió Tolomei, hundiendo la cabeza en el agua.

Resopló durante unos segundos, y se secó con una tela de lienzo.

—Bien, me parece que hoy no tendré tiempo de hacerme afeitarse. ¡Ah, he sido tan necio como tú!...

Estaba visiblemente preocupado.

—Lo primero que hay que hacer es ponerte a salvo —continuó—. Nada de esconderse en casa de un Lombardo. Si tus perseguidores han amotinado al pueblo, requerirán también al preboste de París, y no encontrándote aquí, enviarán a la ronda a registrar las casas de todos nosotros. ¡Ah, buena cara me vas a hacer poner ante las otras Compañías!

—Déjame pensar... ¡Ah, sí! ¿Y Boccaccio, el viajante de los Bardi?

—Pero, tío mío, Boccaccio es Lombardo como nosotros y, además, ahora se encuentra fuera de Francia.

—Sí, pero es del agrado de una dama que pertenece a la burguesía de París con la cual ha tenido un hijo, sin ser casado. Es buena persona, lo sé, y al menos, ella comprenderá tu problema.

Irás a solicitarle refugio... Yo me encargo de tus queridos cuñados cuando se presenten... a menos que ellos se encarguen de mí y esta noche te quedes sin tío.

—¡Oh, no, no temáis. Son violentos pero nobles. Respetarán vuestra edad!

—¡Buena armadura tener las piernas débiles!

—Tal vez se hayan cansado en el camino y no vengan.

Tolomei emergió del vestido que acababa de pasarse por encima de la camisa de día.

—Eso me extrañaría mucho —respondió—. De todas formas, querrán demandarnos y levantarnos proceso. Tendré que poner sobre aviso a alguna persona de categoría para que detenga el asunto antes de que se promueva escándalo... Podría dirigirme a monseñor Valois; pero él promete, promete pero no cumple. ¿Monseñor Roberto? Sería como encargar a los heraldos de la ciudad que proclamaran la noticia a los cuatro vientos.

—¡La reina Clemencia! —dijo Guccio—. Ella me apreciaba durante el viaje...

—¡Ya te respondí sobre esto en otra ocasión! La reina se dirigirá al rey, quien se dirigirá al canciller..., y éste alborotaría a todo el Parlamento. ¡Bonita causa íbamos a

tener!

—¿Y por qué no a Bouville?

—¡Ah! Esa es una buena idea —exclamó Tolomei—. Tal vez la primera que tienes desde hace seis meses. Bouville... claro que sí... No brilla por su inteligencia, pero conserva su influencia por haber sido chambelán del rey Felipe. No está comprometido en intrigas, y tiene cara de hombre honrado...

—Y además me aprecia mucho —dijo Guccio.

—¡Sí, ya lo sabemos! Decididamente, todo el mundo te aprecia. Un poco menos de amor nos iría muy bien. Anda, ve a esconderte en casa de esa dama de tu amigo Boccaccio, y... por favor, que no se ponga a amarte también. Yo voy corriendo a Vincennes para hablar a Bouville. Ya ves, probablemente Bouville es el único hombre que no me debe nada, y a él precisamente he de ir a pedirle algo.

X.- Vincennes estaba en duelo

Cuando maese Tolomei, montado en su mula gris y seguido por un criado, entró en el primer patio de la mansión de Vincennes, quedó sorprendido al ver gran movimiento de gentes de todas clases: hombres de armas, servidores, escuderos, señores, legistas y burgueses; pero sus movimientos se efectuaban en el más completo silencio, como si hombres, animales y cosas hubieran cesado de emitir el menor ruido.

Habían esparcido por el suelo espesos haces de paja para apagar el ruido de los pasos y del rodar de los carros. Todo el mundo hablaba en voz baja.

—El rey se muere... —dijo a Tolomei un señor conocido suyo.

En el interior del castillo parecía no regir ninguna prohibición, y los arqueros de guardia dejaban entrar a todo el que llegaba. Asesinos y ladrones hubieran podido infiltrarse gracias a aquel desorden, sin que a nadie se le hubiera ocurrido detenerlos. Se oyó murmurar:

—El boticario, dejad pasar al boticario.

Pasaron dos oficiales de la casa real llevando una pesada jofaina cubierta por un paño, que iban a presentar a dos médicos.

Estos, a quienes se reconocía por su vestimenta, mantenían un conciliábulo en la antecámara. Los médicos llevaban muceta oscura encima de su vestido de paño grueso, y sobre la cabeza un pequeño solideo semejante al de los monjes. Los cirujanos lucían un vestido de tela de mangas largas y estrechas, y de su redondo bonete caía un chal blanco que les tapaba las mejillas, la nuca y los hombros.

Tolomei se informó. El rey estaba muy bien el día anterior, pues hasta había jugado a pelota por la tarde. Luego entró en las habitaciones de la reina y poco después lo vieron encogerse y ponerse a vomitar. Por la noche él mismo había solicitado los sacramentos.

Los médicos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza del mal; unos, basándose en los ahogos y desvanecimientos que sufría, aseguraban que el agua fría bebida tras el esfuerzo físico había provocado el acceso; otros afirmaban que el agua no podía haberle quemado las entrañas hasta el punto de «hacerle manar sangre por abajo».

Desorientados por el misterioso origen del mal, y también neutralizándose mutuamente, como ocurre cuando se llama a numerosos médicos a la cabecera de un paciente ilustre, sólo aconsejaban remedios benignos que no comprometían su responsabilidad.

Los señores que estaban en el patio aludían, con palabras encubiertas, al asunto del hechizo, aparentando saber más de lo que decían. Además, ya consideraban otros problemas. ¿Quién iba a ser regente? Algunos lamentaban que monseñor de Poitiers estuviera ausente; Otros, en cambio, lo celebraban. ¿Había expresado el rey su

voluntad formal a este respecto? Se ignoraba. Pero había llamado a su canciller para dictar un codicilo a su testamento.

Avanzando a través de aquella agitación silenciosa, Tolomei pudo llegar hasta la habitación en que agonizaba el soberano, entre sus chambelanes, servidores, miembros de su familia y de su Consejo.

Levantándose sobre la punta de los pies, el jefe de las bancas lombardas pudo distinguir por encima de un muro de hombros el busto de Luis X apoyado en cojines, cuyo rostro hundido mostraba la proximidad del fin. Con una mano en el pecho y la otra en el vientre, las mandíbulas apretadas, gemía.

Alguien susurró:

—La reina, la reina; el rey llama a la reina...

Clemencia estaba sentada en la habitación contigua, rodeada de sus damas de compañía, del gordo Bouville y de Eudelina, la primera lencera, cuya mano tenía la reina. Esta no había dormido en toda la noche. La desesperanza y el insomnio le oprimían las sienes; mientras monseñor de Valois, agitándose delante de ella, le decía:

—Mi querida, mi buena sobrina, debéis estar preparada para lo peor.

«Estoy preparada —pensaba Clemencia—, y no necesito que él me lo diga. Diez meses de felicidad. ¿Sólo a esto tenía derecho? Quizá no he agradecido a Dios lo suficiente el habérmelos concedido. Lo peor no es la muerte puesto que nos encontraremos en el cielo. Lo peor es para este hijo que nacerá dentro de cinco meses, a quien Luis no verá, y que sólo conocerá a su padre cuando también él llegue al más allá. ¿Por qué permite Dios esto?»

—Descansaos sobre mí de todos los trabajos y dificultades y pensad solamente que lleváis en vuestro cuerpo la esperanza del reino. Vuestro estado no os permite asumir la tarea de regente; además, los franceses verían con malos ojos ser gobernados por una mujer extranjera. ¿Y Blanca de Castilla?, me diréis... Cierto, cierto, pero ella era reina desde hacía muchos años. Nuestros barones no han tenido aún bastante tiempo para conoceros. Debo descargaros de las tareas del trono, lo que en el fondo no cambiará casi nada...

El chambelán que venía a comunicar a la reina que el moribundo la requería, entró en este instante, pero Valois lo detuvo con un gesto y prosiguió:

—No constituye vanidad proponerme a mí mismo, pues soy el único que puede ejercer útilmente la regencia y, os lo aseguro, sabré inspirar a los franceses el amor que deben a la madre de su futuro rey.

—Tío mío —exclamó Clemencia—, Luis respira todavía. Rogad más bien para que lo salve un milagro y, diferid al menos vuestros proyectos hasta después de su muerte. Y en lugar de retenerme aquí, dejadme ir a mi puesto, que es junto a su cabecera.

—Desde luego, sobrina mía, desde luego, pero es que hay cosas que han de tenerse en cuenta cuando se es reina. No nos podemos abandonar al dolor, como el resto de los mortales. Luis, en su codicilo, acaba de haceros grandes donaciones, ha distribuido generosamente diversas pensiones, una de ellas a Luis de Marigny, que van a cargar un poco más el Tesoro; pero no ha dispuesto nada referente a la regencia...

—Eudelina, no me abandones —murmuró la reina, levantándose.

Y al dirigirse hacia la habitación del rey, dijo a Bouville:

—¡Hugo, amigo mío! ¡No lo puedo creer, decidme que no llegará tal desgracia!

Era demasiado para el buen Bouville, que se puso a sollozar.

—¡Cuando pienso, cuando pienso que él me envió a buscaros a Nápoles!

Más extraña era la actitud de Eudelina. La lencera no dejaba ni un momento a la reina, quien se dirigía a ella para todo. Nada sentía ante la agonía de aquel hombre de quien había sido la primera amante, al que había amado con docilidad y odiado luego con perseverancia. No pensaba ni en él ni en ella misma. Parecía que sus recuerdos hubieran muerto antes que aquel que los había originado. Toda su emoción se había volcado sobre la reina, su amiga. Y si Eudelina sufría en este momento, era sólo por ver sufrir a Clemencia.

La reina cruzó la habitación, apoyándose en Eudelina y en Bouville.

Al advertir a este último, Tolomei, que seguía en el umbral de la puerta, se acordó de repente de lo que había venido a hacer.

«La verdad es que no es momento para hablarle a Bouville, —pensó—, y a esta hora los dos Cressay estarán sin duda en mi casa. ¡Ah, cuán inoportuna llega esta muerte!»

En aquel instante, lo empujó una masa poderosa: la condesa Mahaut, arremangada, se abría paso. Tan grande era su autoridad que, a pesar de saberla en desgracia, nadie se extrañó, ni se opuso a que se aproximara por su calidad de parienta próxima y par del reino.

Se había compuesto el semblante procurando reflejar el mayor estupor y la más grande aflicción.

En el umbral murmuró, aunque con claridad para que al menos la pudieran oír diez personas:

—¡Dos en tan poco tiempo! Verdaderamente es demasiado. ¡Pobre reino!

Se acercó con su gran paso de soldado al grupo en que estaban Carlos de la Marche, Roberto de Artois y Felipe de Valois.

Mahaut tendió sus manos a Roberto, haciéndole señal con los ojos de que estaba demasiado emocionada para hablar, y de que, en un día así, había que olvidar toda disensión. Luego, se dejó caer de rodillas junto al lecho real, y con voz entrecortada dijo:

—Sire, os suplico que me perdonéis todas las penas que os he causado.

Luis la miró; sus grandes ojos glaucos estaban rodeados por las profundas ojeras de la muerte. En este preciso momento le iban a cambiar el bacín a la vista de todos; en esta incómoda postura, intentando dominarse, tenía por primera vez un poco de verdadera majestad, y algo, en fin, de la realeza que le había faltado durante toda su vida.

—Os perdono, prima mía, si os sometéis al poder del rey —respondió cuando le hubieron deslizado sobre su asiento su nuevo bacín.

—¡Sire, os lo juro! —respondió Mahaut.

Y más de uno de los asistentes se emocionó sinceramente al ver a la terrible condesa doblar la cerviz.

Roberto de Artois medio cerró los ojos y dejó caer a la oreja de sus primos:

—No lo haría mejor si lo hubiera matado.

El Turbulento sufrió un nuevo cólico y se llevó las manos al vientre. Sus labios descubrieron sus dientes apretados; el sudor le corría por las sienes y le empapaba los cabellos a lo largo de las mejillas. Después de unos instantes, dijo:

—¡Entonces, esto es sufrir! Entonces esto es lo que...

XI.- Tolomei ruega por el rey

Cuando Tolomei, a media tarde, regresó a su casa, su primer empleado le notificó en seguida que dos hombres le esperaban en la antecámara de su gabinete.

—Parecen muy irritados —agregó—. Están aquí desde la hora nona, sin haber comido nada, y dicen que no se moverán hasta que os hayan visto.

—Sí, ya sé quiénes son —respondió Tolomei—. Cerrad las puertas y reunid en mi gabinete a toda la gente de la casa, empleados, criados, palafreneros, y sirvientas. ¡Y de prisa! ¡Todo el mundo arriba!

Luego subió lentamente la escalera, adoptando el paso de un viejo abrumado por la desgracia; se detuvo un instante en el rellano, escuchando el tumulto que sus órdenes habían originado en la casa; esperó a que aparecieran las primeras cabezas en los escalones de abajo, y por último entró en la antecámara con ambas manos en la frente.

Los hermanos Cressay se levantaron y Juan, avanzando hacia él, exclamó:

—Maese Tolomei, nosotros somos...

Tolomei lo interrumpió con un gesto de su brazo.

—¡Sí, ya lo sé! —dijo con voz gimiente—. Sé quiénes sois, y sé también lo que venís a decirme.

Pero esto no es nada en comparación con lo que nos aflige.

Como el otro quería proseguir, se volvió hacia la puerta y dijo al personal, que comenzaba a dejarse ver:

—Entrad, amigos míos, entrad todos; venid a escuchar la espantosa nueva de boca de vuestro dueño. Vamos, entrad, pequeños míos.

La estancia se llenó en seguida. Si los hermanos Cressay hubieran intentado el menor movimiento los hubieran desarmado al instante.

—Pero ¿qué significa esto, maese? —preguntó Pedro, a quien dominaba la impaciencia.

—Un momento, un momento —respondió Tolomei—. Lo ha de saber todo el mundo.

Y los hermanos Cressay, súbitamente inquietos, pensaron que el banquero iba a revelar públicamente su deshonor. Era más de lo que deseaban.

—¿Están todos? —preguntó Tolomei—. Entonces escuchadme, amigos míos.

Y no dijo nada. Se hizo un largo silencio. Tolomei había escondido la cara entre las manos, y daba la impresión de que estaba llorando.

Cuando descubrió el rostro, su único ojo abierto estaba lleno de lágrimas.

—Amigos míos, hijos míos —dijo al fin—, es algo demasiado espantoso. Nuestro rey... sí, nuestro bien amado rey acaba de morir.

La voz se le ahogaba en la garganta y se golpeaba el pecho como si fuera

responsable de la muerte del soberano. Aprovechó el efecto de la sorpresa para ordenar:

—¡Todos de rodillas, y recemos por su alma!

El mismo se dejó caer pesadamente en el suelo, y todo su personal lo imitó.

—¡De rodillas, monseñores! —dijo con tono de reproche a los dos hermanos Cressay, que, impresionados por la noticia y turbados por el espectáculo que tenían delante, eran los únicos que seguían en pie.

—In nomine patris... —comenzó Tolomeí.

Entonces estalló un concierto de estridentes lamentaciones. Las sirvientas de la casa, todas italianas, formaron un coro de plañideras, según la mejor tradición de su país.

—Un uomo cosi buono, un signore tanto generoso! Il cielo ci l'ha preso —gritaba la cocinera.

—Ahime, ahime! Tanto buono, tanto generoso —contestaban criadas y lavanderas.

Con las faldas por encima de la cabeza, se balanceaban a derecha e izquierda, con las manos juntas levantadas hacia el techo.

—Era come un padre per noi tutti! Era il protettore degli umili.

—Il nostro padre, il nostro protettore, l'abbiamo perduto. Ahime! Ahime!

—¡Un hombre tan bueno, un señor tan generoso! El cielo nos lo ha quitado.

—¡Ay de mi, ay de mi! ¡Tan bueno, tan generoso!

—¡Era como un padre para todos nosotros! El protector de los humildes.

—¡Nuestro padre, nuestro protector, y lo hemos perdido! ¡Ay de mí, ay de mí!

Tolomei se había incorporado y circulaba entre su personal.

—¡Vamos, rezad, rezad con fervor! ¡Sí, era puro, sí, era santo! ¡Pecadores, eso es lo que somos nosotros, empedernidos pecadores! Rezad también vosotros, jóvenes —dijo señalando con la cabeza a los hermanos Cressay—. ¡También a vosotros os arrebatará la muerte! ¡Arrepentíos!

¡Arrepentíos!

La escena duró sus buenos veinte minutos. Luego Tolomei ordenó:

—Cerrad las puertas, cerrad las ventanillas. Hoy es día de duelo; esta tarde no abriremos la banca.

Los servidores salieron, sorbiendo sus lágrimas. Cuando el primer empleado pasó junto a él, Tolomei le susurró:

—Sobre todo no paguéis nada. El oro tal vez cambiará de valor mañana...

Las mujeres seguían gritando aún mientras bajaban la escalera.

—¡Era el bienhechor del pueblo! —gemían—. ¡Jamás, jamás tendremos un rey tan bueno!

Ahime...

Tolomei dejó caer el tapiz que cerraba la entrada de su gabinete.

—¡Ya veis! ¡Así pasan las glorias del mundo! —dijo.

Los dos Cressay, turbados y abatidos, estaban callados. Su drama personal se ahogaba en la general desgracia del reino. Además, sentían la fatiga de una noche de cabalgada, ¡y en que montura!

Su llegada a París, apenas apuntaba el día, montados los dos en una jaca con huélfago y llevando los viejos vestidos que usaban en el campo, habían provocado la risa a su paso.

Seguidos por un grupo de chillones rapazuelos, se habían perdido en el dédalo de calles de la ciudad. Tenían el estómago atrozmente vacío, y su aplomo, ya que no su resentimiento, se había debilitado grandemente al ver la suntuosa residencia de Tolomei. La riqueza que resplandecía por todas partes, el numeroso personal bien vestido y alimentado, los tapices, los muebles esculpidos, los esmaltes y marfiles...

«En realidad —pensaba cada uno de ellos sin atreverse a confiarlo al otro—, tal vez nos hayamos equivocado al mostrarnos tan quisquillosos con relación a la sangre; una fortuna como ésta bien vale por el rango de señor.»

—¡Vamos, mis buenos amigos! —dijo Tolomei, con la familiaridad que le permitía haber rezado en común—. Hablemos de ese penoso asunto, ya que, a pesar de todo, hay que seguir viviendo, y el mundo debe continuar, a pesar de los que se van. Naturalmente, queréis hablarme de mi sobrino. ¡Bandido! ¡Malvado! ¡Hacerme eso a mí, que lo he llenado de bondades! ¡Miserable joven que no tiene vergüenza! Sólo me faltaba hoy este nuevo dolor... Lo sé, lo sé todo. Esta mañana me ha hecho llegar un mensaje. Ante vos tenéis a un hombre deshecho.

Estaba ante ellos un poco encorvado, con la mirada baja, en actitud de total abatimiento.

—Y además un cobarde —continuó—. ¡Un cobarde! Siento vergüenza al confesarlo, monseñores. No se ha atrevido a afrontar mi cólera; ha partido como una flecha a Siena. Ya debe de estar lejos. Ahora, amigos míos, ¿qué vamos a hacer?

Daba la impresión de confiarse a ellos, de casi pedirles consejo. Los dos hermanos lo miraban y se miraban. Nada sucedía como ellos habían imaginado.

Tolomei los observaba a través de su párpado casi cerrado. «Está bien —se decía—. Ahora los tengo en mis manos ya no son peligrosos; sólo se trata de encontrar la manera de enviarlos a casa sin darles nada.»

De repente se exaltó.

—¡Pero lo desheredo, oídllo bien, lo desheredo! ¡No tendrás ni un sueldo de mí, pequeño miserable! —gritó moviendo la mano en la vaga dirección a Siena—. ¡Nada! ¡Jamás! ¡Lo dejaré todo a los pobres y a los conventos! Y si algún día cae en mis manos, lo entregaré a la justicia del rey, ¡ay, ay! ¡El rey ha muerto!

Poco faltó para que los otros dos se pusieran a consolarlo.

Tolomei juzgó entonces que ya estaban preparados para hacerlos entrar en razón. Todas las quejas, todos los reproches que iban a hacerle, los aceptaba, los aprobaba; incluso los sobrepasaba.

¿Pero qué podían hacer ahora? ¿De qué serviría un proceso, muy costoso para gente sin fortuna, cuando el culpable estaba fuera de alcance y antes de seis días habría cruzado las fronteras?

¿Rehabilitaría eso a su hermana? El escándalo no perjudicaría más que a ellos mismos. Tolomei se esforzaría en reparar el mal cometido; tenía altas y poderosas amistades; era amigo de monseñor de Valois, de monseñor de Artois, de messire de Bouville... Ya encontraría un lugar para María donde pudiera dar a luz el fruto de su pecado, en el mayor secreto, y luego, ya procuraría encontrarle una situación. Tal vez, por un tiempo, un convento podría acoger su arrepentimiento. ¡Que tuvieran confianza en Tolomei! ¿No había demostrado a los Cressay que era hombre de buen corazón al retrasar el crédito de trescientas libras que debían haberle pagado...?

—Si hubiera querido, vuestro castillo sería mio desde hace dos años. ¿Lo he querido? No.

Bien lo sabéis.

Los dos hermanos, ya muy vacilantes, comprendieron fácilmente la amenaza que, con tono tan paternal, lanzaba el banquero sobre ellos.

—Entendámonos, yo no os reclamo nada —agregó éste.

Pero si se ponía el caso en manos de la justicia, forzosamente él tendría que hacer un estado de sus cuentas, y los jueces podrían apreciar de manera poco favorable para los Cressay el hecho de haber aceptado tantos regalos de Guccio.

De modo que ellos eran unos bravos mozos y se irían a una buena posada, a pasar la noche, después de recuperar fuerzas y sin pensar en el gasto. Allí esperarían que Tolomei se ocupara del asunto. Pensaba proponerles al día siguiente algunas medidas satisfactorias para su honor. Ante todo, evitar el escándalo.

Pedro y Juan de Cressay se rindieron a sus razones e incluso, al despedirse, le estrecharon la mano con cierta efusión.

En cuanto salieron, Tolomei se dejó caer en una silla. Se sentía cansado, y resoplaba con sus gruesas y oscuras mejillas.

«Siempre y cuando muera el rey», se dijo.

Porque, al abandonar Vincennes, Luis X todavía respiraba; pero nadie creía que le quedaran muchas horas.

XII.- ¿Quién será regente?

Luis X El Turbulento expiró la noche del 4 al 5 de junio de 1316, poco después de medianoche.

Por primera vez, desde hacía trescientos veintinueve años, moría un rey de Francia sin dejar heredero varón a quien transmitir la corona.

Monseñor Carlos de Valois, tan diligente de ordinario en organizar las pompas reales, fueran nupciales o fúnebres, se desinteresó por completo de los últimos honores que habían de rendirse a su sobrino.

Llamó al gran Chambelán Mateo de Trye, y le dijo:

—Haced como la última vez.

Él mismo se preocupó de convocar desde las primeras horas de la mañana un Consejo, no en Vincennes, donde tal asamblea hubiera tenido que ser presidida por la reina, sino en París, en el palacio de la Cité.

—Dejemos a nuestra querida sobrina con su dolor —declaró—, y no añadamos nada que pueda perjudicar a su preciosa carga.

Este Consejo, por su composición, más parecía una reunión de familia que una cámara de gobierno. Asistían Carlos de La Marche, hermano del difunto, Carlos de Valois y Luis de Evreux, hermanos de Felipe el Hermoso, Luis de Clermont, nieto de San Luis, Mahaut de Artois y Roberto de Artois, nieta y biznieto respectivamente de Luis VIII, y Felipe de Valois, hijo de Carlos, a los cuales habían sido añadidos el canciller, el arzobispo de Sens y el conde de Bouville, a fin de que estuvieran representados la justicia, la iglesia y los grandes dignatarios de la Casa Real.

Valois no había podido dejar de invitar a la condesa Mahaut, que era junto con él mismo el único par del reino presente en París. Así, la asesina de aquel cuya sucesión se iba a debatir inmediatamente, estaba allí, confirmada en sus prerrogativas, y deleitándose secretamente en su victoria.

Aunque Valois esperaba alguna oposición por parte de Mahaut, no la temía. Se creía apoyado enteramente por el resto de la parentela. Además el canciller Mornay era hechura suya; el arzobispo Marigny estaba ligado con él, y en cuanto a Bouville, todo el mundo conocía su falta de iniciativa y su docilidad.

En verdad, Valois se congratulaba de que Felipe de Poitiers y el condestable Gaucher de Châtillon estuvieran ausentes. Con ellos las cosas hubieran sido menos fáciles; pero por ahora estaban en Lyon, esforzándose en reunir a los cardenales.

De este modo, monseñor de Valois se sentía con las manos libres, hasta demasiado libres...

Se sentó a la cabecera de la mesa, en el sillón real. Aunque intentaba dar a su rostro una expresión de pena, no podía ocultar la satisfacción que experimentaba al ocupar dicho sillón.

—Nos hemos reunido, en este día de duelo que nos abrumba —comenzó diciendo—, para decidir cosas urgentes; la designación de curadores del vientre, que deben vigilar en nuestro nombre el embarazo de la reina Clemencia, y la elección de un regente del reino, ya que no puede haber interrupción en el ejercicio de la justicia ni en el del gobierno. Os solicito vuestro consejo.

Empleaba ya expresiones de soberano y se mostraba manifiestamente como poseedor de atribuciones reales. Su actitud disgustó a su hermanastro, el conde de Evreux, cuya delicadeza de espíritu, rectitud de juicio, pulcritud moral y respeto a las instituciones se avenían mal con tales procedimientos. A causa de su natural irresoluto y escrupuloso, jamás había participado activamente en el poder. Pero observaba, juzgaba y desaprobaba casi la totalidad de los actos llevados a cabo desde hacía un año bajo la inspiración de Valois.

Como éste, respondiéndose a sí mismo, proponía que el nombramiento de curadores se confiara al regente, Evreux, con la repentina brusquedad que tienen a veces las personas reflexivas, lo interrumpió:

—Permitid, hermano mío, que hablemos nosotros también, y si puede ser, no mezcléis todas las cuestiones. La elección de regente es asunto que tiene precedentes y depende del consejo de los pares. La designación de curadores es otro asunto que depende de los miembros de la familia, y ése sí podemos resolverlo aquí, con la asistencia del canciller. ¿Podéis adelantar algún nombre?

Sorprendido por esta intervención, y más aún por el tono determinado con que había sido hecha, Carlos de Valois, para ganar tiempo, respondió:

—Y vos, hermano mío, ¿a quién proponéis?

El conde de Evreux se pasó los dedos por los párpados.

—Creo —dijo—, que debemos elegir a hombres cuyo pasado sea irreprochable, lo suficientemente experimentados para que podamos confiar en su prudencia, y que hayan dado grandes pruebas de lealtad y abnegación hacia nuestros reyes. Yo me inclinaría a proponeros al senescal de Joinville, si su mucha edad, que se acerca a los cien años, no lo tuviera postrado... Pero veo aquí a messire de Bouville, que fue primer chambelán del rey nuestro hermano y le sirvió en todo con fidelidad digna del mayor elogio. El condujo a Francia a la reina Clemencia, la cual le demuestra mucho afecto...

Valois respiró, aliviado. Si las elogiosas palabras de Luis de Evreux no tenían otro fin que proponer a Bouville para la función de curador, se sentía tranquilo. Se apresuró a manifestar esta satisfacción a su hermano y aprobó calurosamente la proposición, afirmando que Bouville era precisamente la persona en la que él había pensado. Todos los presentes asintieron, quién de palabra, quién con un movimiento de cabeza, otros finalmente con un simple murmullo.

El gordo Bouville se levantó, turbado. En ese momento recibía la consagración de

largos años de dedicación a la corona.

—Es un gran honor, es un gran honor, monseñores —declaró—. Juro vigilar el vientre de la señora Clemencia, protegerla contra todo ataque o asechanza, y defenderla con mi propia vida. Pero ya que monseñor de Evreux ha citado a messire de Joinville, desearía que se nombrara al senescal junto conmigo, o si él no puede, a su hijo, con el fin de que el espíritu de monseñor San Luis esté presente, en esta guarda, en su servidor, como el espíritu del rey Felipe, mi dueño, lo está conmigo, su servidor.

Raramente había pronunciado Bouville una parrafada tan larga en el Consejo, y las cosas que acababa de expresar eran un poco sutiles para él. Sus últimas palabras eran confusas; pero todos comprendieron su intención, y el conde de Evreux le dio las gracias.

—Ahora —dijo Valois—, podemos abordar la elección de regente.

De nuevo fue interrumpido, pero esta vez por Bouville, que se había reanimado.

—Antes, monseñor...

—¿Qué hay, Bouville? —preguntó Valois con aire benévolo.

—Antes, monseñor, debo rogaros muy humildemente que dejéis el sitio que ocupáis porque es el sitio del rey; ahora bien, nosotros debemos pensar que, por ahora, el rey está en el seno de la señora Clemencia.

Se hizo un silencio durante el cual sólo se oyó el toque de muertos de las campanas de París.

Valois lanzó a Bouville una furiosa mirada, pero comprendió que debía obedecer e incluso fingir que lo hacía a gusto. «Para que uno se fíe de los tontos —se decía mientras cambiaba de puesto—, y me he equivocado al concederle mi confianza. Tienen ideas que no se le ocurrirían a nadie».

Todos los asistentes de la derecha tuvieron que correrse un lugar.

Bouville dio la vuelta en torno a la mesa, cogió un taburete y fue a sentarse con los brazos cruzados, en actitud de fiel guardián un poco retrasado del sitio vacío que iba a ser objeto de tantas codicias.

Valois hizo un signo a Roberto de Artois, el cual, hablando sentado, pronunció unas palabras apenas corteses que en resumen querían decir: «¡Basta de tonterías, vayamos a cosas serias!» El tiempo, según él, era demasiado corto para perderlo en formalidades, y la cámara de los pares no podría menos que ratificar lo que allí se decidiera. Luego propuso, como algo que se imponía evidentemente, confiar la regencia a Carlos de Valois.

—No se cambia de mano el arado en medio del surco —dijo—. Bien sabemos que nuestro primo Carlos ha gobernado todo este año en nombre de nuestro pobre primo Luis que vamos a enterrar. Y antes perteneció siempre al Consejo del rey Felipe, a quien evitó más de un error y para el cual ganó más de un combate. Es el

primogénito de la familia, y pronto llevará treinta años colaborando en las tareas de rey...

Sólo había dos personas que parecían desaprobado sus palabras: Luis de Evreux, que pensaba en Francia y Mahaut de Artois, que pensaba en sí misma.

«Si Carlos es regente —se decía Mahaut— no quitará al mariscal de Confían ni levantará el secuestro de mi condado. Carlos y Roberto están confabulados. Tal vez me precipité demasiado al despachar a Luis; debería haber esperado el regreso de mi yerno. Tendría que hablar por él, pero ¿no atraeré sospechas sobre mí?»

Intervino Evreux, dirigiéndose de nuevo a Valois.

—Carlos, si nuestro hermano el rey Felipe hubiera muerto siendo niño nuestro sobrino Luis, ¿quién hubiera sido regente por derecho?

—Forzosamente yo —respondió Valois, sonriendo como si le llevaran el agua a su molino.

—Porque vos erais el hermano mayor. ¿No corresponde, pues, en derecho a nuestro sobrino el conde de Poitiers ocupar la regencia?

Mahaut recobró sus esperanzas. Y habiendo creído muy hábil decir Carlos de La Marche que su hermano Felipe no podía estar a la vez en el cónclave y en París, ella se lanzó al debate.

—¡Lyon no está en tierras del Gran Khan! Puede estar aquí en unos días. No somos bastantes para decidir ahora un asunto tan grave. De los pares del reino, sólo estamos dos de los doce...

Ningún duque-obispo, ningún conde-obispo, no está el condestable ni el duque de Borgoña...

Al oír este nombre, se sobresaltaron Roberto de Artois, Felipe de Valois y Luis de Clermont. El duque Dudes de Borgoña, el nuevo duque y su madre Agnes de Francia eran a los que más temían, y había que darse prisa para adelantarse a sus intrigas^p. El hijo de Clemencia estaba aún por nacer, admitiendo que naciera, y solamente entonces se vería si era varón o hembra.

Eudes de Borgoña podía, pues, reclamar el derecho de regencia lo mismo contra Poitiers que contra Valois en nombre de su sobrina, la pequeña Juana de Navarra, hija de Margarita. Ahora bien, se sabía que Juana era bastarda...

—¡Vos no sabéis nada! —exclamó Luis de Evreux—. Las presunciones no son certeza, y Margarita se llevó el secreto a la tumba donde vos la pusisteis.

Evreux había dicho ese «vos» en una acepción vaga y general; pero el gigante, que tenía motivos para sentirse aludido personalmente, rogó a Evreux que aclarara sus palabras o se retractara.

—Olvidáis, Luis, que os casasteis con mi propia hermana, y ¿debo esperar que mi más próximo pariente se haga eco de mis calumniadores? No hablaríais de otro modo si os pagaran los Borgoña.

El incidente empeoraba y por un momento pudo temerse que los dos cuñados iban a desafiarse en combate.

Una vez más, el escándalo de la torre de Nesle y sus consecuencias dividían a la familia de Francia, y en este momento amenazaban con dividir el reino.

El arzobispo Marigny hizo oír entonces la voz de la Iglesia y, predicando la concordia, invitó a los adversarios a respetar lo que el llamó «tregua del duelo». A su parecer, no había que atribuir intención infamante a las palabras de monseñor de Evreux, y en su boca la palabra «tumba» significaba sin duda la fortaleza de Château-Gaillard, donde Margarita de Borgoña había estado recluida «como en una tumba» y donde había muerto.

Luis de Evreux ni aprobó ni negó. Por lo que se refiere a Roberto, éste gruñó:

—Después de todo, Château-Gaillard está más cerca de Evreux que de mi castillo de Conches.

Se abrió la puerta, entró Mateo de Trye y dijo que tenía que hacer una grave comunicación.

Le rogaron que hablara.

—Mientras embalsamaban el cuerpo del rey —dijo el chambelán, un perro que ha entrado sin ser advertido, ha lamido los trapos ensangrentados que habían servido para sacar las entrañas.

—¿Y qué? —preguntó Valois—. ¿Esa es vuestra gran noticia?

—Es que, monseñores, el perro ha sido presa enseguida de dolores, y se ha puesto a gemir y a retorcerse como si tuviera el mismo mal que el rey; tal vez ya esté muerto.

De nuevo, sólo se oyó el toque de muertos de la campana de Notre-Dame. La condesa Mahaut no se inmutó; pero una atroz ansiedad le oprimió el corazón. «¿Van a descubrirme por la glotonería de un perro?», se decía.

—¿Creéis, pues, Mateo, que ha habido envenenamiento? —preguntó Luis de Evreux.

—Habrà que hacer una investigación, y llevarla rápidamente —dijo Carlos de Valois.

Bouville, que durante toda la discusión se había mantenido en silencio detrás del asiento real, se levantó.

—Monseñores —dijo—, si han querido atentar contra la vida del rey, es de temer que se quiera atentar también contra el hijo que ha de nacer. Solicito una guardia de seis escuderos armados y bajo mis órdenes de día y de noche, para vigilar ante la puerta de la reina y detener cualquier mano criminal.

Le respondieron que obrara como juzgase mejor. Poco después se aplazó el Consejo para el día siguiente sin haber decidido nada en concreto. Valois esperaba mejorar sus asuntos las próximas horas.

Ya en la puerta, Mahaut alcanzó a Luis de Evreux y le dijo en voz baja:

—¿Vais a enviar un correo a Felipe, para comunicarle lo que acaba de suceder?

—Desde luego, prima mía, voy a hacerlo. Y otro a nuestra tía Agnes.

—Entonces, os dejo actuar, ya que estamos de acuerdo en todo.

Bouville, al salir de la sesión, fue abordado por Spinello Tolomei que lo esperaba en el patio de palacio, y venía a pedirle protección para su sobrino.

—¡Ah, nuestro querido muchacho, el buen Guccio! —dijo Bouville—. Guccio es el hombre que necesito para ayudarme a velar sobre la reina. Inteligencia despierta, viveza... A la señora Clemencia le agradaba mucho su compañía. Es una pena que no sea bachiller, ni siquiera escudero.

De todas formas, hay ocasiones en que la virtud vale más que la alcurnia...

—Lo mismo piensa la joven que lo aceptó en matrimonio —dijo Tolomei.

—¡Ah, entonces se ha casado!

El banquero le explicó brevemente la malaventura de Guccio. Pero Bouville le escuchaba mal. Tenía prisa, debía regresar en seguida a Vincennes, y su intención era colocar a Guccio en la guardia de la reina. Tolomei deseaba para su sobrino un puesto menos vistoso y más alejado. Tal vez junto a una alta autoridad eclesiástica, un cardenal por ejemplo...

—¡Muy bien! Entonces, amigo mío, enviémoslo con monseñor Duéze. Decid a Guccio que venga a verme a Vincennes, de donde no puedo moverme en adelante. Él me detallará su asunto...

¡Es una buena idea! Podrá prestarme un gran servicio yendo allá. Dadle prisa; lo espero.

Horas después, tres jinetes por tres itinerarios distintos galopaban hacia Lyon.

El primero, pasando por «el gran camino» es decir, por Essonnes, Montargis y Nevers, llevaba en su cota las armas de Francia, y debía entregar una carta de Carlos de Valois a Felipe de Poitiers en la que por una parte le comunicaba la muerte de su hermano, y por otra le informaba de que él, Valois, empujado por las circunstancias y designado por los votos del Consejo se encontraba en la necesidad de ejercer inmediatamente la regencia.

El segundo jinete, con el distintivo del conde de Evreux y viajando por «el camino placentero» por Provine y Troyes, debía detenerse en Dijon en casa del duque de Borgoña, antes de proseguir viaje hacia el conde de Poitiers; los mensajes que él iba a entregar no tenían en modo alguno el mismo contenido que el de Carlos de Valois.

Por último, siguiendo el «camino corto» por Orleans, Bourges y Roanne, cabalgaba Guccio Baglioni, mensajero ocasional, disimulado por la librea del conde de Bouville. Oficialmente Guccio había sido enviado al cardenal Duéze; pero su misión lo llevaba igualmente al conde de Poitiers, al cual debía comunicar de palabra

que había sospecha de envenenamiento en la muerte del rey y que la protección de la reina reclamaba la más extrema vigilancia.

El destino de Francia estaba pendiente de estas tres rutas.

Repertorio Biográfico

ANJOU-SICILIA (Margarita de), condesa de Valois (hacia 1270- 31 diciembre 1299). Hija de Carlos II de Anjou, llamado el Cojo, y de María de Hungría. Primera mujer de Carlos de Valois.

Madre de Felipe VI, rey de Francia.

ARTOIS (Mahaut, condesa de Borgoña, después del (¿?)) - 27 noviembre 1329). Hija de Roberto II de Artois. Casó (1291) con el conde palatino de Borgoña, Otón IV (muerto en 1303).

Condesa-par de Artois por sentencia real (1309). Madre de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Poitiers, futuro Felipe V, y de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV.

ARTOIS (Roberto III de) (1287-1342). Hijo de Felipe de Artois y nieto de Roberto II de Artois. Conde de Beaumont-le-Roger y señor de Conches (1309). Casó con Juana de Valois, hija de Carlos de Valois y de Catalina de Courtenay (1318). Par del reino por su condado de Beaumont-le-Roger (1328). Desterrado del reino (1332), se refugió en la corte de Eduardo III de Inglaterra.

Herido mortalmente en Vannes. Enterrado en San Pablo de Londres.

AUXOIS (Juan de). Obispo de Troyes, después de Auxerre (de 1353 a 1359).

BAGLIONI (Guccio) (hacia 1295-1340). Banquero sienés. Hijo de Mino Baglioni; emparentado con la familia de los Tolomei. Tenía en 1315 oficina de banca en Neauphle-le-Vieux.

Casó secretamente con María de Cressay. Tuvo un hijo, Giannino (1316), cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo. Muerto en Campania.

BAR (Eduardo, conde de) (1285-¿?). Hijo de Enrique III, conde de Bar (muerto en 1302).

Casó en 1310 con Maria de Borgoña, hermana de Margarita. Cuñado de Luis X, de Eudes de Borgoña y de Felipe de Valois.

BEATRIZ de Hungría (hacia 1294-¿?). Hija de Carlos-Martel de Anjou. Hermana de Caroberto, rey de Hungría, y de Clemencia, reina de Francia. Casó con el delfín de Vienne, Juan II de La Tour du Pré.

BOCCACCIO DA CELLINO. Banquero florentino, viajante de la compañía de los Bardi.

De una amante francesa tuvo un hijo adulterino (1313) que fue el ilustre poeta Boccaccio, autor del Decamerón.

BONIFACIO VIII (Benito Caetani), papa (hacia 1215-11 octubre 1303). Antiguo canónigo de Todi, abogado consistorial y notario apostólico. Cardenal en 1281. Fue elegido papa el 24 de diciembre de 1294, después de la abdicación de Celestino V. Víctima del «atentado» de Anagni, murió en Roma un mes más tarde.

BOURBON (Luis, señor, luego duque de) (hacia 1275-1342). Hijo primero de Roberto, conde de Clermont (1256-1318), y de Beatriz, hija de Juan, señor de Bourbon. Nieto de San Luis.

Camarero mayor de Francia desde 1312. Duque y par en septiembre de 1327.

BOURGOGNE (Agnes de Francia, duquesa de) (hacia 1268-1325). Última de los once hijos de San Luis. Casó en 1273 con Roberto II de Borgoña. Madre de Hugo V y de Eudes IV, duques de Borgoña; de Margarita, esposa de Luis X El Turbulento, y de Juana, llamada la Coja, esposa de Felipe VI de Valois.

BOURGOGNE (Blanca de) (hacia 1296-1326). Hija última de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Casada en 1307 con Carlos de Francia, hijo tercero de Felipe el Hermoso. Convicta de adulterio (1314), al mismo tiempo que Margarita de Borgoña, fue encerrada en Château-Gaillard, después en el castillo de Gournay, cerca de Coutances. Después de la anulación de su matrimonio (1322), tomó el hábito en la abadía de Maubuisson.

BOURGOGNE (Eudes IV, duque de) (hacia 1294-1350). Hijo de Roberto II, duque de Borgoña, y de Inés de Francia, hija de San Luis. Sucedió en mayo de 1315 a

su hermano Hugo V.

Hermano de Margarita, esposa de Luis X El Turbulento, de Juana, esposa de Felipe de Valois, futuro Felipe VI, de María, esposa del conde de Bar, y de Blanca, esposa del conde Eduardo de Saboya. Casó el 18 de junio de 1318 con Juana, primogénita de Felipe V (muerta en 1347).

BOUVILLE (Hugo III, conde de) (¿?-1331). Hijo de Hugo II de Bouville y de María de Chambly. Chambelán de Felipe el Hermoso. Casó (1293) con Margarita des Barres de la cual tuvo un hijo, Carlos, que fue chambelán de Carlos V y gobernador del Delfinado.

CAETANI (Francisco) (¿?-marzo 1317). Sobrino de Bonifacio VIII y creado cardenal por él en 1295. Envuelto en la tentativa de hechizar al rey de Francia (1316). Muerto en Aviñón.

CARLOS de Francia, conde de La Marche, después Carlos IV, rey de Francia. (1294-10

febrero 1328). Hijo tercero de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Conde usufructuario de la Marche (1315). Sucedió con el nombre de Carlos IV a su hermano Felipe V (1332). Casado sucesivamente con Blanca de Borgoña (1307), María de Luxemburgo (1322) y Juana de Evreux (1325). Murió en Vincennes, sin heredero varón, último rey de la línea de los Capetos directos.

CARLOS-MARTEL, rey titular de Hungría (hacia 1273-1296). Primogénito de Carlos II de Anjou, llamado el Cojo, rey de Sicilia, y de María de Hungría. Sobrino de Ladislao IV, rey de Hungría, y pretendiente a su sucesión. Rey titular de Hungría desde 1291 hasta su muerte. Padre de Clemencia de Hungría, segunda esposa de Luis X, rey de Francia.

CAUMONT. Miembro de la liga de Artois, se levantó contra la condesa Mahaut.

CLEMENCIA de Hungría, reina de Francia (hacia 1293-12 octubre 1328). Hija de Carlos-Martel de Anjou, rey titular de Hungría, y de Clemencia de Habsburgo. Sobrina de Carlos de Valois por su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia.

Hermana de Caroberto, rey de Hungría, y de Beatriz, esposa del delfín Juan II. Casó con Luis X El Turbulento, rey de Francia y de Navarra, el 13 agosto 1315, y fue coronada con él en Reims. Viuda en junio de 1316, trajo al mundo en noviembre de 1316, un hijo, Juan I. Murió en el Temple.

CLEMENTE V (Bertrán de Got o Goth), papa (¿?-20 abril 1374). Nació en Villandraut (Gironde). Hijo del caballero Arnaud-Garsias de Got. Arzobispo de Burdeos (1300). Elegido papa (1305) para suceder a Benedicto XI. Coronado en Lyon. Fue el primero de los papas de Aviñón.

COLONNA (Jaime) (¿?-1318). Miembro de la célebre familia romana de los Colonna.

Creado cardenal en 1278 por Nicolás III. Principal consejero de la corte romana bajo Nicolás IV.

Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306.

COLONNA (Pedro) (¿?-1326). Sobrino del anterior. Creado cardenal por Nicolás IV en 1288. Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306.

CONFLANS (Hugo de). Mariscal de Champaña, nombrado por Luis X, el 15 de mayo de 1316, para el gobierno de Artois.

CORNILLOT Sargento de la condesa Mahaut de Artois, arrestado en compañía de Denis de Hirson por los «aliados» de Artois el 27 de septiembre de 1315, y ejecutado el mismo día.

CRESSAY (Señora Eliabel de). Castellana de Cressay, junto a Neauphle-le-Vieux, en el prebostazgo de Montfort-l'Ámaury. Viuda del señor Juan de Cressay, caballero. Madre de Juan, Pedro y María de Cressay.

CRESSAY (María de) (hacia 1298-1345). Hija de la señora Eliabel y del señor

Juan de Cressay, caballero. Casó secretamente con Guccio Baglioni, madre (1316) de un niño cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo, del cual era nodriza. Fue enterrada en el convento de los Agustinos, junto a Cressay.

CRESSAY (Juan de) y CRESSAY (Pedro de). Hermanos de la anterior. Los dos fueron armados caballeros por Felipe VI de Valois cuando la batalla de Crézy (1346).

CHATILLON (Gaucher V de), conde de Porcien (hacia 1250-1329). Condestable de Champaña (1284), luego de Francia después de la batalla de Courtray (1302). Hijo de Gaucher IV y de Isabeau de Villehardouin, llamada de Lizines. Aseguró la victoria de Mons-en-Pévèle. Hizo coronar a Luis El Turbulento rey de Navarra en Pamplona (1307). Ejecutor testamentario sucesivamente de Luis X, Felipe V y de Carlos IV. Aseguró la victoria de Cassel (1328), murió al año siguiente habiendo ocupando el cargo de condestable de Francia con cinco reyes. Había casado con Isabel de Dreux, luego con Melisenda de Vergy, después con Isabeau de Rumigny.

DUEZE (Jacobo) ver Juan XXII, papa.

EUDELINA, hija natural de Luis X (hacia 1305-¿ ?). Religiosa en el convento del arrabal Saint-Marcel, después abadesa de las clarisas.

EVERARDO. Antiguo Templario. Clérigo de Bar-sur-Aube. Envuelto en 1316 en un asunto de brujería; cómplice del cardenal Caetani en una tentativa de hechizar al rey de Francia.

EVREUX (Luis de Francia, conde de) (1276-1319). Hijo de Felipe III el Atrevido y de María de Brabante. Hermanastro de Felipe el Hermoso y de Carlos de Valois. Conde de Evreux (1298). Casó con Margarita de Artois, hermana de Roberto III del cual tuvo: Juana, tercera esposa de Carlos IV el Hermoso, y Felipe, marido de Juana, reina de Navarra.

FELIPE IV, llamado el Hermoso, rey de Francia (1268-29 noviembre 1314). Nacido en Fontainebleau. Hijo de Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón. Casó

(1284) con Juana de Champaña, reina de Navarra. Padre de los reyes Luis X, Felipe V y de Carlos IV, y de Isabel de Francia, reina de Inglaterra. Reconocido rey en Perpiñán (1285) y coronado en Reims (6 febrero 1286). Muerto en Fontainebleau y enterrado en Saint-Denis.

FELIPE, conde de Poitiers, luego FELIPE V, llamado el Largo, rey de Francia(1291-3

enero 1322). Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Luis X

y Carlos IV, y de Isabel, reina de Inglaterra. Conde palatino de Borgoña, señor de Salins, por su matrimonio (1307) con Juana de Borgoña. Conde usufructuario de Poitiers (1311). Par de Francia (1315). Regente tras la muerte de Luis X, luego rey después de la muerte del hijo póstumo de éste (noviembre 1316). Muerto en Longchamp, sin heredero varón. Enterrado en Saint-Denis.

FELIPE, conde de Valois, luego FELIPE VI, rey de Francia (1293-22 agosto 1350).

Primogénito de Carlos de Valois y de su primera mujer Margarita de Anjou-Sicilia. Sobrino de Felipe IV el Hermoso y primo hermano de Luis X, Felipe V y Carlos IV. Regente del reino a la muerte de Carlos IV el Hermoso, luego rey tras el nacimiento de la hija póstuma de éste (abril 1328). Coronado en Reims el 29 de mayo de 1328. Su ascensión al trono, protestada por Inglaterra, dio origen a la segunda guerra de los Cien Años. Casó en primeras nupcias (1313) con Juana de Borgoña, llamada la Coja, hermana de Margarita, la cual murió en 1348; en segundas nupcias (1349) con Blanca de Navarra, nieta de Luis X y de Margarita.

FERIENNES (Isabel de) (¿ ?-1317). Maga. Declaró contra Mahaut en el proceso intentado contra ésta tras la muerte de Luis X. Fue quemada viva, igualmente que su hijo, tras la exculpación de Mahaut el 9 de octubre de 1317.

FIENNES (Juan, barón de). Barón de Ringry, señor de Ruminghen, castellano de Bourbourg. Elegido jefe de la nobleza rebelde de Artois y uno de los últimos en someterse (1320).

Casado con Isabel, sexta hija de Guy de Dampierre, conde de Flandes, de la cual tuvo un hijo> Roberto, condestable de Francia en 1356.

FLANDES (Roberto, llamado de Bethune, conde de Nevers y de) (¿ ?-1322). Hijo de Guy de Dampierre, conde de Flandes (muerto en 1305) y de Isabel de Luxemburgo. Casó con Yolanda de Borgoña, condesa de Nevers. Padre de Luis de Nevers.

FLOTTE (Guillermo) (¿ ?-después de 1350). Señor de Revel y de Escot. Hijo de Pedro Flotte, canciller de Francia, muerto en Courtray.

FOREZ (Juan I de Albón, conde de) (¿ ?-antes de 1333). Embajador de Felipe el Hermoso y de Luis X en la corte papal. Guardián del cónclave de Lyon en 1316. Casó (1295) con Alix de Vienne, hija de Humberto de la Tour du Pré.

HERON (Adán). Bachiller, después Chambelán de Felipe, conde de Poitiers, futuro Felipe V.

HIRSON, o HIRESON (Thierry Larchier de) (hacia 1270-17 noviembre 1328). Primero clérigo con Roberto II de Artois, acompañó a Nogaret a Anagni y fue utilizado por Felipe el Hermoso para muchas misiones. Canónigo de Arras (1299). Canciller de Mahaut de Artois (1303). Obispo de Arras (1328).

HIRSON, o HIRESON (Denis Larchier de) Hermano del anterior. Tesorero de la condesa Mahaut de Artois.

HIRSON o HIRESON (Beatriz y Mahaut). Sobrinas de los precedentes. Doncellas de compañía de la condesa Mahaut de Artois.

ISABEL de Francia, reina de Inglaterra (1292-23 agosto 1358). Hija de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermana de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV. Casó con Eduardo II de Inglaterra (1308Æ). Se puso a la cabeza (1325), con Roger Mortimer, de la rebelión de los barones ingleses que condujo a la deposición de su marido. Apodada «la loba de Francia», gobernó desde 1326 a 1328 en nombre de su hijo Eduardo III. Desterrada de la corte (1330). Murió en el castillo

de Hertford.

JUAN XXII (Jacques Duéze), papa (1244-diciembre 1334). Hijo de un burgués de Cahors.

Cursó estudios en Cahors y Montpellier. Arcipreste de San Andrés de Cahors. Canónigo de Saint-Front de Périgueux y de Albi. Arcipreste de Sarlat. En 1289, marchó a Nápoles, donde devino rápidamente familiar del rey Carlos II de Anjou, que lo hizo secretario del consejo secreto, luego su canciller. Obispo de Fréjus (1300), después de Aviñón (1310). Secretario del concilio de Vienne (1311). Cardenal obispo de Porto (1312). Elegido papa en agosto de 1316, tomó el nombre de Juan XXII. Coronado en Lyon en septiembre de 1316. Muerto en Aviñón.

JUANA de Borgoña, condesa de Poitiers, luego reina de Francia (hacia 1293-21 enero 1330). Hija primera de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Hermana de Blanca, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV. Casada en 1307 con Felipe de Poitiers, hijo segundo de Felipe el Hermoso. Convicta de complicidad en los adulterios de su hermana y de su cuñada (1314), fue encerrada en Dourdan, y liberada en 1315. Madre de tres hijas: Juana, Margarita e Isabel, que se casaron respectivamente con el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el delfín de Vienne.

JUANA de Francia, reina de Navarra (hacia 1311-8 octubre 1349). Hija de Luis de Navarra, futuro Luis X el Turbulento, y de Margarita de Borgoña. Supuesta bastarda. Excluida de la sucesión al trono de Francia, heredó el de Navarra. Casada (1318) con Felipe, conde de Evreux. Madre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda mujer de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

JOINVILLE (Juan, señor de) (1224-24 diciembre 1317). Senescal hereditario de Champaña.

Acompañó a Luis IX en la séptima cruzada y estuvo cautivo juntamente con él. A los ochenta años escribió su Historia de San Luis que lo coloca entre los grandes cronistas.

JOINVILLE (Anseau o Ansel de). Hijo del anterior. Senescal hereditario de Champaña.

Miembro del Gran Consejo de Felipe V, y mariscal de Francia.

KIEREZ (Gerardo). Representante ante el rey Luis X el Turbulento de la nobleza sublevada de Artois.

LICQUES (Barón de). Miembro de la liga de Artois, señor de una baronía del condado de Guines en Picardía.

LONGWY (Juan de). Pariente del Gran Maestre Jacobo de Molay. Miembro de la liga feudal de Borgoña constituida en 1314.

LOOS. Miembro de la liga de Artois, de una familia oriunda del país de Lieja.

LUIS X, el Turbulento, rey de Francia y de Navarra. (Octubre 1289-5 junio 1316). Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Felipe V y Carlos IV, y de Isabel, reina de Inglaterra. Rey de Navarra (1307). Rey de Francia (1314). Casó (1305) con Margarita de Borgoña de la que tuvo una hija, Juana, nacida hacia 1311. Después del escándalo de la torre de Nesle y de la muerte de Margarita, se casó (agosto 1315) con Clemencia de Hungría.

Coronado en Reims (agosto 1315). Muerto en Vincennes. Su hijo, Juan I el Póstumo, nació cinco meses después (noviembre 1316).

MARGARITA de Borgoña, reina de Navarra (hacia 1293-1315). Hija de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnés de Francia. Casada (1305) con Luis, rey de Navarra, primogénito de Felipe el Hermoso, futuro Luis X, del cual tuvo una hija, Juana. Convicta de adulterio (asunto de la torre de Nesle, 1314), fue encerrada en Château-Gaillard donde murió asesinada.

MARIGNY (Enguerrando le Portier de) (hacia 1265-30 abril 1315). Nacido en Lyons-la-Forêt. Casado en primeras nupcias con Juana de Saint-Martin, en segundas nupcias con Alips de Mons. Primeramente escudero del conde de Bouville, luego afecto a la casa de la reina Juana, esposa de Felipe el Hermoso, y sucesivamente alcaide del castillo de Issoudun (1298), chambelán (1304); caballero y conde de

Longueville, intendente de las Finanzas y de las Construcciones, capitán del Louvre, coadjutor en el gobierno y rector del reino durante la última parte del reinado de Felipe el Hermoso. Tras la muerte de este último, fue acusado de malversación, condenado, y ahorcado en Montfaucon. Rehabilitado en 1317 por Felipe V y enterrado en la iglesia de los Cartujos, trasladado después a la colegiata de Ecouis que él había fundado.

MARIGNY (Juan, o Felipe, o Guillermo de) (¿ ?-1325). Hermano menor del precedente, Secretario del rey en 1301. Arzobispo de Sens (1309). Formó parte del tribunal que condenó a muerte a su hermano Enguerrando. Otro tercer hermano Marigny, llamado igualmente Juan, y conde-obispo de Beauvais desde 1312, participó en las mismas comisiones judiciales, y siguió su carrera hasta 1350.

MARIGNY (Luis de), señor de Mainneville y de Boisroger. Hijo mayor de Enguerrando de Marigny. Casó en 1309 con Roberta de Beaumetz.

MERCOEUR (Berardo X, señor de). Señor de Gevaudan, hijo de Berardo IX y de Blanca de Chálons. Casó (1290) con Isabel de Forez, hija de Guy, conde de Forez. Embajador de Felipe el Hermoso ante Benedicto XI en 1304. Se querelló con el rey que ordenó una investigación de policía en sus tierras (1309). Vuelto al consejo real al advenimiento de Luis X, en 1314, fue eliminado de él por Felipe en 1318.

MOLAY (Jacobo de) (hacia 1244-18 marzo 1314). Nacido en Molay (Alta Saboya). Entró en la Orden de Los Templarios en Beaune (1265). Viajó a Tierra Santa. Elegido Gran Maestro de la Orden (1295). Encarcelado en octubre de 1307, fue condenado y quemado.

MORNAY (Esteban de) (¿ ?-31 agosto 1332). Sobrino de Pedro de Mornay, obispo de Orleans, y de Auxerre, canciller de Carlos de Valois, después canciller de Francia desde enero 1315. Apartado del gobierno en el reinado de Felipe V, entró en la Cámara de Cuentas y en el Parlamento con Carlos IV.

NEDONCHEL (Giles de) (hacia 1282-hacia 1336). Hijo de Guy de Nédonchel y de Alix de Créquy. Miembro de la liga de Artois, consejero del rey y gran chambelán

del duque de Bourbon.

NOGARET (Guillermo de) (hacia 1265-mayo 1314). Nacido en Saint-Felix de Caraman, en la diócesis de Toulouse. Discípulo de Pedro Flotte y de Giles Aycelin. Enseñó derecho en Montpellier (1291); juez real en la senescalía de Beaucaire (1295); caballero (1299) se hizo notar por su actuación en las diferencias entre la corona de Francia y la Santa Sede. Dirigió la expedición de Anagni contra Bonifacio VIII (1303). Guardasellos desde septiembre de 1307 hasta su muerte.

Instruyó el proceso de los Templarios.

NOYERS (Miles IV de) Señor de Vandoeuvre (¿ ?-1350). Mariscal de Francia (1303-1315).

Negoció la paz en Flandes con Luis de Nevers por cuenta de Luis X. Consejero sucesivamente de Felipe V, Carlos IV y Felipe VI, su actuación fue de importancia excepcional bajo los tres reinados.

Gran Vinatero de Francia (1336).

PRESLES (Raúl I de) o de PRAYERES (¿ ?-1331). Señor de Lizy-sur-Ource. Abogado.

Secretario de Felipe el Hermoso (1311). Encarcelado a la muerte de éste, y rehabilitado al fin del reinado de Luis X. Guardián del cónclave de Lyon en 1316. Ennoblecido por Felipe V, caballero del séquito de este rey y miembro de su Consejo. Fundó el colegio de Presles.

ROBERTO, rey de Nápoles (hacia 1278-1344). Hijo tercero de Carlos II de Anjou, llamado el Cojo, y de María de Hungría. Duque de Calabria en 1296. Príncipe de Salerno (1304). Vicario general del reino de Sicilia (1296). Designado heredero del reino de Nápoles (1297). Rey en 1309.

Coronado en Aviñón por el papa Clemente V. Príncipe erudito, y astrólogo, casó en primeras nupcias con Yolanda (o Violante) de Aragón, muerta en 1302; después con Sancha, hija del rey de Mallorca (1304).

SABOYA (Amadeo V, llamado el Grande, conde de) (1249-octubre 1323). Hijo segundo de Tomás II de Saboya, conde de Maurienne (muerto en 1259), y de su segunda mujer Beatriz de Fiesque. Sucedió en 1283 a su tío Felipe. Casó en primeras

nupcias con Sibyla de Bauge (muerta en 1294), se volvió a casar en 1304 con María de Brabante. En 1307 su hijo Eduardo casó con Blanca de Borgoña, hermana de Margarita y de Eudes IV.

SOUASTRE. Miembro de la liga feudal de Artois en la rebelión contra la condesa Mahaut.

SULLY (Enrique de) (¿?-hacia 1336). Hijo de Enrique III, señor de Sully (muerto en 1285) y de Margarita de Beaumetz. Marido de Juana de Vendôme. Gran Vinatero de Francia a partir de 1317.

TOLOMEI (Spinello) Jefe en Francia de la compañía sienesa de los Tolomei, fundada en el siglo xii por Tolomeo Tolomei y enriquecida rápidamente en el comercio internacional y el control de las minas de plata de Toscana. Todavía existe en Siena un palacio Tolomei.

TRYE (Mateo de). Señor de Fonrenay y de Plainville-en-Vexin. Gran Panetero (1298) después chambelán de Luis X.

VALOIS (Carlos de) (12 marzo 1270-diciembre 1325). Hijo de Felipe III el Atrevido y de su primera mujer, Isabel de Aragón. Hermano de Felipe IV el Hermoso. Armado caballero a los catorce años. Investido del reino de Aragón por el legado del papa, el mismo año, no llegó a ocupar el trono y reanunció al título en 1295. Conde usufructuario de Anjou, del Maine y del Perche (marzo 1290) por su primer matrimonio con Margarita Anjou-Sicilia; emperador titular de Constantinopla por su segundo matrimonio (enero 1301) con Catalina de Courtenay; fue creado conde de Romaña por el papa Bonifacio VIII. Casó en terceras nupcias con Mahaut de Châtillon-Saint-Pol. De sus tres matrimonios tuvo numerosos hijos; su primogénito fue Felipe VI, primer rey de la dinastía Valois. Dirigió una campaña en Italia por cuenta del papa en 1301, mandó dos expediciones en Aquitania (1297 y 1324) y fue candidato al imperio de Alemania. Muerto en Nogent-le-Roi y enterrado en la iglesia de los Jacobinos de París.

Notas Históricas

a En aquella época, la misa celebrada a bordo de los navíos, al pie del palo mayor, era una misa particular, llamada misa árida, porque el sacerdote no consagraba ni comulgaba. Esta desacostumbrada forma litúrgica se debía probablemente al temor de que por el mareo, fuera arrojada la Sagrada Forma. [Volver](#)

b El marco era una medida de peso, equivalente a ocho onzas, o sea, media libra, es decir, aproximadamente 244 gramos. [Volver](#)

c La organización de los establecimientos hospitalarios de la Edad Media se inspiraba generalmente en los estatutos del Hospital de París. El hospital era dirigido por uno o dos provisosores, elegidos entre los canónigos de la catedral de la ciudad. El personal se reclutaba entre voluntarios, después de realizar un severo examen ante los provisosores. En el Hospital de París, este personal se componía de cuatro sacerdotes, cuatro clérigos, treinta hermanos y veinticinco hermanas. Entre los voluntarios no se admitía a los casados. Los hermanos llevaban la misma tonsura que los Templarios; y las hermanas, los cabellos cortados como las religiosas.

La regla impuesta a los «hospitalarios» era muy severa. Hermanos y hermanas debían prometer guardar castidad y vivir en la reanuncia de todo bien. Ningún hermano se podía comunicar con una hermana sin permiso del «maestro» o de la «maestra», nombrados por los provisosores para dirigir al personal. Se prohibía a las hermanas lavar la cabeza o los pies a los hermanos; estos servicios sólo se prestaban a los enfermos que guardaban cama. El maestro podía aplicar castigos corporales a los hermanos, así como la maestra a las hermanas. Ningún hermano podía salir solo por la ciudad, ni con un compañero que no le hubiera sido designado por el maestro; este reglamento era el mismo para las hermanas. El personal del hospital no tenía derecho a recibir invitados. Hermanos y hermanas sólo podían tomar dos comidas diarias; pero habían de dar alimento a los enfermos tantas veces como éstos lo necesitaran. Los hermanos debían acostarse solos, vestidos con una túnica de tela o de lana y con calzón; las hermanas lo mismo. Si un hermano o hermana, en la hora de su muerte, era hallado en posesión de un bien u objeto cualquiera que no hubiera mostrado al maestro o a la maestra durante su vida, no le dedicaban ningún oficio religioso y era enterrado como un excomulgado.

La entrada en el hospital estaba prohibida a toda persona que llevara un perro o un pájaro.

Todo enfermo, al presentarse en el hospital, era examinado primeramente por el

«cirujano de la puerta», quien lo inscribía en un registro. Luego le ataba al brazo una etiqueta en la que figuraba su nombre y la fecha de entrada. Recibía la comunión; luego lo llevaban a una cama, y lo trataban «como si fuera el dueño de la casa». El hospital debía estar siempre provisto de varias batas forradas de piel y de varios pares de calzado, también forrados, para el «calentamiento» de los enfermos. Después de curarse, para evitar recaídas, el enfermo permanecía siete días completos en el hospital.

Los médicos, llamados mires o físicos, al igual que los cirujanos, llevaban un traje distintivo. Los medicamentos eran preparados en la botica del hospital siguiendo las indicaciones del mire y del cirujano.

El hospital acogía no sólo a personas que sufrían de males pasajeros, sino también a los enfermos crónicos.

La condesa Mahaut de Artois hizo donación al Hospital de Arrás de diez camas con sus correspondientes mantas, almohadas, sábanas y cubiertas, para uso de diez enfermos pobres.

En el inventario de este hospital se anotan varias grandes cubas de madera que servían de bañeras, bacines «para colocarlos bajo los pobres en su cama», y numerosas jofainas, bacías de barbero, etc... La condesa de Artois fundó también el Hospital de Hesdin. [Volver](#)

d Los señores soberanos de Vienne llevaban el nombre de «delfín» por el delfín que adornaba su casco y sus armas, de donde la designación de Delfinado dada al conjunto de regiones sobre las cuales ejercían su soberanía, el cual comprendía: el Gresivaudan, el Roannez, el Champasaur, el Briançonnais, el Embrunois, el Gapençais, el Viennois, el Valentinois, el Diois, el Tricastinois, y el principado de Orange.

A principios del siglo xiv ejercía la soberanía la tercera Casa de los delfines de Vienne, la de la Tour du Pm. Hacia finales del reinado de Felipe VI de Valois, el Delfinado fue cedido por Humberto II a la corona de Francia, por los tratados de 1343 y 1349, con la condición de que en adelante el hijo primogénito de los reyes de Francia llevaría el título de Delfín. [Volver](#)

e Por deformación de la palabra latina *bostis*, enemigo, el término *ost* servía para designar un ejército y principalmente el ejército real. [Volver](#)

f Los primeros días de julio de 1315, Luis X promulgó dos ordenanzas sobre los Lombardos. La primera establecía que los «caseros» llamados también

«residentes»italianos debían pagar un sueldo por cada libra de mercancía, mediante lo cual quedarían exentos del ost, de cabalgada y de toda subvención militar. Era, pues, un impuesto excepcional del cinco por ciento.

La segunda ordenanza, de fecha 9 de julio, constituía un reglamento general sobre la residencia y el comercio de los mercaderes italianos. Todas las transacciones de oro y plata en masa o en vellón, todas las ventas, compras y cambios de mercancías diversas eran sometidos a un impuesto que variaba de uno a cuatro dineros por libra según las regiones y según que el comercio se ejerciera en las ferias o fuera de ellas. A los Italianos sólo se les autorizaba a tener domicilio fijo en cuatro ciudades: París, Saint-Omer, Nimes y La Rochelle. Parece que esta última disposición nunca se aplicó escrupulosamente, pero las excepciones debieron de proporcionar buenos ingresos, ya a las ciudades, ya al Tesoro. Agentes nombrados por la administración real estaban encargados de vigilar las actividades comerciales de los Lombardos. [Volver](#)

g La leyenda según la cual los Capetos descendían de un rico carnicero de París se extendió por Francia con la Canción de gesta de Hugo Capeto, panfleto escrito a comienzos del siglo XIV, que fue olvidado rápidamente excepto por Dante y más tarde por Fran. Dante acusa igualmente a Hugo Capeto de haber depuesto al heredero legítimo y haberlo encerrado en el claustro. Ello es debido a una confusión entre el fin de los Merovingios y el de los Carolingios; fue, en efecto, Chilperico III último rey de la primera de estas dinastías, el que fue encerrado en un convento. El último descendiente legítimo de Carlomagno, a la muerte de Luis V, el Perezoso, era el duque Carlos de Lorraine, que quiso disputar el trono a Hugo Capeto; y el duque de Lorraine no acabó en un convento, sino en la prisión en que lo encerró el duque de Francia. Cuando, en el siglo xvi, Francisco I al hacerse leer, por consejo de su hermana, la Divina Comedia, escuchó este pasaje relativo a los Capetos, interrumpió de golpe al lector y exclamó: «¡Ah, ese mal poeta que deshonra mi casa!» Y se negó a seguir escuchando. [Volver](#)

h Carlos de Valois fue enviado a Toscana para «pacificar» a Florencia, desgarrada por las disensiones entre Gúelfos y Gibelinos. Habiendo entrado en la ciudad el día primero de noviembre de 1301, la entregó a la venganza de los partidarios del papa. Luego vinieron los destierros. Dante, notorio Gibelino e inspirador de la resistencia, había formado parte el verano anterior del Consejo de la Señoría; luego, habiendo sido enviado en embajada a Roma, fue retenido en calidad de rehén.

El 27 de enero de 1302 un tribunal florentino lo condenó a dos años de destierro y a una multa de 5.000 libras, bajo falsa acusación de prevaricación en el ejercicio de su cargo. El 10 de marzo del mismo año le instruyeron nuevo proceso, y lo

condenaron esta vez a ser quemado vivo.

Afortunadamente para él, no estaba en Florencia ni tampoco en Roma, de donde había podido escapar; pero nunca más pudo volver a su patria. Se comprende fácilmente que guardara contra Carlos de Valois y, por extensión contra todos los franceses, un tenaz rencor. [Volver](#)

i Cierta número de estudios y de testimonios inducen a creer que la orden de los Templarios sobrevivió de manera oculta y difusa durante varios siglos. Se citan nombres de grandes-maestros secretos hasta el siglo XVIII. Por lo menos parece evidente que los Templarios, en los años inmediatos que siguieron a la supresión de la Orden, intentaron reagruparse clandestinamente. Juan de Longwy, sobrino de Jacobo de Molay, que había jurado vengar la memoria de su tío en las tierras del conde de Borgoña (es decir de Felipe de Poitiers), fue jefe de esta organización. [Volver](#)

10. San Druon, nacido en 1118 en la aldea de Epinoy, dependiente entonces de la diócesis de Tournay, luego de la de Amis, era venerado especialmente en el Artois. Vino al mundo gracias a la cesárea practicada a su madre ya muerta. Desde muy joven sintió gran inclinación a la piedad y fue el blanco de la crueldad de los niños de su edad, que lo acusaban de haber matado a su madre.

Creyéndose culpable, se entregó a toda clase de pías religiosas con el fin de expiar este crimen involuntario. A los diecisiete años renunció a la vida señorial, distribuyó los considerables bienes que había heredado y entró de pastor en casa de una viuda llamada Isabel Lehaire, en el pueblo de Sebourg, condado de Hainaut, a trece kilómetros de Valenciennes. Tenía tanto cariño a los animales y los cuidaba tan bien que todos los habitantes del pueblo le pidieron que guardara sus ovejas al mismo tiempo que las de la viuda Lehaire. Fue entonces cuando los ángeles empezaron a cuidar de su rebaño mientras él iba a oír misa... Luego emprendió peregrinación a Roma, y tanto lo satisfizo que la repitió nueve veces. Pero tuvo que renunciar a los viajes al verse atacado por «rotura de intestinos», mal que, al parecer, sufrió durante cuarenta años, sin dejarse curar. A pesar del mal olor que despedía, sus virtudes atrajeron a numerosos penitentes de la región. Pidió que le construyeran junto a la iglesia de Sebourg una barraca desde donde pudiera ver el tabernáculo, y prometió no salir de ella hasta el fin de su vida. Cumplió fielmente su promesa, incluso el día en que se incendió la iglesia y con ella la barraca. El fuego lo respetó, y entonces comprendieron que era santo. Murió el 16 de abril de 1189. De muchas leguas a la redonda, llegó la gente bañada en lágrimas para besarle los pies y llevarse algún trozo del miserable vestido que lo cubría. Sus parientes, los señores de Epinoy, quisieron trasladar su cuerpo al pueblo natal, pero el carro donde habían depositado el cadáver

se inmovilizó a la salida de Sebourg, y todos los caballos que se agregaron no pudieron hacerlo avanzar. Se vieron obligados a dejar el cuerpo del santo en el lugar de su muerte. Su fama se acrecentó extraordinariamente con la curación del conde de Hainaut y de Holanda, que sufría horriblemente de mal de piedra, el cual, en cuanto se arrodilló ante la tumba de San Druon para decir una plegaria, expulsó «tres piedras del tamaño de una nuez». La fiesta del santo todavía se celebra, tradicionalmente, el lunes de Pentecostés, en la iglesia parroquial y en los pozos de San Druon, en Carvin-Epinoy.

11. El último hijo y único varón de Mahaut, llamado Roberto como su primo, no tenía entonces más que dieciséis años. No tuvo tiempo de hacer nada notable dentro de los acontecimientos de este periodo, pues murió en 1317 antes de alcanzar los dieciocho años. Fue enterrado en los franciscanos de París y trasladado posteriormente a Saint-Denis. La estatua yacente de Roberto de Artois que se encuentra en Saint-Denis no es pues la de nuestro héroe -que fue enterrado en Londres- sino la del hijo de Mahaut.

12. Hay controversias sobre la fecha exacta del segundo matrimonio de Luis X. Algunos autores la fijan en el 3 de agosto, otros en el 13 e incluso en el 19. Lo mismo ocurre con la fecha de la coronación, que varía según los textos entre el 19, 21 y 24 de agosto. La colección de ordenanzas de los reyes de Francia, que fue impresa en el siglo XVIII y cuya cronología está muy lejos de ser cierta, establece que el rey se encontraba el 3 de agosto en Reims, el 6 y el 7 en Soissons, y el 18 en Arrás. Ahora bien, teniendo en cuenta que Luis X había tomado la oriflama en Saint-Denis el 24 de julio, parece materialmente imposible, por breve que fuera la expedición a Flandes, que hubiera tenido tiempo de volver del «ejército embarrado» y llegar a la región de Champaña antes del 10 de agosto. Consideramos la fecha del 13 de agosto, dada por el padre Anselmo, como la más probable, ya que, debiendo tener lugar la coronación en domingo o en un día de gran fiesta religiosa, creemos que Luis X fue coronado el 15 de agosto o el domingo 18 de agosto. Sabemos, por otra parte, que en esas ocasiones los festejos se prolongaban durante varios días, lo que explica la confusión de las fechas.

13. Toda la familia Hirson estaba provista de cargos y sinecuras en la administración del Artois o en la mansión de Mahaut. Además de Thierry, el canciller y de las dos doncellas de compañía llamadas Mahaut y Beatriz, Pedro de Hirson era baile de Arrás, Guillermo de Hirson era panetero llamado también intendente de la

condesa, y aún había tres Hirson más, sobrinos de Thierry, que tenían cargos en la corte del Artois.

14. La fortuna de Clemencia de Hungría, tanto en tierras como en joyas, constituida esencialmente por regalos de Luis X, era enorme. Durante la corta duración de su matrimonio, Clemencia recibió no menos de catorce castillos, algunos de los cuales se constaban entre las más importantes residencias reales.

ñ El unicornio es un animal legendario que sólo ha existido en los blasones, frescos y tapicerías. No obstante su único cuerno pasaba por tener la eficacia de contraveneno universal. En realidad, lo que se vendía, a precio muy elevado, bajo el nombre de cuerno de unicornio era la defensa del narval, o unicornio de mar, con la cual se «tocaban» los alimentos para descubrir la presencia de sustancias venenosas.

[Volver](#)

o Todos los talleres de tapicería conocidos en Europa, y principalmente en Italia y en Hungría a finales de la Edad Media, habían sido fundados por tejedores llegados de Flandes o del Artois. Se considera que la ciudad de Arrás fue el centro de esta naciente industria en el siglo XIV.

Esta prosperidad se atribuye expresamente a la iniciativa de la condesa Mahaut y a los estímulos que prodigó a los oficios que constituían la riqueza de su provincia. Cuando los tapiceros parisienses comenzaron a hacer la competencia a los talleres del Artois, Mahaut no tuvo ninguna preferencia por unos u otros, e hizo igualmente encargos a los artesanos de París. El inventario de los bienes de la reina Clemencia es uno de los primeros en que se citan «ocho tapices con imágenes y árboles, en una escena de caza». [Volver](#)

p Eudes de Borgoña acababa de suceder a su hermano Hugo V muerto en Argilly a principios de mayo de 1315 y enterrado en Citeaux, el 12 de mayo. [Vovler](#)

Notas

1 Sobre el fin del reinado de Felipe el Hermoso y los inicios del de Luis X, véanse los dos primeros volúmenes de LOS REYES MALDITOS: El rey de hierro y La reina estrangulada. [Volver](#)

2 Conde con dotación de Anjou y del Maine, hijo de Luis viii y séptimo hermano del rey San Luis, había casado en 1246 con la condesa Beatriz, que le aportó, según expresión de Dante, "la gran dote de Provenza", considerado por la Santa Sede como adalid de la Iglesia en Italia, fue coronado rey de Sicilia en San Juan de Letrán en 1265. Tal es el origen de esta rama meridional de la familia Capetina, conocida por el nombre de Anjou-Sicilia. cuyo poder se extendió por el sur de Francia y el de Italia. El hijo de Carlos I de Anjou, Carlos II, llamado El Cojo, rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén, duque de Pouilles, príncipe de Salerno, de Capua y de Tarento, casó con María de Hungría, hermana y heredera de Ladislao. rey de Hungría. De esta unión nacieron: Carlos Martel, rey titular de Hungría. muerto en 1295; San Luis de Anjou, obispo de Toulouse, muerto en 1299; Roberto. rey de Nápoles; Felipe, príncipe de Tarento; Raimundo Berenguer. conde de Provenza. de Piamonte y de Andres; Juan. que entró en religión; Pedro, conde de Ehoil y de Gravina; María, esposa de Sancho de Aragón. rey de Mallorca; Beatriz, que casó en primeras nupcias con Azón, marqués de Este, y, luego, con Bertrán de Baux; Blanca, esposa de Jaime II de Aragón; Margarita, primera esposa de Carlos de valois, muerta en 1299; Eleonora. esposa de Federico de Aragón. El primogénito, Carlos Martel, casado con Clemencia de Habsburgo, y para quien la reina María había reclamado la herencia de Hungría, murió en 1295 (catorce años antes que su padre) dejando un hijo, Caroberto. que fue rey de Hungría. y dos hijas: Beatriz, que casó con Juan II, delfín de Vienne, y Clemencia, que fue la reina de Francia sobre la que tratamos en este volumen. El segundo hijo de Carlos II, San Luis de Anjou, nacido en Nocera en febrero de 1275, renunció a todos sus derechos de sucesión para entrar en religión. Nombrado obispo de Toulouse, murió en el Castillo de Brignoles, en Provenza, el 19 de agosto de 1298, a la edad de 23 años. Fue canonizado el día de Pascua del año 1317 por el papa Juan XXII excardenal de Sévres y candidato de los Anjou al solio pontificio, que había sido elegido el verano anterior. El proceso de canonización estaba en curso el año que nos ocupa. El cuerpo de San Luis de Anjou fue exhumado en noviembre de 1319 y trasladado al convento de los franciscanos de Marsella, ciudad Angevina.

A la muerte de Carlos IX, en 1309, la corona de Nápoles no pasó a la línea primogénita, que estaba suficientemente provista con el trono de Hungría. sino a Roberto, tercer hijo de Carlos el Cojo.

Roberto se encontraba en Marsella en noviembre de 1319 cuando trasladaron los restos de San Luis de Anjou al convento de franciscanos de dicha ciudad. Llevó a Nápoles como recuerdo la cabeza de su hermano. Cuarenta años después, el papa Urbano V envió un brazo del santo a Montpellier. Por último el rey Alfonso V de Aragón, cuando tomó Marsella en 1433, sacó lo que quedaba de la osamenta y lo hizo llevar a Valencia. [Volver](#)

3 -¡Mirad qué hermosa es!

-¡Adiós, doña clemencia! ¡Que seáis feliz!

-¡Dios bendiga a nuestra princesa!

-¡No os olvidéis de nosotros! [Volver](#)

4 viento seco y frío procedente del norte, en el sudeste de Francia. [Volver](#)

5 Jacobo Duéze nació en 1244 en Cahors, igual que el papa clemente V, a cuyo séquito pertenecía. Fue nombrado obispo de Frejus en 1299, obispo de Avignon en 1309 y finalmente obispo-cardenal de Porto en 1312; pero clemente V lo conservó junto a si como cardenal de curia.

Desempeñó un papel muy importante en el concilio de vienne, reunido en 1311 para arreglar el asunto de los Templarios. Como secretario de este concilio, Duéze apoyó en su informe la supresión de la orden, decisión que deseaba Felipe el Hermoso; sin embargo se ganó la enemistad de este rey al oponerse a la condenación póstuma como hereje del papa Bonifacio VIII, negándose a la profanación de sus cenizas. Al morir clemente V en Carpentras, en abril de 1314 (un mes después de la maldición), Duéze se constituyó inmediatamente en candidato al trono pontificio. Lo apoyaba sólidamente la corte de Nápoles, pero tenía en contra a los cardenales italianos y a una parte de los franceses. La expedición de Bertrán de Got y Guillermo de Budos, sobrinos del papa Clemente, enviada por la corte de Francia para impedir la elección de Duéze, fue de mal en peor desde 1314: pendencias, tumultos, incendios y saqueos, escaramuzas entre los soldados y los domésticos de los cardenales, asedios al convento donde se celebraba el cónclave... Finalmente, los miembros del Sacro Colegio huyeron por una brecha y se salvaron a campo traviesa. Se dispersaron; unos fueron a Aviñón, otros a Orange, Vienne, Lyon, formando este extraño cónclave errante que tardó dos años en ponerse de acuerdo para elegir a Jacobo Duéze. En otro volumen se verá el papel que el conde de Poitiers desempeñó en esta elección, y con qué medios, bastante violentos, obligó a los cardenales a hacer la elección. [Volver](#)

6 Sobre el encuentro de Bouville y el cardenal Duéze, véase La reina estrangulada. [Volver](#)

7 La palabra bachiller no se usaba en la Edad Media en la acepción actual; este vocablo tenía una significación militar y designaba al joven gentilhomme que, no teniendo todavía edad o medios para llevar su propia mesnada, aspiraba a convertirse en caballero. Era una especie de oficial asistente que formaba parte, con rango un poco superior al de escudero, del estado mayor de un jefe de mesnada. [Volver](#)

8 Recordamos (véase El Rey de Hierro) que Juana de Borgoña, condesa de Poitiers, no fue condenada por adulterio, sino por complicidad en el de su prima Margarita y su hermana Blanca.

Mientras éstas fueron encerradas en château-Gaillard, Juana de Poitiers fue confinada en el castillo de Dourdan por un tiempo no determinado y con un trato mucho menos severo. En términos modernos podríamos decir que la colocaron en régimen de delito político, mientras Margarita y Blanca estaban en régimen de delito común. [Volver](#)

(9) Conmemora el día en que Felipe Augusto, a comienzos del siglo anterior, fue a confirmar solemnemente la donación de esta fortaleza a los obispos de Troyes. Un acontecimiento cada cien años.

10 Todavía se conserva un gran número de inventarios de comienzos del siglo XIV entre ellos el que mandó hacer Mahaut de Artois, con la descripción minuciosa de los Objetos y de su valoración, tras el saqueo de su castillo de Hesdin, saqueo por el que pidió indemnización. [Volver](#)

11 Se refiere a un juego de palabras intraducibles: deu notre Grand-Máitre, feu. (fuego) - feu (difunto). (Nota del traductor.) [Volver](#)

12 Nos excusamos por el subido tono de la frase, pero se encuentra textualmente en la exposición del antiguo templario Everardo. tal como fue registrada in extenso. [Volver](#)